

Víctor Serge

**EL NACIMIENTO
DE NUESTRA FUERZA**



Víctor Serge plasmó su experiencia en España en la novela *Naissance de notre force* (El nacimiento de nuestra fuerza), que publicó por primera vez en España Ediciones Hoy (Madrid, 1931), con la traducción de Manuel Pumarega.

Se trata de una de las mejores novelas proletarias del siglo veinte, a la altura de *Siete domingos rojos* de Ramón J. Sender o *La Madre* de Gorki. Víctor Serge se inspiró en el movimiento anarcosindicalista barcelonés y en Salvador Seguí para presentar el personaje central de la novela, el sindicalista Darío.

El diálogo entre el joven profesor extranjero (Serge) y el sindicalista Darío (Seguí), están llenos de pensamientos filosóficos sobre la lucha que llevan a cabo los obreros contra el Capital y la burguesía con el fin inmediato del triunfo de la revolución social. La presencia de Barcelona es constante en la novela de Serge: sus calles, la Rambla, el Barrio Chino, los cafés del Paralelo, Montjuïc...

VÍCTOR SERGE

*el nacimiento
de una
nueva*

REVOLUCIÓN

EDICIONES HOY

Víctor Serge

EL NACIMIENTO DE NUESTRA FUERZA

Título original: Naissance de notre force

Traducción: Manuel Pumarega

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

INDICE DE CONTENIDO

- I. La ciudad y nosotros
- II. El recuerdo de las trincheras
- III. Lejeune
- IV. El armamento
- V. Los aliados
- VI. Darío
- VII. La trampa, la fuerza, el rey
- VIII. Meditación sobre la conquista
- IX. El torero
- X. Flujo
- XI. Reflujo
- XII. El fin de una jornada
- XIII. La otra ciudad es la más fuerte
- XIV. Mensajes
- XV. Mano votiva
- XVI. Frontera
- XVII. Faustino y seis verdaderos soldados
- XVIII. Un refugio. Un hombre
- XIX. París

- XX. Meditación durante un bombardeo
- XXI. El ilegal tiene dos sombras
- XXII. La mazmorra
- XXIII. Nada se pierde
- XXIV. Rincón de Europa
- XXV. Interiores
- XXVI. Nosotros
- XXVII. Huir
- XXVIII. La sangre
- XXIX. La epidemia
- XXX. El armisticio
- XXXI. Los rehenes
- XXXII. “Como en el agua el rostro del hombre...”
- XXXIII. Lo esencial
- XXXIV. La deuda
- XXXV. Arden las leyes
- Acerca del autor

I. LA CIUDAD Y NOSOTROS

Una roca abrupta domina la ciudad con sus moles angulosas, quebrando el más hermoso de los horizontes. Rectilíneas edificaciones la coronan con una estrella irregular excavada al vivo en la obscura piedra hace muchos siglos, y guarnecida bajo eminencias de engañoso césped de construcciones secretas. La ciudad presta un sentido maligno a esta roca, que podría ser, entre el limpio azul del cielo, el azul más intenso del mar, las verdes llanuras del Llobregat y la ciudad, una sorprendente joya primitiva. Dureza, poderío, inmovilizado éxtasis, inmovilización milenaria de los esquistos; plantas tenaces adheridas al granito que la abrazan y se introducen en las grietas; árboles cuyas tenaces raíces hacen estallar suavemente la piedra, asegurándole después de rota una nueva cohesión; dominadores perfiles de la montaña, recortada o patinada por los juegos de la luz... Nosotros hubiéramos amado esta roca, que parece a veces proteger a la ciudad y que se eleva al atardecer en promontorio sobre el mar –como uno de los avanzados salientes de Europa hacia las cálidas tierras bañadas por mares que uno supone implacablemente azules–, esta roca, desde la

cual los horizontes se ensanchan hasta lo infinito, de no haber existido en su cumbre aquellos disimulados baluartes, aquellos viejos cañones de bajas cureñas dirigidos contra la ciudad, aquel irrisorio mástil provisto de una bandera, aquellos centinelas mudos de faz olivácea en los ángulos de los fosos. La montaña era una cárcel: la ciudad estaba encadenada y el horizonte obstruido como un trazo negro bajo el más hermoso sol.

Frecuentemente hallábamos los senderos que conducen hacia la fortaleza. Se deja detrás un paseo abrasador, angostas callejuelas, grises y rugosas como rostros de viejas; el olor a polvo, a grasa, a naranjas, y a humanidad de los barrios bajos, y el horizonte se liberta poco a poco, el horizonte se eleva en torno a la roca poco a poco, el horizonte se eleva en torno a la roca a cada paso. En un recodo se descubre el puerto: sugestivo trazo recto de la escollera casi blanca, alba flor posado en la dársena cual prodigiosa “victoria regia”; montones de naranjas en algún sitio, a lo lejos, en los muelles, semejantes a enormes flores de sol caídas al borde de la ciudad gris, y los barcos. Dos grandes navíos alemanes internados desde hace varios años retienen la mirada por su inmovilidad. Un barco de seis palos, desplegadas las velas, engalanado de sol, avanza lentamente hacia el puerto desde los horizontes del mar. Su proa, bordeada de reluciente espuma, hiende sin esfuerzo una líquida seda azul. Consigo trae otros horizontes distintos que yo entreveo de súbito queriendo cerrar los ojos para contemplarlos mejor. Egipto, islas Azores, el Brasil, el Uruguay, La Habana, Méjico, Florida. ¿De qué otros confines del mundo vendrán estas doradas velas? Tal vez no sea sino de Mallorca. Menester es que

este velero tenga un arcaico nombre de carabela. Un nombre de mujer y de virgen casi tan armonioso como un verso: “Santa María de los Dolores”... La columna de Cristóbal Colón sobresale ahora por encima del puerto. El hombre de bronce, erguido sobre la ciudad y sobre el mar, saluda con su gesto al velero que llega hacia él agitado pretérito misterioso y rico como el porvenir.

La ciudad cautiva, sobre todo al atardecer, cuando se iluminan sus paseos y sus plazas, dulces braseros, hijos de perlas más resplandecientes que las perlas mismas, estrellas terrestres más luminosas que las estrellas del cielo. De día aseméjase demasiado a todas las ciudades de Occidente; agujas de catedral sobre viejas callejuelas, cúpulas de academias y de teatros, cuarteles, palacios, inmuebles rectangulares horadados por innumerables ventanas. Fragmentado hormiguero en el que cada existencia posee su estrecho rectángulo de paredes blanqueadas o cubiertas de pintado papel. Las ciudades producen a primera vista la impresión de la miseria. En cuanto la mirada domina sus tejados comprimidos en oleadas inmóviles “se ve” que prensan y trituran vidas sin número.

Desde la cumbre divisábamos el esplendor. La vista sumergíase en el esplendor de la tierra. Sumergíase a la izquierda en el puerto, en la bahía bordeada de playas, en el muelle, en la ciudad. Y montañas de un azul esfumado abrían la lejanía en lugar de cerrarla. El mar infinito venía a reír a nuestros pies con sus encajes de espuma sobre la arena y los guijarros. Llanuras, vergeles, campos recortados matemáticamente en la tierra como en los registros del catastro, carreteras bordeadas

por arbolillos, verdes terciopelos de todos los matices extendíanse a la derecha, del otro lado de la roca, en el amplio valle de suaves pendientes que no parecía sino un jardín. Lejanas montañas, en las que podían divisarse en los confines del cielo y de la tierra cuando el aire era puro, los pálidos cristales de nieve de una cumbre, agigantando todos los horizontes a nuestra espalda.

Pero los ojos, después de haber buscado pacientemente la cima de una nieve lejana, o seguido una vela sobre la superficie del mar, tropezábanse entre la maleza de un talud con la boca de un cañón. Nuestra voz se extinguía bruscamente cuando en el recodo de un sendero se nos aparecía el ángulo escueto, cubierto de hierba, de uno de los fosos de la ciudadela. A los labios de todos acudía el nombre de algún fusilado. Solíamos detenernos en varios sitios desde los que se divisaban las ventanas de las casamatas. En algún lugar de aquel recinto, hombres semejantes a nosotros y con los que todos nos identificábamos por momentos, hombres cuya identidad ignorábamos, habían sufrido en otro tiempo la tortura. ¿Qué tortura? Nosotros no sabíamos nada en concreto, y la falta misma de imágenes visuales, el anonimato de los torturados, los años transcurridos –veinte–, despojaban este recuerdo y no quedaba de él sino una sensación abrasadora y confusa de sufrimiento por la justicia. Yo pensaba a veces que nos acordábamos de los padecimientos de aquellos hombres como se acuerda uno después de largos años o de una sucesión de acontecimientos de lo que uno ha padecido. Y lo que es más,

gracias a esta idea, tenía yo conciencia de la comunidad de sus vidas y de las nuestras.

Como aquellos –y como los barcos que veíamos entrar a veces en el puerto– procedíamos nosotros de todos los rincones del mundo. “El Chorro”, más amarillo que un chino, pero de ojos horizontales, sienes lisas y carnosos labios, el silencioso bromista que era “el Chorro”, tal vez fuera en rigor mejicano: al menos solía hablar con admiración de aquel Emiliano Zapata que fundara en la montaña de Morelos, con los labriegos sublevados, descendientes de las arcaicas razas cobrizas, una república social.

–¡La primera de los tiempos modernos! –afirmaba orgullosamente “el Chorro” con la mano extendida.

Entonces se observaba que le faltaba el pulgar y el índice de la mano derecha, sacrificados en un oscuro combate a la primera república social de los tiempos modernos.

–A poco más me quedo sin mis partes –decía–. Un cochino mestizo de Chihuahua estuvo a punto de arrancármelas de un mordisco... ¡Sí, hombre! –añadía rompiendo a reír con una risa sonora, porque aún vibraba en su torso el gozo de una victoria.

“El Chorro” vendía bisutería en El Paralelo. Las muchachas de los barrios vecinos (a las que probaba grandes pendientes de plata con acariciadores ademanes y sensuales risas, que al posarse en la nuca producían el mismo escalofrío que un contacto de los labios), le conocían bien y le lanzaban desde la muchedumbre, entre las entornadas pestañas, largas miradas henchidas de sombra y de fuego.

Zilz, desertor francés, pasaba por suizo. Heinrich Zilz, ciudadano del cantón del Neuchâtel. Profesaba idiomas con una serenidad infantil, se alimentaba de harina, de pastas y de fruta, hablaba poco y reposadamente, se vestía bien, se acostaba todas las noches a las diez y media, hacía el amor una vez por semana con una muchacha de cinco pesetas, y despreciaba pacíficamente a los hombres.

–Harán falta muchos siglos para transformarlos, y la vida es corta. Bastante tengo que hacer yo con esforzarme por no ser un bestia.

Julián y Couet, rubio el uno, castaño el otro, pero a los que hubiera podido tomarse por hermanos a causa de su hablar parisino idéntico, de sus bigotitos en cepillo, y de su airoso andar, habían huido los dos de la guerra, el uno de las trincheras del MortHomme, el otro de los Vosgos, a través de los Pirineos. Ahora, trabajaban en fábricas para los que seguían haciéndose matar, el uno clavando suelas y el otro cargando granadas que eran exportadas a Francia... Ambos vivían en la alegría cotidiana de haber salido del horno. Oscar Lange, esbelto y musculoso muchacho de pelo y ojos pajizos, al que se creía desertor de un submarino alemán, era su mejor camarada.

Ellos le hacían leer alternativamente a Kropotkin y a Max Stirner. Y el marino, que no había pensado sino en salvar su pellejo, destinado a pudrirse en un ataúd de acero, descubría gracias a ellos, en lo que él había creído su cobardía, una fuente nueva de fuerza y de orgullo. Nosotros habíamos tenido que

sonreímos la primera vez que pronunció, sin el tono justo, la palabra “camarada”.

Había también un ruso atlético y sesudo, Lejeune, hombre apuesto y elegante, de pelo canoso, que cuando era más joven se había llamado durante mucho tiempo Levieux; Maud, su compañera, mujer joven y desgastada, sin edad precisa, que tenía un cuerpo de chiquillo nervioso, gótico perfil, rizos negros y gestos un poco bruscos de gata, y Toribio, el cartero, de rostro ancho y cesáreo y amplia y noble frente, que, una vez distribuidas sus cartas con paso metódico en las oficinas del barrio comercial, estudiaba el arte de vivir y comentaba a Nietzsche. Estaba el belga Mathieu, el italiano Riciotti, el fotógrafo Daniel y los españoles Darío, Bregat, Andrés, José Miró, Eusebio, Cortés, Ribas y Santiago.

Éramos cuarenta o cincuenta, procedentes de todas las partes del mundo –hasta un japonés, el más rico de nosotros, que estudiaba en la Universidad–, y algunos miles en las fábricas y los talleres de aquella ciudad, camaradas, es decir, más que hermanos según la sangre y la ley: hermanos por cierta comunidad de pensamiento, de costumbres, de lengua y de solidaridad. Ninguna profesión nos era extraña. Procedíamos de todos los orígenes, conocíamos en junto casi todos los países del globo, empezando por las ciudades del trabajo y del hambre, y terminando por las cárceles. Había entre nosotros quienes no creían en nada más que en sí mismos. Una fe ardiente guiaba a los más. Había canallas, pero lo bastante inteligentes como para no infringir demasiado ostensiblemente la ley de solidaridad. Nos reconocíamos en el modo de pronunciar ciertas palabras y

de soltar en la conversación una sonora moneda de ideas. Sin regla escrita, era obligado entre camaradas –aunque se tratara de un recién llegado– cederse la mesa, el albergue, el asilo, la peseta que salva en las horas negras, el duro que saca del aprieto. Pero después, allá tú. Ninguna organización nos unía; mas, en ninguna hubo jamás tanta solidaridad viva y segura como en esta fraternidad nuestra de combatientes sin jefe, sin nombre, sin norma y sin lazo.

II. EL RECUERDO DE LAS TRINCHERAS

En esta ciudad había aprendido yo que no basta la certeza de ser muerto en el curso del día, soñada en aquel entonces como una felicidad suprema por treinta millones de hombres en el suelo de Europa. En mis paseos por la roca de Montjuich experimentaba frecuentemente la sensación de que me hallaba en uno de los extremos del mundo, lo que me producía una opresión extraña. Siempre confusa en mí, esta sensación alcanzaba aquí, ante los horizontes o en ciertas caminatas nocturnas a través de la ciudad venturosa, una grave claridad. Nosotros gozábamos de una paz singular, y aquella ciudad, a pesar de las luchas, el sufrimiento y la grasa que ocultaba en sus míseros tugurios y en sus callejuelas infames, estaba satisfechísima de vivir. Sin embargo, sólo nos encontrábamos a 150 leguas de los Pirineos: allí comenzaba el otro universo, dominado por el cañón. Nada de hombres jóvenes en las aldeas.

En todos los trenes descubríanse los rostros curtidos de los permisionarios, de mirada aguda y fatigada bajo el casco. Y cuanto más al norte se iba, más cambiaba la faz del país, triste, empobrecido, angustiado. Faz enfebrecida pero helada de París,

con sus luces apagadas por la noche, con las tenebrosas calles de sus arrabales, en las que se amontonaban las inmundicias; con las colas de mujeres delante de las alcaldías; con las densas muchedumbres de los bulevares, donde se mezclaban uniformes sin número, menos dispares, empero, que los rostros y las manos de los canadienses, los australianos, los serbios, los belgas, los rusos, los portugueses, los neozelandeses, los hindúes, los senegaleses... La guerra amasaba en las trincheras la sangre de todos los hombres. El mismo deseo de vivir y de poseer a la mujer hacía deambular por los bulevares a permisionarios de todas las razas, destinados a todas las muertes imaginables. Mutilados e intoxicados por los gases de mañana, todavía sanos y vigorosos. Algunos futuros muertos reíanse con todas sus ganas. La oscuridad de París, la miseria de las mujeres de sus arrabales, en los crudos fríos de febrero; la agotadora fiebre de sus bulevares, acarreando sin cesar un inmenso ejército descompuesto; la intimidad enfermiza de algunas viviendas, en las que las guerras penetraban con el aire, respirada como un gas dulcemente asfixiante, perduraban en mis manos nerviosas. Y más al norte aún, un poco más al norte, sabía que se hallaban, Julián, aquellas trincheras del Mort-Homme, de cuyo hedor a carroña y a defecaciones me hablabas tú bajo las palmeras de la plaza de Cataluña en aquellas noches entibiadas por la brisa marina, tan maravillosas que la voluptuosidad de vivir vibraba en cada luz, en cada silueta y en los roncos suspiros del vagabundo que dormía, con todos los músculos deliciosamente distendidos, en el banco de al lado. La explosión de un obús te había tumbado, amargado centinela, al

borde de una enramada. Y habías visto tu sangre –la última, a tu parecer– mezclándose con la inmundicia.

–A mí me tenía sin cuidado –decías–. Me tenía sin cuidado, ¿comprendes? Morir aquí o allá, así o de otra manera, me daba lo mismo. Era igualmente idiota... Pero aquel olor me asfixiaba.

Luego los pueblecitos aniquilados, las ciudades destruidas, los bosques segados, imágenes menos claras, reflejos de fotografías. Y más ácido, más excitante que todo, roedor, corrosivo, el lenguaje de los mapas.

La atracción de los mapas me producía desde la infancia una especie de vértigo. Yo los contemplaba y me los aprendía de memoria a los doce años, con un deseo tenaz y desesperado de conocer todos los países, todos los mares, todas las selvas, todas las poblaciones. Desesperado era este deseo, porque la idea de que no debía de ir a Ceilán, de que no había de remontar el Orinoco en piragua ni el Mekong en cañonero, me producía un sufrimiento sordo e irritante. Los mapas hablaban ahora con su voz serena en un espantoso lenguaje: cañoneos a la orilla del Yser y del Vadar, del Piave y del Eufrates; zepelines sobre Londres; Gothas sobre Venecia¹; sangre en los Cárpatos y sangre en los Vosgos; resistencia de Verdún, gigantesca fosa común; aplastamiento de Rumania; batalla de las islas Falkland; campaña del Camerún. Todos los mares en los que el niño seguía

¹ Serge se refiere, aquí y más adelante, al avión Gotha. Estos aviones los primeros que entraron en la historia como los protagonistas de la primera campaña de bombardeo sistemático contra un objetivo determinado. Para los habitantes del Londres de 1917, esta palabra fue sinónimo de terror.

la estela de las rutas surcadas por los navíos, eran inmensas tumbas.

¿Cómo vivir en esta ciudad tendida al borde de la bahía y engalanada al anochecer por un millón de luces, semejante a una odalisca dormida en la playa? ¿Cómo vivir en ella con este sentimiento agudo de la absurda tortura infligida a Europa? No sé por qué, quizá a causa de que el propio Julián ya no pensaba en ello, yo pensaba obstinadamente en los centinelas de las trincheras, en esos soldados silenciosos sepultados en sus agujeros –ocupando ya en la tierra tan poco espacio como los muertos–, únicamente vivos los ojos, con los que escrutaban un lúgubre horizonte de barro y de alambradas –y necesariamente una mano descarnada brotando del suelo–, en la estrecha franja de tierra que no es de nadie, no siendo sino de la muerte: *no man's land*². Idénticos en su silencio, bajo cascos apenas diferentes, abollados por los mismos choques y protegiendo los mismos cerebros de bestia humana al acecho, de ambos lados de la trinchera centinelas hermanos se acechaban unos a otros, acechados a su vez por la muerte, velando noche y día en los confines de la vida misma, en tanto que yo me encontraba allí, paseaba bajo las palmeras de la plaza, con los pies en las flexibles alpargatas, embelesado por la orgía de luz del Mediterráneo; hallaba los senderos de Montjuich; me detenía ante los escaparates de los orfebres de la calle Fernando, inundada al atardecer de luz, como bajo un chorro inmovilizado de enormes diamantes; seguía el camino de Miramar, tallado en la roca por encima del agua; vivía como aquella ciudad, sin

² Tierra de nadie. [N. e. d.]

angustia, seguro de no ser muerto, seguro de no sufrir al siguiente día los desgarrones de mi carne; disponía de aquellas ramblas cuajadas de flores, de pájaros, de mujeres y de cálidas voces masculinas; tenía libros, tenía camaradas. ¿Cómo era posible? ¿No había en ello una enorme iniquidad, un enorme absurdo?

Sobre todo al caer la noche, cuando la ciudad cedía al placer de vivir, cuando se llenaban los cafés y ciertas calles estrechas se transformaban en ríos de luz donde parecían formarse y sucederse hasta el infinito parejas y parejas innumerables, enlazadas de tal suerte que su andar iniciaba ya con un impudor delicioso sus abrazos en los cuartos asfixiantes de todas aquellas calles llenas de suspiros hasta el amanecer; cuando nosotros deambulábamos por grupos a lo largo de las ramblas, alta la frente, saturados de la música de las ideas, este remordimiento de no ser yo un centinela, de escatimar tanto a pesar mío mi sangre, de no tomar parte alguna en el sufrimiento ilimitado de las multitudes lanzadas a la matanza, me atenazaba, agudizado por cierta rebeldía contra la inconsciente felicidad de aquella población.

Éramos una treintena los que nos ahogábamos en la imprenta Gaubert y Pia³, de siete de la mañana a seis y media de la tarde. Flacos chiquillos, desnudos bajo las blusas flotantes,

3 Empresa tipográfica de Barcelona.

atravesaban el taller llevando entre sus delgados y bronceados brazos, semejantes a hilos de carne, las pesadas formas. Al fondo del taller, sudorosas plegadoras de labios húmedos y grandes y ojos negros, cuyas miradas oblicuas os rozaban largamente al pasar, repetían siete mil veces al día el mismo gesto entre el rodar de las máquinas. El movimiento de las máquinas acababa en los tallos de sus cuerpos. Yo alineaba los caracteres en el componedor y la fatiga, invadía mis miembros, agobiante a partir de las tres, en las horas de más calor. Hacia las cuatro, la atención mecánica flaqueaba e imágenes visuales nacidas en los repliegues secretos del cerebro se imponían a mí como en la celda de una cárcel. En vano atravesaba el taller para ir a beber agua fresca del botijo, que se alza a dos manos sobre la cabeza para recibir en la boca un chorro semejante al de un surtidor. El toldo de ondulada los protegía mal contra un sol implacable.

En estas horas era cuando mi vecino Porfirio, aprovechando el instante en que el patrono, el señor Gaubert, se volvía en su despacho de cristal para recibir a un visitante, me tocaba en el hombro con un dedo seco como una varilla.

-¡Eh, ruso!

Alto, seco, desnudo bajo el traje azul, Porfirio tenía una cara ancha y negruzca de simio inteligente, picada de viruelas. Unos horribles dientes amarillos bordeaban su boca negra, cuya sonrisa gesticulante, que le llegaba hasta las orejas, era fraternal. A decir verdad, Porfirio no era un camarada ni estaba asociado siquiera (sólo éramos dos asociados de los treinta

impresores y tipógrafos de la casa de Gaubert y Pia; pero los otros no se quedaban cortos en cuanto a solidaridad: lo sabíamos tanto nosotros como ellos). A él solo le interesaban las corridas de toros. Sus ojos eran de brasa negra.

–¡Eh, ruso! ¿Qué dices de la revolución?

Los despachos de los periódicos se sucedían, dando una profusión de detalles sorprendentes acerca de las grandes jornadas de Petrogrado. Todavía veo a Porfirio exaltado, como ebrio, desplegada “La Vanguardia” bajo un farol y leyendo en voz alta con acentos delirantes las líneas en que se relataba cómo cediendo a la invitación del teniente Astajof (cuyo nombre ha quedado casi olvidado en Rusia) el primer regimiento se había unido al pueblo sublevado en una calle de Petrogrado... ¡“Magnífico”!, decía Porfirio con voz ahogada por la emoción. Y con un gesto reunía a los compañeros al salir del taller. Trini, Quina, Mercedes, Úrsula, las plegadoras, se incorporaban a nuestros grupos, estrechados de súbito los hombros, de súbito grave la expresión, como azotadas por una ráfaga de viento frío y vivificante.

Gracias a Porfirio supe yo la desmesurada esperanza que maduraba en los barrios pobres de la ciudad. Era durante la interrupción del trabajo a mediodía. Yo seguía una calle desolada, sin una raya de sombra, y pensaba vagamente que la vida podía ser abrasadora, igualmente desnuda, igualmente vacía. Sahara. Porfirio me alcanzó. Inmediatamente vi por la elasticidad de su paso, por la danzarina movilidad de sus facciones, que tenía algo extraordinario que comunicarme.

–¿No sabes? –me dijo–. Los huelguistas de Sabadell han ganado la batalla–.

Giró sobre sus talones delante de mí y se paró en seco, con las manos puestas encima de mis hombros.

–¡Ahora nos toca a nosotros, ruso! ¡También nosotros vamos a ganar una batalla! ¡Ya verás, amigo mío, ya verás!

No quiso decirme nada más; sin duda más sabía. No se trataba aún sino de un rumor confuso, de un espíritu resuelto que reinaba en las fábricas y los talleres. Porfirio sacó con brusquedad un trozo de pan del bolsillo, al que asestó de través una enérgica dentellada. Demasiado pobre, no comía en la taberna. Tomaba un bocado en la calle, antes de echarse un sueño reparador de veinte minutos en un banco del parque cercano.

Yo seguí mi camino con paso vivo, palpitante el corazón. Penetré en la humilde taberna de Ventura (donde comíamos unos cuantos compañeros, bajo la mirada cordial y astuta del gordo dueño, un libertario que había pasado cinco años en presidio) despojado de un sordo remordimiento, henchido yo también de una vasta esperanza. ¡Centinelas, centinelas! ¡Nosotros ejecutaremos nuestra tarea en esta ciudad y mejor aún que ellos!

III. LEJEUNE

A partir de entonces miramos la ciudad con otros ojos.

Nada cambiaba en apariencia, pero la fuerza obrera ascendía en ella como una sangre nueva en las arterias de un organismo caduco. Precisábanse ojos enterados para discernir su vibración en los rostros, en los gestos, en las voces, en los pasos. El tono de las voces había perdido algo de su cadencia acostumbrada: inopinados gritos sucedían a murmullos en los grupos del café Español. El vasto salón de éste, prolongado hasta lo infinito con los espejos de macizos marcos dorados, mezclábase por la terraza, donde las voces producían un rumor de brisa en el follaje, con el electrizado paseo de los pequeños teatros de los cafés-conciertos, de los salones de baile, de los grandes cafés obreros. Callejuelas cubiertas de una polvareda rojiza subían hacia la ciudadela. Otras, uniformemente grises, húmedas y frescas, con una rara frescura de enfermedad, hallábanse inundadas de electricidad al extremo de negros corredores, donde se ayuntaban indefinidamente de hora en hora desde hacía muchos años fatigadas mujeres y ávidos machos.

El café, atestado a todas horas, tenía unas filas de mesas punto menos que reservadas. Los libertarios ocupaban una parte de la

terraza y una doble fila de mesas en el interior bajo los deslumbrantes espejos. Los policías, fáciles de reconocer por su aire de falsos obreros, de falsos empleados sin colocación, por sus manos pesadas indolentes y sospechosas, hechas para manejar las fichas del dominó, empuñar las esposas y acogotar sin ruido; los policías, atento el oído e inquietos los ojos, formaban no lejos de allí un círculo conocido en torno a un velador. (Era una vieja broma, repetida con intervalos de varias semanas, fingir sentarse a la mesa con ellos para pasar toda la velada y hacerles servir por el camarero que era amigo nuestro café hirviendo. Apenas humeaba el brebaje en sus vasos, nosotros, después de absorber de un trago nuestro refrigerio nos marchábamos precipitadamente. “El Chorro”, que se quedaba solo, regocijándose en silencio ante la expresión desolada de aquellos “hijos de perra sarnosa”, obligados a perder su consumición o a abandonar a sus “clientes”). El rincón de los individualistas estaba lleno de extranjeros. Cuando, por azar, algún señor demasiado elegante de rollizo cuello, uno de esos caballeros de los “cabarets” que se dedican a la trata de blancas, se introducía entre nosotros, la atención insólita de los policías y la severidad indiferente de los obreros le hacían huir con presteza, y no recobraba su aplomo hasta verse en la terraza, a la vista de las muchachas francesas que tomaban naranjadas a través de largas pajas. Una pianola llenaba el salón de aires de óperas o de romanzas. Entre aquel estrépito de música mecanizada podíamos discutir entre nosotros sin gran temor de ser oídos por los policías.

Un atardecer nos encontrábamos allí cinco. Eusebio, el escultor, de hermosa cabeza regular de legionario romano, con un bigote batallador, los ojos grandes, dulces, castaños, luminosos, primitivos, acostumbrados a los colores (aunque no, por cierto, a los matices). Andrés, redactor del periódico de la Confederación, flaco argentino, de curtido rostro y duras facciones, recortadas en ángulo recto, de barbilla puntiaguda y aguzada mirada, que sostenía en sus labios violáceos un puntiagudo pitillo. Lolita, que era la mujer de Eusebio y de otro, pálida y delgada obrera, de cabello tan negro que parecía azulado, órbitas profundas que ocultaban una mirada sin luz, semejante a una caricia indiferente, transparentes las aletas de la nariz, con sus labios de un rojo de granada entreabierta contraídos en un doble pliegue. Heinrich Zilz, con la corbata bien hecha y el rostro ligeramente animado, porque a Lolita le gustaba, fumaba sonriente.

Eusebio se inclinó hacia nosotros, sobre el velador de blanco mármol. Sus manos, mates y musculosas, se abrieron y sus ojos brillaron.

–¡Cuántos de nosotros caerán mañana! –dijo– ¡Cuántos! ¡Pero no importa! ¡No importa!

Siempre repetía las mismas palabras, no disponiendo de otras. Las articulaciones de sus dedos crujieron. ¿Qué palabras encontrar para expresar la fuerza, la alegría, el entusiasmo, la fe?

Sin mover apenas los labios, Andrés dijo:

–Los de Manresa prometen bombas. En Sans, Tarrasa y Granollers están preparados. Los compañeros de Tarrasa tienen ya ciento cuarenta pistolas. El Comité está en negociaciones con una junta de infantería. Pero, ¡qué cobardes son los republicanos!

–¿De veras queréis ir al degüello? –preguntó de súbito Zilz, encendiendo un pitillo.

–¿Cómo? ¿Cómo? –dijo Eusebio–. ¿Cómo?

Había oído perfectamente, pero la idea hostil solo a duras penas se abría camino a su cerebro.

–Yo os digo –dijo Zilz– que por mi parte no pienso ir. Ninguna República, ni siquiera la del trabajo, vale mi pellejo.

Un pesado silencio cayó sobre nosotros. Luego, Lolita se levantó con un movimiento brusco. Su boca, granada sangrante, se empequeñecía. Sus ojos no eran sino dos manchas de sombra bajo el marfil horizontal de la frente.

–¡Vámonos!

A unos pasos de distancia oí yo moverse a los policías.

–¡Hasta la vista! –dijo Zilz–. Yo me quedo.

Salimos. Lolita caminaba deprisa entre la muchedumbre, delante de nosotros, silenciosa, erguida la cabeza, con un gesto obstinado de rebeldía.

Andrés contestó a nuestros pensamientos:

–El veneno individualista. Esos hombres, ¿sabes?, no son capaces de hacerse matar nada más que por el dinero.

Lejeune se vestía con género inglés, llevaba camisas de seda y flexibles Mitchell, negros o grises, según la estación. Tenía el aire de un hombre de negocios reposado, cliente de los buenos restaurantes. Ancho de rostro, de talle y de hombros, canoso el pelo por las sienes y canoso el tupido bigote, tenía los ojos también de un gris descolorido, como desgastados pero vivos, nunca fatigados. Sus rayos, sin llama ni color, estudiaban atentamente y con discreción todos los rostros de un grupo, todas las siluetas cercanas en una muchedumbre. Lejeune se sentaba en los cafés de modo que pudiera serle útil la perfidia de los espejos, mientras que él, por su parte, no ofrecía a la vista sino una nuca bien rasurada. Prefería los establecimientos de dos salidas, y en ellos, ciertos ángulos en los que se podía desaparecer bien arrellanado detrás de un periódico abierto. Su nombre insignificante no era conocido sino de un pequeño número de nosotros. Su pasado no lo conocía nadie. Algunos camaradas se acordaban de haberle llamado Levieux en París y en Londres unos quince años antes. Luego había desaparecido. ¿Había estado relacionado con el legendario Jacob d'Amiens? ¿Monedero falso?⁴ ¿Presidiario ocho años? Esto se decía. Él no decía nada. Agente de seguros (por cubrir las apariencias, sin duda), propietario de un circo de feria, negociante en “artículos

⁴ El fabricante de moneda falsa. El expendedor de la misma, a sabiendas de no ser legítima. [N. e. d.]

de París”, vivía espléndidamente. Sus raros invitados admiraban en su “garçonnière”⁵ un diploma de bienhechor de la Cruz Roja, firmado por la reina. (“¡No está mal! ¡Eso tapa la boca a los visitantes serios! Me ha costado trescientas pesetas y me ha producido quinientas con la organización de una lotería. ¡Y si los heridos de Marruecos son robados, lo son por esas señoras!”). Le habíamos visto cierto tiempo en los cafés, seguido de un inverosímil andaluz, pequeño y sin edad, oliváceo y esquelético, vestido como un golfillo. “Mi secretario –decía Lejeune (una pausa)– no sabe leer ni escribir, pero cuida admirablemente los caballos”. Hombre jovial, aunque sin verdadera vulgaridad, Lejeune leía buenos libros.

Juntos salíamos del Liceo. La fantasía de los “ballets” rusos no era superior a la de las noches de esta ciudad. En un paseo azul, que dominaba desde lejos, los fuegos del centro de la población y el azul intenso del puerto (y suspendido entre el cielo y el mar el tenue fulgor rectilíneo, espaciado de minuto en minuto, de un faro), habíamos dejado a dos mujeres jóvenes, perfumadas, encantadoras, que nada sabían de nuestros verdaderos rostros, que no hubieran podido comprender ninguna de nuestras palabras. Muñecas burguesas, la rubia Mercedes y la morena Concepción, de manos menudas y graciosas, hechas para el piano; de almas pequeñas, hechas para la chismorrería; de pequeños cuerpos, más tarde lascivos, hechos para la ociosidad de los hotelitos. Estos seres agraciados de otra especie humana, extrañamente limitada, cautiva del dinero, como tantos de los nuestros eran cautivos de la estrechez, nos divertían como

⁵ Piso o apartamento de soltero. [N. e. d.]

personajes de una farsa. Adivinábamos sus réplicas, sus gestos, incluso sus reacciones internas, como se adivinan las figuras sucesivas del baile... Pero ellas se dejaban coger de la mano y a veces de la cintura; pero ellas, muñecas deliciosas, tenían la flexibilidad del animal humano en su prístina juventud y duros senos guarnecidos de blanca seda. Al quedarnos solos, recobrábamos nuestra verdadera faz, y nuestros verdaderos pensamientos volvían a adueñarse de nosotros.

Lejeune se detuvo en la esquina de una calle. Relucientes autos se deslizaban por el asfalto dejando tras de sí en nuestros ojos una estela fosforescente.

–Yo apunto a los bancos –me dijo–. En ellos habrá para pasar unos días, ¿comprendes? ¡Yo apunto a los bancos! Por mi parte, pronto habré hecho mi revolución. Yo no creo en la de ellos. Las monarquías, las repúblicas, los sindicatos, me tienen a mí sin cuidado, ¿comprendes? ¿Hacerme matar por este hatajo de bípedos honrados, de devotos, de sifilíticos, etcétera? No soy tan tonto. No se vive nada más que una vez. Si fusiláis a los jesuitas y a los generales, no seré yo quien se enfade; pero tampoco me molestaré en ir a verlo. Ahí tienes tú, mucho más me gustaría irme otra vez con esa pavisosa exquisita de Mercedes. Si fracasáis, los pobres diablos que se libren del consejo de guerra siempre encontrarán en mí ayuda para pasar el mar o la montaña. A ti te inscribo el primero. Eso no impedirá que luego digáis que soy un cobarde. Pero no os molestéis en pedirme otra cosa. Nada más. Eso es todo, mi amigo.

La noche se eternizaba. No sentíamos la menor fatiga. Lejeune continuó su soliloquio:

–¿Sabes una cosa? Nada es verdad sino tú para ti y yo para mí. Yo estoy solo como lo estás tú. Cierra los ojos y se acabaron las estrellas. Puedes amar a una mujer hasta el extremo de querer matarte por ella; pero nada sentirás cuando a ella le duelan las muelas. ¡Solo, solo! ¡Se está solo! ¡Y es terrible pensar en ello! La vida pasa, amigo mío, la vida pasa. Yo voy encaneciendo. Ando mal de tensión arterial. ¿Cuánto me queda aún de bueno? ¿Diez años? ¿Quince? Ni siquiera. Ahí tienes tú, casi siento envidia de Concepción o de Mercedes o de ese bestia de veinte años...

Por el paseo bajaba un robusto soldado.

–La muerte no es nada, pero la vida es indefinible. ¡Qué prodigio estar aquí, respirar este frescor, sentirse mover, querer, pensar, descubrir por doquiera el mundo! Desde hace quince años no me he separado de este juguete –un triángulo de acero negro ocupaba la palma de su mano–. Siete balas dispuestas en todo momento, la última para mí. Con esta certeza no hay nadie más libre que yo. Una vez tomada esta decisión se siente uno fuerte. Y sabio. Yo amo la vida, querido. Y no tengo nada más que la mía. No arriesgo nada más que para salvarla. No me bato nada más que por mí. Tengo tres riquezas: las mujeres, los animales y las plantas. Mi mayor alegría es pasear por un jardín cubierto de plantas vigorosas y de opulentas flores. Me gustan las flores que gritan, que sangran, que cantan. Y las palmeras. ¿Sabes tú lo que es una hoja de

palmera? Es algo fuerte, flexible y tenso, lleno de savia, plácido como las estrellas. Eso es la vida. Mi mayor felicidad es acariciar a un caballo. Cuando le pones la mano en el hocico y le golpeas suavemente el pecho te mira como a un amigo. Después de todo no encontrarás mejor amigo. ¿Has observado alguna vez lo cargada que está la carne de los animales? Mi mayor felicidad la constituye la mujer, todas las mujeres: a decir verdad, no sé cuáles son las que me dan más, si aquellas a quienes miro o aquellas a las que poseo... ¿Por quién quieres que arriesgue yo todo eso? Pelearos vosotros: yo apunto a los bancos y me embarco para el Brasil.

IV. EL ARMAMENTO

Yo no tenía nada que contestarle. La fe, la evidencia, el absurdo no reclaman respuesta. “Todos los viejos venenos de París circulan por tus venas, chico. Hasta la vista.” El Sena arrastra a veces bajo claros cielos grises en la superficie de sus aguas, de verde suave y sucio, “moirés”⁶ de una extraña riqueza, opalinos, nacarados, violetas y multicolores, pero que le envenenan. Yo conocía mejor que nadie, por haberlos visto aniquilar a hombres fuertes entre los fuertes, ciertos venenos imponderables, productos sintéticos de putrefacción burguesa, del amor a la vida, de los juegos de la inteligencia y de la energía, de la rebeldía y de la miseria. Alegres monederos falsos que lleváis la “mercancía” (“el chocolate”) en el bolsillo izquierdo del pantalón y la mano derecha apoyada negligentemente en la pistola, vosotros no hubierais accedido sin duda a pelearos por el comité obrero. Pero acorralados en el atolladero del presidio os hacíais matar valientemente por la Policía. Este fin os esperaba después de las sórdidas luchas, después de las angustias innumerables ante el tendero cuya mirada desdora la

⁶ Tornasolados. [N. e. d.]

moneda falsa, después de los crímenes inconfesables en los arrabales, después de las “marranadas” que os hacíais los unos a los otros, como hombres libres que erais, orgullosos de no ser “ni amos ni esclavos”, de vivir con arreglo a la razón y a la alta y fría luz del “egoísmo consciente”... Los “autos” grises conducían a la guillotina a los equipos de rebeldes nacidos para la hazaña. Cinco mil francos cosidos en el forro del pantalón, tres cargadores –veintiuna balas limpietas y puntiagudas– y “nos reímos de todo, no creemos en nada, conquistamos nuestra vida”. Pero un compañero que tampoco creía en nada encontraba más cómodo aún hacer dinero con vuestra sangre y os vendía a rollizos polizontes.

No, yo prefería las verdades, muy distintas, de “el Chorro”, de Eusebio y de algunos miles de camaradas que a cada momento atravesaban ahora con encubiertas misiones los hormigueros de la ciudad.

–Ven conmigo –me dijo el mejicano un atardecer rojizo–. Vas a ver cómo te ríes.

Una risa imperceptible distendía los músculos de su rostro macizo de cuadrada barbilla. Entre una polvareda de roja arcilla atravesamos el arrabal de Gracia: casas blancas o rojas, puertas entreabiertas a penumbras azules singularmente frescas. Nadie. En medio de un mercado tórrido y desierto el susurro de una fuente se mezclaba a una monótona voz de mujer: “¡Aaaa–io...!” En un estrecho triángulo de sombra estaba acurrucada una gitana joven meciendo a su hijo. Suelo rojo, vibrante de calor; sordo vuelo de resplandecientes moscas verdes en torno a la

mujer acurrucada, carne cobriza de un seno maduro y aquel cielo agobiante en el que se desplegaban, invisibles, inmensas oleadas de fuego.

La caridad de la sombra nos devolvió la palabra. Escalamos una altura.

–...Lo que da gusto –dijo “el Chorro”– es despertarse al amanecer en la sierra, con los pájaros. Los valles son aún de color malva, la noche ha huido a través del bosque. Se reconoce el canto de los pájaros. Se oye pasar a los animales que van a beber. El rocío espolvorea de diamantes las hojas. El sol aparece y calienta sin quemar...

–¿Tomaremos la ciudad, amigo “Chorro”?

–No sé qué decirte, chico. Haría falta un hombre, un hombre de verdad. Cinco mil hombres, diez mil, sin un hombre verdadero, van a la derrota. Con uno que se hiciera seguir, obedecer, con uno que la gente adorara, con un jefe, yo te diría: sí.

Llegábamos ya.

–¡Verás cómo te ríes! –volvió a decirme “el Chorro”.

Me condujo hacia una casucha ruinoso adosada a la roca misma en la vertiente de un cerro. No teníamos otro horizonte que un huerto abajo. Mi compañero se golpeó alegremente el muslo, y, una vez empujada la oscilante puerta, penetramos los dos. Una mujer joven, sentada delante de otra puerta, nos salió al encuentro. A través de un orificio del techo caía un ancho rayo de sol anaranjado sobre sus flacos y morenos hombros. La mujer

se sonrió. Nosotros atravesamos el rayo de oro rojo, la sonrisa, la sombra, otra puerta oscilante...

En un principio divisé confusamente unas cuantas siluetas acurrucadas en torno a un extraño artefacto. Eran obreras. Luego reconocí a Julián acodado en el suelo con el cigarrillo entre los labios.

–¡Salud...! ¡Salud...! ¡Salud...!

Una risa enorme distendía silenciosamente en la sombra la cara de “el Chorro”. Este señaló con el gesto a las jóvenes, todas ellas obreras de la fábrica vecina –que por casualidad se encontraba al lado de un cuartel– y mostró el artefacto cuyo conocido mecanismo estaba examinando Julián:

–¡Madre de Dios! ¡Estas bribonas han robado una ametralladora...! ¡Cuando yo te decía –añadió más bajo– que no nos hace falta nada más que un hombre!...

Yo admiraba la lengua española, en la que palabra hombre tenía una “extraña” rotundidad.

Un “taxi” se detenía en una angosta callejuela delante de una ventana vulgar: café Valenciano. Del “taxi” bajaban dos personajes con traje de viaje y portadores de pesadas maletas. No lejos de allí estaba fumando un joven. El chofer se alejaba despacio con el auto.

Unos instantes después la puerta del modesto café daba paso uno a uno, según les llegaba el turno, a la trastienda. Andrés los seguía con un cuaderno de notas en la mano.

–La fábrica de San Luis –decía el primero–. Veintisiete. Luego la Canadiense: dieciocho.

–Está bien.

El hombre de la fábrica de San Luis se volvía hacia la sala del café y llamaba:

–¡Gregorio!

Gregorio entraba. En el ángulo de la pieza, bajo la ventana de los visillos de muselina, José Miró, derecho y flexible, con su rostro tajante surcado por negras cejas y por unos ojos metálicos, abría bruscamente una maleta depositada sobre una mesa y llena del azulado reflejo de sombríos metales. La mano pálida de José se introducía en aquella desbordante masa de acero negro y cogía una pistola. Luego contaba tres cargadores.

–¡Toma!

Gregorio cogió del borde de la mesa el arma y los cargadores. La emoción le pellizcaba en el diafragma. No sabía qué decir. Al fin murmuró:

–Gracias.

Andrés, José y el hombre de la fábrica de San Luis le miraban atentamente. Pero ya era llamado otro:

–¡Benavente!

José Miró acercaba a veces su rostro al de una joven y le decía:

–Cada bala pertenece a la Confederación.

Faltaba un hombre de la Canadiense. Andrés y José se miraron. El jefe del equipo, preocupado de súbito, hacía memoria.

–Habías dicho dieciocho.

–Sí, sí. Dieciocho.

Uno no había ido. Uno se había perdido por el camino. Sin embargo, la calle seguía estando segura: el dueño del café lo atestiguaba. Pero un arma inútil en el fondo de una maleta vacía encendía con sus azulados reflejos la inquietud en tres cerebros. Ya empezaba a cernerse, aunque diáfana, la sombra de una perfidia.

–¡Caramba! –exclamó el jefe de la Canadiense–. El que no ha venido es Quiroga: su mujer está de parto.

–Pues llévale eso para el bautizo –dijo Miró.

La maleta vacía chasqueó. La sombra diáfana se había disipado. El dueño del café llevó, sonriendo, unos porrones de vino espeso y rojo, casi negro.

Los obreros se dirigían a través de la ciudad deslumbrante hacia sus viviendas de los barrios pobres, con el paso ágil y el torso enderezado por un nuevo sentimiento de fuerza. Sus manos no se cansaban de acariciar el negro acero de las armas, y este acero transmitía efluvios de orgullosa energía a los musculosos brazos, a las nuca y a las regiones del cráneo en que se concentra por una química misteriosa ese afán esencial de vivir que llamamos la voluntad. El hombre que lleva un arma,

sobre todo si ha estado mucho tiempo desarmado y si esto ocurre en la ciudad moderna, donde la posesión del arma, secreta y peligrosa, reviste una significación rayana siempre en lo trágico, se siente agigantado por el doble sentimiento del peligro que lleva y del peligro que corre. Al restituirle un derecho primitivo, el arma le coloca al margen de la ley escrita (de la ley de los otros). Entre la muchedumbre atareada de las grandes arterias, estos obreros, humillados siempre por el contraste entre sus blusas y sus viejos y descoloridos trajes con los indumentos burgueses; que pasaban por delante de los restaurantes lujosos, en los que jamás entraban; de los cafés suntuosos, de los que se escapaban raudales de música; de los escaparates, prodigiosos joyeles llenos de objetos tan inaccesibles que ni siquiera despertaban tentaciones: cueros, sedas, níqueles, oro, perlas; que se cruzaban con mujeres de otra raza, de carnes matizadas por la higiene y por el placer como una suave luz interior, envueltas en preciosos tejidos; que se rozaban con hombres bien alimentados, de reposado rostro y distante mirada de señores bajo los amplios hombros flexibles; estos obreros acariciaban con la mano sus pistolas y pensaban ya cómo se introducirían inadvertidos en el pacífico y cebado rebaño como hambrientos lobos, meditando la más temeraria agresión.

Una vez llegados a las calles pobres, donde se sentían en su casa, la alegría los congregaba en grupo local. De cuando en cuando relucían las armas, expuestas en enérgicas manos para tantear su peso viril o empuñadas nerviosamente. Daba gusto

cargarlas y descargarlas: así se mató Juan Bregat, del sindicato metalúrgico.

... Aquellos hombres no tenían mucho que pensar en el valor de su pellejo. Jamás conseguirían evadirse de los chamizos hediendo a grasa y a chinches, de las fábricas en donde se agotaban todos los días sus cuerpos y sus cerebros, de los asfixiantes barrios bajos, de la chiquillería de pelambreira llena de miseria. Jamás los encantos de sus deseadas novias serían respetados por el hambre, el hospital, la lejía, los guisotes, el cautiverio de las paredes blanqueadas. Jamás, jamás, jamás. No lograrían salir del círculo cerrado destino sino por la fuerza. Tanto peor para los que se quedaran en el camino (que después de todo no perdían gran cosa). Los otros, los vencedores, se abrirían el camino del porvenir. ¿Qué porvenir? Los más reflexivos citaban, con febril exuberancia, a Reclus, Kropotkin, Malatesta, Anselmo Lorenzo. Pero ¿por qué pensarlo tanto? Todo porvenir sería mejor que el presente.

V. LOS ALIADOS

Callejuela silenciosa en tres tonos contrapuestos: fachadas blancas, rojiza arcilla de la calzada, sombra azul proyectada por un alto muro de piedra de color de hoja muerta, horadado aquí y allá por estrechas ventanas de trabajados barrotes. Estos hierros adosados a la fresca sombra del cuartel aprisionan flores. A veces se ven allí bajo la negra mantilla pálidos rostros de mujeres de gruesa barbilla y labios glotones y reposados. Estas mujeres contemplan tranquilamente la calle con sus grandes ojos de terciopelo negro, en los que la vida parece mostrarse como un agua estancada. Junto a una puerta baja, coronada por un doble escudo tallado de piedra, un hombre, estatua viviente, monta la guardia con las manos cruzadas en el cañón del fusil. Tricornio negro, negro capote, correa amarilla cruzado sobre el pecho, el hombre inmóvil lanza también a la muerta callejuela una mirada quieta y reposada. A veces se despierta en sus ojos, cuando le contemplamos, un odio obstinado y negro. No es más que una chispa blanca y triangular que reluce y cae en el agua tenebrosa. Una barba rala y cuadrada

endurece sus facciones. Estos guardias civiles, reclutados en las provincias más atrasadas, bien alojados y bien mantenidos, son acaso las únicas fuerzas de la ciudad fieles al rey. Escoltan por las carreteras a los convoyes de condenados que se dirigen a los presidios. Rodean el cadalso cuando el garrote estrangula lentamente a un hombre que no es ya nada más que un pingajo humano jadeante y enloquecido. Escoltan en las solemnidades oficiales al señor gobernador, cuya carrera podría abreviar una bomba, a no ser por la muralla que forman sus pechos negros y amarillos.

Dos hombres que marchaban del lado opuesto por la estrecha acera se han vuelto de repente a mirar al centinela. Uno es delgado, duro, derecho, ágil, con una sombría mirada metálica. El otro, de robusta constitución, mal vestido con un traje gris, sin cuello, cubierto con una gorra metida hasta la nuca y un poco ladeada, como la llevan algunos obreros del puerto. El centinela los mira fijamente. Una corriente nerviosa electriza sus miembros. Sus manos, adoptando ya gestos rápidos, se crispan en el fusil. Los dos hombres se miran ya tranquilos. Ambos tienen la mano metida en el bolsillo. La cosa está clara. Detrás del enrejado de la ventana vecina, en la que dormitan lirios frescos, una mujer acodada mira y un horrible presentimiento decolora sus labios glotonos y ennegrece todavía más sus desencajadas pupilas.

–Te ha reconocido –dice el hombre delgado a su compañero–. Va a dar la señal de alarma. El timbre está detrás de él. No te muevas. Yo disparo.

El otro replica rápidamente en voz baja con una sonrisa falsa, semejante a una careta mal colocada:

–Déjate de tonterías, José. ¿Estás loco?

El asordado timbre de la voz es autoritario. La careta se ajusta, la sonrisa falsa se convierte en una sonrisa verdadera. El hombre de gris saca lentamente del bolsillo derecho del pantalón (los dedos del centinela se crispan en el cañón del fusil y dos pares de ojos hipnotizados siguen su gesto con una atención terrible) una pitillera de níquel, la abre y dice:

– Tu encendedor, José.

José saca también la mano derecha. Los dos se miran aliviados, y en el fondo de sus ojos reluce aún una chispita blanca. Encendidos los pitillos se alejan sin volverse. Los dedos del centinela se separan del cañón del fusil. Detrás de la alta reja, la gruesa mujer exhala un largo suspiro. ¿Qué ha pasado? Pues nada, claro que nada. ¡Qué calor, Jesús, qué calor!

El perfume de las flores se mezclaba a ratos al olor salino del cercano mar. Los dos transeúntes se zambulleron en la rumorosa muchedumbre de un paseo. Una calle tranquila los acogió, bordeada de pretenciosas viviendas burguesas con las fachadas blancas, rosas, azules, verdes, abigarradas, recargadas a veces de dorados adornos, alineadas como opulentas matronas cargadas de joyas al paso de una procesión. Llamaron

en el 12. Con delantal y cofia blancos y una vaga sonrisa teñida de curiosidad, una criada los introdujo en la fresca sombra de un vestíbulo. Los visitantes sintiéronse, el uno como un mozo de cuerda o un fontanero que fuera a examinar las cañerías, y el otro como un intruso sospechoso. El más alto se sacudió su embarazo con un amplio movimiento de hombros: vieja costumbre que tenía de sacudirse gallardamente la invisible carga que llevaba siempre impresa sobre sus hombros desde los tiempos en que descargaba los barcos en el puerto. Lanzó a la doncella una mirada de inteligencia que le hizo parecer más feo aún de lo que era con su nariz redonda, demasiado pequeña para su rostro macizo y blando y sus ojos chispeantes y saltones, demasiado separados el uno del otro (unos ojos de pez malicioso, pensaba yo).

–Adorable chiquilla, tu señor nos espera a las cuatro.

La muchacha se ruborizó un poco y contrajo los labios.

–He hecho bien en no disparar –murmuró José, sorprendido él mismo de oírse aun cuando hablara en voz muy baja.

Entonces divisaron enfrente del primer retrato otro encuadrado en molduras de oro. Copioso y redondo bigote, abultados ojos azules, lentes y cabellera enmarañada y espolvoreada de ceniza. El jefe del partido republicano no tenía aire de ver nada.

–¡Granuja! –bisbiseó José entre dientes.

En aquel instante, como si aquella hubiera sido una palabra mágica, abrióse una puerta sin ruido entre los dos retratos y

apareció el diputado Domingo y Masses –hermoso nombre, sonoro como un hexámetro– con ambas manos extendidas, sonriendo con sus ojos resplandecientes, con su boca sensual, con su ajustada chaqueta y al parecer hasta con sus bruñidos zapatos. Los dos visitantes hubieran podido creerse sus íntimos amigos, de tal modo parecía complacerle su presencia. Su despacho estaba bañado por la verde claridad de un jardín constelado de flores: una Afrodita de mármol rosa con las manos alzadas dominaba su mesa. También tenía el retrato de un mozalbete que parecía un príncipe inglés de Van Dyck. De lo hondo de un sillón de cuero rojo se levantó a medias un señor calvo, bastante grueso, recién afeitado, blancas y tupidas las cejas, para hacer un ceremonioso saludo con la cabeza a los visitantes. Una doble cadena de oro surcaba su chaleco de blancas puntas. José Miró creyó sonreír amablemente, pero no hizo más que descubrir sus dientes de joven lobo.

–Ya está aquí casi en pleno el Gobierno de mañana –decía el señor Domingo con las manos abiertas.

Hablaron una hora, recurriendo a veces a rodeos y circunloquios, interrumpiéndose adrede para encender el cigarro (el señor Domingo les dio la sorpresa de abrir una pequeña caja de caudales disimulada bajo un tapiz para sacar de ella, con una sonrisa radiante, sus más preciosos habanos). A los pies de Afrodita fue desplegado un mapa. El antiguo descargador esbozó en él con el puro un ancho semicírculo en derredor de la ciudad. Un pesado sobre que ostentaba en el ángulo un número de cuatro cifras desapareció en el bolsillo del visitante de chaqueta gris. Conviniéronse fechas.

El señor Domingo acompañó a sus visitantes en persona a la puerta. El otro personaje no se había movido apenas de su sillón. A los cincuenta y seis años don Ramón Valls decía, no sin orgullo: “Yo he empezado a los veintitrés años con doscientas mil pesetas y hoy día tengo dos millonajos. ¡De primera! Y a los sesenta años habré duplicado este capital”. Exportaba aceites de Tortosa, madera de Galicia, mineral de Asturias y libros de Madrid. Un americanismo moderado uníase en él a una campechanería de antiguo armador que no desdeñaba las cenas delicadas en los negocios, dispuesto a asestar inocentemente con una cordialidad admirablemente fingida a la hora de las anécdotas picantes los más pérfidos golpes a su compañero. Este “tragaldabas”, como le llamaban cruelmente algunos jóvenes negociantes a los que vapuleaba, aunque dejándoles el consuelo de creerse mucho más inteligentes que él, obtenía de este modo en los tapices de los salones de fumar y de los despachos particulares el treinta por ciento de sus beneficios, razonabilísimos en apariencia. Su fuerte era juzgar a los hombres y tratar un negocio de cobres, menos con arreglo a las previsiones del mercado que según el carácter del probable comprador.

Al quedarse solo, este hombre enarcó las cejas, cosa que en él revelaba una extraordinaria perplejidad. Sus ojos convertíanse entonces en los de un pobre perro melancólico.

El contacto de hombres que no se asemejaban a ninguno de los que él conocía le causaba un profundo descontento. Cabezas de criminales... Sin embargo, aquel aplomo, aquella lucidez, aquella energía en un propósito más grande en suma que

fructuosos negocios de millones... Al regresar el diputado, el exportador masculló:

–Temibles aliados. ¿Serán mejores que nuestros enemigos?

–Don Ramón, esas gentes son las que hacen las revoluciones. El populacho se encarga de lo más duro de la tarea. Luego los parlamentos la acaban...

–Acabando con el populacho –dijo don Ramón con la voz incolora con que hablaba de los asuntos dudosos.

Los dos visitantes se alejaban, insólitos en la calle rodeada de opulentas mansiones.

–¿Se moverán? –preguntó bruscamente José.

El antiguo descargador volvió a sacudir la invisible carga que pesaba sobre sus hombros.

–Nos necesitan.

–Si se mueven, Darío, tanto peor para ellos.

–No digas eso, chico. Hay cosas que esos zorros oyen a distancia a través de las más gruesas paredes. Tienen el oído acostumbrado.

–¡Y si no se mueven –agregó José–, peor para ellos!

–¡Y peor para nosotros! –cuchicheó Darío–. Chico, creo que esta vez nos vigilan en serio.

Así ocurría, en efecto. Dos señores de sombrero de paja, con el bastón en la mano, bajaban resueltamente la calle a veinte pasos de ellos.

Darío contuvo un súbito malestar. ¡Cómo se estrechan las calles en estos instantes! El dinero del Comité le pesaba en la chaqueta. Por suerte apareció un “auto”. Darío saltó a él. José Miró giró sobre sus talones al borde de la acera, rígido y duro como un maniquí de acero.

Los agentes se acercaban a él, dominados a su vez por un extraño malestar. Aflojaron el paso. A la altura de Miró, que los consideraba duramente, hablaron en voz alta de una tal Conchita mirando para otra parte. Miró echó a andar detrás de ellos. Los cazadores se sintieron cazados. Aquel día se había encontrado en el centro de la ciudad, a cien metros del café Español, a un delator con la cabeza atravesada de parte a parte. Malignos escalofríos les erizaban la nuca cuando el paso medido de Miró parecía unirse al suyo. Miró nos refirió por la noche esta persecución entre carcajadas de chiquillo travieso.

–Os aseguro que acabaron por sentir deseos de echar a correr. No hacían más que volverse a cada paso. Y yo tenía que poner una cara terrible para no reventar de risa. Uno de ellos va y entra en un estanco. El otro se para a la puerta. Yo también. Nos hacemos un guiño. Y entonces el hombre se envalentona:

–“Caballero...

–¿Qué?”

–Caballero, no deben ustedes querernos mal... (¡Ah, qué cara tenía de can apaleado! Os aseguro que en aquel momento ya no le guardaba rencor). Reconozco que nuestro oficio es muy feo; pero tengo tres hijas. Tres hijas, caballero: María, Concha y Luisa (me dijo los nombres y no se me han olvidado, eso es lo más grande), de siete, de ocho y de nueve años. Y una bala en el muslo, caballero, que traje del Rif. Y sin oficio. Pero yo soy simpatizante (¡“simpatizante” me ha dicho!), puede usted creerme. Y si las cosas les salen a ustedes bien, acuérdense de mi nombre. Tienen un amigo en la segunda Brigada: Jacinto Palomas, Palomas. Dígaselo al señor Darío, al cual estimamos porque es un orador notabilísimo.

VI. DARÍO

La jornada de Darío daba comienzo a las seis, como la de las fábricas más tempranas. Después de tomar su café al aire libre, ante uno de aquellos puestos instalados en las esquinas de las calles y en los que los obreros tomaban un rápido refrigerio, aparecía a la hora en que los polizontes se desperezaban en una modesta imprenta de cristales recién fregados, daba una palmada cordial al aprendiz que estaba barriendo y se agachaba entre dos pilas de carteles que mostraban acróbatas amarillos y azules colgados de terciopelos blancos (“The Laurence Brothers. Inimitable Excentric”, en letras deslumbrantes a través del papel) y un enorme rostro de mujer medio amarillo, medio violeta: “Graciosa la Misteriosa”. Más abajo, sepultados entre los carteles, unos montones de pequeños rectángulos amarillos cubiertos de apretado texto atraían la mano de Darío. Y este leía un poco de soslayo viendo con su mirada maliciosa una multitud de cosas a través de aquel pobre papel amarillo. “¡Soldados! ¡Hermanos!” ¡Qué arte había sido menester desplegar para redactar este manifiesto en términos conmovedores y clásicos, para insertar en él las palabras que hablan a la imaginación, “barricadas”, “culatas de aire”, para nombrar al gran fusilado de

1909, para recordar la campaña de Marruecos sin exasperar a los prudentes burgueses de la Liga Regionalista, sin disgustar a los camaradas de la Confederación, sin atraerse el veto de los anarquistas! “¡Hijos del pueblo, colocaos al lado del pueblo! ¡Por la justicia y la libertad! ¡Por el pan de los trabajadores!” Cada cual pondría lo que quisiera en alguna de estas frases mágicas.

A mediodía un silbido estridente congregaba de súbito en los alrededores de una fábrica de Sans, en un barrio de figones obreros, a una muchedumbre de blusas azules. Darío, subido en una silla, sonreía viendo correr por el otro extremo de la plaza a un agente de policía aturdido al que perseguían a pedradas unos cuantos chiquillos. “¡Corre, desdichado, corre! ¡Aún no has acabado de correr!” Así comenzaba Darío su arenga entre una risa estruendosa, despertada ya a la fuerza y la confianza en los trescientos hombres que se aglomeraban en torno suyo, rodeándole con un olor a sudor viril, a grasa de máquinas, a polvo metálico y a alquitrán. Darío encontraba las palabras justas, que se metían en aquellos cráneos. Una boca abierta, una frente humedecida, una mirada exaltada, le revelaban el alcance de sus frases y le recompensaban con creces. Los muertos de Marruecos, los muertos de la guerra, las ciudades destruidas, las fortunas acumuladas “con la sangre, la mierda y el barro”, las banderas rojas triunfantes en Rusia, el hambre invadiendo Europa, los jesuitas, el rey... (la criatura iba a provocar la risa a desahogar la tensión de aquella muchedumbre; pero la voz del tribuno se elevó volviendo a apoderarse, como el atleta que recupera el equilibrio en la barra, de las trescientas almas suspendidas al borde de la risa y encorvándolas a todas

violentemente bajo una ráfaga terrible), “el rey que nos ha fusilado a Ferrer” ... Entonces, sobre aquel odio justo caldeado, Darío arrojaba fríamente para templarlo cifras y palabras precisas: ocho horas de trabajo, salario mínimo, quince por ciento de aumento, moratoria de los alquileres, reducción de los mismos, derogación de las sanciones administrativas. Cada cual, vuelto en sí, medía su sufrimiento cotidiano y su indignancia por la precisión realista de las reivindicaciones.

Este era el momento de la última invocación, lanzada en términos simbólicos, inmensos y vagos, que lo arrastraban todo: solidaridad, justicia, República, trabajo, porvenir. Darío se zambullía entre la muchedumbre, que le abrazaba, le besaba, le interrogaba, se lo disputaba. Un coloso despechugado le murmuró al oído con un aliento de ajo y de vino: “Nos faltan veinte pistolas”. Un cálido murmullo estremecía el ambiente. Los camaradas escoltaban a Darío hasta un patio de doble salida, donde se montaba en su bicicleta para ir a dirigir la palabra a veinte minutos de allí, momentos antes de que sonara la sirena a la hora de reanudar el trabajo. Su palabra seguía vibrando mucho tiempo en las almas electrizadas. Y sintiendo detrás de sí esta estela de energía, se echaba a la nuca la carga de la fatiga, dormía dos horas rendido en la cama de un compañero (una mujer joven lavaba sin ruido junto a la ventana rodeada por la blanca pared de una suave aureola azul: los ojos del tribuno se cerraban contemplando esta imagen tranquilizadora; cuando se despertaba, las prendas de niño puestas a secar a través de la habitación le transmitían su frescura) y a eso de las cuatro entraba, sin llamar, en el local del Comité Obrero.

Acaso fuera esta la hora más fatigosa del día. Porque allí se encontraba con el albañil Cortés, que continuamente estaba pidiendo cuentas, precisando límites, poniendo en guardia contra peligros, denunciando defectos, sembrando sus discursos de alusiones complejas de triple alcance, que no se comprendían al pronto, o declarando brutalmente, con ambos puños encima de la mesa y el pelo enmarañado: “Los camaradas ministrables..., los dictadores en ciernes, por muchos servicios que hayan prestado, acabarán de mala manera.” Cortés clavaba la vista ante sí en el vacío de un espejo empañado. Y cuando estallaban cóleras replicaba secamente: “No aludo a nadie. La historia está ahí, camaradas, para mostrarnos el peligro.” Escuchaba a Darío con una especie de ostensible deferencia. Y dejaba caer su pregunta como una piedra en un agua profunda, haciéndole describir innumerables círculos:

–Tomaremos el poder, ¿sí o no?

Era necesario que Darío se explicase. Ellos no eran hombres de poder. Eran libertarios. Pero tenían que tener en cuenta las exigencias prácticas. Aceptarían todas las responsabilidades de la acción. El Comité sería un órgano revolucionario provisional que expresara la voluntad de la Confederación y no un Gobierno. Darío se daba perfecta cuenta de que se embarullaba, jugaba con las palabras, no se atrevía a sacar conclusiones ni a llamar a las cosas por su nombre. Fermentaba en él un sordo deseo de asestar de súbito un puñetazo en la mesa en la que desahogara toda su furia y gritar: “¡Haremos lo que haya que hacer, me c... en Dios! ¡Y los sacrosantos principios no perderán nada con ello!” Pero esto hubiera sido un principio para el

tranquilo Cortés, que inmediatamente hubiese invocado a Kropotkin, los estatutos confederales, los congresos, Spartacus, Baboeuf, Anselmo Lorenzo, y hubiese obtenido la mayoría en un voto de censura. Darío se afeaba en estos momentos, con su ancho torso ablandado, su pequeña cabeza ladeada en el arrugado cuello y las pupilas incoloras. Una dúctil astucia desencantaba sus gestos y sus frases de asentimiento evasivo. Cortés aprovechaba su ventaja para proponer la creación de una Comisión de Control con poderes para destruir a los miembros del Comité que rebasaran sus derechos... Darío votaba en pro con indiferencia.

–Se pasa al orden del día –murmuraba el viejo Ribas, el presidente, sin levantar su blanca cabeza.

Entonces era cuando se lanzaba Darío. Jamás agitaba este los grandes principios: los hombres de Granollers no habían recibido armas todavía. ¿En qué se estaba pensando? En Sans faltaban veinte pistolas. Pérez Vidal, el peluquero, era un agente provocador. Se sabía desde hacía cuatro días y aún estaba vivo. ¿Por qué el delegado que mandaba el Comité a París no había partido todavía? Así no estarían preparados de ninguna manera para el 19.

Contestábanle voces acaloradas. La habitación se alborotaba. Una mujer joven, cubierta la cabeza con un pañuelo amarillo, aparecía en el marco de la puerta y cuchicheaba sonriente:

–¡Camaradas, se os oye en el patio!

Esta dorada sonrisa, el chorro de agua fresca de esta voz entre sus voces, calmaba a los hombres.

–Volvamos a los alquileres –decía Ribas.

... Yo me encontraba a veces a Darío por la noche en su cuartito sombrío y fresco. El aire y los ruidos de una callejuela, entraban a raudales por el balcón. La sombra gris del alto muro de un convento feudal protegía en las horas de más calor aquella casa, nuestro refugio nocturno. Había vino en grandes vasos sobre la mesa de blanca madera. Una ensalada de tomate, pimiento colorado y cebolla, en la que cada cual pinchaba a su antojo, consumaban la semejanza con un modesto albergue. Darío bebía. Sus ojillos verdosos reposaban. La deformidad inicial de sus facciones parecía diluirse. Hablaba de la próxima sublevación con una confianza comunicativa:

–Sí; todos esos lectores de “La conquista del pan”⁷ no creen en el fondo en el triunfo. Lo principal para ellos es resistir una semana. Después cada cual cuenta con marcharse a la Argentina, porque tienen la vocación del martirio colectivo y del amor individual del sistema. Es lo mismo. Lo importante es empezar. La acción tiene sus leyes propias. Una vez lanzados, cuando ya no sea posible retroceder, ellos y nosotros haremos lo que haya que hacer. ¿El qué? No lo sé, camarada. Pero seguramente muchas cosas que ni siquiera nos imaginamos... Hay que quemar los barcos. Si Hernán Cortés no hubiera quemado los suyos, sus conquistadores se hubieran vuelto a embarcar cobardemente. Hay que quemar los barcos... En 1909 la hemos dominado durante tres, sin que por otra parte se nos ocurriera otra cosa mejor que prender fuego a unas cuantas iglesias. No teníamos jefes, ni plan, ni idea directriz ninguna.

⁷ Libro de gran éxito de Piotr Kropotkin.

Ahora necesitamos quince días para ser poco menos que invencibles.

¿Cómo? Evidentemente, Darío no revelaba todo su pensamiento. ¿Profundizaba él siquiera en la cuestión? Hacíase explicar los acontecimientos de Rusia arrugando la frente como un colegial atento al que le cuesta trabajo seguir la lección. Y después, incorporado vivamente, exclamaba con alegría.

–A mí me parece que nosotros vamos alcanzando a los rusos. ¡Va a ser magnífico, Europa ardiendo por sus dos extremos!

Darío dormía frecuentemente en aquel cuarto después de conciliábulo prolongados hasta la hora en que la ciudad se iluminaba de alegría. Un resplandor de incendio elevábase de las calles iluminadas por encima del tétrico convento. En la callejuela se anudaban parejas, inmóviles en el umbral de las viejas puertas de labrado aldabón. Darío se asomaba unos instantes al balcón, aspirando la fresca palpitante de la noche, extendiendo sus vigorosos brazos, hechos para transportar cargas de ochenta kilos, abierta la boca ante un grito estridente y cansado que era necesario contener. Con paso vacilante volvía a entrar en el cuarto, en el que ardía sobre la mesa, entre los vasos de vino y los restos de la cena, un quinqué sin pantalla. Atravesaba con muelle paso de fatigado felino la indigente claridad amarillenta y penetraba una obscura alcoba situada bajo la escalera, en la que solo había sitio para un camastro y una silla. Allí se acostaba sin luz, estrecho como en una mazmorra, con la pistola a la cabecera. Pero a veces un ruido como de ratón le hacía alargar la mano y descorrer el cerrojo.

Lolita se deslizaba hacia él, desnuda, bajo su manta de indiana a rayas azules y rojas –entonces invisible–, esbelta, fresca y, sin embargo, ardiente. La muchacha se apretaba contra él sin proferir palabra. Él buscaba su rostro y solo encontraba sus labios fervientes: “Deja que te vea”, decía, y frotaba una cerilla contra la pared. En sus dedos brotaba una maligna estrella azulada, como una silbante araña de fuego. El fino rostro mate, de grandes ojos negros engarzados en profundas órbitas oscuras, avivados ahora cada uno por su destello, se dejaba caer en el hueco de su brazo con una dulce sonrisa de angustia. Darío la contemplaba mientras duraba aquella efímera luz que le cosquilleaba los dedos. Amábanse en las tinieblas, en silencio, porque él estaba cansado y con prisa y porque ella se sentía siempre a punto de perderle.

VII. LA TRAMPA, LA FUERZA, EL REY

En aquel preciso instante sonó el timbre del teléfono en el silencioso despacho del subdirector de Policía, viejo funcionario tozudo, de rasurado rostro de comediante. Don Felipe Sarriá dejó el cigarrillo en un cenicero niquelado. “¡Diga! ¡Ah! ¿Es usted? Muy bien.” Al otro extremo del hilo, la voz contenida se debatía contra el estruendo de una orquesta. Duros tacones martilleaban rítmicamente las tablas. Esto producía un ruido de granizo pertinaz sobre aquella voz prudente. El hombre debía de hablar entre los bastidores de un cabaret. El subdirector escuchaba con sumo interés. “¡El mismo! Bien, bien. En casa de Lloria. Calle San Jerónimo, 26. Un momento. ¿Dice usted en el primero? ¿La alcoba está a la derecha, bajo la escalera, al fondo del pasillo? ¿La ventana más próxima da al patio? ¿No es eso...? Adiós.” La voz insidiosa se calló en el receptor. El subdirector dio vuelta a una llave y la estancia se llenó de luz. Entonces pudo verse el retrato de cuerpo entero del rey, realzado por las doradas molduras del marco, entre la caja de caudales y el armario de seguridad que contenía el fichero de los confidentes. El funcionario tuvo una sonrisa siniestra bajo una mirada

oblicua. Don Felipe buscó en un gran fichero la ficha de Lloria, casado con Sardá, María (Lolita), de veintisiete años... De otro fichero, en el que estaban los planos de las casas habitadas por los militantes “muy peligrosos”, inscritos en el repertorio A 2, don Felipe sacó un rectángulo más interesante: las puertas, los patios, la altura de las ventanas, los ángulos de los pasillos; todo ello se ordenaba claramente ante sus ojos, y aquel trazado perfecto, realizado por un buen alumno de la Escuela de Artes y Oficios, se convertía en el de una trampa... Con la punta del lápiz, don Felipe trazó lentamente y con aire soñador una elipse en el plano, en la alcoba donde dormía Darío. Luego, absorto siempre, agregó tres puntitos que fueron la ínfima reducción esquemática de un rostro. “Claro, claro.”

La punta del lápiz trazaba mecánicamente otra elipse, sintetizando otra cabeza, un poco más fina, pegada a la primera: un rasgo casi imperceptible representaba la boca. Sólo entonces el funcionario salió de su abstracción. Dos hombres en el patio. Dos hombres en la calle. Tres para llevar a cabo la detención. Ninguna salida. Trampa perfecta. Magnífico. Don Felipe se frotó las manos. Iba a llamar, a cerrar aquella trampa con una simple presión de los dedos en la penumbra. El rey aprobaba silenciosamente desde lo alto de su deslumbrante marco, que encuadraba un fondo de terciopelo púrpura. Pero, pero...

Pero la cólera de aquellos miles de obreros al día siguiente en los barrios bajos, el frío furor de todos los hombres del fichero A (“peligrosos”) invadiría la ciudad, invisible, contenida, pero vehemente, pronta a estallar en clamores o, lo que era peor, en las detonaciones secas de las pistolas. A buen seguro, dos o tres

agentes habrían muerto por la noche. Don Felipe escrutaba el porvenir. ¿Y después? Después quedaba la vasta incógnita de la iracundia de las masas. Pero el hombre que dormía en aquel papel marcado ahora con dos óvalos (“¡Anda! –pensó a pesar suyo don Felipe, asaltado por múltiples pensamientos procedentes de las profundidades en que no penetra ninguna luz–. Dos cabezas, una contra otra...”), el hombre aquel era temido por la Liga, Regionalista más que por nadie. ¿Detenerlo? ¿Exasperar a los obreros para tranquilizar a los regionalistas? El cálculo añadió su grano de oro en la invisible balanza en que ya pesaba el grano negro del miedo.

Al día siguiente enterramos a Juan Bregat. Se había matado por accidente al manejar una pistola con una alegría y una torpeza de niño. Los camaradas habían dejado su cadáver en una callejuela desierta, y se creía por la generalidad en un crimen policíaco. Nosotros estábamos mejor informados. La bala le había atravesado la frente por encima de la ceja izquierda, y el orificio, negro por los bordes y tapado con un trozo de algodón, le prestaba un aire de joven fusilado. Lo trágico absoluto de la muerte se reflejaba en la dureza de sus facciones crispadas, en el tinte verdoso de la piel, en el olor insípido que exhalaba la lívida carne (viril ayer), en el vuelo pertinaz de las moscas sobre la boca ensombrecida, y de muy otra manera, en vivo, hecho carne y dolor, en una silueta negra

erguida a la cabecera, erecta y a un mismo tiempo quebrada de la que solo se veía una intensa palidez bajo el velo y dos manos crispadas, una sobre otra (que me hicieron pensar, por su rígida tensión, en las manos yertas de las plañideras que se observan entre las figuras de piedra de las catedrales). “¡La primera sangre!”, decíase en torno al muerto en la reducida y blanca sala del hospital. Los militantes desfilaban por su lado con rostro grave y murmurando casi en voz alta, como si pudiera oírles: “¡Adiós! ¡Adiós!” Estacionábanse en el corredor y en el patio de enrejadas ventanas, comentando aquella muerte, acaso insensata, a la que su fe confería ahora un sentido superior. Que la luz humana se extinga de súbito en un joven y entusiasta cerebro, ¿no es la cosa más absurda por excelencia, sea cualquiera la forma como suceda? Pero entre caer a causa de un gesto torpe al cargar el arma en vísperas del combate y recibir una bala perdida durante un tiroteo, ¡qué diferencia! Ser el primer muerto de la sublevación o la última víctima del motín parece más absurdo todavía, pero la necesidad exige que haya que llorar a estos hombres. O caer después del combate, vencido, juzgado, bajo las doce balas de doce miserables soldados, a los que se odia con toda el alma en este atroz minuto, pero a los que se perdona, sin embargo, gritándoles: “¡Hermanos!” Nadie puede elegir su hora. La primera sangre vertida en vano (pero, una vez más, ¿se sabe nunca qué sangre es vana y cual fecunda? ¿Y no se debía también a una fecundidad de la sangre aquel sentimiento de fuerza que experimentábamos unos cuantos miles al dirigirte nuestro adiós de combatientes, pobre Juan?) era la más pura, la de un joven

obrero de mirada clavada firmemente en la vida, amado por una mujer y un hijo, amado por todos nosotros.

No hubo ni cánticos, ni música, ni palabras. Una vez cerrado el féretro sobre aquella frente enérgica fue alzado por manos anónimas en un silencio en el que yo creía oír los latidos de los corazones. El ataúd flotó por encima de nuestras cabezas, llevado, hubiérase dicho, por una oleada humana de color azul, porque casi todos aquellos hombres iban, como de costumbre, con blusas azules, con alpargatas y con gorra. Habían acudido pocas mujeres a causa de la angustia imprecisa que se cernía sobre nosotros. Algunas obreras se apretaban a sus hombres. Las cintas rojas de las coronas se adherían como llamaradas al coche mortuario sin cruz, negro y desnudo. Los cabellos negros hendían la muchedumbre sacudiendo sus altos penachos. Nosotros, aquella muchedumbre, primero unos cientos de hombres, luego varios miles, después las oleadas de gente de la calle, precedíamos, rodeábamos y seguíamos al solemne cortejo envuelto en un extraño silencio; roce de pasos innumerables, murmullos, y dominándolo todo, concentrada en torno al cuerpo de la agujereada frente, una espera agobiante, callada, indecible, como si un cántico fuera suspendido de todos aquellos mudos labios pronto a elevarse, un cántico o un clamor, un clamor o un sollozo..., no, no: un grito, un arrebató... Los estuarios de las calles se abrían ante aquel cortejo como el porvenir ante los actos, y poco a poco nuestra masa se iba formando en columna, que se diferenciaba por la indumentaria obrera (en ella ponían su mancha aquellos soldados), y por su aire de tensión de la gente heteróclita y pasiva que nos veía

pasar al borde de las aceras. Atravesamos un barrio rico arrastrados por los altos penachos negros, más bien empujados por el indecible ímpetu, por aquel cántico de nuestros mudos labios, que llevándolo dentro de nosotros. Había un aire de desafío en los pasos, en las miradas, en los cuadrados hombros, en el atiesamiento de las nuca. Las opulentas mansiones nos veían desfilas, mudas también ellas, semejantes a rostros de ojos cerrados. Medrosas caras, de ojos desmesuradamente abiertos estas, nos dirigían a través de los visillos tenaces miradas de inquietud. Llegamos a amplias y tristes arterias. Los edificios iban escaseando. Ya no había curiosos. Apenas de tarde en tarde algunos grupos en el umbral de las puertas. Viejas o chiquillas preguntaban: “¿Quién ha muerto?”, sorprendiéndose al oír pronunciar el nombre de un desconocido y ver los miles de hombres que conducían a este desconocido al cementerio, con paso decidido, como se marcha al encuentro de los vivos. En aquel momento formábamos una larga columna, casi uniformemente azul y gris, de cadenciosos movimientos. La fuerza pública desaparecía al acercarnos nosotros. Los jóvenes, muy numerosos, guardaban en su ligera ropa el arma pesada que a veces distendía el bolsillo. A toda mirada insistente sus ojos contestaban con miradas siniestras y duras, súbitamente preparados. Ya no éramos, a decir verdad, los acompañantes de un muerto, sino una fuerza de choque en marcha, con el alma en tensión y las manos prestas.

Oculto detrás de los visillos, Darío nos vio pasar, midiendo en su espíritu nuestro ímpetu y pensando que la sangre de Juan Bregat, ¡pobre muchacho!, cimentaba lo suficiente la fuerza

obrero. Nadie, salvo don Felipe Sarriá (el único que no hubiera debido saberlo), y que sabiéndolo casi todo ya no podía hacer casi nada.

La tarde había estado fresca. La noche fue bochornosa. Pesadas nubes, arrastradas por cálidas ráfagas, avanzaban hacia la ciudad desde las abrasadas mesetas de Castilla y desde más lejos, sin duda, del desierto africano. La muchedumbre deambulaba por los paseos con más lentitud que de costumbre. Los cuerpos estaban húmedos, las luces eran crudas, las sombras opacas. Y he aquí que un fluido fue pasando de unos en otros excitando los nervios de todos aquellos que un momento antes caminaban con paso indolente bajo los agobiantes árboles. Los que subían hacia la alta plaza se volvieron electrizados y bajaron hacia el puerto. Los arroyos humanos afluyeron de todas partes hacía la muchedumbre densa y rumorosa, súbitamente congregada no lejos de un café en el que fulguraban enormes letras de fuego perpendiculares: BRASIL. Un reluciente automóvil, semejante a un formidable coleóptero de verdes reflejos, se había detenido allí. A su alrededor volaban a montones blancas hojas, devoradas con más avidez por las miradas y las manos que las rosas en las batallas florales. Y cuando aparecieron dos hombres, de pie en los asientos, erguidos sobre la muchedumbre negra y movediza, crudamente iluminados por las letras de oro BRASIL, el murmullo del océano

humano se convirtió en crepitar de aplausos, luego en prolongada aclamación, y, por último, en clamor. La ovación, decreciente y renaciente, se diluyó en un estruendo lejano. El señor Domingo y Masses saludaba a la muchedumbre inclinando su cuidada barba, extendiendo sus manos, enseñando sus fulgurantes dientes en una sonrisa. Reclamó silencio para que, más macizo y más rudo, con un rostro cuadrado de regidor flamenco, pudiera hablar el caudillo de la Liga Regionalista. Su voz cortante restalló como una bandera a impulsos del viento.

Los camaradas formaban una mancha en esta muchedumbre perfumada, cuyo entusiasmo no compartían. Si el señor Domingo hubiera sentido posarse en él sus recelosas miradas, hubiérase disipado su sonrisa triunfadora como se diluye de día la luz de una vela que de noche logra, empero, proyectar tan grandes sombras...

-¡Salud, Lejeune!

-¡Salud! Se dice que las Juntas de Infantería...

-Sí.

-Esta mañana han matado a un provocador en San Andrés...
¿Todavía andáis liados con esos farsantes?

-Ven a tomar un refresco.

A la misma hora que la víspera, la misma llamada telefónica obligó a don Felipe a sacudir su cigarrillo en el cenicero niquelado. Una rara voz blanca temblaba esta vez al extremo del hilo. Don Felipe hubo de captarla al vuelo. “Diga, diga. Sí... No entiendo... ¿Cómo dice? ¿Que lo han matado? ¿Dónde? ¿En su casa? ¿Pérez Vidal?” ¡Menos mal!, –pensó don Felipe. Después de todo, aquella puñalada llegaba a tiempo. Significaba una economía muy inestable, porque una vez descubierto Pérez Vidal había que pagarle el viaje a Buenos Aires. “¿Se cree usted descubierto? Sí, cuente conmigo. Pero si no está usted muy seguro de la cosa, espere dos o tres días. Puede que se encuentre usted bajo la impresión de este triste suceso...”. La voz blanca se debatía al extremo del hilo como un pez en la red. ¡Dinero, dinero, y a tomar enseguida el rápido de Madrid! ¿Esperar? El hombre que hablaba allí experimentaba un vago dolor nervioso en la parte del pecho donde Pérez Vidal había sido atravesado por una fina hoja “triangular”. “¡Cuente conmigo!”, – repitió don Felipe, pero al mismo tiempo pensaba que acaso dentro de tres o cuatro días los hombres del repertorio A2 le harían una nueva economía.

Sin embargo, suspiró al acordarse del pobre diablo melenudo, tendido, sin duda, en aquel momento en la mesa de mármol negro de los asesinados. La laringe les distiende de modo extraño la piel de la garganta como si tuvieran dentro una cuerda tirante. Los dedos de los pies, provistos de uñas disformes, son miserables y trágicos. Buen confidente era Pérez Vidal. Mejor que este... Menos cobarde. Tenía el atrevimiento de escribir. Era imprudente. Pero no embustero ni exagerado.

¡Qué lástima! Don Felipe encendió la luz. Una blanca claridad inundó la estancia. La luz sentaba bien. Entre la caja de caudales y el armario de seguridad que contenía el fichero de los agentes secretos –la “caja de los confidentes”– surgió la sonrisa siniestra del rey sobre un fondo de púrpura reflejando las macizas molduras del marco. El rey parecía salir todo engalanado de algún sitio dudoso, descarnado, alargado la mandíbula por una fofa beatitud. Don Felipe dio unos pasos. El andar sobre la espesa alfombra le comunicaba siempre una sensación de seguridad. A través de la ventana ojival penetraba el fuerte aroma de los jazmines. En un reducido patio sonaba el murmullo débil de un surtidor. Don Felipe prestó atención a este rumor dulce, gracias al cual, la noche, de negra, tornábase azul. Aquella canción sin palabras poblaba de voces tranquilizadoras el agigantado silencio. Mas he aquí que un vasto clamor de muchedumbre, lento y poderoso como la marea, corrió sobre el patio, entró por la ventana, llenó la iluminada sala y vino a derramarse inasequible en torno al rey feliz. El clamor se extinguió y volvió a sonar un poco más cerca, un poco más fuerte.

Don Felipe volvió hacia el fondo de la estancia. El rey sonreía en el vacío a bajos deleites que parecía dejar detrás de los rojos cortinajes del fondo. Por primera vez en su vida, Don Felipe consideró al augusto retrato con una especie de odio que él mismo se extrañó de experimentar. Feo retrato. Sonrisa desagradable. (Un encogimiento de hombros). “La verdad es que tiene aire de estar pensando en cosas feas.” El trueno seguía

resonando aún sobre los paseos, don Felipe se sorprendió, diciendo en voz alta:

–Por mi parte, majestad, yo paso los Pirineos.

Y como antaño en el colegio, en cuanto el maestro de latín se volvía de espaldas, el pequeño Felipe le sacaba la lengua con su complicado gesto que era su mayor secreto, su más venenosa arma, el subdirector de Policía, quincuagenario, glabro y sesudo, le sacó la lengua al rey.

VIII. MEDITACIÓN SOBRE LA CONQUISTA

Noches. Nuestros pasos en la noche. Nuestras voces, estas voces meridionales, sonoras como platillos.

–Este es el país de la lotería –gritaba Eusebio–.

¿Quién no va a jugarse la vida en la lotería de las barricadas?
El todo por el todo.

Nosotros no éramos, a decir verdad, ni germanófilos ni aliadófilos, términos consagrados por los periódicos. Pero a cada resquebrajamiento lejano del suelo castigado por los obuses del Somme, en la Artois, en la Champagne o en el Mosa, sentíamos crujir mejor los cimientos del Mundo. “Después de la derrota, ¡qué grandiosa *Commune* de París!” Los desertores exageraban las leyendas sobre las sublevaciones de abril en el ejército azul celeste terriblemente cansado. “Vamos a tener una revolución alemana” –afirmaban otros que parecían más audaces. Alemania y Austria no vivían ya sino con alimentos químicos, según afirmaban ya todos los días los periódicos de los aliados. *Commune* francesa, *Commune* alemana –después de la *Commune* rusa– veíamos ya agitarse en las brumas del futuro

estas exaltantes banderas rojas. Eran necesarias a la razón, a esta obscura confianza en el universo, sin la que la vida no se concibe para el que tiene los ojos abiertos. ¿O es que ya no se rompería el círculo absurdo? Después de aquella guerra, de aquellos millones de muertos, de aquella Europa desgarrada, ¿conoceríamos de nuevo la paz de antaño bajo las viejas banderas multicolores que engalanasen los osarios? Aquella ciudad, aquel país condenaba la guerra desde lo más profundo del alma. Los periódicos no lo decían porque mentían (y las agencias de propaganda de los beligerantes renovaban mensualmente sus motivos para mentir); pero todo el mundo lo proclamaba. Vivíase en la espera de una catástrofe que fuera a la vez un castigo y un renacimiento, una rehabilitación de la energía humana, una nueva razón de creer en el hombre. La revolución rusa, primera señal, había revivido esta espera universal. Couet llevaba a veces pesadas botas de soldado, gracias a las cuales le reconocían en los tranvías como desertor. La gente le miraba. Una vez le preguntaron: “¿Desertor?”. El contestó afirmativamente con gesto altanero. “¡Ah! Ha hecho usted bien, joven” –le dijo un viejo bien trajeado, poniéndole la mano en el hombro. Otro aprobaba con una sonrisa. Un carnicero que estaba expendiendo carne, y al que yo di por abreviar la misma respuesta, aun cuando fuera falsa, se limpió vivamente la mano y me la tendió cordialmente. En las fábricas los obreros se ofrecían a trabajar semanas incompletas para que no se despidiera a los desertores, aquellos fugitivos que, sustrayendo su vida a los huracanes del frente, parecían defender la existencia.

Y esta ciudad, este país, pacíficos, nerviosos, felices, voluptuosos, tendidos a la orilla del mar azulado, escuchaban los ecos asordados del cañoneo, oían latir el corazón rendido de la Europa herida y se nutrían con la sangre vertida como lucrativo pasto. Nosotros trabajábamos para la guerra. Todos, más o menos, éramos obreros de fábricas de guerra. Tejidos, cueros, calzado, conservas, granadas, piezas de máquinas, todo hasta la fruta –naranjas perfumadas de Valencia–, todo lo que nuestras manos hacían, manipulaban, embalaban, era absorbido por la guerra. La guerra lejana hacía construir fábricas en este país pacífico, las llenaba de obreros, procedentes a veces de los abrasados campos de Andalucía, de las montañas gallegas, de las áridas planicies castellanas. La guerra hacía subir los salarios. La guerra desencadenaba aquella fiebre de vivir y de reír, de derribar a la mujer en los divanes de los tugurios, de ver revolotear a las bailarinas de desnudos senos en los cafés–conciertos, porque tras el trabajo presuroso, en aquella presencia incesante de la muerte y de la locura, era necesario “sentirse vivir”. Avidez de los hombres de blusa soltados al atardecer por las fábricas, miserables, pero musculosos, sin vivienda en la que valiera la pena acodarse bajo la lámpara, pero llevando en el fondo del bolsillo la peseta de una noche de placer falsificado, sin confianza en el porvenir, o más bien sin otra confianza que la de su incubada revuelta.

Toda ciudad es múltiple. La nuestra era aquella. Nosotros no penetrábamos en las demás. Había la de los hombres de negocios calculadores, alimentados en los buenos restaurantes, que desnudaban por la noche a las criaturas de lujo que nosotros

veíamos en las limusinas. Había la de los curas, los frailes, los jesuitas en sus monasterios rodeados de vastos jardines, semejantes a ciudadelas; la del odiado Poder: generales condecorados, policías comprados por un duro, carceleros, confidentes; la de los escritores, los catedráticos, los periodistas, ciudad de las frases hechas, de los textos y las ideas tóxicas, de las alquimias lucrativas; la de los espías, laberinto de zapas y contrazapas, de citas secretas, de traiciones múltiples como ecuaciones de varias incógnitas: Agencia Segunda, cónsules, Herr Werner, corretaje por Ámsterdam, Mata Hari llevando en su bolsillo una dirección, otra ecuación exactamente idéntica a esa última bala del tiro de gracia que habían de dispararle en la sien unos meses después al pie de los muros de Vincennes. Los espías se cruzaban a veces en nuestro camino, prontos a despojarnos de nuestra fuerza viva, como despojan a los cadáveres los ladrones en los campos de batalla. Ofrecían dinero y no pedían nada: ¡habilidad suprema! Numerosos agentes secretos verían hecha o deshecha su carrera por la huelga general, ruina posible de las industrias que trabajaban para la Entente. Toda una canalla oculta, que con su saliva pegaba de este modo hilos de araña a los miembros del coloso proletario, dispuesto para saltar, imaginábase que movía a este a su antojo como si fuera un muñeco. Esto nos hacía reír. “¡Qué sorpresa, hatajo de bribones, como marche la cosa!”

En estas ciudades la sangre de Europa y el esfuerzo de tres mil proletarios hacían brotar un manantial extraño dividido en una multitud de arroyuelos de oro. Nosotros lo sabíamos. ¡Encadenamiento de las cosas! Darío lo explicaba: “... Ellos no

pueden someterse ya a los burócratas de Madrid ni a los caciques de los pueblos. Ni sus fortunas ni sus empresas quedarán aseguradas en tanto que conserven el poder las viejas camarillas palatinas y sus taifas de covachuelistas devotos, vagos y corrompidos que se venden por un real. Se asfixian y el dinero les asfixia –agregaba Darío riendo–, y nos necesitan a nosotros para que les saquemos las castañas del fuego. Por nuestra parte, nosotros les necesitamos a ellos para quebrantar la vieja estructura. Después, ya veremos... Sí, ya veremos. Conocemos la historia. Una vez derribados los monárquicos y espantado el clero, la república instituye el orden tres o seis meses después ametrallando a los obreros. La tradición es vieja. Pero ya veremos. No siempre vamos a ser nosotros los más débiles. Mucho más con lo que se prepara del otro lado de los Pirineos... Se puede retorcer el cuello a las tradiciones, ¿eh? Nosotros somos la fuerza, la única fuerza... En el 73, Alcoy y Cartagena han resistido muchos meses. También nosotros hemos tenido nuestras *communes*, de las que ha de acordarse la gente dentro de poco. ¡Va a ser magnífico, hombre!”

Magnífico es ya llevar dentro de nosotros esta conquista. Yo dudo, pero es porque soy un recién llegado en la ciudad; yo no siento como tú en mis propias venas ascender la fuerza de este pueblo. Muchas veces os veo, a pesar mío, con los ojos escrutadores de un extraño, y entonces observo vuestra inexperiencia, vuestra organización embrionaria, vuestro pensamiento, que se revela a grandes rasgos y proyecta aquí y allá grandes resplandores, pero no sabe coordinarse, precisarse, disciplinarse implacablemente, severo consigo mismo, para

transformar el mundo. Unos cuantos miles de sindicatos entre trescientos mil proletarios. Pequeños sindicatos, que son, en realidad, círculos más o menos anarquistas. Doctrinas rayanas en la ilusión, sueños ardorosos prontos a convertirse en actos porque seres enérgicos viven de ellos (y porque en el fondo no son sino simples verdades elevadas a la categoría de mitos por espíritus demasiado toscos para operar con teorías). Verdad es que basta el llamamiento de un sindicato de un centenar de camaradas para que varios miles, y acaso docenas de miles de proletarios, se lancen a la calle a nuestro lado. Verdad es que desde hace más de diez años el Gobierno consigue que se construya en esta ciudad una nueva cárcel. Los compañeros de la construcción no están por la faena. Se ha intentado recurrir a obreros de provincias; pero han bastado unas cuantas explicaciones y algunas cabezas abiertas para inculcarles el sentimiento del deber proletario. Darío, yo no sé si venceremos. No sé si nos portaremos mejor que los de Cartagena o Alcoy. Es muy posible, Darío, que seamos fusilados al término de toda esta historia. Dudo de hoy y dudo de nosotros. Por tu parte tú transportabas ayer fardos en el puerto. Encorvado bajo la carga hollabas con paso elástico las oscilantes tablas colocadas entre el muelle y el entrepuente de un vapor. El agua negra y grasienta te devolvía abajo la imagen de un esclavo gigante de horrible rostro (porque un polvo agrio se incrustaba en la piel de tu cara), doblegado bajo una carga de atlante. Tu empapado torso fulguraba bajo los rayos del sol. Yo, por mi parte, llevaba cadenas. Expresión literaria, Darío, porque no se lleva más que un número de matrícula, aunque esto sea igualmente pesado.

Nuestro viejo Ribas, el del Comité, vendía cuellos de camisa en Valencia. Cortés empleaba el tiempo en triturar guijarros en muelas mecánicas o perforar dentadas ruedas de acero. ¿Qué hacía Miró con su agilidad y su musculatura felinas? Engrasaba máquinas en una nueva fábrica de Gracia. A decir verdad, somos esclavos. ¿Conquistaremos esta ciudad? Mírala, esta ciudad espléndida. Contempla sus luces, sus fuegos, escucha estos ruidos magníficos: autos, tranvías, músicas, voces, cantos de pájaros, pasos, muchos pasos, y el murmullo indiscernible de las telas, de las sedas. ¿Será posible conquistar esta ciudad con estas manos, con nuestras manos?

Bien que te reirías, Darío, si yo te hablara así en voz alta. En tu mirada maliciosa descubriría un pensamiento irónico que, por lo demás, tú no confesarías. Tú desconfías de los intelectuales, y sobre todo de los que han saboreado los venenos de París. En esto tienes razón. Tú dirías, abriendo tus gruesas manos de dorso velludo, fraternales y sólidas: “Por mi parte, yo me considero capaz de conquistarlo todo, todo.”

De este modo nosotros nos sentimos inmortales hasta el momento mismo en que ya no sentimos nada. Y la vida continúa cuando nuestra gota de agua ha vuelto al océano. Mi confianza se une en este punto a la tuya. El mañana es grande. No en vano habremos madurado nosotros esta conquista. Esta ciudad será tomada, si no por nuestras manos, al menos por manos semejantes a las nuestras, aunque más fuertes. Más fuertes, acaso, por haberse endurecido mejor, gracias a nuestra debilidad misma. Si nosotros somos vencidos, otros hombres, infinitamente distintos de nosotros, infinitamente a nosotros

parecidos, bajarán una noche análoga, dentro de diez, de veinte años (esto es lo de menos), por esta misma rambla pensando en la misma conquista. Estos hombres pensarán en nosotros, que quizás hayamos muerto. Acaso pensarán en nuestra sangre. Ya creo verlos y pienso en la sangre suya, que ha de correr también. Pero ellos tomarán la ciudad.

–La ciudadela –decía Darío– hemos de tomarla desde el interior.

IX. EL TORERO

Un acontecimiento, fútil en apariencia, vino a cruzarse con el nuestro y entusiasmar de otro modo a las oleadas de la ciudad. Fervorosas multitudes se estacionaron noche y día en el paseo ante las ventanas del hotel en que se alojaba Joselito. Alborozadas ovaciones acogían su aparición en el balcón. Su auto no podía avanzar a través de la densa muchedumbre, que le arrojaba flores y que no le despedazaba cada vez el traje, sino gracias a sus robustos acompañantes, cuyos empujones cordiales eran enérgicos como puñetazos. “¡Viva Joselito! ¡Ole! ¡Ole!” Un vocerío ensordecedor rodaba detrás del rojo carruaje, en el que sonreía satisfecho, bajo el sombrero ancho, un perfil agudo y curtido, con la nariz aguileña de piel roja que supiera llevar el sombrero planchado. Perdimos un domingo precioso, porque Joselito tenía que matar este día a su toro. La estocada de este torero andaluz parecía venir a parar el golpe que amenazaba la monarquía. Todo fue olvidado, y no quedó más que el torero. “Mata como los propios ángeles”, escribían los periódicos. “¡Vamos a ver a Joselito! –gritaba Eusebio–. ¡Así nos peharemos mejor después!”

Cuando Joselito salió al ruedo un murmullo corrió pesadamente por las graderías. Diez mil pares de ojos se clavaron en aquel atleta de medias de seda y chaquetilla marrón bordada en oro, cuadrado de hombros y estrecho de caderas, que saludaba con la montera a la otra ciudad: al capitán general, un grueso señor condecorado; al gobernador, patillas blancas y traje negro; a los personajes notables de su palco, tapizado de terciopelo granate; a las damas, acodadas sobre flotantes tapices cubiertos de arabescos, semejantes desde lejos a fantásticas flores, y con negras mantillas sobre las altas peinetas, marfil en los rostros y de los brazos desnudos, jugueteo de abanicos. Ovaciones y aplausos llegaron hasta nosotros de la ciudad enemiga, situada en la plaza en los tendidos de sombra. Joselito saludó después, aunque más discretamente, con una leve inclinación de la cabeza, al pueblo, a los miles de cabezas ardientes, sobre las que el sol caía de plano. “¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!” Joselito acogió con una sonrisa divina aquel clamor del huracán.

El toro se precipitaba con un galope sonoro aunque asordado, como el latir de un corazón formidable, hacia este hombre resplandeciente, admirado por la multitud, en el que se concentraba en el silencio repentino, rodeándole de una especie de campo magnético, la viva luz de las miradas y la pasión mal contenida de diez mil hombres. Era un animal de raza, de tan poderosa testa que parecía corto de miembros. Deslumbrado y furioso, ebrio de ruido, de sol, de colores, de sangre caliente, el animal se debatía solo desde hacía diez minutos eternos contra relucientes fantasmas. Cada vez que creía alcanzar, el fin, de una cornada al ágil fantasma perseguido, su poderoso furor

engañado se perdía en los pliegues, de trémulo burlón, de un capote fugitivo. Colores intensos de los que no se ven ni en las sierras ni en las llanuras andaluzas ni en la misma sangre, el violeta, esa llama casi negra, el rojo más rojo que la sangre, el azul cegador, el esmeralda líquido y duro a la vez se desplegaban, fulguraban, y el hombre, el dorado espectro, reaparecía más lejos, inaccesible.

–¡Eusebio!

–¿Qué?

Las cabezas, los torsos, las manos, se entrecruzaban en torno a nosotros sobre las graderías como una vegetación tropical. Un fuerte olor a carne cálida y vibrante (que habla del hombre en masa y del sol) hace palpar las aletas de la nariz. Yo percibo también el ácido aroma de las naranjas que devora una muchacha ávida, de la que solo diviso la opulenta cabellera negra (que exhala un vago olor a almendra) y la línea bronceada de la nuca, que me ha hecho pensar por un brevísimo instante en los tallos de prodigiosas flores, en la arrogancia de las altas palmeras, y, por último, en el perfil entero de un cuerpo bronceado terriblemente fino, duro y cálido.

–¿Qué pasará mañana, Eusebio?

Aquella frente cuadrada, humedecida, de legionario romano, aquellas pupilas agrandadas como la de los gatos en la sombra, con sus múltiples reflejos; aquella nuca de una sonrisa, bonachona que podría creerse esculpida en una vieja y rugosa madera por una mano bárbara, no me han considerado nada más que un segundo.

Porque en lo hondo del cráter el toro levanta con sus potentes cuernos a un caballo y a un hombre, a un caballo de hendido vientre y a un hombre angustiado. Una espuma rosada asoma a la boca del jamelgo. Nosotros oímos su resuello y es horrible que no pueda gritar, que solo ese resuello le quede. El toro escarba sus cálidas entrañas y agita a tres metros de altura al picador, enloquecido fantoche que busca con la mirada un sitio donde caer... Hombre y caballo han sido derribados, las verdosas y humeantes serpientes de las entrañas cubren la arena. ¡Ah! Todo se derrumba. ¡Al fin, toro, tienes al enemigo! ¡Al fin vences, pasas, vives!

Pero no. El señuelo de un capote violeta te arrastra ya, fiera triunfadora con la que se divierte la gente.

¿Qué bruma nubla tus ojos, Lolita, en sus órbitas profundas? Como un copo de nieve posado de súbito en la mano es tu mirada.

El animal tomaba otra vez impulso, babeante al hocico, sudoroso al espinazo. En su ojo vitrificado, inyectado de sangre, un fulgor de inteligencia, ínfima llama en el fondo de un pozo, luchaba con el deslumbramiento y la rabia por alcanzar al nuevo enemigo, que parecía esperar inmóvil, sin capote, enorme y raro insecto de élitros dorados. El banderillero, que no dispone sino de una flexión ágil del cuerpo para esquivar el negro cuerno que le atravesaría de sufrir un error muscular de unos centímetros, se yergue, elegante, sobre la punta de sus zapatillas, después de haber clavado en la nuca del animal dos nuevos dardos (dolor, saeta de fuego) de regios colores. El animal gira, acosado en la

dorada arena del fondo del circo, semejante a un cráter viviente, por el hombre múltiple y falso, ágil, de las alas de púrpura y azul, de abigarradas risas, por el hombre que se agita en torno suyo en un juego sabiamente cruel. El animal gira y la ciudad gira en derredor suyo con sus diez mil miradas fijas, iguales todas, lo mismo la de los harapientos mendigos y los sudorosos proletarios que la de los señores correctos, las seductoras damas, los esbeltos petimetres, los encorsetados oficiales, los gordos comerciantes, los obesos doctores: sol y sombra, perfumes y sudor, vastas cóleras incubándose bajo el olvido momentáneo, despreocupación de las blancas y bellas dentaduras y de las dulces y sensuales miradas, cálculos de los jefes, precisos como mecanismos de ametralladoras, todo esto gira bajo la implacable cúpula de un cielo de mármol azul, en torno al toro enloquecido, que quisiera matar y que ha de morir.

El matador se adelanta a pasos medidos hacia el centro del ruedo. El de Eusebio, duro y nudoso como un sarmiento, se crispa en mis hombros.

-¡Mira! ¡Mira!

El torero y el toro se observan. A la violencia de este último, lanzado por entero a cada embestida, el torero opone la mayor calma, movimientos sobrios, una simple inclinación del busto, que parece rozado por los cuernos rojos, un salto de bailarín inmóvil acto seguido sobre la punta de los pies para tocar graciosamente con los dedos el filo de los cuernos. Su habilidad se burla sí de su inmensa fuerza negra. Al fin se ofrece al peligro, sereno, poderoso, cruel, la breve luz del acero en la mano,

buscando con su mirada sagaz el punto vital que ha de herir el estoque. Hombre y animal giran lentamente, uno en torno del otro, amenazándose, amenazados, lúcidos, enloquecidos, emparejados por la exigencia del combate. En derredor suyo reina el silencio. La espera. Yo veo a Lolita de puntillas, estrechada la frente, apretados los labios, que semejan una cicatriz, y creo sentir al ser que está allí, dentro de ella, bajo esta apariencia de inmovilidad carnal, tenso como un arco, cuya cuerda canta ya imperceptiblemente antes de lanzar la saeta en plena nube, sí, en este abismo en el que se pierden las miradas.

Doble embestida en el ruedo, tan rápida que no ha podido verse. Precisamente una larga fracción de segundo para que comprendamos que el estoque ha relucido, proyectado por el matador con un gesto casi rectilíneo del brazo en el preciso instante en que el toro iba a abalanzarse una vez más, la verdadera. El animal se desploma de rodillas con todo su peso. Una baba sangrienta le brota de la boca.

-¡Ole! ¡Ole!

La ciudad está en pie, toda la ciudad, erguida en un gozoso clamor que levanta diez mil cabezas, surcado por silbidos y gritos guturales, recargado por pataleos. Las manos se levantan innumerables, y sobre las oleadas humanas, como flores de espuma, brota la blancura de los pañuelos. “¡Ole! ¡Ole!” La muchedumbre está loca, la ciudad entera aúlla la alegría y su victoria lo arrastra todo. ¿Victoria del hombre sobre la bestia, o victoria de la bestia sobre el hombre? El torero levanta hacia los tendidos una frente orgullosa, y con la muleta al brazo y el

estoque fino y reluciente en la mano saluda a las mujeres andando sobre flores... Le arrojan hasta alhajas, relojes, sombrillas. Quisiérase arrojarle labios entreabiertos, ojos entornados, otros ojos grandes como horizontes, manos abiertas que caerían como crisantemos, senos nacarados y hasta los cálidos toisones secretos escondidos en el sagrado pliegue de las carnes. Y esto es lo único que el hombre sabe en este instante: que tiene este botín maravilloso.

–¡Mañana! –me dice Eusebio al oído.

Todas las dudas quedan barridas al soplo de la alegría de vencer. Por encima de la multitud, del otro lado del triunfador, Eusebio busca con la mirada en el palco del gobernador las cabezas que será preciso abatir. (Yo no oigo lo que les grita con el puño extendido. Su voz no es nada en el torrente). Aquellos rostros risueños consideran largo rato el cráter en que nosotros formamos una hirviente lava. “El mañana nos reserva otras fiestas. El señor capitán general piensa acaso que una cinta de ametralladoras bien empleada es contra la fiera de diez mil cabezas que somos nosotros un arma tan segura como el estoque de un torero. Todo estriba en la precisión del cálculo. Si este endemoniado torero se hubiera equivocado en media pulgada en el admirable cálculo intuitivo de la estocada, tal vez hubiera caído muerto, vencido. Hay que elegir el momento y acertar.

Eusebio ha expresado este pensamiento en voz alta:

–Hay que elegir el momento y acertar.

Salimos. Lolita se cubre los trémulos hombros. El arco interior se ha disparado. La flecha ha partido.

Queda un gran vacío.

-Hay momentos en que tengo miedo -dice.

X. FLUJO

Nada insólito ha sucedido, pero el acontecimiento está a punto de surgir, acaso desmesurado. De igual manera se acumulan insensiblemente pesados nubarrones sobre un paisaje apacible. Una ráfaga de vientos los empujará en algunos instantes desde el horizonte azul hacia los huertos, los prados, los caminos tranquilos por dónde van los niños hacia blancas casas de regreso de la escuela. Una sombra trágica se extenderá sobre este rincón de la tierra. Todo lo que vive sentirá la inminencia del huracán. La calma agobiante que precede a los primeros rugidos tenebrosos estará saturada ya de la tempestad.

Las patrullas hicieron su aparición en las calles la víspera por la noche. Las nuestras se cruzaron con las de ellos. La animación, hasta entonces indefiniblemente insólita, mostraba claramente la huella de su tránsito. Los guardias civiles desembocaban a caballo en pelotones rectangulares, negros sobre sus negros caballos, cuadrados de hombros bajo los negros capotes, dominando a la muchedumbre con sus tricornios y sus rígidas cabezas de una impasibilidad de madera pintada. Sus ojos

vigilantes escrutaban los recodos de las callejuelas, las puertas que daban a oscuros corredores, los grupos compactos, los movimientos sospechosos que pudieran ocultar la agresión mortal, bala o bomba, enorme y brusco salto de la muerte, por encima de las despavoridas cabezas, hacia estos rígidos jinetes que iban hacia su destino. ¡El suyo, el nuestro! Nuestras patrullas, de distinta movilidad, surcaban las calles con el paso ágil de una decena de obreros decididos, se metían entre la muchedumbre del paseo sin desaparecer en ella, gorras, blusas, pistolas, rostros duros, miradas que incubaban el incendio... ¡Ahí están! Pesados silencios replegaban al equipo sobre sí mismo: era preciso transformar la amenaza sufrida en amenaza propia...

“De todas formas, somos de la raza de los vencidos por el orden, ¿verdad, Joaquín? Nos cuesta trabajo creer que somos los más fuertes.” “Cállate. ¡Qué ganas me están dando de dispararles! Esos cuervos son unos cobardes. Ya les verías correr...” Flaco, de facciones tajantes, Joaquín el tejedor (veintisiete años, tuberculoso, seis meses de prisión gubernativa, dos hijos, tres pesetas de jornal) tiene la boca contraída por una expresión de odio. Los semiplanos de sus pómulos se acentúan. La cicatriz que tiene en la base de la nariz enrojece. Afluencia de la sangre al rostro. La otra patrulla nos divisa. ¿Qué es el tiempo? Hace un instante una fracción inconmensurable de la duración en la que aquí y allá los corazones han latido un poco más de prisa, múltiples actos se han esbozado, coordinado y disgregado en estas cabezas, erectas las unas por la obediencia (esa barra de hierro sobre el cerebro), erguidas las otras por la rebeldía, esa llama. Orden del

gobernador fijada en los muros por la mañana: “Los grupos sospechosos serán cacheados inmediatamente y las personas a quienes se encuentre con armas serán detenidas.” ¡Hala! ¡Haced la prueba...! Los transeúntes sienten con un extraño malestar cruzarse miradas de desafío por encima de sus cabezas. Las dos patrullas se rozan. Un suboficial de rostro curtido, echado el tricornio sobre la frente, abre la marcha. Su caballo se mueve con elegancia como en la parada, haciendo un hermoso ruido en el empedrado... “¿No conoces la orden del gobernador, eh, eunuco? –gruñe Joaquín entre dientes–. ¡Ven a ver!”

El Comité ha ordenado que nadie se deje desarmar en ningún caso. Ayer, algunos compañeros se han dejado hacer por la Policía, que, afectuosamente, les tentaba los bolsillos en las plazuelas, encontraba en seguida el arma y decía suavemente al hombre humillado: “¡Ya está ahuecando!”

Los guardias civiles pasan. Tienen miedo. ¡Miedo! Bruscamente la sangre afluye a la frente desplegando al punto entre las sienas gozosas banderas escarlatas. Altaneras sonrisas tiemblan en los labios. “¿Has visto a esos cobardes? Están lívidos.” Los otros se alejan como grandes soldados de madera, espantajos inútiles. ¿Es verdad, entonces? ¿Es verdad que nosotros somos la fuerza? La alegría resplandece.

Esta mañana la Policía ha venido a apoderarse en la imprenta del órgano del Comité: *–Solidaridad Obrera–*. Unos cuantos agentes corteses se han llevado ciento cincuenta ejemplares olvidados a propósito para ellos por una especie de delicadeza. Ahora se distribuye por la calle el periódico prohibido. Las fábricas lo han recibido a mediodía. Las patrullas descubren entre las manos las blancas hojas en las que se inserta el llamamiento. La Guardia Civil caracolea indiferente bajo los árboles. Varios equipos de compañeros fijan la hoja en las paredes. Corrillos. “¡Trabajadores...! Programa del Comité Obrero. Exigimos: primero, segundo, tercero...”

Un señor viejo lee estas cosas con aturdimiento. Vuelve a leerlas sin comprender y considera a sus vecinos con una mirada de inquietud. “Órgano de la Confederación Nacional del Trabajo.” “La República es la salvaguardia de los derechos del trabajador...” Estas palabras son raras. ¿El rey? ¿El gobernador? El señor viejo siente como un terremoto. ¿Está soñando? La calle está igual que siempre. Cortésmente le pregunta a su vecino de la izquierda, respetable y bien trajeado:

–¿Qué pasa, caballero? Tenga la bondad de explicármelo, porque...

Porque su voz tiembla. Su anticuada finura exhuma treinta años de existencia conservada en una casa solariega de provincias. El vecino bien trajeado responde reposadamente:

–Mañana se celebra la Asamblea parlamentaria, ¿comprende usted?

No, no comprende.

–Mil gracias, señor. Pero, querido señor, ¿y el rey, y el rey?

En aquel instante estalla una voz estruendosa:

–¿El rey, viejo imbécil? Ja, ja, ja!

Se oyen carcajadas. Hasta el vecino bien trajeado, de cincuenta años y hombre estimable y de sentido, sin embargo, se ríe también. El atónito viejo se encoje sin darse siquiera por ofendido (tan sorprendentes son estas cosas) y se separa del grupo gesticulando solo. Entonces se ve que lleva una chaqueta de viejísimo corte con lustre por la solapa y un flexible gris desteñido y que anda como a saltos apoyado en un bastón de puño de plata labrada.

–¡Viejo insecto! ¡Cabeza de gorrión! –le grita un pilluelo sin lógica.

Alguien se ha metido en el corrillo y con mano tranquila rasga el papel. Altercado. El tumulto, impreciso al pronto, parece concentrarse en torno a un punto ideal entre dos o tres formas humanas alternativamente separadas y unidas por palabras y gestos semejantes a proyectiles. Un hombre joven y alto, vestido con esmero, se separa del grupo que le rodea encogiéndose de hombros. Su silencio es realzado por una mueca de desdén. Al borde de la acera se detiene, volviendo la espalda a los que le interpelan. Hay que conservar la calma, hay que conservarla a toda costa. Este abominable populacho no merece ni una palabra ni un choque. Nada más que un desprecio absoluto, que excluye incluso la ira, y la firmeza del acero como la espada de san Jorge aniquilando al dragón. Desde el fondo de su memoria, a través de diez años, esta imagen surge ante él como brota de

lo profundo del mar una anémona prodigiosa: el rubio san Jorge, de candorosa mirada, triunfando sobre la bestia horrenda y temible. “La fuerza del santo estriba en su fe, hijo mío –decía en aquel entonces el padre Javier, con su mechón de pelo blanco sobre la sien, con su voz de ultratumba, baja como un soplo, y penetrante–, no en la armadura, la lanza y la espada, que nada son sin fe.”

El temblor de los labios ha cesado. ¡Qué claridad en el alma! Fuerza y fe. Luz. Una sonrisa va a fulgurar en los ojos.

–¡“Soli”! ¡“Solidaridad Obrera” –grita una fina voz de aprendiz.

El joven coge el ejemplar que le entregan, y, sin abrirlo, tranquilamente, lo rasga en cuatro pedazos. Los blancos fragmentos caen a sus pies en el arroyo. “¡Bonita chica!”, quisiera pensar con desenvoltura al ver a una muchacha maquillada, de descarado mirar y cimbreantes caderas, que atraviesan la calle hacia él. Le gusta mirar a estas criaturas aunque evitando su contacto misteriosamente impuro y secretamente tentador. El joven va a apartar la vista cuando, plantada delante de él, como si le dijera con tono insistente: “¿Vienes?”, la muchacha le asesta dos rápidas bofetadas que repercuten en carcajadas sonoras, y sigue su camino. A veinte pasos, los guardias decorativos vuelven la espalda al incidente. Se ven moverse sus gruesos enguantados de blanco. El abofeteado, que siente como lágrimas de niño ofendido que disuelven su temerario desprecio por el “populacho” y que apagan su luz interior, ve acercarse oblicuamente a un rufián andrajoso agitando unos puños de gigante. La calle ríe, gira

sobre su eje, se derrumba. El cielo, aboliendo todas las cosas, despliega de golpe su inmensa frescura blanca. Salado sabor de la sangre en la boca. Nada.

El limpiabotas instalado en la esquina de la calle del Mercader mira pasar con su único ojo a las patrullas, y los cepillos van y vienen en sus ágiles manos haciendo relucir un grueso cuero inglés. Sánchez, “el Tuerto”, no ve a los hombres habitualmente sino por debajo de la rodilla. Clasifica los pies al primer golpe de vista. A quince pasos de distancia adivina los zapatos de buen corte que han de pararse delante de él, en tanto que una voz sonora le dirá desde arriba: “¡Date prisa, muchacho!”. Ciertos zapatos sin forma definida, maltratados por un destino triste, no se detienen nunca. Otros, que molesta limpiar, agrietados, descoloridos, se resisten, sin embargo, pidiendo lustre todavía. “¡Como si tuvieras dinero, pelmazo!” “Apostaría que no has comido hoy a pesar de tu bonita corbata, desgraciado.” Al tuerto no le gustan los clientes pobres; incluso les reserva un betún de mala calidad que corroe el cuero. Por poco les diría: “Cuando se te vean los dedos de los pies no presumirás tanto. En vez de hacerte limpiar los zapatonos tendrás que limpiárselos a los demás como hago yo ahora. ¿Es que yo presumo?” El tuerto respeta las alpargatas, las suelas dobles de moda y los pies descalzos cubiertos de una buena capa de grasa endurecida que protege tan bien como la cabritilla. Habiendo terminado de

limpiar unos zapatos amarillos sin ver al hombre, sin duda un marino, porque el calzado es extranjero, cuidado, nuevo, pero no flamante, y después de guardar sus cepillos, el tuerto coge la “Soli”. Lee raras veces, rompiendo con esfuerzo las palabras, descompuestas primero en sílabas. (“Yo leía mejor cuando tenía los dos ojos.”) ¿Comprende esta vez lo que lee? Una especie de sonrisa le deformaba la boca. No sabría ni repetir lo que lee ni explicarlo, pero una gran satisfacción se esparce por todo su ser.

Un rico zapato francés se ha colocado delante de él en el escabel.

–¡Eh! –dice el cliente agitando nerviosamente el pie.

“El Tuerto” deja de deletrear una larga frase de sentido lejano: “Igualdad de derechos de los trabajadores extranjeros...” Él es de Murcia, pero ¿qué será a ciencia cierta eso de los “derechos”? El limpiabotas divisa un calcetín de seda azul, un zapato lujoso, y gruñe sin alzar la cabeza:

–No tengo tiempo.

El cliente creía haber oído mal si esto no hubiera sido dicho tan claramente y se aleja comprendiendo que algo pasa en el mundo. Este “no tengo tiempo” del tuerto le inquieta y le ilumina infinitamente más que los dos acontecimientos de aquella noche relatados por los periódicos: torpedeo de un vapor brasileño hundido con bienes y tripulación por un submarino alemán en aguas de las Azores, y bombardeo de Londres por los zepelines: sesenta víctimas más.

“El Tuerto” ha leído confundiendo las líneas, empezando las mismas hasta tres veces, saltándose otras. Estas palabras mágicas que cabalgan en su cerebro le aportan un extraño calor, como el vino o el sol. La alegría y la fuerza invaden al unísono sus miembros. ¡Ah, madre de Dios! “El Tuerto”, de pies, ve a la gente, descubre la calle entera, la ciudad, tricornios negros bogando por encima del rebaño de cabezas. Dos chiquillas pasan abrazadas hablándose muy deprisa: trenzas negras hasta la cintura, primorosas y adorables piernas.

Ahora “el Tuerto” fija con cuidado en la pared el ejemplar de la “Soli”. Este improvisado cartel viene a tapar otro de color gris, desteñido por la lluvia, en el que puede leerse aún en gruesos caracteres oficiales: “Suspensión de las garantías constitucionales. Nos, por la gracia de Dios...” La línea siguiente clama: “¡Trabajadores!” Pero ¿qué vacío se ha hecho en torno a Sánchez? Nadie a la derecha, nadie a la izquierda. Más lejos, las dos chiquillas han vuelto la cabeza muy pálidas. Hocicos de caballo le soplan en la nuca una cálida humedad. El limpiabotas ve de súbito gravitar en torno suyo negros capotes, altos tricornios, una cara olivácea, barbuda y gesticulante, un sable desnudo. Se siente terriblemente solo, estrangulado por una loca ira, como aquel día lejano en que estando de criado a los dieciséis años su amo le dejó tuerto y le echó de la casa por un robo que no había cometido (había sido preciso saltarle un ojo para que se inclinara ante la iniquidad), como aquella otra vez en que su mujer se marchó con un guardia. El sable raspa en la pared las palabras mágicas. La calle ríe, gira sobre su eje, se derrumba trastocada en todos sentidos por gigantescos jinetes

que realizan gestos frenéticos sobre sus encabritadas monturas.
Bajo los cascos de los caballos brotan chispas.

Y el cielo, aboliendo todas las cosas, despliega de golpe su
inmensa frescura blanca. Salado sabor de la sangre en la boca.
Nada.

XI. REFLUJO

El 19. “Hoy”, cuatro de la tarde. Una calma sorprendente domina los tumultos. La muchedumbre, indolente, se disuelve con blandura por las callejuelas. ¿Qué es lo que pasa? En los puntos de intersección de las líneas de la tropa y de las oleadas de gente se anudan y desanudan contiendas como lazadas humanas. He encontrado a Eusebio, tranquilo y en tensión, entre un grupo vehemente. Con los ojos desencajados, las manos en los bolsillos, aparentemente inmóvil en medio de una especie de ronda insensata; Eusebio ha soltado una carcajada gutural:

–¡Esto se ha acabado! Ja, ja, ja!

Unos hombres que pasaban corriendo nos han separado. Llevaban a alguien que parecía una cosa inerte. Una carga de caballería pasó en tromba y se desvaneció tras una esquina en la que danzaban rótulos dorados: “Cervecería de López e Hijos”. El minuto se quebró en dos bloques extrañamente yuxtapuestos. Uno de silencio, aquí, en el súbito vacío; el otro, de clamores y de choques, allá, detrás de los cerrados postigos de la cervecería.

La guardia civil, que obstruía el paso, nos hacía retroceder lentamente. Éramos cinco o seis veces más numerosos que aquella doble hilera de muñecos espaciados que avanzaba sobre nosotros, atravesado el fusil, con sus rígidas cabezas de madera de limonero cubiertas con el gran tricornio negro. A cada paso que daban hacia nosotros el miedo les excitaba, abriendo entre ellos un vacío atrayente. Entre ellos y nosotros quedaba un espacio movedizo de una docena de metros, en el cual se rezagaba siempre algún exasperado, enloquecido o torpe, entregándose a gestos absurdos.

Allí se plantó un joven, erecto como una estatua, enarbolando un paquete envuelto en un periódico. Las dos líneas, la de ellos y la nuestra, oscilaron inmediatamente. Luego aumentó el vacío en torno al aparecido, que gritaba:

–¡Hatajo de...!

El miedo inclinaba los fusiles hacia su pecho; el joven agitaba en la mano una cosa redonda envuelta en una hoja ilustrada del “ABC”. Nosotros invadimos a tiempo el espacio temible que se abría como trampolín para el primer salto mortal, y nos llevamos al muchacho. El corazón le palpitaba tan fuertemente que se percibían los asordados latidos al sujetarle por los brazos. La ira endurecía sus músculos.

Cogido de través por una carga de caballería, precedida de una ráfaga de pánico que levantaba delante de sí una polvareda de fugitivos, nuestro grupo se dislocó instantáneamente, como tienen lugar los acontecimientos inesperados. Un puñado de personas –hombres, mujeres, un niño, una madre asustada– fuimos empujados hasta la escalera blanca y azul de un hotelito. Un fusil bajo un tricornio negro nos cerró la calle. Ratonera. Las manos del guardia temblaban de miedo o de furor. Sus pupilas, bolas de ébano, rodaban escrutadoras sobre nosotros, y un tercer punto negro las acompañaba, más fijo, vacío, pero de una obscuridad prodigiosamente intensa: el orificio del fusil. ¿A quién matar, Virgen santísima? El guardia elegía.

Primer movimiento: esconder la cabeza entre los hombros, encoger estos, empequeñecerse, agacharse, ocultarse detrás de los que están delante –tus camaradas, tus hermanos–, hacerse con ellos un escudo, porque yo ocupo buen sitio, estoy al fondo, soy uno de los últimos...

Segundo movimiento (¡Ah, no, no! ¿Quieres contenerte, cochina bestia?): erguir la cabeza, el torso, enderezarse lentamente por encima de los encorvados espinazos, en tanto que el temor se transforma en desafío y gritar con los ojos al bárbaro: “¡Vamos, tira, tira de una vez! ¡Viva la revolución!”

La detonación rasgó el silencio, como una ráfaga de viento rasga una vela en el mar, y nos arrojó contra el muñeco homicida animados de un nuevo furor pánico. Huidas y alocadas

resistencias se entrecruzaban en todos los sentidos de la calle. Algunos compañeros derribaban una cartelera. Un carro ardía un poco más lejos bajo una columna de humo negro. Una voz de mujer gritaba desconsoladamente: “¡Ángel! ¡Ángel!” Un guardia desmontado corría cojeando detrás de su caballo. La línea regular de los muñecos de tricornio reapareció inexorable.

Bruscamente desembocados en la plaza Real como en un oasis de silencio y de paz. Las arcadas grises que rodeaban la plaza ocultaban una penumbra apacible. Sombra cálida de las pesadas y melenudas palmeras, lugar predilecto de los enamorados al atardecer y de los vagabundos por la noche. Algunas gitanas aguardaban acurrucadas en este refugio a que pasara nuestra tempestad. Joaquín nos retuvo allí con un gesto imperioso que a todos nos hizo sonreír, porque en aquel instante nos dimos cuenta de que su chaqueta solo tenía una manga. Al salir de la muchedumbre vimos dos cabezas juntas a la sombra de un pilar: de hombre, la nuca y los hombros; de la mujer, el rostro, de entornados ojos echado hacia atrás y radiante de felicidad, que él cubría de besos... Contuvimos el paso y contuvimos la voz. Nuestros pies dejaban detrás de nosotros en las losas rojas huellas.

La representación más cercana del Comité se encontraba en un pequeño café próximo a la catedral. Algunas viejas salían del atrio.

Notábase cómo la tranquilidad iba pesando sobre la ciudad. La callejuela tenía un aire normal y hasta se oían rasgueos de guitarra.

... ¡Mundo, mundo, ancho mundo!...

Las cinco. Solo ha transcurrido una hora desde que hemos empezado a comprender que el día de hoy supone una derrota. En la trastienda del modesto café, Ribas preside, como de costumbre, sin mirar a nadie. Una serenidad contristada emana de su semblante, rodeado de blancos cabellos. Cortés parece abrumar a Darío con su voz sarcástica...

... Aniquilados por los apóstoles de la coalición con la burguesía, sí. Traicionados, no. Había que ser cándidos como algunos para creerse de veras que los republicanos se moverían...

Darío reflexionaba bajo el mazazo del fracaso. Imágenes visuales alteraban el curso de sus pensamientos: Los “autos” negros que llevaban a los vacilantes parlamentarios hendían los cordones de policía delante del ayuntamiento. El señor Domingo de precipitaba en el saloncito notarial, tapizado de gris perla, en que le esperaba Darío, y le estrechaba ambas manos tranquilizadamente, exaltado y febril: “Mi querido amigo, debe usted hacerse cargo. Tenemos que agotar las posibilidades políticas. Así ganamos dos semanas de preparativos, querido amigo. Dígaselo al Comité. Nosotros no retrocederemos nunca. ¿Oye usted, querido amigo? ¡Nunca!” Y extendía la mano como si quisiera prestar juramento. Darío, acometido de un deseo

brutal de reír, le replicaba sordamente: “Tanto peor para ustedes si nos vemos en la necesidad de luchar solos.”

Ahora sintió como un latigazo la alusión a “algunos cándidos”, y haciendo una mueca desdeñosa, lanzó en el anonimato su propio dardo contra “el peor peligro del momento: la histeria terrorista de los que toman un fracaso por una derrota, una distracción por una catástrofe, unos titubeos por un abandono..., estado de espíritu que acaso contribuyan a crear los fondos de ciertas agencias de espionaje...”

–Nada se ha perdido –dijo dulcemente Ribas–; hoy no podemos ser vencidos nada más que por la discordia. Se pasa al segundo punto del orden del día.

Hacia medianoche, en una calle recortada por la luz de la luna en vastos rectángulos de sombra, en parte azul y en parte negra, José Miró, que erraba con el pitillo entre los labios, se tropezó con Lejeune, taciturno, abatidos los párpados. Se estrecharon la mano distraídamente.

–¿Qué hay de nuevo?

Una sonrisa dura iluminaba las finas facciones de Miró. Este cogió afectuosamente al otro del brazo;

–Mala cara tienes, amigo. ¿Qué es lo que te pasa? Juntos caminaron un rato sin hablarse. La sombra de una torre octogonal.

–Se ha marchado Maud –dijo al fin Lejeune, y en el tono bajo de su voz se reflejaba una gran derrota.

Maud, desgastado cuerpo de mozalbete nervioso, sin edad precisa, gótico perfil, bucles negros, gestos un poco bruscos de gata, ojos vanos y marchitos bajo los párpados, boca ajada en la comisura de los labios, pero rostro extraordinariamente movable y vivaz y mirada henchida de una interrogación mezclada de angustia, de alegría, de falsedad, de avidez, de tristeza y de no sé qué más aún... Maud, la de caderas estrechas, Maud.

Aquel hombre de pelo canoso se esforzaba por no echarse a llorar como un niño. Llevaba muchas horas andando con un cigarro apagado entre los dedos y mascullando entre dientes aquel nombre, Maud, obsesionado por una sola idea que a veces no era más que unas palabras (“Se ha marchado”), teniendo solo presente en los ojos aquel gótico perfil, aquellos ojos vanos, aquellas caderas estrechas: Maud.

–¿Comprendes? –dijo–. El otro es París. Pero tú no puedes comprender: eres demasiado joven.

“Nada más que una mujer”, pensó Miró, al que un dolor salvaje, domeñado por una fuerte alegría, le hacía caminar también a él aquella noche desde hacía varias horas quemando un pitillo tras otro, tan pronto entristecido hasta las lágrimas como canturreando de gozo, poblando las calles desiertas con su paso elástico...

–¡Ha muerto Ángel! –dijo bruscamente–. ¿No sabes? Ángel, el mecánico. Una bala en el vientre. Dos horas de agonía, de cinco a siete. Hemos tenido tres muertos.

–Sí, tres muertos –repitió Lejeune mecánicamente. (Maud se ha marchado, se ha marchado, se ha marchado, se ha marchado).

–Pero ellos han tenido al menos uno, que yo sepa –prosiguió Miró con los ojos relucientes–. Ángel no había recobrado el conocimiento. Yo estaba a su cabecera en el hospital. Sus estertores se me metían en la cabeza como clavos y salí de allí con el cráneo lleno de clavos ardientes. Me fui.

(“... se ha marchado.”)

–Sin saber adónde –seguía diciendo Miró–. A las nueve, figúrate, con este dolor de cabeza, con esos estertores, esos clavos en el cráneo, me recuesto en la pared todo rendido y oigo que me gritan: “¡Circule!” Creo despertarme y me encuentro delante del cuartel de la Guardia Civil. El centinela me mira y yo no veo más que su negra silueta. Me acerco y le digo: “¿Conoces a Ángel?” El guardia era un andaluz barbudo. Me cree borracho y repite: “¡Circule!” Entonces yo he disparado tres veces a través del bolsillo de la chaqueta. Mira, está quemada. El guardia no cayó en seguida. Se pegó a la pared y luego se fue deslizando poco a poco hasta el suelo lanzando un suspiro. Yo me incliné hacia él y vi relucir sus ojos, que vivían aún, y en los que parecía reflejarse el cielo. “¡Vosotros habéis matado a Ángel...!” Lo menos hicieron veinte disparos de fusil por todas partes en la noche. Yo me marché tranquilo, con la cabeza despejada, como si me la hubieran chapuzado en agua fría. Pero tú no puedes comprender, no, tú no puedes comprender lo bien que me siento esta noche...

XII. EL FIN DE LA JORNADA

Ribas da vueltas, enjaulado en una celda de la Cárcel Modelo. Darío y Cortés están escondidos. Lejeune y Miró se pasan los días juntos en el mar en una barca, remando alternativamente antes de dejarse mecer por las suaves ondas. Lejeune fuma, vestido con una camisa de piqué blanco. José, desnudo el torso, duro y atezado como el de un malayo, canta a veces con todas sus fuerzas canciones de rebelde:

¡Para sus entrañas, grano de trigo haznos metralla, grano de trigo!

O bien entona romanzas:

¡Tu rostro de candor, tu corazón de gitana...!

El agua azul refleja un cielo puro en sus pliegues de trémula seda. Invisibles cuerdas hacen vibrar el aire ardoroso como al vuelo de innumerables abejas. La luz zumba. Hay velas blancas a lo lejos. El vuelo de las gaviotas traza en el azulado cristal del aire parábolas de blancura que se disipan como una suave caricia. Las rocas de Montjuich tienen tintes de ámbar.

Por la noche José habla en las reuniones de los metalúrgicos, de los albañiles y de los obreros de la Canadiense. En una

callejuela, por la que los raros transeúntes rehúyen mirarse, Lejeune alza el llamador de una puerta de enrejada mirilla. Una mujer muy vieja, de labios grises, le introduce en la penumbra purpúrea de un pasillo, en el que las alfombras ahogan los pasos. Tres mujeres desnudas, acostadas en amplias pieles, aguardan allí en una espaciosa sala de bajo techo a que el hombre desconocido les lance la llamada de su lujuria, y allí releen interminablemente, en cartas que huelen a cosmético, el consabido misterio de la sota de bastos y de la carta que ha de llegar de ultramar (pero una mujer morena se cruza en el camino)... Inés, Victoria, Dolores. Una tiene una hija –Mariquita, que se cría en un vergel de Granada–; otra tiene un amante –Evelio, que está en la cárcel–, y la tercera picada de viruelas, tiene ojos grises de largas pestañas cenicientas y sin cejas, un rostro huesudo, de una palidez de alabastro, que parece el de una muerta en cuanto cierra los ojos, y unos labios rojos como una herida fresca. “¡Hazte la muerta!”, le decían a voces los hombres, y su cabeza desplomada de negra seda, parecía quedarse helada. Sus párpados se encogían sobre los globos azulados de los ojos y su boca entreabierta y sin aliento dejaba entrever, en una mueca inerte, la fría blancura de los dientes. Dorados látigos reposan en un rincón, sobre un mueblecito de estilo árabe, de color negro y con circunstancias blancas.

A la misma hora en que Lejeune entra allí otras tres mujeres se preparan, al otro extremo de la ciudad, para dirigirse al cementerio de Sans. Rígida en su vieja vestimenta de viuda, la madre se acerca a la puerta de la cocina a decir, anudando ya para la oración sus descarnados dedos.

–Ya es hora, Concepción.

–Sí, madre –responde en voz baja Concepción, cuyo dulce rostro de niña acaba de envejecer de golpe al soplo corrosivo de una hoguera invisible.

Concepción se echa un chal negro sobre los hundidos hombros, coge la mano a Teresita, que tiene diez años, y ésta lleva las flores. En silencio, precipitadamente, enlutadas, echan a andar las tres: la madre, la mujer y la hermana, aquella cuya vida ha terminado, aquella cuya vida se quiebra y aquella cuya vida se alza. Cuando el silencio les pesa demasiado, Concepción habla de la fábrica:

–Madre, dicen que van a despedir a algunas clasificadoras.

La madre no contesta. Tiene los ojos grises, sin cejas, y un rostro huesudo, de una palidez de alabastro, que parece el de una muerta aun cuando no cierre los ojos. En el cementerio hay una tumba reciente sin cruz, en la que han sido plantadas algunas flores. Las cintas rojas de las coronas destiñen en la hierba. La madre hubiera querido una cruz, pero Concepción se ha opuesto firmemente con labios temblorosos (porque también ella hubiera preferido una cruz, pero Ángel había exclamado un día riéndose: “¡Qué idiota es eso de poner cruces y monumentos en los cementerios...!”). La madre reza delante de esta tumba, en la que falta incluso el consuelo de un símbolo, pero hace tanto tiempo que ha olvidado las plegarias de los muertos, que, intentando descubrirlas en la negra sima de su memoria, se fatiga y se abstrae...

–¡Ángel! –murmura Concepción.

Esta le hablaría como si estuviera vivo si se atreviera. Todavía le duele haberle contrariado el domingo anterior cuando él quiso que se pusiera el mantón de grandes flores rojas.

–¿Es posible, Señor? ¿Es posible?

Teresita dispone las flores sobre la tumba y murmura en voz baja, interesada por el ir y venir de una tumba a otra de las laboriosas hormigas en sus trabajos:

–Es por ti, hermano. Nosotras no te olvidamos, Ángel. El tío ha venido ayer a casa. La gata ha tenido cuatro gatitos. Yo me quedaré con uno para ti y para mí...

Y Teresita, inclinada sobre la tumba del hermano, sonrío a la gata que amamanta en casa a sus gatitos.

He vuelto a coger el componedor de la imprenta Gaubert y Pía. Componemos el cartel de los toros y obras de piedad. Los golpes metálicos de las máquinas de imprimir acaban por producir en el oído un runrún monótono. El encorvado patrono nos mira desde lo alto de su acristalada cabina. Porfirio, mi vecino, es un verdadero brujo; los negros caracteres de alargadas facetas de plata saltan por sí solos en sus dedos, que los alinean incansablemente. Las horas de la tarde resultan interminables. Lo mismo ocurre en todos los talleres, en todas las fábricas de la ciudad. Los trescientos mil hombres que éramos ayer, esparcidos por la ciudad en torrentes de lava dispuesta a todo y

con tanta sangre en las venas, han retornado a los talleres, a las canteras, a las fábricas. Las máquinas funcionan, giran, chirrían, sierran, trituran, amontonan. Las herramientas muerden el metal entre manos renegridas. Y al atardecer, a la misma hora, salimos los trescientos mil hombres con el cráneo, el vientre y los músculos vacíos. No ha pasado nada. La ciudad se burla de nosotros con sus luces, con los brillantes de sus joyerías, con los violines de sus cafés, con sus vestidos suntuosos de sus paseos, con los lamentos de sus mendigos, con las sonrisas estereotipadas de sus bailarinas, con el hedor a grasa de sus chamizos, con el dormir de sus vagabundos en la acera de los callejones...

Y Chegoyen, del Sindicato de la Madera, se ha ido a Francia con los fondos de la organización, novecientas pesetas. ¡Qué granuja!

Gilles, mi antiguo compañero de cadena, me escribe desde un destacamento de excluidos que penan en el Macizo Central, que pasa jornadas embrutecedoras desenterrando obuses después de los ejercicios de tiro. “¡Dichoso tú que no eres como cada uno de nosotros, una simple ruedecilla en la inmensa fábrica de municiones...!” Gilles, amigo mío, no hay que deducir nunca del propio infortunio la felicidad de los demás.

Los comunicados mienten y se desmienten a diario. Los periódicos colocan unos tras otros los de los aliados y los de las potencias centrales. Imposible descubrir los hechos de este laberinto de fórmulas falseadas... ¿Dónde estaréis vosotros dentro de esto, vosotros, los centinelas sepultados de la tierra

abominable que apesta a cadáveres y excrementos? Bombardeo de Amiens, tranquilidad en los Vosgos. La vida prosigue como ayer. Los ojos de simio inteligente de Porfirio aparecen más tristes que de costumbre. Dos veces por semana falta al taller por la tarde para ir a llevar naranjas al hospital de San Luis a su hijita, que convalece del tifus. No debe de comer todos los días. Fingiéndome consultarme sobre el texto en romana del ocho apretado en su componedor (“... la infancia bienaventurada de santa Teresa...”), me dice:

–¿También van mal las cosas por allá?

Sí, mal. Los periódicos aparecen llenos de despachos contradictorios, a través de los cuales se acaba por discernir una victoria del antiguo orden conseguida por los cosacos. Lenin y Trotsky fugitivos, detenidos, muertos, ¡cualquiera sabe! El bolchevismo derrotado... Los marinos de Kronstadt insisten aún al parecer⁸. Al mismo tiempo que nosotros nos preparábamos aquí, otras muchedumbres se formaban allá en columnas macizas detrás de las banderas rojas para un asalto semejante al nuestro. “Durante todo el día 17 el palacio de Táurida fue sitiado por muchedumbres de obreros y soldados que exigían la dimisión de los “diez ministros capitalistas”. El líder socialista revolucionario Tchernof, ministro de Agricultura, ha estado a punto de ser degollado por los marinos...” Ayer, por la noche,

⁸ Serge se refiere aquí a la primera insurrección de Kronstadt, la de 1917, en que los marinos, al grito de “Todo el poder a los soviets”, se rebelan y ayudan a tomar el poder a los bolcheviques, dando una salva desde el crucero Aurora, que será la contraseña para iniciar la toma del Palacio de Invierno. En la segunda insurrección, de 1921, también al grito de “Todo el poder a los soviets y no al estado”, los marinos y habitantes de la ciudad-fortaleza, serán masacrados por el ejército rojo, bajo la dirección de Trotski.

leía yo estas líneas incoloras del corresponsal de un periódico, y creía oír, como un eco de nuestros pasos, el sordo rumor de estas multitudes en marcha, en marcha como nosotros, pero uniformadas de gris; pero llevando en el cráneo, en las entrañas, en los puños, la cólera sin nombre acumulada en los frentes de Lituania, de Galitzia, de Rumania, de Armenia; pero más poderosas que nosotros por haber sufrido la prueba del fuego, la prueba de la sangre, la prueba de la victoria –aquella noche en que yo había regresado a casa aturdido y alegre, repitiendo palabras desconcertantes sin lograr percibir su verdadero sentido por falta de imágenes precisas y porque la noticia era tan grande que abrumaba. Epígrafes de los periódicos: “Revolución en Petrogrado, abdicación del zar, las tropas se unen al pueblo”. Más potentes que nosotros, porque iban precedidas de los ahorcados, de los fusilados, de los deportados, de los martirizados en medio siglo de lucha tenaz y guiadas por los supervivientes... Según las últimas noticias, parece probada la traición de los jefes bolcheviques, agentes de Alemania. Nosotros sabemos lo que esto quiere decir: fórmulas de estas son las que se precisan para cargar los doce fusiles de los pelotones de ejecución. Pero si los bolcheviques han cogido el dinero de Alemania han hecho perfectísimamente, porque les debía hacer buena falta, y Alemania puede dar su dinero por perdido. “¡Coger el dinero, ser incorruptible! –dice Darío–... ¿Qué mérito tiene ser incorruptible cuando no se quiere el dinero?”

Tenemos diez horas de taller sobre el espinazo; esto pesa. Yo he levantado ocho mil letras. Diez horas de estar en pie. A los cuarenta años los tipógrafos tienen que tener varices. Y Capillo, ese canalla de dientes amarillos, nos ha puesto a destajo, la peor faena imaginable. Ahora nos dirigimos hacia el centro, en la dulce frescura del atardecer, a la “hora malva” de los poetas. Sentimos deseos de darnos un baño o de romperle la cara a alguien.

–¡Verás cómo cualquier día le salto las muelas a ese viejo jamelgo! –dice de súbito Porfirio, pensando todavía en el regente.

Reina una gran claridad. Una lenitiva transparencia aminora las formas y hasta los dibujos delicados del follaje. Todavía no ha llegado el crepúsculo ni es ya completamente de día. Las tonalidades de turquesa del cielo, y esta perspectiva regular del paseo donde podría uno creerse en un jardín, trae a la mente de mi compañero la imagen de una niña demacrada a la que las chinches devoran en el hospital de San Luis. También yo pienso en tu Paquita. Sé que vas a hablarme de ella. Sin transición, como si supieras que adivino tu pensamiento (y acaso lo sepas), dices:

–Las monjas la fastidian porque no quiere rezar. Tal vez sea este precisamente el momento en que la hermana se acerca sin ruido a la cama 35 de la sala IV. La chiquilla, extendida, cerrados los ojos, finge dormir; pero escucha el inasequible roce de telas, el roce de las grises zapatillas contra el suelo. La chiquilla siente

posarse sobre sus párpados azulados la mirada severa de la vieja de lúgubre y petrificado rostro.

–Paquita, sé que no duermes. Paquita, eres una mala niña. Reza.

Este es el momento terrible del frío azul. El frío azul se apodera de Paquita por los riñones y asciende poco a poco, oprimiéndola como unas tenazas, hacia su corazón, su garganta y su frente. Por un instante le oprime las sienes como una aureola helada, y se desvanece; ha pasado, puede abrir los ojos, ya no tiene miedo. La vieja le ha cogido las manos con autoridad y la obliga a juntarlas. El frío azul nace del contacto de estas viejas manos exangües que quisieran, no obstante, ser bondadosas. Paquita obedece, pero ya ha pasado el terror. Dulcemente, con una insondable obstinación en su mirada sin fuerza, Paquita deniega con los ojos. Y la hermana se aleja, triste y severa.

En su celda de la Cárcel Modelo, el viejo Ribas se detiene bruscamente apoyado contra la puerta. Desde aquí, su mirada descubre en la estrecha ventana toda una rama verde, unas veces inmóvil y otras mecida por un suave balanceo. Siendo miope, Ribas no ha usado nunca lentes; este es el secreto de la expresión distante que nosotros le conocemos. Bien quisiera él saber qué hojas son aquellas; esto le atormenta y le hace sonreír. Está solo, tranquilo y débil, sin temor, confiado. Sabe

que venceremos dentro de un mes, de tres, de seis, de doce. El plazo es lo de menos. También sabe que siempre queda el gran recurso de morir como Ferrer para vivir útilmente en la memoria de los camaradas y dejar un orgullo a los hijos, y que ni siquiera resulta esto muy difícil cuando se tiene detrás de sí una larga y angustiosa vida, semejante a una cinta gris, más gris cada vez, casi negra. “Después de todo, a mi edad, cuando no se es muy inteligente, casi es todo lo mejor que le puede pasar a uno.” Sin embargo, el día ha sido bastante malo. No han llegado cartas de casa. Claro está que es absurdo inquietarse así. Pero ¿y si le hubiera pasado algo al pequeño Antonio? Y además solo ha dejado en casa cincuenta pesetas. Darío habla en la trastienda de un café del camino del Tibidabo. Se oye pasar a los automóviles que conducen a los juerguistas hacia los restaurantes nocturnos. Doce cabezas recortadas duramente en una sombra rojiza rodean a Darío. Delante de él hay colocado un quinqué. Su lápiz azul traza en una hoja de papel rayas rectas y crucecitas para que estos hombres sepan bien lo que es necesario hacer. La lámpara arde.

XIII. LA OTRA CIUDAD ES LA MÁS FUERTE

La luna extiende aquí y allá, sobre las moles negras de Montjuich, placas azules casi blancas. Las casas de la falda de la montaña son rectángulos negros y azules salpicados de puntos de oro por las hileras de ventanas. Cada uno de los dorados puntos es una lámpara que alumbra una vivienda. En cada una de estas viviendas reinan el reposo de la noche, los propósitos y las inquietudes que la noche suscita. Cuando esta fiera de luminosos alfileres de desvanezca, el hombre y la mujer se habrán acostado. Y mañana el punto luminoso volverá a encenderse. Y así todos los días. Esta duración de los destinos ínfimos es abrumadora. En cada uno de estos departamentos iluminados los hombres se encaran a esta hora con su vida. Y su vida tiene siempre el mismo rostro de vieja sirvienta sin edad resignada a la claustración. Los hay que son felices. La vieja sirvienta les sonrío: raquílicas de alegrías, algunas de ellas indecentes, reptan en torno suyo en el aire pobre.

Nosotros discutimos sentados en el balcón. Detrás de nosotros, en una de nuestras habitaciones, está encendida una lámpara que, vista desde allá, desde el lejano caserón, no es

también sino una cabeza de alfiler o un punto luminoso. En la cumbre de Montjuich se divisa muy bien la torrecilla de la fortaleza.

Estamos en casa de Santiago, porque este no ha sido vigilado después de que salió de la cárcel el año anterior tras aquella historia de sabotaje de los tranvías. Santiago se nos presenta como un hombre desengañado; nosotros sospechamos en su actitud un poco de sinceridad. Le oímos chapuzarse bajo el grifo de la cocina. Todos los ruidos de esta casa vienen a flotar por un instante en derredor nuestro, ingravidos, transparentes, se me figura, en el claro de la luna. Un niño ejecuta una danza aérea en su cuna con las piernecitas levantadas, y runrunea: “mmmmm” o canturrea con una nota grave: “aaaaa”. La madre plancha pañales en la mesa de madera blanca. Nosotros oímos el golpe asordado de la plancha sobre la tela. La madre habla en voz baja con una vecina. Sus voces son muy parecidas; podría creerse que una era el eco ligeramente amplificado de la otra. Frases enteras se mezclan con nuestras digresiones.

–Tienes razón –dice Darío–. La verdadera revolución es esa. La verdadera revolución empieza cuando se ponen en marcha millones de hombres sintiendo inexorablemente que ya no cabe retroceder, que todos los puentes están destruidos, que rueda en pos de ellos una avalancha humana.

Miró y Julián fuman. Toribio pulsa dulcemente la guitarra, dejando caer en la noche acordes que descienden planeando y van a perderse como ambarados discos en los terrenos baldíos.

–Nuestra misión consiste en dar el empujón al primer peñasco que pueda arrastrar la avalancha. Otras voces en la casa: “Seis pesetas al tendero, dos al panadero, tres de la máquina de coser, once...” El ladrido de un perro, el golpear de una puerta ahogando estos cálculos: “¡Cómo le quería ella de todas formas! ¡Cómo le quería! ¿Sabes lo que ha hecho...?”

Nosotros no lo sabremos.

Una mujercita morena, irritada por nuestras inútiles discusiones, se ha acodado en la barandilla y contempla el magnífico horizonte nocturno, que es el de su miseria, casi sin verlo. Yo conozco su voz arisca, su fatigada mirada, ensombrecida por un reproche indistinto; su cutis cubierto de espinillas. Tiene la edad en que la mujer bien vestida sigue siendo deseable, en tanto que la otra se siente ya acabada. Yo sé que está pensando: “¡Como si no hicieran mejor tratando de ganar un poco más de dinero!” “¡Sí que estamos bien! –decía momentos antes–. Todos los meses estamos patas arriba como gatos a los que un crío tira regularmente por la ventana. Ya podemos darnos por conformes con tener algún mendrugo todos los días.” Su marido ha querido ser pintor: es pintor de puertas. Hace mucho que ambos han dejado de quererse. ¿Por qué han de quererse, estando como están, deslustrados cual desgastadas monedas en las que la efigie de una república ideal ya no tiene ojos? La existencia –que no es por cierto la vida– es demasiado dura.

Darío cree que el movimiento se reanudará dentro de poco tiempo con grandes probabilidades de triunfo. Habla de los

salarios, de la federación patronal, de las juntas de artillería, que acaban de dirigir una insolente intimación al gobernador. Los hechos y las fuerzas parecen coordinarse entre sus manos como las piezas de un tablero de ajedrez. Yo he contestado que la fuerza obrera no tiene todavía clara conciencia de sí misma, que no hay organización, sino una cifra irrisoria de sindicatos y grupos amorfos, que falta claridad en las ideas y un sólido cuerpo de doctrinas...

–¡Ah, las doctrinas! –dice Darío haciendo un gesto evasivo con ambas manos abiertas–. Cuantas menos haya, mejor. Esa es la especialidad de los intelectuales. Siempre habrá tiempo después para hacer teorías.

–Yo quiero decir que no hay lucidez, que se tienen ideas nebulosas, algunas de las cuales solo pueden servir para aniquilarnos. No hay precedentes. Se está acostumbrando a la derrota. Todavía no hemos vencido nunca. Todas las *communes* han sido estranguladas. Estamos a punto de descubrir una gran verdad, de encontrar una clave, de aprender a vencer; pero todavía llevamos dentro de nosotros la vieja derrota.

Llega un momento en que Darío, obstinado, no quiere oír más nada. Adopta su máscara de cansancio y repite:

–Es muy posible; pero si la federación patronal niega el 15 por 100 de aumento –y puede darse por seguro–, la huelga será general. Si la huelga es general, la tropa no intervendrá. Y si la tropa no interviene, seremos los dueños de la situación.

Darío se sacude la carga invisible que pesa continuamente sobre sus hombros, y agrega con tono jovial:

-Y una mañana nos encontraremos con que hemos encontrado la clave, como tú dices, pero sin haberla buscado. Mientras que si perdemos el tiempo en buscarla...

Y al tiempo que de sus dedos se escapan breves acordes, como discos de ámbar, Toribio dice:

-Las tierras fecundas han sido fertilizadas por la vida y la muerte de innumerables organismos. Hay que abonar los campos para que den buenas cosechas. Lo que nosotros hagamos siempre servirá para algo.

Yo busco el argumento atenuado, y me callo en el momento en que veo que Darío no tendrá nada que contestarme. Él es el hombre de este momento, de este país, de este proletariado al que conducir hacia esas luces inciertas que son el porvenir. A veces le llaman “el camarada ministrable”, y esto le hace sonreír con un fulgor de malicia en los ojos, que parecen decir: “¡Bueno! ¿Y por qué no?”, y un movimiento de hombros de descontento. En realidad, está más cerca de las casamatas de la fortaleza o de las tumbas anónimas del cementerio. Estos hombres son la levadura de un pueblo de lento despertar. Cada cual ejecuta su tarea, y pasa. Nosotros no conocemos siquiera los nombres de los torturados de Montjuich y de Alcalá del Valle; pero si no hubiera sido por ellos, los miles de proletarios de esta ciudad no poseerían este valor templado, este odio ardiente, esta

exaltación que forman en el penar cotidiano a los combatientes. “Lo que nosotros hagamos siempre servirá para algo.” Pero yo no puedo gritaros que ya no basta con eso, que es preciso volver esa página, acometer la empresa acaso de muy distinta manera.

La otra ciudad es la más fuerte.

Domingo estúpido. Sol por todas partes. Los amarillos tranvías se pasean. Los balcones de las casas opulentas, un tanto grotescos, aparecen ornados de telas rojas. Desmedrados arbolados de un verde crudo se cuecen en el aire bochornoso. Todo aparece crudo y abigarrado. Todo resulta estúpido, terriblemente estúpido, rebosando una satisfacción increíble por gozar de una beatífica estulticia al sol. Entre dos filas de papanatas con aire de aburrimiento pasa una procesión. Hace calor. Hay procesión, y se suda.

Inclinado el sombrero, se ve desfilan la procesión con lentitudes de buey cansino y extraordinaria fatiga.

La procesión se arrastra a lo largo del paseo, al son de músicas que podrían creerse adormecidas a pesar del ruido.

El viejo cura, de estrecha frente de animal astuto, se enjuga el sudor con un aire de cansancio que inspira lástima. “¡Ah, qué fatigas, Señor! ¡Qué calor hace! ¡Y qué bruto es ese que lleva su cirio como si fuese un paraguas!” Estas cosas deben decirse mientras camina juiciosamente pisándole los talones a un señor beato, calvo y con lentes, que, petrificado de aburrimiento, lleva con gran formalidad un hermoso y abigarrado estandarte, completamente nuevo. Serios y endomingados, algunos señores llevan molestos y humeantes cirios. Con los cascos coronados

por blancos penachos de plumas y la pechera azul, los guardias escoltan solemnes, con un adormilado balanceo de los blancos guantes, a un grupo de gente que suda. Una virgen de yeso, rodeada de cirios, de cristal y de flores artificiales, agobia con su peso a los ocho obesos hombres que la llevan.

La otra ciudad es la más fuerte. José tiene la boca contraída como en los ratos de mal humor, lo que le presta un rostro de cera endurecida. Lentamente nos dirigimos a una esquina próxima, porque la muchedumbre se arrodilla al paso del Santo Sacramento. Algunos soldados ponen rodilla en tierra con el fusil cruzado y la frente inclinada. Nosotros somos los únicos que permanecemos de pie, erguidos, en una especie de reto. Pero esta ciudad que vemos es la más fuerte, la más fuerte.

Un viejecito, revestido de una capa dorada, arrugado como una momia y con las manos gruesas y rojas cruzadas sobre el vientre, camina debajo de un palio. A no ser por sus gruesas manos de gañán, se le creería salido de un relicario, petrificado en sus bordados de oro. Le llevan abiertos los vuelos de color rosa de su capa.

Ya ha pasado. Los vientres apoltronados, los hombros estrechos, las siluetas angulosas o cubiertas de grasa, negras casi siempre; las caras sonrosadas, azuladas, de hermética expresión; las blancas tonsuras sobre todos estos cráneos mal tallados en madera sucia, desaparecen y reaparecen. Un grueso y sudoroso señor de chistera que lleva su cirio se detiene un segundo y puede verse que tiene las uñas negras. Algunas muchachas, vestidas de blanco, arrojan flores ante todas estas

fealdades endomingadas que avanzan irresistiblemente precedidas de corpulentos jinetes negros. Esta ciudad pasará por encima de nosotros. Primero los guardias, luego las procesiones. Estas muchachas arrojarán flores sobre el pavimento, del que se habrá lavado la sangre.

Mas he aquí que José sonríe desarmado. Dos chiquillos renegridos hacen sus necesidades a la sombra de un árbol. Grandes carcajadas expanden sus caras grasosas. Les divierte hacer esto al paso de la procesión. “En tanto que no os tornéis semejantes a estos niños...”

Las cuatro torres de la Sagrada Familia, con su complicado andamiaje, yerguen en el azul su fealdad apocalíptica. Aseméjense a chimeneas de fábricas monumentales, pero deformes y clamando su inutilidad. También hacen pensar en símbolos fálicos.

En el cruce de dos estrechas y negras calles, veladas por las estrellas, surge este brasero. Círculos de fuego líquido se persiguen sin descanso en torno a fulgurantes letras, tan pronto amarillas como rojas, que anuncian a cincuenta bailarinas. Seis veces se repite a ambos lados de la entrada el ímpetu de Juana la Cubana (más esbelta y más ardiente en estos carteles que en su vida de criolla a treinta pesetas el servicio), con un mantón blanco sembrado de flores de oro, gestos lanzados en un

movimiento de llama y alargados y oblicuos ojos que parecen reír ferozmente desde el fondo de las tinieblas.

Los pobres diablos que no tienen para tomar un refresco en la sala la devoran con los ojos. Siempre hay tres o cuatro en esta acera a la caza de una ganga improbable.

La sala es pobre, casi desnuda, iluminada cruelmente por fuertes arcos voltaicos. Uno se pone de codos en los veladores de blanco mármol. Bebe. Mira. No pienses en nada. Ha concluido tu jornada. Todavía no es hora de ir a acostarte en tu catre, en tu recuerdo de cuatro pesetas a la semana, donde oyes toser al vecino y abrazarse tras sordas disputas en voz baja a una jadeante pareja detrás del otro tabique. He aquí el fruto de tu trabajo, la hora luminosa de tu jornada. Sacia tus ojos de formas, de colores, de ritmos, de delirio, de sonrisas, de todo lo que se te niega en la vida. Cincuenta mujeres van a mimar para ti desde el crepúsculo hasta el amanecer toda la alegría que saben. Algunas te hablarán sin verte, haciendo correr en tus venas lentejuelas de oro sacadas de su cintura. Sus castañuelas y sus tacones resonarán largo rato en tu cuerpo. En cuanto ellas se hayan metido entre bastidores te pondrás a beber ávidamente, y esta noche, mucho antes de que se apodere de ti el sueño negro y profundo del ser exhausto, verás flotar ante tus ojos la sonrisa blanca y roja de sus labios, negra y abrasada de sus ojos.

Lucecita, delgada muchacha vestida de negro con un nudo púrpura en la cadera, ha deslizado ante nuestros ojos, dejando en ellos como un recuerdo desesperado, la imagen de una máscara cenicienta, de boca excesivamente pintada, puntiaguda

barbilla y ojos horizontales formados de dos brillantes gotas de lluvia en un trozo de sombra bajo un trazo negro.

“El Chorro” lleva el compás del baile golpeando el velador con sus dedos velludos. José, preocupado, sigue su idea... Hay que sacudir la modorra de la ciudad desplegando en ella repentinamente una terrible audacia. Bastarían unos cuantos hombres, él el primero; él, que no tiene miedo de nada; él, que ya no puede esperar; él, consumido por un afán de heroísmo y de sacrificio. José vive en la admiración del tipógrafo Angiolillo, dulce y obstinado como un misionero, que siguió pacientemente, hace veinte años, de ciudad en ciudad, a Cánovas del Castillo para ejecutarle un día, por verdugo de Montjuich y de Cuba, en nombre de la anarquía futura, en la que la vida humana sería sagrada. No quiere formar un hogar, porque “¡eso es la perdición! ¡No, gracias! El verdadero revolucionario no debe tener mujer ni chicos. Sobre todo, no hay que imaginarse “que puede uno vivir”. Entonces ya no se vive más que para llevar el collar.” Le he encontrado hace un momento releendo el proceso de Emilio Henry. Una leyenda pretende que Henry desfalleció en el último instante, a tres metros del cadalso. “Eso no es posible –rugía José–. Eso es una canallada de periodista.” No quería comprender que esta crisis suprema pudiera realzar la intrepidez del condenado, fruto de una penosa victoria sobre sí mismo. “¡Te digo que era un hombre de una pieza!”

–Joselito mata el domingo –murmura José.

–¿Y qué?

–Pues que el gobernador estará, sin duda, en su palco.

En la mesa contigua, los fogoneros de un vapor argentino, de pelo crespo y frente estrecha, se ríen estrepitosamente porque dos mujeres, la rubia Asunción y la morena Pepita, ceñidas con mantones de color azafrán, miman, con sonrisas convulsivas, la danza de los senos. Los frutos de su carne, avivados por puntos de coral –la una blanca y la otra mate, la una lozana y la otra árida como el desierto–, se estremecen arrastrados por el oleaje interior que las sacude de los talones a la nuca. Las guitarras gimen. El calor que sube del bajo vientre a los cerebros colorea los rostros de los hombres y nubla las miradas. Sólo José conserva una calma glacial. Apenas despega los labios.

–¡Fijaos en estos hombres, en esta sala! ¿Es que no veis que es necesario sacudirlos con un gran latigazo, sacarlos de aquí, arrancarlos a sí mismos?

Yo observo que estás solo, José, con tu exaltada valentía, que te embriaga como un vino excesivamente fuerte, solo, dispuesto a todo, absurdo como los héroes que aparecen antes de su hora. Perdido. La otra ciudad es la más fuerte.

Al salir de allí hacia media noche, José divisa en el límite de la sombra a un pobre hombre de cabeza de pez muerto a punto de desvanecerse en la noche. José le coge del brazo.

–Ven, amigo. Te convido a cenar. No te rías. No estoy borracho. Soy un hombre. Aunque no te lo creas.

XIV. MENSAJES

La mayoría de los franceses que hay entre nosotros comparte la opinión de Zilz. El rebaño humano no merece que uno luche por él. Las revoluciones no han de modificar en nada el destino del hombre. Hay que despabilarse. Náufragos del presidio o de la muerte de las trincheras, se forjan esta filosofía de evadidos, parecida a la de algunos a los que beneficia el orden. Hace un momento hablábamos de la revolución rusa. Zilz asestaba sucesivamente a cada uno su pregunta triunfante:

–¿Te gusta el café con leche?

Después he ido al consulado de Rusia. Un empleado rubio de ralo cabello me ha hecho firmar unos papeles. En realidad, no he visto de él nada más que el puño de la camisa, sus gordezuelos dedos, de sonrosado color, luciendo una sortija de escudo; su pelo reluciente y pegado al cráneo con tan meticuloso cuidado y tan perfumada brillantina que daban ganas de alborotárselo de un cachete. Con una voz meliflua me ha insinuado que “hoy día ni siquiera nuestros ministros saben

ortografía”. Tal es uno de los aspectos de la revolución bajo este cabello bien peinado.

El arribista me ha recibido en medio de un “modern-style” blanco y oro. De cuando en cuando parecía contemplar con amor sus cuidadas uñas. El blanco pañuelo de su bolsillo asomaba como crema. Las mismas inflexiones de su voz estaban llenas de matices y de cautela; pero sus ojos de guapo mozo acostumbrado a agrandar, no decían nada, absolutamente nada. ¿Cuál podría ser su color? De igual manera aparece indicada la pupila en los rostros de ciertas estatuas griegas, con un agujero poco profundo: una sombra, por ligera que sea, realza allí la ausencia de mirada, esa profundidad abstracta. Desde el primer momento he sabido que agrada a las mujeres, es decir, a las damas; que publica libritos de versos libres con cubiertas de pergamino; que se dedica a leer a Bergson y profesa a la vez que un nacionalismo enérgico (“Nos hace falta un Barrés catalán”; esta frase suya hará fortuna) el republicanismo elocuente del “gran Pi y Margall”. Yo me lo he imaginado tal como será dentro de treinta años, a buen seguro: rechoncho, blanca la tez, los párpados pesados, condecorado cualquiera que sea el régimen –porque será menester que hasta las repúblicas del trabajo inventen condecoraciones para estos preciosos servidores–, a diez años de una muerte tranquila, que se lo llevará por entero, repentinamente, como un periódico, cuyo título carbonizado parece un grito rojo olvidado sin haber sido oído, es devorado por las llamas de la chimenea. Sus simpatías se inclinan naturalmente del lado de la causa grandiosa de la Entente. Digo naturalmente, aunque lo contrario sería asimismo natural.

¿Cómo no iba yo a ser de su opinión con la hoja de ruta 662491 en mi cartera? Este “vale para una muerte como las demás” me rodea ya de mentira y me imprime en el rostro una sonrisa hipócrita. El arribista me ha pedido crónicas de Rusia para un periódico:

–Vía Estocolmo. (¡Ah! ¡Te gustan los viajes!) Nuestra única regla es objetividad y colorido.

Ya sé, ya sé. El airecillo superior de no tomar partido. Una máxima de alta política, una alusión a la sociología, dado que el periodismo moderno es científico, una digresión sobre el alma eslava y cosas pintorescas, sentimentales, con palabras exóticas: “mujik” “izba” “traktir” “tchinovnik”. En el fondo, este oficio no es peor que otro, que consiste en alinear durante diez horas diarias, en cursiva del cuerpo seis, los nombres de los caballos del duque de Medinaceli. El uno estropea los pulmones, el otro obscurece el pensamiento. Ambos dos embrutecen a la larga. ¡Bah! Se puede adoptar un seudónimo.

Los mendigos me han reconciliado momentos después con la tragedia de la vida. Los mendigos de esta ciudad son magníficos. Su miseria es una bofetada al dinero, al azul, a la felicidad de ser un necio. Se les ve arrastrarse bajo los pórticos de las iglesias, entre el dorado polvo de los paseos, sucios, disformes, lamentables, con muñones de miembros y llagas purulentas, con las miradas tenaces, como ventosas, de sus ojos inyectados de sangre enferma, con las miradas insensatas de sus ojos cubiertos de manchas blanquecinas. Toda suerte de parásitos abominables se multiplican alegremente en sus andrajos.

Horrendas enfermedades (la lepra, el lupus, la psoriasis, la erisipela) bullen dulcemente en sus úlceras. Estos mendigos tienen colorido. Yo conozco uno que toca una música discordante en los escalones de la escollera. Esta larva gris y fofa se adhiere a la formidable flecha de piedra rectilínea que hiende el mar en pleno oro, en pleno azul. Y la flecha se lo lleva. “Ciego de nacimiento”. Falso ciego, se dice, falsa larva esta larva; pero nosotros, en cambio, somos auténticos. En el umbral de la catedral una mano de momia surge de un recodo de piedra gris hacia una mujer un poco gruesa, de cutis lechoso, que lleva rosas y claveles a su santo patrón, sin duda propicio al comercio de las viudas ahorrativas (herboristería, tisanas). Una voz lúgubre sale de esta mano de cadáver, disecada hace largo tiempo, augusta como la de Ramsés II: “¡Una limosna por el amor de Dios, señora!” La mujer ha pasado. Jamás esta mano se convertirá en polvo. Un toro hercúleo que sostiene una cabeza maciza se arrastra a nuestro encuentro sobre el vientre y las manos ceñidas al cuero. A cada salto de esta mitad de hombre la cabeza, proyectada del lado de una sacudida, profiere una larga imploración gutural. Podría creerse que lanza al mundo inexplicables invectivas si no se oyera caer pesadamente de los carnosos labios las palabras. “Nuestro Señor”, semejantes a gotas de sangre negra. Todas las voces se contestan. Eco. Yo oigo repercutir en el silencio de la catedral, como gotas de oro pesadísimas y brillantes, las mismas sílabas sonoras repetidas con fervor por una voz de niño: “A nuestro Señor, a nuestro Señor...”

–Este hombre –le digo a “el Chorro”– hace pensar en un gusano cortado en la tierra por el filo de un azadón.

“El Chorro” tira su pitillo:

–¡Has acertado! Este viejo es “el Gusano”. Toda la ciudad le llama así... ¡Eh! ¿Qué tal te va, Félix? Un buen compañero de “Tierra”. ¿Qué hay de nuevo, piadoso descamisado?

El despojo de un hombre se ríe con sus magníficos dientes, verdosos por la raíz. Desde que una caída de treinta metros desde los andamios de la nueva iglesia de la Sagrada Familia le ha reducido a la mitad, Félix, del grupo “Tierra y Libertad”, tiene la tierra en la boca, en las narices, en los ojos, en los oídos, y disfruta de una pintoresca libertad... Los guardias vuelven la cabeza al oírle apostrofar a algún transeúnte respetable: “¡Construyendo tu casa me he partido yo las piernas, eh, propietario...!” Todavía nos presta servicios. No será ciertamente a su jergón adonde vayan a buscar los certificados de naturalización cubana artísticamente fabricados por...

–“Gusano” –dice “el Chorro”–, este camarada parte mañana para Rusia.

“El Gusano” deja de reír. Su gruesa y rasurada cabeza, enrojecida por una capa de sudor y de polvo, parece cortada y colocada por casualidad sobre este torso velludo, redondeado en bola informe. Por un instante nos miramos intensamente hasta las profundidades indefinibles del ser. Yo no veo ya nada más que los ojos del hombre partido en dos: tiene el iris de color gris azulado y estriado de negro. Crepúsculo sobre nieves en la montaña. Calor y vigor masculinos.

-¡Qué suerte tiene! -dice, al fin, “el Gusano” simplemente.

El puerto se puebla de luces. Enciéndense los faros. El negro casco del “Úrsula”, de Montevideo, se yergue a unos cuantos metros del muelle, más abrupto que una roca. Los barcos anclados en la dársena hacen pensar por la noche en los grandes reptiles de las primeras edades de la Tierra. Pero las líneas del invento humano son más severas que las de la vida. Féretros. Barcas provistas de fanales se mueven sobre el agua de lisa tinta, salpicada aquí y allá de curvas fosforescentes. Una luz verde parpadea al otro extremo de la dársena, entre dos grupos de rígidos mástiles.

Las balas de yute que han de embarcarse mañana nos prestan cómodo abrigo bajo la luz problemática de un farol adosado a las lonas del entrepuente vecino.

Nos encontramos una veintena subidos en estos fardos, entre dos montones de mercancías cubiertas con lonas impermeables. No hay que fumar: no sabemos muy bien lo que puede haber aquí dentro, y no es este el momento de meterse en jaleos. Estibadores, gentes de mar, guardianes de almacenes, todos compañeros, por lo demás. ¿Algún confidente? Es probable. Pero, ¿qué puede importarnos esta noche que exista algún alma falsa entre estas almas valerosas?

Se ha hablado del 15 por 100 de aumento y de la huelga general. Una voz, a la que cuarenta años de trabajo han prestado una extraordinaria gravedad, ha desmontado claramente en la sombra el mecanismo de la resistencia patronal: los pedidos de los aislados, el apoyo de los bancos madrileños, la concurrencia de ciertas industrias de Asturias, los manejos de un grupo influido por las potencias centrales, el descontento creado por las tarifas aduaneras, la revisión en curso del tratado franco-español... Y de súbito, sin haberme movido, me encuentro yo como en el centro de este grupo, para el que soy portador de un mensaje. “¡Objetividad, colorido!”, me decía el arribista. Este recuerdo viene a punto para llevarse mis escrúpulos de informador sin información.

Hay cosas que, aunque pasaran en un planeta de la constelación de Orion, estos veinte hombres las comprenderían a medias palabras. Así la guerra que ningún pueblo quiere y la huelga general derribando a una monarquía, como un directo a la barbilla bien aplicado os pone fuera de combate. Así también que es menester mucho tiempo, muchos años, miles de hombres, miles de años de cárcel, miles de ahorcados, de fusilados, de asesinados, muchas insurrecciones reprimidas, muchos atentados logrados, muchas traiciones, muchas provocaciones, muchos ensayos, y repeticiones para que al fin un viejo imperio minado por los termes se derrumbe de súbito porque las mujeres de los obreros se han puesto a gritar: “¡Pan!” delante de las panaderías, porque los soldados fraternizan con el motín, porque se arroja al agua helada de los canales a viejos polizontes condecorados por su celo, porque... Yo no tengo nada

que enseñarles: ellos comprenden estas cosas a las mil maravillas. Pero alguien quiere que se le repita la increíble verdad, lo que ha sucedido. Alguien reclama con la mano extendida:

–Pero, entonces, ¿el azar...?

–Ya no lo hay.

Un mismo soplo agita a estos hombres, semejante a una brisa que no es sino el supremo remolino de un huracán que arranca encinas del otro lado del océano, que agita dulcemente el follaje de un bosque. Y entablamos este diálogo de sombras:

–¿El Ejército?

–Con el pueblo.

–¿La Policía?

–Ya no hay.

–¿Las cárceles?

–Incendiadas.

–¿El Poder?

–Es nuestro.

Esta confianza extraordinaria, esta exaltación en la confianza te las debo a ti, “Gusano”. En este instante tengo delante de mí tus ojos de color gris azulado, con estrías negras. Tú eres el que hablas en mí, tú, con tu mirada serena, con esa fuerza viril en el fondo, tan segura de la vida, “pase lo que pase”. Sabemos vivir y sobrevivir aun mutilados como los gusanos...

La voz del hombre de los cuarenta años de trabajo quiere que se concrete. El Poder es nuestro, con la condición de reanudar una vez más la revolución. La que se ha hecho no es todavía la nuestra. Las clases ricas saben muy bien escamotear las revoluciones: en un abrir y cerrar de ojos no queda más que el color rojo, la sangre de los proletarios. Pero los rusos son clarividentes y velan por el triunfo. La cosa marcha. Hay que apoderarse de las tierras, hay que apoderarse de las fábricas.

-¿Y la guerra?

Afírmense diversas ansiedades. Un descargador dice que él cree en la victoria de Alemania. Alemania puede estrangular la revolución. Las frases se entrecruzan como aceros. “La revolución es hija de la guerra.” “No, hija de la derrota.” “Los vencidos, sean quienes sean, la harán. ¡Viva la derrota! El porvenir es de los vencidos.” “¡Pero toda Europa se encuentra vencida ya!” “Hay que declarar la paz al mundo. Hay que conquistar Europa”.

Parto mañana. Por todo viático, por todo mensaje me llevo estos veinte apretones de manos. Y el de “Gusano”, veintiuno.

XV. MANO VOTIVA

Cendales de vapor se prenden a los árboles inclinados: abedules, frágil verdura de argentadas palideces, claro follaje de color verde de agua, luz verdosa y llanuras abrasadas. La red de los hilos telegráficos sube y baja. Los gorriones ponen notas en este pentagrama movable: de igual manera sube y baja el horizonte con el balanceo del barco. Brisa refrescante del viaje, ceniza y polvo que azotan el rostro. Quemazón del mediodía sobre agostadas planicies. Yo pienso ávidamente en esta ciudad, en esta ciudad que no hemos conquistado, en estos hombres, en estos camaradas, mis camaradas. Quisiera abrir los brazos, tenderme por entero hacia ellos y decirles... ¿Qué decirles? No encuentro sino esta única palabra: “camaradas”, más rica quizá según la emplean ellos, a causa del gran número de voces cálidas de hombres unidos por la esperanza y el peligro que todavía oigo vibrar...

El relato que “el Chorro” me ha hecho en el tranvía por la mañana suscita dentro de mí una risa interior reconfortante, como un trago de ron cuando se tiene mucho frío. Y no es que la cosa fuera alegre; pero, era tal la viveza que se reflejaba en el

tono y en el acento de su voz, que, entornando los párpados, experimentaba yo la sensación de caminar con este seguro y vigoroso compañero por la mañana temprano a lo largo de un ancho y cautivante camino:

–Mira, yo me he hecho hombre al caerme de una escalera. Ahora verás. Trabajaba yo de pintor no lejos de Veracruz, en casa de un canalla de huertista. Un buen día me caí desde cuatro metros de altura con un cubo de bermellón, pero con tan buena fortuna, que ese canalla pasaba por debajo de mi escalera y le encasqueté el cubo en la cabeza. Ni que lo hubiera hecho aposta. Me destrocé una rodilla, pero de todas formas me eché a reír de tal forma, que el corazón, el estómago y todo lo demás me bailaban dentro de una jota. Los compañeros me arrojaron, aunque demasiado tarde, un cubo de agua a la cara, asestadas por unas manos extraordinarias. Puedes creerme, me arrojó al suelo, de donde me levantaron en seguida. “¿Estás sindicado?” Esta vez contesté que sí. Cualquiera no lo estaba, ¿verdad? Entonces el tipo se vuelve amable y me ofrece pitillos: “¿Quieres un cura? ¿Quieres pasar la noche en capilla, muchacho? No es cosa de que mueras como un perro. Piensa en tu alma.” Yo contesté que sí, por ganar tiempo. A no ser por eso me hubiera despachado en el acto; allí degollaban a un hombre, sin ruido, en tres movimientos, de un buen machetazo bajo la barbilla. Así, pues, esperé veinte horas, como un cristiano en la iglesia del lugar, entre dos cirios encendidos, a que me sangraran al día siguiente, exactamente igual que a un cerdo, pero con la promesa formal del paraíso. Pasé una mala noche aplastando arañas con la cabeza de un santito de plata. Y figúrate que a las

cinco de la mañana los carrancistas se apoderan de la ciudad. Como es natural, me alistaron en un batallón rojo. Entonces empecé a comprender, y me sindicué. Luego fuimos a pelearnos contra Zapata y me pasé al enemigo, porque valía mucho más que nosotros...

“El Chorro” se encontraba en el andén de la estación, con su sólida mandíbula, sus dientes cuadrados, su ancha nariz, la pátina rojiza de su rostro carnal de azteca.

–¡Adiós!

Y alzaba una mano mutilada: el pulgar excesivamente corto y excesivamente grueso, el índice rígido, los muñones de tres dedos. Y esta mano se me figuró cortada, suspendida en el vacío, como una mano votiva.

¿Qué más he visto en estos últimos segundos? Un negro musculoso y elegante ha pasado llevando una maleta de cuero con reluciente níquel.

A veces creemos que la vida es siempre la misma, porque nos lleva consigo. Falsa inmovilidad del nadador que se abandona a la corriente. Aquel instante en que Ángel cayó en la rambla no ha de repetirse. Aquel otro instante de la plaza Real, con aquella pareja en la penumbra, bajo las arcadas grises y la desgarrada chaqueta de Joaquín, el encogimiento de hombros de Darío, todo eso ha terminado. Ya no queda delante de mí sino esta mano votiva, flotante, que va a desaparecer. ¿Cómo recuperarla?

Dos guardias civiles, taciturnos, conducen a la frontera a una muchacha de café-concierto, que en algunos momentos se da aires de importancia. Entonces mira el paisaje. Luego se pinta los labios y hace muecas en su espejo de bolsillo. Ellos miran en el vacío, delante de sí. Se me figura que la muchacha va a levantarse y abofetearlos con todas sus fuerzas, como Polichinela abofetea al comisario, y que sus cabezas oscilarán lamentablemente de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, como la cabeza del comisario. Algunas arrugas en torno a la nariz empobrecen su rostro de mujercilla barata. Debe de tener una voz desagradable en las notas agudas, un espíritu calculador de ama de casa enterado de los precios, una gran envidia por los ricos. Le da vergüenza llevar zapatos deformados de dieciocho francos. Su amante se llama Emilio. “¿No es verdad, señorita, que se llama Emilio?” Ella daría un respingo: “¡Insolente!” Luego, suavizada, sintiéndome totalmente desarmado, me preguntaría sin disimular su extrañeza: “¿Cómo lo ha adivinado usted?”

Esta escena se representa entre nosotros en la zona de los acontecimientos posibles poco antes de la negra explosión de un túnel. Durante un largo rato nos hundimos en las tinieblas: vamos a hundirnos luego en plena luz.

Y la idea que quiero olvidar me traspasa de cuando en cuando como una aguja eléctrica: Darío ha de morir por esta ciudad, por nosotros, por mí, por el porvenir. Todas las mañanas, cuando

sale de la casa en que ha dormido, todas las tardes, cuando entra en la trastienda de las tabernas donde le esperan quince hombres –entre ellos un traidor–, a todas las horas de su paciente trabajo de caudillo, se encamina hacia este fin señalado para él. Y uno de los hombres que es él (porque somos múltiples y dentro de nosotros hay hombres adormecidos, hombres que sueñan, otros que esperan su momento, algunos que se van, que se diluyen acaso definitivamente) lo sabe: es aquel cuya boca tiene un pliegue de cansancio y cuya mirada rehúye la del amigo para buscar algo a lo lejos, abrigo, refugio, solución imprevista.

Mi hoja de ruta puede llevarme lejos también a mí. Esta idea me serena por una especie de restablecimiento del equilibrio entre nuestros destinos.

Cuando la rubia cortesana va al lavabo un guardia le espera delante de la puerta, material como un mojón, abstracto como la consigna.

Una vieja ciudad surge no lejos de la vía, con torres redondas, almenadas murallas ruinosas y viejos tejados de pizarra. En derredor, un inmenso abandono. Ciudad adormecida al borde de los caminos de la vida: Hostalrich.

Otra población tendida a lo largo de un río seco. Este lecho de río pedregoso, arenoso, de color de tierra quemada, es triste

como una lúgubre muerte en la desolación del sol que devora y seca. Altos caserones calcinados contemplan el río exhausto con sus innumerables ventanillas, en la que se ve ropa puesta a secar. Viejas casas, viejas cárceles, vidas pobres se debaten cada una en un casillero bajo su vetustez, como pensamientos bajo una frente cubierta de arrugas. Las brechas de sombra de las callejuelas conducen acaso a una plaza rodeada de arcos y encalmada por la sombra de frondosos árboles. Un tabernero bonachón os serviría en ella el vino agrio del país. La torre angulosa de una iglesia (áspera piedra gris, campanario puntiagudo, reloj) domina el pueblo. Y esto es todo lo que asciende: una cruz de hierro en el duro cielo de zafiro.

XVI. FRONTERA

El agregado al comisario especial de la frontera es un señor lleno de buen humor, de brazos un poco cortos y nariz un poco fuerte y un poco encarnada. Estoy seguro de que distingue infaliblemente por su sabor los buenos vinos y de que su casa es blanca con los postigos de las ventanas verdes. Dos grandes macizos de rosas a ambos lados de la entrada le acogen todas las mañanas con su canción sin palabras: “¡Qué gusto da vivir, *monsieur* Comblé, entre sábanas limpias, de agradable olor, junto a una rubia de sedosa piel! Ahora va usted a almorzar magníficamente, *monsieur* Comblé, y es probable, muy probable, *monsieur* Comblé, que sea usted ascendido al primer movimiento de personal.” *Monsieur* Comblé aprecia el perfume de una rosa malva, color “del seno de mi amiga” (“logro de horticultor y hallazgo de poeta”) y responde alegremente a las rosas familiares en el silencio de su alma feliz, tan confortablemente instalada en un cuerpo casi sano (con un poco de artritis, ¡ay!): “No pasa de ser justo, exquisitas flores, que los servicios de *monsieur* Comblé sean recompensados. ¿No he detenido yo a esa espía morena de graciosa nariz respingada, a

la que los queridos colegas parisinos habían dejado escapar hasta aquí? Y si ahora le aguarda el foso de Vincennes se debe a mí, se debe a mí...” Su fichero está conservado de manera ejemplar, igual que su jardincillo. Allí están clasificados los sospechosos, los ladrones internacionales, los expulsados, los perseguidos, los fugados. Allí está el fichero secreto: toda una floración invisible de crímenes, de sufrimientos, de castigos, de intrigas, de luchas tenebrosas rodea estos cartones. *Monsieur Comblé* hunde, sin estremecerse, su mano repleta y retira una hoja de filiación:

–Trincada –dice–. Magnífico.

Un chasquido de la lengua apenas perceptible revela en él la satisfacción profesional, hermana de la satisfacción gastronómica. La rubia, acompañada de los dos guardias negros, se encamina a pasitos precipitados, con una pobre sonrisa nerviosa y una mirada de conejo desnucado, hacia dos gruesos gendarmes de color azul celeste, que se guiñan el ojo al verla: “No está mal la pequeña.”

Monsieur Comblé, al desplegar mi hoja de ruta, me dirige una sonrisa cordial copiada de los cuadros de Albert Guillaume. Me mira con la simpatía sin reticencia que reserva habitualmente a sus rosas (y después de los buenos almuerzos a la menudita madame Comblé, “la pequeña Dédé”, en los instantes de gran intimidad).

–Está muy bien lo que usted hace, caballero. Permítame que le felicite.

Yo recibo esta felicitación en pleno rostro como el que pisa algo viscoso.

–Usted vuelve a su patria en los momentos en que tantos cobardes no piensan más que en pasar la frontera...

Por fortuna, una ancha mano negra suspende en el aire, a la altura de mi hombro, un trozo de cartulina: “Faustino Bâton. Propietario. Salinas Grandes (República de Haití).” Las uñas de esta mano negra recubren una pulga sonrosada. El borde de un puño planchado pone de realce el oscuro color de la muñeca. El negro elegante, entrevistado a la partida, me aparta nuevamente. Una carta con membrete del Consulado hace saber a *monsieur* Comblé que don Faustino Bâton, “que se ha distinguido por sus generosos donativos a la Cruz Roja, se dirige a Francia para ingresar como voluntario en la Legión Extranjera”.

–¡Pero eso es admirable! –exclama *monsieur* Comblé–. Dejar las Antillas (y eso que debe ser bonito tener una propiedad en Salinas Grandes, en Haití), atravesar el océano para venir a pelear a Francia no es ciertamente cosa de poca importancia, es de verdad sorprendente...

¡Sí que ha estado bueno el zulú! La admiración excita a *monsieur* Comblé, que se ha puesto de pie y se dispone a decir unas cuantas palabras bien sentidas a este negro, cuya grave inmovilidad le impresiona... Pero acaba de aparecer *monsieur* Perrache, esa criatura de sacristán bilioso. *Monsieur* Perrache tiene una pintoresca mirada, excesivamente amable, cuyo sentido es alterado por un acento irónico indefinible. “Una mirada traidora”, dice a veces *monsieur* Comblé. “Una mirada

de vaca”, dicen los hombres de servicio. La mano fofa de *monsieur* Comblé desaparece en la potente mano negra, de articulaciones dúctiles y rugosos músculos, de Faustino Bâton. La blanca está tibia; la negra, fresca. *Monsieur* Comblé ve muy de cerca de su rostro una mandíbula prominente, unos vellos de hez de vino, unas anchas narices rosas por dentro, unos ojos enormes de esmalte blanco y de ágata quemada que parecen esforzarse por reconocerle, pero sin calor amistoso, acaso incluso con una especie de hostilidad como si le dijeran: “¡Anda! ¿Eres tú? ¿Eres tú el que vengo buscando desde Gonaibes? ¡No es posible...!” *Monsieur* Comblé intenta sonreír y dice:

–¡Los venceremos!

La mirada de *monsieur* Perrache los envuelve a los dos con una frialdad extraña. Un viejo aduanero fatigado, que ostenta la medalla de Madagascar, acaba de entrar. Algunos obreros españoles titubean en el umbral. Faustino Bâton se vuelve hacia la puerta y se siente de súbito terriblemente azorado, demasiado bien vestido, demasiado alto, demasiado negro, demasiado fuerte, demasiado nuevo, con su maleta demasiado clara de reluciente níquel, como un hombre feliz caído de repente entre viejos prisioneros.

A gran altura verdean pendientes: sin duda pastan allí rebaños en la calma inmensa. Las aristas de la montaña definen una

frontera ideal. Dura, clara, pura, esta cima accesible, magnífica punta de granito que hiende el cielo, me revelaría si alcanzara un círculo más vasto de cimas de nuevas fronteras por dominar para conocer el mundo (la parte del mundo que puede abarcar la mirada). Por todas partes las rectas quebraduras de las rocas caen hacia el mar y hacia esta bahía azul, que es como una copa primitiva recortada en la costa. Bahía minúscula y redonda, con una apariencia de playa, gruesos guijarros, barcas pesqueras, redes secándose sobre las piedras, dos cafés en cuya terraza dormitan los aduaneros ante su aperitivo; minúscula bahía, pero recluida entre enormes bloques de montañas con una amplia escapada entre dos vertientes abruptas de granito hacia el Mediterráneo sin fin: el cabo, semejante a una lanza, hiende el mar y el cielo a la vez. Abanicos de espuma caen sobre la negra piedra en trémulos arcoíris. Cristalinas risas corren y se persiguen por el mar. El aire es dorado. El agua es tan transparente que se ven deslizarse fugitivas vírgulas de sombra sobre el fondo de guijarros blancos y oscuros, teñidos a veces de verde por las algas.

Mis pasos hacen huir a las lagartijas entre las rocas. Una, sin embargo, se deja abordar: su verde cuello late fuertemente. Su ojo redondo es el de un viejo curioso; su boca grande y estrecha, la de un actor desengañado de todas las vanidades. Su ropaje de escamas tiene el tinte fresco de una hierba lozana, humedecida por el rocío. Y ello no está exento de razones profundas. Desde esta cima triangular, bordeada de musgo, mi mirada cae sobre este ser paralizado en su huida. Suave tintineo del aire, irradiación de estas piedras, de esta agua, de esta vida

minúscula detenida en mi camino, deslumbramiento que me obliga a cerrar los ojos, llama envolvente que no quema, transparencia, limpidez, lucidez, alegría. Los gruesos guijarros blancos producen en los descalzos pies una dulce quemadura. Sensación de plenitud del nadador, frescura del agua, curvas muelles de las ondas que se hienden, reflejos, quebraduras, caída de cristales y de una polvareda líquida que captan al vuelo los rayos de la luz para transformarlos en pedrerías inmateriales. Remolinos potentes, alarma surgida de las profundidades, alzando al hombre ínfimo que ya no tiene que llevar sino el peso de su cráneo: un poco de materia gris bajo el caparazón frontal y estas dos minúsculas cámaras negras que contienen la única imagen posible del Universo. Tú no puedes reconocerte, ¡oh, mundo!, sino en nuestros ojos. Esta lagartija sobre la roca, yo arrastrado por esta agua pura, más antigua que estas rocas pero eternamente renovada. Alegría, alegría... Esto es más hermoso que las noches. Es más hermoso que la lluvia. Es más hermoso que las noches. Es más hermoso que los sueños. Me olvido de pensar... Pero una idea, singularmente recortada en forma de freno, reaparece: “¡Qué gusto vivir!”

–¡Hola!

Como respuesta, como eco, suena este grito a mi derecha. Semejante a un delfín jugueteón, Faustino Bâton nada a grandes brazadas, desapareciendo por entero para reaparecer hasta la cintura en un chorrear de espuma. Yo le veo sonreír. La alegría ilumina su rostro salpicado de relieves de plata.

Nadamos el uno hacia el otro riendo sin motivo (pero no existe nada más que esta risa, nuestra risa, reflejo de los juegos del mar, y más tarde no sabré concebir nunca este instante sin risa). Nos saludamos con los ojos, comprendiendo, sin necesidad de pensarlo, que una amistad nos une, imprecisa, ligera y potente como el agua perezosa que nos arrastra hacia la playa.

-¡Qué tiempo tan magnífico!

-¡Vaya!

Semejantes a las lagartijas de las rocas, nos secamos al sol antes de vestirnos. La luz esculpe en huecos y relieves, en sombras y reflejos metálicos, el cuerpo tendido de mi compañero. Su piel de oscuro color tirando a un rojo cobrizo es de una pulcritud natural. Pureza de la carne.

¡Ah! Alguien está allí. Una brecha entre las rocas nos descubre de súbito la playa vecina, una vieja casa, un tonel, un banco, y en este banco un hombre. ¿Nos ve? Desplomado más bien que sentado, pegada la espalda a la pared, con las manos esqueléticas apoyadas en las muletas, un pie débil incrustado por el talón en la fina arena, el otro amputado bastante más arriba de la rodilla. Una costra aplastada a uno de los lados de su cabeza parece a punto de desprenderse. Y este rostro, a esta distancia, casi se confunde con la muralla, de tal modo es incolora, y está medio absorbido ya por las piedras, no pálidas, sino del color de las carnes que retornan a la tierra. ¿Nos ve Celestino Barca, pescador de oficio, víctima por dos veces de los gases asfixiantes, amputado de la pierna derecha, condecorado con la cruz de guerra, citado en el orden de un ejército por sus

hazañas en el bosque de Haudremont, donde acaso proporcionará una suerte idéntica a la suya a algún pescador de Swinemünde, al que yo me imagino idénticamente desplomado a esta hora ante el Báltico de dulces reflejos pizarrosos? Nosotros le divisamos a él y sentimos como un remordimiento.

XVII. FAUSTINO Y SEIS VERDADEROS SOLDADOS

Faustino Bâton cree casi todo lo que lee. El heroísmo indecible de los “poilus”⁹ las frases históricas de los moribundos, los artículos del general N., de *Monsieur* Gauvain, de *Monsieur* Bidor, de *Monsieur* Lavedan y de todos los estrategas de periódico que no se cansan de comentar los comunicados, los cumplidos destinados a sostener la moral de la retaguardia, desde la historia de los recién nacidos en Alemania sin uñas ni pelo, a causa de la miseria fisiológica de los boches, hasta la del herido cuatro veces llorando en su cama del hospital delante de la linda enfermera de oxigenado cabello porque no puede volver otra vez al frente. Toda esta prosa horrenda impresiona el alma nueva de este biznieto de esclavos encorvados bajo el garrote del amo, nieto de guerrilleros, desciende acaso de un emperador negro (Faustino I: Faustino-Robespierre-Napoleón-Soulouque). Faustino se lo cree todo, como esos borrachos que beben todos los alcoholes sin discernimiento. Y no es que sea

9 Término de argot militar para referirse a la infantería francesa de la I G M que significa “peludo”. El trasfondo de la expresión se remonta al mundo rural agrícola del que procedían la mayoría de los soldados, y donde las barbas y los bigotes eran comunes. [N. e. d.]

tonto, porque puede que en tal caso no tuviera esta profunda capacidad de creer y sabría discernir mejor la burda mentira: la argucia hábil le impresionaría menos, y menos ideas, menos palabras se interpondrían entre él y la realidad. Tal vez le hubiera bastado abrir uno tras otro un periódico germanófilo y un periódico aliadófilo de América para tirar inmediatamente los dos al cesto de los papeles: las mismas mentiras, los mismos sofismas aquí y allá, el mismo machaqueo. Yo le trato a veces de cretino en mi fuero interno, porque verdaderamente es demasiado tomar por dinero contante la burda moneda de plomo de tantos farsantes; pero sé que soy injusto. Faustino posee la inteligencia vivaz de los seres vigorosos y simples que materializan hasta las ideas falsas. Por lo mismo, un mundo imaginario, formado de un terrible batiburrillo de palabras, se interpone materialmente entre su claro espíritu y las cosas. Faustino es un recién llegado a nuestras ciénagas. Camina por ellas a grandes zancadas, acostumbrado al suelo firme, sin darse cuenta de que se escurre. No basta una comprensión formal y un espíritu nuevo para orientarse en nuestros viejos laberintos, es menester también adiestrarse contra el error, el engaño, la ilusión, el pasado, el deseo, contra los demás y contra uno mismo. Es preciso volverse desconfiado, armarse de métodos críticos, armarse de duda y de sangre fría, temer a las palabras, aprender a perforarlas como maravillosas pompas de jabón que una vez caídas quedan reducidas a un pobre escupitajo artificial.

–Faustino, amigo mío –le digo yo–. Es un arte más difícil leer nuestros periódicos que el de cazar al zorro en nuestros bosques...

Nos hemos hecho amigos. El me ha confesado desde el primer momento la inmensa confianza que está pronto a depositar en todo hombre experto en el prestigioso juego de las palabras y de las ideas. Ciertamente es que ningún granuja le hubiera hecho tomar un caballo fatigado por un caballo brioso, una bicicleta de segunda calidad por una de excelente marca. Faustino Bâton, propietario de Salinas Grandes (Haití), no es de los que se dejan engañar en estos asuntos; pero con el derecho, la civilización, la epopeya, la guerra sagrada, la guerra liberadora, no se puede hacer atravesar el Atlántico, ponerle en las manos granadas del último modelo y mandarle a la muerte. Yo sé que él será el primero en salir de la trinchera, intrépido, tan erguido ante el peligro por el sentimiento del deber heroico que solo bastarán unos segundos para despertar en él el instinto guerrero de sus antepasados, que se dirigían al combate encorvados, con un paso elástico de felinos... Por lo demás, estos segundos bastarán para que no vaya muy lejos, criba magnífica.

A decir verdad, yo no podría destruir su cándida fe y a veces me entran buenas ganas de hacerlo. Pero a mi ironía prudente (Faustino no percibe la ironía, sobre todo la que habla sin sonreír) contesta con desoladas miradas de niño sorprendido en culpa y que duda de súbito de su lección... Por otra parte, es una cosa grave destruir la fe de un hombre sin reemplazarla. Y además yo tengo una tarea que realizar, un camino que recorrer: la hoja de ruta 662491 me rodea ya, por todas partes donde voy, de una atmósfera deletérea.

Hacemos el viaje juntos. En un pequeño café de una ciudad del Mediodía, “Au rendez vous des Ferblantiers”¹⁰, Faustino Bâton ha entrado en contacto por vez primera con los hombres en guerra. Habíamos visto entrar en el local a unos soldados mal vestidos, territoriales y convalecientes, rodeando a otro que partía cargado de pesadas mochilas, cubierto con el casco, y cuyo perfil nos pareció severo: “Fin de permiso”, dije yo. El paisaje era de una fealdad arrabalera: rieles, un muro bajo, una casucha de madera cubierta de carteles desgarrados: “Empréstito...”, “Victoria.” Nosotros entramos detrás del grupo en el establecimiento.

–¿Convidas a una ronda, “Moko”? –le gritó uno a mi compañero. (¿Por qué “Moko”?)

–Con mucho gusto, señores –dijo él con una amplia y seria sonrisa.

Entonces se le quedaron mirando: su voz de tono casi grave había causado impresión.

–Acérquense –nos dijo otro– y hagan el favor de sentarse.

El tono había bajado. Eran seis: el permisionario del casco, de rostro no severo, sino asolado, contraído, tallado todo en líneas perpendiculares, con un tufo de pelos rojizos en la barbilla; los otros, muy desemejantes, pero unidos (a excepción de uno, que me pareció un maestro de escuela), por una expresión y un

10 En el local de los hojalateros. [N. e. d.]

habla comunes, gente del lugar, obreros que quisieran a veces tener un tallercito propio, comerciantes que han sido obreros.

–¿Se viaja? –nos preguntó cortésmente uno, de tipo cochero–. Nosotros acompañamos a Lacoste, que parte, a las diez y media, para un sector estupendo.

–Puede que nos encontremos allí –dijo cortésmente Faustino.

–¿Eh?

Faustino se sentía en un momento grande de su vida. Seis verdaderos soldados franceses le escuchaban. El negro les dijo, dirigiéndose de preferencia al permisionario, que llegaba de América para batirse, que sus antepasados habían tomado parte en la revolución francesa, que le perdonaba a Napoleón el cautiverio y la muerte de Toussaint Louverture; que estaba dispuesto a morir por la civilización, liberadora de los negros, redentora de todos los hombres; que admiraba sobre todas las cosas a los heroicos soldados del Marne y de Verdún. El permisionario Lacoste parecía mirarle desde muy lejos con una estupefacción triste. Cuando Faustino hubo terminado, el silencio nos cayó con todo su peso sobre los hombros. La dueña del establecimiento, con los rozagantes brazos desnudos, se había acercado a nuestra mesa, quedándose frente a una risueña alsaciana que desde lo alto de un cromo nos tendía un frasco cuadrado...

–¡Bueno! –dijo al fin Lacoste.

Habían bebido mucho y una tristeza sin límites les trastornaba. Debíó de comprender que había que contestar otra cosa a los

extraños ojos negros, henchidos de una especie de angustia, que ardían enfrente de él en aquella extraña cara de chimpancé...

–¡Bueno! –dijo–. Tendrás razón si es así. ¡Toma! Pruébate mi casco. A ver si te sienta tan bien como a mí...

Lacoste puso su caso sobre los rollizos cabellos, desabrochando y abrochando el barboquejo, y él no fue ya por su parte nada más que un hombre prematuramente envejecido, afeitado la víspera y que no había dormido en toda la noche (a causa de su mujer, que se había echado a llorar al amanecer). Pero Faustino se nos apareció con un aire asombroso de auténtico guerrero, con una sonrisa terrible de sus dientes de fiera. Aquella cabeza parecía hecha para el casco.

–¡Nada, chico, te sienta mucho mejor que a mí! –exclamó Lacoste–. Puedes quedarte con él, ¿sabes? ¡Ah! ¡Con qué gusto cambiaría contigo de cabeza, guapo negro! Hasta estoy dispuesto a comprometerme a no acostarme más que con una negra en toda mi vida... ¡Anda! ¡Vamos a cambiar de cabeza!

Y se cogió la cabeza con las dos manos como para arrancársela. De pronto se ocultó el rostro con la manga al borde de la mesa.

Cerca de mí se sostenía un coloquio a media voz:

–¡Déjate de cuentos! ¡Te aseguro que se pitorrea de nosotros! No es posible que haya un hombre tan c... a estas horas. Esto podría ocurrir hace tres años, no digo que no. Yo comprendo que nosotros no podemos hacer otra cosa. Además, nos han invadido el país. ¡Pero ese idiota! ¡Con su Louverture y

Napoleón! ¡Habla como un periódico! A mí me están entrando ganas de ponerle la mano en la cara.

El que hablaba debía de ser un convaleciente. Yo no veía de él nada más que el dorso de la mano cubierto por una ancha quemadura recién cicatrizada. Su vecino, viejo territorial, replicó:

–No digas tonterías. Tan bueno es un hombre como otro. Después de todo, mejor que mejor. Uno que viene de América puede significar la economía de uno de nosotros. Yo no veo inconveniente en que se hagan matar. Deberían venir más de todos los países del mundo. Esto permitiría, por lo menos, dejar a los reservistas a la retaguardia para guardar los ferrocarriles. Por mi parte estoy en el Ejército negro.

Y levantó la voz:

–Señor Bâton, ¿no es así? Señor Bâton, tiene usted muchísima razón. Y le deseo que consiga pronto la cruz de la guerra...

–... con treinta y seis palmas –dijo uno.

El maestro de escuela observaba a Faustino con una atención cruel.

–¡Eh, Francisco! –le dijo a mi vecino–. Yo creo comprender a este hombre. Fíjate en esa mandíbula: eso lo explica todo.

Yo he conocido en el Argona a un voluntario de este tipo, pero blanco, un cazador fugitivo de los Vosgos, para el que la guerra no era nada más que una gran partida de caza del hombre. Se cargaba a su boche con un gusto repugnante. En el fondo era más cobarde que una gallina: tenía un alma de asesino. Una vez

le dije yo: “Tú no eres un soldado, tú eres un bandido.” No creas que he sentido nada que haya recibido un trocito de metalla entre los ojos.

Lacoste levantó la cabeza. Una especie de extravío le hacía vacilar entre el furor y la risa.

–¡Devuélveme mi casco, guapo negro, ya que no podemos cambiar de cabeza! –dijo violentamente–. Lo mismo me da la mía. ¡Vamos, hala, dámelo!

Y casi arrebató el casco de las manos del desolado Faustino. Después descargó un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar los vasos.

–¡Aún no hemos acabado, amigos! ¡A coro!

*¡De beber, de beber, de beber
es lo que aquí hace falta...!
¡Oh! ¡Oh...!*

Los soldados cantan.

Faustino guarda silencio. Una sonrisa desolada contrae sus facciones: la expresión de un hombre que quiere hacerse perdonar una falta, que quisiera mentir y comprende que es inútil. Su fino oído ha percibido trozos de frases que se niega a comprender, pero que no puede olvidar. Yo le pongo una mano en el hombro:

–¡Adiós, Faustino!

–¿Cómo? Pero yo...

–No, usted se queda. Faustino, amigo mío, la verdad, el frente, empieza aquí. Su puesto está entre estos soldados “que ya están hartos...”.

Las palabras que yo le digo producen su efecto, agrandando la herida interior. Faustino titubea desconcertado.

–¡Hala, guapo negro! –grita el permisionario con una súbita aspereza en la voz–. ¡Te han dicho que a coro!

*El tercero del conjunto
encontró una perra falsa...
¡De beber, de beber, de beber...!*

XVIII. UN REFUGIO. UN HOMBRE

Continúo solo mi viaje. Los paisajes verdes y ocres se apartan lentamente ante el expreso y sin duda vuelven a cerrarse tras la fina serpiente metálica formada de viejos eslabones ardientes que devora pacientemente las lenguas. Belleza de la tierra en agosto. El mundo tiene un color dorado...

–¡A mí me revientan los paisajes!

Unos ojos descoloridos de hombre extenuado me han gritado esto cuando yo sonreía, quizá, a los campos rojizos, pensando que la tierra vivía.

–Acércame la cantimplora –decía el hombre con una gruesa voz cascada.

Los trenes van atestados de soldados. Yo quisiera ver desde gran altura este bullir de hormigas en torno a las estaciones. Un orden quimérico reina aquí, asignando a cada ser caminos precisos pero incomprensibles. Cada cual busca su vida, va, viene, resiste, tantea, pero todos estos trenes, a fin de cuentas, derraman su cargamento humano en grandes fosas comunes...

–¡A mí me tienen sin cuidado las prohibiciones!

El hombre extenuado atiborra furiosamente su pipa bajo el cartel: “Se prohíbe fumar”. También se lee: “Callaos, desconfiad: los oídos del enemigo os escuchan”.

Yo soy el único paisano en este departamento. Tengo la edad de un muerto al servicio activo, la salud de un hombre que acaba de vivir seis meses en Cataluña. Todas estas caras desgastadas bajo los viejos cascos grises me miran casi como a un enemigo.

–¿Enemigo? ¡Qué ocurrencia! ¡A mí me tenéis sin cuidado tú y los demás!

Los capotes están descoloridos y manchados: azul celeste de los lodazales, de las lluvias, de la fatiga.

Las mochilas son pesadas y disformes. Los cascos están abollados. Los hombres, abotargados bajo su arnés, parecen descarnados, con los huesos duros, la piel curtida, el alma tenaz replegada sobre su vana cólera. Un convaleciente lozano como una muchacha se recuesta en un rincón.

–¿Qué has tenido?

–Una bala en lo alto del pulmón derecho: dos meses de hospital.

–¡Vaya suerte!

Esto es todo lo que han hablado de la guerra en algunas horas. Y también un vendimiador que se bajó en la estación precedente:

–Nosotros, en el Vauquois...

Al oír este nombre yo había prestado atención. Pero solo se trataba de minucias y de un granuja de sargento: “Entonces yo le dije...” Nada se traslucía en este monótono relato de cosas insignificantes, salpicado de “yo le dije”, “él me dijo”, de “entonces”, “en aquel momento”, del campo de batalla donde estas cosas habían acaecido, sin duda en la realidad, llenando durante jornadas enteras la vida de un hombre y acaso para muchos años su memoria... Hablan de los permisos, de las mujeres, del vino, de los precios.

–¿La guerra? ¡A mí me tiene sin cuidado! –diría el hombre extenuado–. Bastante hago con hacerla.

Son hombres duros y empañados, como los guijarros del fondo de un torrente que los arrastra. No son nada. Matan. Mueren. Viven. Pero están muertos, muertos por anticipado, porque aquel que fuma su pipa con los labios renegridos será decapitado dentro de cuatro días por casualidad, al regresar de los refugios. Nada podrá encontrarse de su cabeza de contrabandista astuto que rumia ahora “ideas”, una fina combinación salvadora... Muertos sin anticipación ninguna, porque hay tantos otros, idénticos a ellos, auténticamente muertos, que cada uno tiene olvidado su doble en alguna parte, bajo tierra.

Mal día. He recorrido París en todos sentidos, de Montrouge a Bercy, de Levallois a Montparnasse. Mis direcciones se agotan, la hora avanza. A pesar de la hoja de ruta 662491, un sentimiento de inseguridad se insinúa en mi espinazo con la fatiga, vago encorvamiento. En un hotel, la hoja de ruta 662491 no impediría probablemente que me detuvieran. ¿Dónde encontrar un techo para pasar la noche? Unas cuantas horas al abrigo, al tiempo suficiente para reponer el mecanismo nervioso, y el porvenir está asegurado. He llamado a la puerta de Julio, en un malecón desierto de Bercy. Una mujer gruesa de abatidos párpados me ha abierto titubeando. Al oír el nombre de José Miró su rostro se ha iluminado: “Julio anda escondido. Estamos vigilados. Por el asunto de los desertores de Marsella, ¿sabe usted?” Yo no sé nada, pero este cuarto vulgar, con su sofá cojo, me oprime ya. ¡Anda! Alguien me sigue por el malecón... Disipemos esta duda en la que asoma cierta angustia. El metro.

El remo salta bajo un puente de hierro. ¡Qué bien se refleja el puro cielo en el Sena verdoso! Olor de polvo y de asfalto, muchedumbre, soldados. Un oficial de veinticinco años, cruzado el rostro por una ancha venda negra bajo los ojos (sin duda no tiene nariz y lleva una mandíbula artificial), habla dulcemente con voz de asesinado a su rubia madrina, que parece sacada de una fotografía de periódico: “Este monstruo lo adora, señorita: hay que cerrar los ojos o mirar a lo lejos. La fuente Carpeaux eleva al final de la avenida verde un globo aéreo, cautivo del metal que le crea”.

En la calle de Assas, nadie. “Ese señor se ha marchado la semana pasada...”. Me paro a reflexionar en la terraza de un café. Estoy molido. Son las seis: solo me queda una dirección. He visto abordar a un joven delante de mí: “¿Sus papeles?” Es una especie de caza de hombres que pasa inadvertida en el torrente de transeúntes. Me esfuerzo por adivinar a los policías. Los periódicos claman la guerra. Noyon, Soissons, Reims: bombardeo. Los carteles claman la guerra. Los australianos se codean con los serbios. Esta muchacha morena de la mesa contigua, que se empolva la nariz después de haberme juzgado de un vistazo (no hay asunto), sabe a los veinte años cómo hacen el amor veinte razas distintas. Le oigo contar a su amiga que la noche anterior se encontraba durante la alarma con un japonés lento y atormentador que se burlaba de la alarma. “Maldita la gracia que hubiera tenido dejarse matar en aquel momento... ¿Sabes en lo que yo pensaba? Parece ser que hay gases que te dejan en el sitio... ¿Qué hubiera dicho la gente al descubrirnos al otro día?” La idea de esta muerte ridícula, provocada por la lujuria y el “trabajo”, hace nacer su perlada risa.

Vamos a jugar la última carta en la calle Guénégaud. Este París, atestado de hombres, no es todavía un desierto. ¿En qué signo reconocerse entre estas multitudes? Los camaradas se sepultan en sus vidas angostas o no salen de ellas sino enmascarados como todo el mundo. Si existimos en esta ciudad es como los termes, corroyendo, invisibles, el alto dique infranqueable a las olas. Un jacobino de setenta y seis años, cuya cabeza de calmuco¹¹ tiene ya los tonos y las sombras de una cabeza de

11 Individuo de raza mongólica.

muerto, masculla en la blanca pelambreira de su bigote que lo que hace falta es la guerra total, encerrar al Gobierno en un manicomio, meter doce balas a Caillaux, y en seguida la Dictadura, un puño de hierro, sacar unas cuantas toneladas más de sangre a la fastidiada Francia y entonces “se los vencerá”. Luego se imaginaba en el barro de las primeras líneas sobre un pobre diablo despanzurrado. Sus viejas y agriadas rebeldías le vuelven hacia la reacción. Se obstina en vivir, él, que se encuentra al borde de la tumba, en estos tiempos de matanzas; obstínase en vencer, él, el viejo de la retaguardia, que conoce toda la vida por haberla agotado, cuando los hombres viriles del frente, exhaustas las venas, no aspirando más que a resollar y sabiendo lo que valen las victorias, cómo se pagan, la verdadera faz de repugnantes prostitutas que tienen, quisieran mandarlo todo a paseo. Carnets de pan, anemia de los niños, doscientas mil mujeres produciendo obuses en las fábricas; un millón de proletarios, ágiles máquinas humanas cautivas de los engranajes de acero, trabajando los metales, los gases, los cueros, los víveres, por la guerra, para la guerra. Corpulentos y miserables bereberes recogen las inmundicias al amanecer. Tuberculosos annamitas vigilan las cárceles. Cien mil hombres de negocios transforman por una alquimia maravillosa el dolor, el heroísmo, la fe, la sangre, la mierda, la muerte, en arroyuelos de oro. Bonos de la Defensa Nacional, divisas seguras, autos, y cortesanas. La calle Guénégaud tiene el mismo aspecto de hace diez años, de hace veinte. Es una viejecita razonable con cofia de tul.

Si no le encuentro, ¿qué va a ser de mí esta noche en esta ciudad enemiga? Una puerta en el sexto. Llamo claramente en el silencio como el que tira los dados: pares o nones, nitidez repentina de la suerte. Ningún ruido..., pero la puerta se abre de par en par y en el dintel aparece el camarada desconocido: cepillo corto del pelo, gruesa nariz triangular, doble y arisco cepillo del bigote, un tipo seco.

–¿El señor Broux?

–Yo soy.

Lleva una guerrera de soldado y un pantalón viejo de pana negra. Detrás de él se alinean en un armario acristalado libros amarillos y verdes (ciencias, filosofía). Los dos nos examinamos mutuamente por unos instantes en la penumbra; es este el momento en que nace en algún lugar recóndito del ser ese calor indefinible que es la confianza o esa llamita fría y azul que es el recelo... Yo soy Fulano. Aquí tiene usted unas palabras de María. Y también un saludo de Lejeune. He sido movilizado, pero... Hay varios peros muy serios... Sólo a medias regular, si no menos...

–Ya me lo sospecho –dice Broux.

Y a pesar de la obscuridad observo la mirada de sus ojos castaños, acaso amistosa, sí, y tímida de un hombre que teme un poco a los hombres.

–Está claro. Tienes suerte, amigo mío, porque la casa no es grande. No sé cómo nos hubiéramos arreglado siendo tres. Pero la compañera me ha dejado plantado hace quince días. Estarás

muy bien aquí. Yo gozo de una reputación excelente y puedes dormir tranquilo. Espera que encienda.

Nos movemos los dos en la blancura deslumbrante de una lámpara de acetileno instalada sobre la mesa, cubierta de un hule blanco. Los libros hablan dulcemente bajo su cristal. “Las hojas de hierba”, “El camino de terciopelo”, la “Ética”, así se eleva la contemplación desde una hoja de gramínea al empíreo. El rumor de París penetra por la ventana abierta a un horizonte de tejados. Hemos aquí solos, camaradas, entre estos cuatro millones de hombres. El negro café humea en los tazones. Tomamos un refrigerio como buenos compañeros de ruta, seguros el uno del otro, al borde del camino. La vida es este camino y la guerra transcurre por él empujando a legiones grises hacia las tinieblas.

Broux, restablecido, se escapa dos veces por semana del campamento de Vincennes. Habla de los hombres con desesperación (“¡Qué colección de brutos!”) y de su vida de soldado con un desaliento resignado. El arte de vivir consiste en pensar. Hay ratos buenos, y es cuando puede uno tumbarse una hora en la hierba con un libro en la mano...

¿Los compañeros? Los nombres y los rostros aparecen en nuestra memoria como sobre una pantalla. Este en la cárcel. Aquel otro en la cárcel también. Uno, desertor, tal vez desaparecido. Otro, movilizado, en el frente. Muchos están en el frente. Varios han muerto, héroes a pesar suyo, sin creer en nada, llenos de una desolación impotente. Algunos se

acostumbran. Antiguos monederos falsos tienen la cruz de guerra... “Nosotros” no existimos. Se pasa bien en las fábricas.

Las mujeres se divierten con todos los soldados del mundo. No puede hacerse nada. Nada.

–Pero ¿de veras habéis querido tomar la ciudad? ¿Es posible? ¿No te burlas de mí?

Aquí algunos libertarios, algunos sindicalistas, algunos humanitarios... Un Liebknecht en Alemania, un Liebknecht entre millones de hombres, empujando, con su cabeza de lentes, la carretilla de los trabajos forzados. Un Adler en las cárceles de Austria, solo como don Quiteño, encerrado por haber atacado a los molinos de viento...

–Y de los rusos, ¿qué dices? ¿Qué te parece ese torrente? ¿La sublevación de Kronstadt?

Broux menea la cabeza. Serán dominados. ¿Cómo no han de serlo?

Fumamos de codos en la ventana. La noche se acerca, semejante a una sábana de gas azul. Sofocación de los ruidos, resistencia puntiaguda de las luces. En las buhardillas se encienden lámparas. Una bombilla alumbrá tras unos geranios la cena de una familia. Los pequeñuelos devoran tranquilamente la sopa. Ignoran que el mundo está en peligro. En el cielo, una estrella se desprende de la constelación de Andrómeda y desciende lentamente hacia el horizonte, carlinga de acero que lleva a dos vigías semejantes a nosotros armados de una

ametralladora. Estos ven ondular el Sena, anguila azul de brillantes escamas tendida entre los edificios rectilíneos.

Esperemos, esperemos el porvenir, aun cuando no podamos verle. Yo llego de un país donde la llama alienta bajo las cenizas y se eleva ya en algunos instantes. Me dirijo hacia un país incendiado que era aún ayer la tierra de la más extraordinaria pasividad. No se ha perdido todo, puesto que estamos aquí tú y yo con nuestras convicciones, aun cuando poco nos falte para desesperar. ¿Estás seguro de que esos dos hombres de allá arriba no alimentan en su estrella mortífera la misma esperanza que nosotros? ¿Sabes cuantos hombres anhelan confusamente en las trincheras esta noche lo mismo que nosotros anhelamos? Si pudieran alzarse de súbito, ¡qué clamor!

XIX. PARÍS

Un gran vacío rectangular descubre sobre el tapizado de esta antecámara de legación el lugar de un retrato del emperador. Yo pienso por un instante en este lienzo, vuelto contra la pared bajo las telas en algún desván, entre paraguas pasados de moda y biombos agujereados. Dos coroneles hablan quedamente bajo la tapicería desguarnecida. El viaje de este lienzo por la escalera de servicio amenaza perturbar sus destinos. Jóvenes oficiales de altas botas se saludan con perfectas flexiones del busto juntando los talones: magnífica flexibilidad la de estos vigorosos espinazos. Cintas de san Jorge, cigarrillos sostenidos entre finos dedos, incidencias agudas de las desdeñosas miradas dirigidas hacia nuestro rincón. ¿Qué hacemos nosotros allí, en efecto, yo, tipógrafo endomingado, y mi vecino, que se ha presentado sin rodeos: “Fleischmann”? Más que raído, Fleischmann parece apolillado y casi calamitoso; pero, gracias al viejo resorte de acero que lleva en algún sitio por víscera sentimental, le falta el casi. La chaqueta, que fue gris y de buena confección hace cuatro años, ya no tiene forma ni corte. Un bolsillo se abomba bajo un pañuelo de Holanda fácil de identificar. El otro parece

abultado en cuadro por un libro con varias señales, señaladas a su vez por una escritura nerviosa. En su cuello, de celuloide, se combinan los amarillos rancios con los blancos dudosos tirando a amarillo. Afeitado de tres días, con los graciosos lentes sujetos por este hilo negro llamado hilo de gendarme y ligeramente ladeados en una nariz vigorosa; los ojos grandes, realzados por arrugas y protegidos por apergaminados párpados de viejo pájaro nocturno, que ocultaban una mirada extraordinariamente preocupada, vivaz y tenaz, que se prendía a uno con curiosidad insistente y se soltaba de súbito. Judío sin dinero, bien pasada la cuarentena, con veinte años de luchas, de miserias, de conferencias en las cooperativas de la calle Mouffetard y en los clubs de Whitechapel, de correspondencia ilegal con los paisanos. Yo adivino este pasado porque nuestra conversación es utilitaria. Yo también “regreso”. Él quiere regresar para “batirse”, tesis oficial que no engaña a nadie. Por lo demás, no cabe duda de que nos batiremos, pero no como lo entienden estos viejos coroneles. Estamos de acuerdo: hagámonos recibir juntos.

Cuatro pasos sobre la alfombra y el decorado ha cambiado. El decorado, porque todo es aquí una farsa, desde la sobria urbanidad del oficial que nos ofrece con un gesto sus sillones de cuero, hasta nuestro tono reservado. El oficial nos escucha amablemente, rozando con la mirada tan pronto mi corbata como la de Fleischmann, que deben hacerle pensar en los detalles de estilo de los escritores realistas. Un precioso cronómetro indica en su muñeca la hora de las citas. La relación de estilo es innegable entre sus chatarras de plata y su bigote a

la americana, remozado cotidianamente. Cruz de san Jorge, timbre armonioso de una voz de conversador cautivante. “Señores, o mejor dicho, “camaradas...” (El eco burlón responde en mí con la voz rugosa de “el Chorro”: “compañeros...”) La cosa es que nuestro caso es difícil. Inglaterra, que ejerce el control de los mares, no autoriza de buen grado el retorno de los repatriados. Sentados en los sillones de cuero, Fleischmann y yo hacemos frente a la gran potencia en cuyo imperio no se pone nunca el sol.

–Nosotros no pretendemos –digo yo– forzar las líneas del almirante Beatty...

El consejo mejor que puede darnos este camarada es que nos incorporemos al cuerpo que se bate en la Champagne; la cosa no sería difícil... ¡Con qué aire tan atrayente nos abre usted la puerta de la trampa, camarada ful, camarada de lindas charreteras de plata! Sin embargo, conservamos la seriedad:

–Reflexionaré...

Fleischsmann se levanta, se ajusta los lentes, tropieza en el sillón, tan cómodo que parece predisponer a los compromisos, y guardándose furiosamente el pañuelo en el bolsillo derecho, incurre un poco en el ridículo. A la mitad de su parrafada, de la que parece deducirse que va a telegrafiar al Comité Ejecutivo de los Soviets, brota esta frase enorme:

–La revolución somos nosotros, ¿sabe usted?

Él, yo, otros muchos... y millones de cabezas desconocidas. “El Gobierno provisional “debe”, nos “debe”. Los dos dirigimos al

oficial miradas de parientes pobres que de pronto resultan acreedores. Él menea la cabeza. Sí, sí. Sin duda. Lo comprende. En principio está de completo acuerdo, pero existen dificultades prácticas, que son muy grandes. Por lo demás (y yo no sé si esto es una digresión cordial, una desviación o una encubierta llamada al orden), también él pertenece por entero (¿con las charreteras y todo?) a la revolución. El oficial que estuvo a punto de ser desterrado en 1907.

La ira de Fleischmann cede, escamoteada: ya no existe adversario y todo esto, del principio al fin, parece una broma.

–Reflexionen, camaradas. Hasta la vista.

–Hasta la vista.

–Espere –me dice Fleischmann en el pasillo–, conozco a uno de los asistentes aquí...

Es un joven mujik de Riazán, de anchos pómulos y ojos horizontales. Un rubio plumón orla su labio. Sus fuertes manos de labrador sostienen una bandeja de plata, en la que tiembla, junto a “L 'Echo de París”, una taza de té.

–Telegramas de Petrogrado: reprimir por la fuerza después de una última intimación.

Se ha recibido este telegrama ayer. Si no se rinden hoy, los sublevados del campo de la Cortina serán bombardeados

mañana en nombre de la revolución lejana, a la que aclaman ellos.

–¿Creen ustedes que les harán disparar? –pregunta el joven rubio de expresión infantil.

Y la taza de té tiembla un poco más.

Fleischmann apunta con la erizada barbilla hacia la puerta, que acaba de cerrarse tras nosotros.

–¡Estos cretinos de camaradas...!

Evidencia aplastante como los obuses que harán saltar mañana en los patios del cuartel surtidores de sangre para alinear al otro día cadáveres de soldados rubios semejantes a este.

... A dos mil doscientos kilómetros a vuelo de pájaro sentimos nosotros bullir en torno a la revolución una copiosa plaga de sonrientes traidores. Detrás de la puerta el “camarada” agrega algunas notas a nuestras fichas: “sospechosos” (confidencial).

Sam confirma la noticia. Llega de la Champagne. Su división se encuentra en segunda línea. Le llaman Sam porque desembarcó un día de allende el Atlántico, alto, flaco, socavadas las mejillas, deshilachada la barba, la sonrisa oblicua, dejando al descubierto unos dientes de caníbal. Este tío Sam desciende de cosacos auténticos. Ha nacido en un pueblecito de la Pequeña Rusia, se ha templado en la penitenciaría de Orel (Gran Rusia), se ha evadido de Sajalín (límite de la inmensa Rusia, confines de las tierras del Sol Naciente), ha sido transformado por unos cuantos años de “finejob” (buen trabajo) en las fábricas de Pittsburg

(Pensilvania, U.S.A.). La guerra de color verde de hierba de los soldados rusos moldea sus hombros huesudos. Su mirada fría y su boca grande, un poco contraída, le prestan una expresión burlona.

–No nos demos prisa –dice–. Llegaremos a tiempo para ocupar las celdas de Kresty o para recibir de la República las balas heredadas del Imperio. Paseamos por las calles de París en una tarde de sol. “Boussard et Pignotel, fils. Drapeaux, bannières, oriflames, en tous genres”¹², casa fundada en 1876, medalla de oro en las exposiciones: he aquí lo que a nosotros nos hace falta, Sam. Estos “proveedores de S. M. el rey de Bélgica” pueden muy bien proveernos también a nosotros. ¡A cada cual le llega su vez! Ornamentos de iglesia y sedas multicolores ribeteadas de oro llenan el escaparate de emblemas sagrados para todas las creencias del Universo. Estandarte de la Virgen, oriflamos del Sagrado Corazón de Jesús, “stripes and stars” (franjas y estrellas), negro, amarillo, rojo de Tunicia y hasta la esfera celeste del Brasil rodeando con una cinta blanca el azul poblado de las estrellas para demostrar mejor que la divisa de los plantadores de café es la ley misma del Universo: “Orden y progreso”. Boussard, calvo e inyectados de rojo los redondos ojillos de ave nocturna por una conjuntivitis tenaz, acoge a los clientes en el umbral de la tienda, envuelta en una discreta penumbra de sacristía. Doradas alabardas hacen esperar la entrada de un suizo solemne. Pero el que entra es Pignotel hijo, el más furibundo patriota de la quinta del 19: gafas de concha y mirada de colegial embotada en los lupanares. Todas las patrias

12 Boussard y Pignotel, hijos. Banderas, pancartas, oriflamos, de todo tipo. [N. e. d.]

se abastecen en la casa Boussard y Pignotel. Hombres de todas las razas se desangran bajo las telas bordadas en sus talleres por obreras asalariadas, las más bonitas de las cuales abren sus piernas de esclavas dóciles a Pignotel hijo. Sam viene a buscar aquí, para unos soldados desarraigados, el emblema de una patria nueva.

–Señores, necesitaríamos rápidamente una bandera...

–Rusa, ¿verdad?

Vista de lado, la sonrisa cortés de Sam pone una mueca burlona al perfil de una quimera de Nuestra Señora.

–Justamente, señor.

Las sedas de color blanco, azul y rojo están listas. He aquí los modelos. Tres precios, como para los aceites al por mayor. La casa proporciona también género especial. La afilada mano de Sam aparta desdeñosamente las muestras.

–¡Oh, no, no, señor! Usted se confunde. Nosotros quisiéramos para la décima división rusa una bandera roja con estas palabras en dos idiomas: “República Rusa.” Las franjas no son necesarias.

El nocturno Boussard y Pignotel hijo se quedan por un momento con ojos de besugo.

–Señores, no sabemos si podremos proporcionarles ese artículo. ¿Tendrían ustedes la bondad de volver mañana o esta misma tarde, de seis a siete...? Señores...

La retaguardia ofrece a la guerra esta mentira, que baña todas las cosas, más vacía que un cuadro de Taille: la sonrisa de todos sus emboscados, de todos sus agiotistas, de todos sus estados mayores, de todos sus periodistas, de todas sus cortesanas apreciadas por los pulcros guerreros de Ultramar, de todos sus embriagados permisionarios que no comprenden nada (“... y después de todo, más vale no comprender”).

Ligereza sorprendente de la vida a cien leguas de las líneas de fuego, en los momentos de las grandes matanzas, reguladas como los juegos escénicos del Châtelet (“La proeza de Verdún o los ochenta mil muertos”). Transeúntes, lindas mujeres, automóviles, cafés, periódicos. Las torres del Trocadero se elevan a lo lejos sobre el Sena en un cielo rosa, trasmutado insensiblemente en azul bruma y azul horizonte. París se deja vivir bajo un cielo de Watteau. En la Cortina se dispara contra los nuestros... Un campamento, en cierto sitio de Creuse, cercado por los cañones en medio de apacibles tierras. Un jirón de muchedumbre arrancado a nuestra revolución: campesinos de Perm, obreros de Toula, pescadores de las orillas árticas...

–Había demasiados hombres –decía ayer en una calle negra un borracho que parecía enviar con sus gestos a las estrellas líricos mensajes–. Ya no había sitio en la tierra. ¡Qué bien se está en la retaguardia! Desde que la guerra nos ha hecho sitio se puede vivir de verdad...

Algunos sabios lo demostrarán mejor con ayuda de gráficos.

–Disparan contra los nuestros en la Cortina. ¿No oyes, Sam?

–No –contesta Sam en serio–, no oigo nada más que el autobús y las voces de dos canadienses que discuten de rugby.

Voz de un soldado:

–No hay que apurarse. Después de todo tienen suerte. Siempre se cargarán menos que en mi rincón, no lejos de BerryauBac.

La opinión de un señor:

–La disciplina es la ley del ejército... Por lo demás, caballero (esto no lo dice por guardar las conveniencias, pero se dirige a mí en una parte que yo distingo muy bien), su indignación me desagrada extraordinariamente. ¿Qué es lo que hace usted aquí? Hay que depurar la retaguardia.

Se la depura. La delación, el recelo, esa segunda vista particular que adivina al espía, la maravillosa finura de oído que a través de las paredes de los cuartos de hotel oye mezclarse a los suspiros palabras derrotistas, lanzan a los sabuesos de la Policía sobre pistas innumerables. Hombres de *smoking* a los que no ha de tardar en fusilarse, disertan en los salones.

Un fino gastrónomo, de gorda nuca y triple barbilla, coleccionador por la noche de grabados licenciosos, reclama todas las mañanas su periódico, el establecimiento de una inquisición patriótica.

Alguien penetra furtivamente en la celda de una cárcel, donde sueña, extraviado, un extraño enfermo de desmesurados ojos de criollo, le habla con dulzura, levanta su rizada cabeza, le pasa

con adormecedores gestos un nudo corredizo alrededor del
cuello y aprieta, aprieta. “Nuevas detenciones son inminentes.”
La belleza de París es implacable y risueña como el estío.

XX. MEDITACIÓN DURANTE UN BOMBARDEO

Cuando las sirenas que anuncian la proximidad de las escuadrillas enemigas se ponen a ulular en la noche y los pasos se precipitan por la escalera a la luz furtiva de las cerillas, nos asomamos a la ventana. Broux oculta cuidadosamente bajo la palma de la mano el fuego de su pipa, y yo no estoy muy seguro de que lo hagan por broma.

–Deberías bajar –me ha dicho la primera vez–. Por mi parte no tengo interés en molestarte. Toda esa gente desaliñada en el sótano no resulta nada atrayente. Allí verías a la viejecita del tercero en peinador y papelitos en el pelo apretar entre sus brazos de bruja a un horrible can de mirada casi humana. Verías a mi linda vecina casi desnuda, en salto de cama, pero con carmín en los labios y empolvada la nariz. Puede que pensaras que sus brazos deseables estarán descarnados dentro de cuarenta años como los de la bruja del can. ¿Qué mejor tema de meditación, al nivel de las alcantarillas, durante la batalla aérea?

Broux habla a veces así, con una voz uniforme, y las palabras de sus frases se engarzan con un ritmo ahogado. Adivino que debe saber escribir hermosas cartas, en las que se coordinan perfectamente los períodos, en las que las ideas brotan con una serenidad mezclada de ironía y de perspicacia. Broux sonrío:

–Yo no he bajado más que una vez por curiosidad, para volver a subir los escalones de cuatro en cuatro antes de que terminara la alarma. ¿Qué quieres? Me encuentro tan bien aquí, entre mis libracos, que aun para morir no estaría mal el sitio...

Sólo hay en la habitación dos retratos entre la biblioteca y la cama: dos ancianos fraternales, el gran Walt, pálido y canoso de las “Arenas del año septuagésimo”, y Elíseo Reclus, alta frente coronada de blanca ceniza, mirada recta, semejante a un tenso rayo de luz llegado a través del espacio inmenso.

–Si por casualidad viniera una bomba a destruir esto –dice Broux señalando con el gesto los libros apretados en los estantes, los dos retratos, un montón de cuadernos de pastas de hule negro en rincón–, francamente, me tendría sin cuidado no sobrevivirlo. No tengo nada más que esto en el mundo. Es mi refugio. Lo quiero, en tanto que la vida...

Filosofamos. Las sirenas se han callado. La noche, semejante a otras noches. Grises nubes sobre fondos de estrellas. Detonaciones crepitan sin descanso. Nosotros no vemos nada más que las cosas habituales. Sin embargo, desde lo alto, por encima de estas nubes, en las tinieblas fosforescentes, traspasadas por las frescas ráfagas que barren los continentes, unos hombres vestidos de cuero tratan de descargar sus

lanzabombas sobre esta ciudad. Y haces explosivos que describen círculos concéntricos en pleno cielo, les buscan a su vez, convirtiéndoles, de cazadores, en presas. Este juego dura unos treinta minutos.

Broux habla de sus compañeros de taller de antaño (es ebanista); del servicio, absolutamente idiota, que lo ha pasado en Vincennes; del manifiesto “A las madres” lanzado por unos cuantos camaradas, a los que acaban de detener, documento bastante mediocre. “¡Como si las madres pudieran hacer algo!” Y de súbito, descubriendo la roja lumbre de su pipa, concluye:

–No hay manera de evadirse.

La cárcel es esta ciudad, este país, la guerra, Europa... ¡Y América, el Japón, Nueva Zelanda, Mozambique, Borneo! La cárcel es todo el Universo. Hasta en la selva de las tierras salvajes se cuenta el dinero, se doblega al hombre bajo el látigo, se obedece, se realizan acciones sucias. Por todas partes es menester pasar todos los días catorce horas de sufrimiento, de servidumbre o de infamia, según los casos, para llegar a la hora decimoquinta, que puede ser la del gran Walt o la del viejo Elíseo:

–Y yo puedo darme todavía por contento –dice Broux–, porque la intensidad del trabajo es menor en el taller que en la fábrica. Por la noche no me encuentro totalmente embrutecido. Los que trabajan en la fábrica, a la cadena, salen por la noche extenuados, buenos para el cine, querido... Y a los cuarenta años están acabados: buenos para el café...

El que cree salvar su vida la perderá. Unos cuantos de cada mil se enriquecen, descubren la otra faz del mundo mediante los servicios de los cochescama. El dinero les cuesta caro y se corre el riesgo de no conseguirlo. ¿Pasar por encima de los cadáveres de otros cien para convertirse en ese canalla obtuso que es el enriquecido? ¿Acumular perras, luego francos, después luises de oro a costa del dolor de los hombres y decirse que el mundo está bien hecho cuando cada uno de los que respiran a pleno pulmón el aire de las playas va seguido de un cortejo invisible de seres encorvados bajo su labor, atenazados por las máquinas, atenazados por el hambre, por el amor, por el ansia de vivir, porque este mundo es un engranaje perfecto, merced al cual todos los ímpetus del hombre recaen sobre él con un peso de cadena?

La civilización conduce a este combate insensato por el Louvre, al que unas cuantas bombas, no por cierto perdidas, pueden destruir muy bien en este mismo instante. El avión de bombardeo cierra el ciclo abierto por la victoria de Samotracia. Obras maestras de la inteligencia totalizando el trabajo de todas las razas en todos los tiempos –el sufrimiento, el esfuerzo, el heroísmo de miles de millones de hombres–, se buscan con la mayor lucidez humana para destruirse. Y todo se reduce a un duelo de artillería. Y el trabajo esencial de esta ciudad consiste en fabricar obuses.

–Es cosa de preguntarse si no estaremos locos. Pero, ¿cuáles son los locos? ¿Se puede saber? ¿Los que se lo preguntan o los otros? Si nosotros nos pusiéramos a hablar en voz alta, ¿qué nos harían, di?

Broux no cree en la rebeldía desde que ha visto rebeldes que se han hecho con dinero a costa de la sangre de viejas rentistas para ser llevados luego a la guillotina como las bestias que estrangulan a las niñas.

–Hay fuerzas errantes como tu tipo de Haití, el propietario de Salinas Grandes. Estas son fuerzas perdidas. Es matemático: o se adaptan o son aniquiladas. Tu negro está destinado a dejar el cráneo, más o menos agujereado, entre otros muchos, bajo un monumento que los fabricantes de cañones erigirán más tarde... La clase obrera ejecuta todas las tareas menos la suya, sin saber, en suma, que existe. ¿Cómo quieres que salga de esta nada cuando se le tasa todas las mañanas el pasto del estómago y el del espíritu? Tanto de pan y de carne, tanto de veneno para el espíritu. Escucha, ¿te acuerdas del mito de la huelga general? Un verdadero mito, ¿verdad? ¿Y de la “insurrección contra la guerra”? Los que la preparaban piden que se bombardee Múnich para vengar en la pinacoteca los riesgos del Louvre, del que se burlan. El cafre que dormitaba en su alma se ha despertado: “ojo por ojo”. Vamos a acabar todos ciegos porque también a nosotros nos sacarán los ojos...

–No sé dónde he leído una descripción del asilo de ciegos, en el que viven varios heridos sin brazos ni piernas.

–¿No te ha ocurrido nunca, al ser rozado en la calle por un autobús, invocar en secreto al accidente? Cuando se vuelve a casa después de haber hecho una mala faena por unos céntimos, cuando se ha engañado a un camarada por cincuenta francos, porque este era el último expediente antes de tirarse al

Sena o de acogotar al viejo señor que trasnocha, ¿no has mirado nunca las cosas diciéndote fríamente que de buena gana no vivirías? Te aseguro que eso es reconfortante. Si pasas por la guerra para llegar a la revolución, ejecuta debidamente tu asqueroso oficio de soldado y no te pares en escrúpulos: tal es mi consejo. Después del hambre de las fábricas, el hombre en las trincheras es otra muestra de la humanidad. Debes decirte que la vida, tal como la han hecho, no es un bien tan grande que sea un crimen quitarla o un mal perderla.

El bombardeo se aleja y se acaba. Nosotros no sabemos que una casa acaba de derrumbarse bajo este cielo apacible, y que un grupo de niños aplastados se debaten bajo los escombros. El silencio casi tiene la perfección de lo infinito. Nosotros ignoramos que un Gotha arde en los campos desiertos a diez leguas de aquí, que las llamas suntuosas alzan, mecen, arrollan, aniquilan allí a dos formas humanas, despojadas en un instante de todo contenido humano. Unos ojos llenos de esta noche, de estas estrellas, de esta ansiedad de batalla, cuando hace una hora me designabas tú con un gesto los dos retablos fraternales que están a nuestra espalda, han visto acabarse el mundo en un despliegue de fuego semejante a un choque de astros. Esto no es nada, absolutamente nada. Los periódicos dicen: “El raid de los Gothas de esta noche no ha sido señalado por ningún episodio de importancia. Los daños son insignificantes.”

–Nada, que es imposible vivir –dice Broux–. Yo me retiro a mi rincón a leer. Me esfuerzo por ir viviendo como sea, inadvertido, para hacerme perdonar eso. ¿Qué hacer? ¿Lo imposible?

–¿Y la revolución?

–¿Quién va a hacerla?

–Los cañones, las máquinas, los gases, el dinero, las masas. Las masas de hombres como tú, cansadas de su sumisión, al fin, sin entender nada en un principio, por medio de los cañones, las máquinas, los gases, el dinero. Mira, Broux, tus dos grandes ancianos, Walt y Elíseo, no son buenos maestros. Yo casi los detestaría, y eso que los amo. Su error consiste en ser admirables. Hay que ser precisos, clarividentes, fuertes, resistentes, armados, como las máquinas, ya ves. Hay que montar una vasta empresa de demolición y consagrarse a ella por entero, puesto que no será posible vivir mientras el mundo no haya sido reconstruido. Hacen falta técnicos y no grandes hombres, no hombres admirables. Técnicos de la liberación de las masas, demoledores patentados que desdeñen la evasión individual, porque su trabajo será su vida. Hay que aprender a desmontar el mecanismo de la Historia como se desmonta un motor. Hay que saber introducir en alguna de sus partes, como en los órganos del motor, el perno inútil que puede hacer saltar todo. Eso es. Y eso ha de costar lo que cueste.

XXI. EL ILEGAL TIENE DOS SOMBRAS

–¿Cómo? ¿Tú aquí? –ha exclamado Filiberto, plantado en la calle de Buci, al borde de la acera, con el periódico en la mano–. ¿Quieres tomar café? En los tiempos turbios hay que agradecer el café. La Humanidad sufre y gime. Bebamos a sorbos el delicioso moka. El mío será el del egoísta; el tuyo, el que quieras; pero a los dos nos dejará en la boca el mismo sabor amargo y dulce.

Me cogió del brazo y entramos los dos en un bar. Me gusta bastante Filiberto, al que llaman, según el humor, Fil, Fil en cuatro, Fil a la inglesa, Fil de la pata, porque es un canalla bastante franco, agradablemente inteligente. Tiene buen aspecto, a pesar de su tez descolorida de noctámbulo que ha debido conocer enojosas enfermedades. No carece de cierta elegancia, a pesar de su aire taimado. Su apretón de manos cordial, húmedo y blando, es el de un buen compañero “un poco tarambana”. Sus ojos castaños de bellevilés¹³ le permiten pasar por español. En la intimidad se declara rebelde y desempeña

13 Habitante del barrio parisino de Belleville.

funciones vagas y lucrativas por la noche en el mercado. El encanto de sus decires proviene de cierto cinismo idealista al revés.

–¿Así que has dejado plantado a tus sublevados de pacotilla.? Te apruebo, amigo mío. Te aseguro que vale más vivir a salto de mata en París, aun en estos tiempos embrutecedores, que levantar barricadas bajo un sol del mediterráneo. ¿Lejeune sigue tan fuerte? ¿Quieres un puesto en una cooperativa de inspector de frigoríficos? Podrás conocer una relación ideal que don Juan no ha conocido: la del eterno femenino con la carne congelada de la Argentina. Coeficiente general: la guerra... ¿De veras que no? ¿Te marchas a Rusia? ¿Movilizado? Me parece que debes estar sin un cuarto desde hace seis semanas, o será tu mujer la que te ha vuelto neurasténico... Porque, en fin, de sobras sabes que hay que aprobar las revoluciones (cuando llegan), procurar aprovecharse de ellas y ponerse a cubierto como de un tornado. ¿Qué mejor, después de todo, que un mundo en descomposición?

Sin embargo, hay algo en su manera burlona de desnudar las ideas, algo así como un minúsculo brillante en una boñiga de buey... Su mirada, generalmente falsa desmintiendo la palabra acerada, titubea a veces con timidez pronta a sustraerse, pronta a reconocer una tristeza oscura. No debe sentirse muy a gusto en soliloquio consigo mismo.

–¿Dónde vives? ¿En casa de Broux? Es un buen hombre. Un bicho raro. Los grandes problemas deben traerle a mal traer; cuanto más piensa en ellos más se embrutece y más contento

está de sí mismo. Es una especie de onanista, como todos los pensadores. En el momento de separarnos, Fil me dice aún:

–Es un rincón tranquilo, pero de todas formas no te fíes. El ilegal tiene dos sombras: la suya y la del delator.

Suzy, a la que estaba esperando, se aproxima hacia nosotros por la calle, en la que se derrama el sol. Un doble rayo reverbera bajo el borde de sombra de su sombrerito de fieltro. Nuestras tres sombras se confunden en una sola, estrellada.

Suzy, con su minúscula mano enguantada, de gris sobre el brazo de Filiberto, me mira y le admira. Sus ojos parecen decirme: “¿No es verdad que es prodigioso mi amante? ¡Y qué inteligente, qué valeroso! ¡Si usted supiera! ¡Y qué misterios hay en su vida...!” Misterios como en las novelas bien hechas. Una felicidad frágil, como enfermiza, emana de esta pareja.

–Ven a cenar esta noche a casa –propone Filiberto–. Verás qué ama de casa es mi chica. Pasarás la noche con nosotros. El ilegal debe dormir fuera de casa de cuando en cuando por principio, ¿sabes? Nunca se sabe lo que puede pasar.

Yo me niego, aunque tentado. Tengo una cita. Fil se interesa. ¿Negocios o buena fortuna? Y como yo vacilo en contestar, se apresura a adivinar:

–¡Ah! En ese caso, no hay que hablar. ¡Buena suerte!

La alegría viene cuando quiere. He comenzado bien el día con este encuentro. ¿Es más tarde el buen humor de Sam, a pesar de las noticias desastrosas del campamento de la Cortina? ¿Es la conversación con estos tres camaradas en una taberna de Charonne, en la que entraban a beber en el mostrador algunos chóferes? Marta había llevado de una fábrica de Billancourt manifiestos redactados bastante pobremente. La mujer nos refirió las estratagemas a que había recurrido para fijarlos en los retretes o introducirlos en los bolsillos de las compañeras en el guardarropa.

–¡Que busquen, que busquen! –decía ella–. Ni visto ni oído. Sólo estamos cuatro entre cuatrocientas, pero se creen que estamos en todas partes.

Marta, la de nariz aguilina, boca fuerte, dientes sanos, el satén de la blusa tensado por los globos de los senos, las manos masculinas, pero lozanas, como si acabaran de salir de un agua viva, Marta y su aire de yegua rubia con el pelo cortado... A su lado, Pellot, el cavador, siempre buscado por la Policía, de miembros cortos, abundante bigote, jovial, manejando las palabras y las cosas con el ímpetu ritmado de todo su ser, como sabe remover la tierra en las canteras a grandes paletadas. “Lo que hay que desear –decía– es un buen empujón de los alemanes, la brecha y lo demás. Todo saldría danzando a la rusa. ¡Sería magnífico!” ¿Serán, en fin, estas cuatro líneas con la letra zigzagueante de “el Chorro”? “La fiesta no ha resultado bien, pero volveremos a empezar. “Gusano” te saluda.” Sobrio

comunicado sobre una batalla de tres días en las calles (setenta muertos).

–¿Vienes a dar una vuelta, Broux?

–No, tengo once kilómetros en las piernas. Prefiero leer.

Broux se ha sentado a la ventana. Su frente, obstinada y estrecha; su recta nariz, su bigote en cepillo, se perfilan sobre el fondo de un cielo de color azafrán. ¿Cómo podría yo saber que no volveremos a vernos más?

–Vaya tiempo que hace, ¿eh?

Los hilos de las ideas que hemos seguido en esta habitación se anudan dentro de mí, ligeramente tensos, al soplo de esta separación alegre, como brillantes hilos de araña bajo la brisa. Con sus pulmones desgastados, su obstinado obscurecimiento, su timidez de lector, Broux es, no obstante, un fuerte. Por su conciencia de la imposibilidad de vivir más elevada, a una resistencia más segura de sí misma, puesto que ya no cree tener nada que perder. De su debilidad ha sabido hacer una fuerza, de su desesperación un consentimiento, de su consentimiento una esperanza... Yo bajo rápidamente esta escalera angosta que suele fatigarme. La imagen de Broux se borra, reabsorbida en un cielo azafrán, por el que creo volar a grandes aletazos de cigüeña. Un vuelo de pájaros sembrado a trazos finos en un vaso de porcelana transparente. Al fondo el Fujiyama. Faustino aparece un instante y gira conmigo en uno de los rellanos. ¿Dónde estará a estas horas Faustino, fuerza errante que se ignora, perdida sin razón, como una jabalina lanzada sin objeto

a través del denso follaje? ¡Bah! Poco importa. Seguiré la calle hasta el malecón, el malecón hasta el puente de las Artes...

Dos señores están en conversación con la portera en el estrecho portal. En la acera, una mancha dorada, infinitamente ligera, permite vislumbrar matices de cielo.

–Perdón, caballero –digo.

Y comprendo instantáneamente, estrujado entre la pared y dos torsos robustos, que esta acera clara de metro y medio, el puente de las Artes, la voz uniforme de Broux, los dos retratos de blancos cabellos, nuestras citas, todo ha terminado por completo. Todo esto estaba suspendido de un hilo reluciente, y en este momento el hilo se ha roto. Todo esto cae sin cesar. El animal cogido en el cepo se resiste, muerde el acero, se debate largo rato antes de comprender. Yo, en cambio, he comprendido instantáneamente. El más rollizo de los dos hombres, cargado de vino, tiene una extraña voz meliflua que resbala bajo densos bigotes redondeados y desteñidos al borde del labio.

–¿Lleva usted armas?

Las manos del otro, picado de viruelas y que lleva zapatos amarillos, palpan ya con presteza mis bolsillos. Yo siento un peso enorme en el estómago. Por un segundo cierro los ojos. En estos casos no hay más que decirse. Vamos, como el que salta a pies juntillas en una trampa sin verla. Ya está. ¿No era más que esto?

Echamos a andar por la calle arriba, hacia la comisaría próxima. Las aceras han adquirido de súbito una tonalidad gris.

Yo conozco de antemano esta humillación de los registros y los interrogatorios. Estos locales, estos hombres, estas preguntas se asemejan en todos los países del mundo. Y después se experimenta siempre la sensación de salir vestido, pero calado hasta los huesos, de un agua sucia.

–Pase adelante –me ha dicho el picado de viruelas de los zapatos amarillos.

Estamos solos en un pasillo, pintado de color de chocolate hasta la altura de un hombre, y frío como una cueva. Borrachos vacilantes, desesperados asesinos, desolados rateros, quejumbrosos manifestantes de maltrechas costillas han seguido este camino hacia el banco negro en que voy a dormir yo.

El picado de viruelas afloja el paso. Yo también. Toso. El abre la puerta número 3. Una celda como otra cualquiera. ¿Por qué tarda en encerrarme? Titubea por un segundo. Yo veo manchas de grasa en su chaleco. Su rostro está apergaminado, descolorido. El sombrero de paja le corta la frente. Tiene los ojos estrechos bajo unos párpados arrugados, la boca grande, de finos labios, ligeramente saliente, de viejo sapo... Saca del bolsillo un número de “L’Intransigeant” y unas cajetillas y me los tiende.

–Tome, eso le distraerá.

Entonces reparo en su mano gris y arrugada, que debe de estar fría.

Estoy a punto de exclamar: “¡Vamos! ¡Déjeme en paz! ¡Váyase!”, pero mi mirada ha tropezado con sus pies endebles, calzados con zapatos amarillos, y no sé por qué se me aparecen lamentables. Sin decir nada cojo el periódico y el tabaco. El picado de viruelas exhala un suspiro.

–¡Si supiera usted lo que me fastidia esto! –dice pesadamente.

La pausa que se hace dura tal vez un segundo, pero es singularmente inútil y enojosa.

–¿Sabe usted quién le ha entregado? –agrega el picado de viruelas–. Ha sido Filencuatro, un mal bicho.

Y retrocede hecho una pieza como a impulsos de un resorte. La puerta suena, la llave da dos vueltas en la cerradura.

XXII. LA MAZMORRA

El juez de instrucción, después de haber estudiado la hoja de ruta 662491, me ha dicho que me pondría en libertad. Heme ya extraño a esta celda. Ahora percibo mejor el olor de rancia suciedad que se desprende del jergón. Durante mucho tiempo oigo repercutir en alguna parte de mi cráneo esta palabra: libertad. De igual manera caería una piedra en un pozo profundo, en un pozo sin fondo, saltando de una pared a otra.

Las esperas se ven raramente satisfechas, casi siempre frustradas. La puerta se ha abierto en tromba.

–Recoja sus cosas.

Acompaño al guardián con el paso elástico del hombre libre. Ya empiezo a considerar estas cosas como espectador.

–¡Alto!

Estamos delante de una puerta metálica, tras la que se alza un murmullo extraño. El guardián, de nariz granulosa y cuello muy rojo, abre lentamente esta puerta. Esta puerta, que da, sin duda, al mundo... Yo calculo el tiempo que he de perder en la

administración. De veinte a treinta minutos. Y luego a la calle. ¿No sabéis que hay algo de maravilloso en cada paso que se da por la calle?

... La habitación es espaciosa como la sala de espera de una pequeña estación; pero no se asemeja a ella con sus enormes columnas, sus cíntriles romanos, y esta luz indigente e incolora de las grandes cárceles. Podría ser esta una cárcel del Pirameso. Cárcel de todos los tiempos, corte de los milagros, callejón sin salida. Los lugares sin salida no se parecen a los demás, pero se asemejan entre sí... Desgarbadas siluetas deambulan a través de una bruma sin opacidad. Un viejo judío, de abrigo largo, grasiento hongo y desgredada barba, sellado de frente, de perfil y de través por las enormes máculas de la miseria, como hay sellos de correos con la efigie totalmente desfigurada por las manchadizas tintas, va y viene mecánicamente. Al fondo, en un ángulo negro, se encuentran acurrucados unos cuantos pobres, dignos de un cuadro de Goya. Turbios sujetos parecen arrastrarse hacia mí y me rodean de súbito. Tienen expresión astuta, chaquetas uniformes, cuellos sucios y manos fangosas. “¿De dónde vienes? ¿Quién eres? ¿De la pandilla o de fuera?” Uno de ellos podría pasar por un Sancho Panza rubio. Se roe las uñas y me mira como un rumiante. Un plumón rojizo colorea sus mejillas de muñeca.

El grupo larvario se hiende bruscamente y un hombre apuesto y pálido, con la barba negra en forma de collar y ojos como reluciente carbón, una especie de corsario, se presenta con la mano tendida. Yo no entiendo su nombre gutural, pero lo demás está claro:

–... ciudadano de los Estados Unidos. Desertor del “Oklahoma, big american ship” (gran barco americano). Expulsado. And you? (¿Y usted?).

–Yo –responde burlonamente–, ciudadano del mundo. Libre.

El corsario se ríe a mandíbula batiente. Su risa parece espantar a los murciélagos bajo aquellas bóvedas.

–“Holy boy!” (¡Vaya, chico!). Aquí todos somos libres. *Míster* Pollack (se trata del viejo judío, que pasa ahora acariciándose la barba con mano diáfana), desde hace cuarenta y siete días. *Míster* Nounés, de la República Argentina (el Sancho Panza), “goodfellow, old rascal” (un buen chico, un granujilla), desde hace catorce. Los otros, desde cinco a treinta, in average (por término medio).

Entonces se aproxima el alsaciano Stein, al que un sablazo recibido en el ataque de Taza le ha dejado un hocico de liebre, mal recubierto ahora, por unos ásperos pelos, y dice:

–Cinco años de Legión extranjera. Tres heridas. Yo estoy libre desde hace seis meses. Diecisiete días en la gran sala. Comido por los piojos, como usted puede ver.

Sus dos manos abren violentamente el cuello de la negruzca camisa y dejan ver un pecho velludo, estriado por el rojo malsano de las picazones.

–Instálese –prosigue en voz baja el marino del “Oklahoma”–. “Come!” (¡Venga!) En mi rincón hay sitio “very nice” (muy aceptable).

Los jergones son arrojados por la noche desde varios metros de altura, entre una nube de polvo, a los grupos, que se las arreglan como pueden, lanzando grandes imprecaciones. Nosotros nos acostamos en los nuestros y nos ponemos a charlar. Jerry, el ciudadano de los Estados Unidos, refiere lentamente, con gestos enérgicos, en un francés pasable, salpicado de inglés gutural, sus viajes a través del río Colorado y otros de Utah antes de hacerse marino a consecuencia de una historia “unexpected and very displeasing” (inesperada y muy desagradable), de la que no dice nada, pero cuyo recuerdo le deja por un momento silencioso.

–Escuche, “once” (una vez); en Alamoza, cerca del Río Grande...

Habla de las “reservas” indias, de los ríos encajonados entre los altos peñascos del gran cañón, de las Montañas Rocosas, de los mormones, de los astutos hosteleros, de los buenos negocios que podían hacerse con las tierras, de la graciosa quiebra de un amigo suyo, de los seguros... En el otro rincón juegan a los dados, hechos con miga de pan seca. Un pequeño español' acaba de perder el chaleco, y quitándoselo furiosamente se lo tira al ganador a la cara. Stein, desnudo bajo su guerrera, despioja pacientemente su camisa. Aunque está a alguna distancia oigo el chasquido de los bichos entre sus uñas. La luz eléctrica es tan pobre que la sala parece invadida por una humareda amarillenta.

El viejo judío duerme tendido a la larga, con el sombrero encima de los ojos y las manos unidas sobre el pecho. La blancura de sus viejas manos parece vagamente luminosa.

Un pillastre semejante a un polichinela se aproxima de puntillas al viejo que reposa y se dispone a hacerle volar el sombrero de un papirotazo. Jerry ha seguido la dirección de mi mirada; se ha vuelto como para dar un brinco, el semblante en tensión, súbitamente endurecido, y no ha hecho más que “¡Chist!”

Pero este leve siseo metálico produce el efecto de un cuchillo enarbolado por un puño vigoroso y hace pararse en seco al desconcertado pillastre, desmadejado polichinela que da un salto grotesco y se desploma al pie de un banco como un muñeco de trapo.

–“Poor mister” (pobre señor) Pollack! –murmura Jerry acostado, con ambos brazos bajo la nuca–. ¿De qué perra vida sale? A mí me detesta, ¿sabe usted? Peor ¿por qué me detesta?

–I don't known” (No lo sé).

Permanecemos largo rato en silencio. Y yo noto que la negra mirada de mi vecino se clava en mí con brutal insistencia. Quizás somos nosotros los únicos que estamos despiertos, porque debe de estar muy avanzada la noche. Todas las horas se asemejan en

esta neblina amarillenta en la que se ciernen amodorrados ronquidos.

Jerry se inclina al fin hacia mí, y en voz muy baja me pregunta, mirándome a la cara:

–¿Quién es usted?

Y añade:

–No se moleste en mentirme. No hay nada que temer.

¿Cómo decirle “un revolucionario”? Mientras busco las palabras su rostro se ilumina.

–Comprendido. “Like I. W. W.” (Como los trabajadores Industriales del Mundo). Son unos tíos valientes, “indeerf’ (de veras). Nosotros hemos matado a uno en Alabama.

Al recordarlo, una mueca imprecisa, acaso el esbozo de una sonrisa de través, deforma su boca regular y acentúa las líneas de sus facciones.

–No adelantarán ustedes nada –dice–, pero de todas formas tienen razón. “Good bye” (¡Adiós!).

Jerry y Stein reinan en la basta sala. Jerry dice que deja K. O. “a cualquiera del primer directo a la mandíbula”. Stein explica: “Yo le rompo las muelas. Nunca he hecho otra cosa.” Jamás han pegado a nadie aquí. Su ley no está escrita, pero es justa y fuerte.

Alguien habla en sueños, visitado por una alegría. Una risa ahogada se alza, tropieza y cae en el ánfora de nuestro silencio.

XXIII. NADA SE PIERDE

Una lluvia dulce reaviva los matices de los paisajes. Los rojos tejados tienen una fresca nitidez. Creería que, tanto la vasta sala como las noches de charla han sido un sueño si el argentino Nounés no roncara débilmente en el banco a mi derecha, y si el gordo gendarme que nos acompaña no dormitara también enfrente con los pulgares sobre el vientre. El argentino se cubre con una gabardina de comerciante arruinado. El gendarme, canoso y congestionado, parece en cierto modo un buey cansino. A cada cinco minutos lanza un resoplido. Sus dedos rojos, que hacen pensar en crustáceos poco cocidos, se mueven lentamente. Entreabre un ojo, comprueba distraídamente nuestra presencia y reanuda su letargo. Pueblecitos con las techumbres de pizarra suceden a los pueblecitos de tejados rojos. Por la empapada hierba caminan unos bueyes guiados por una chiquilla calzada con zuecos. La aguja de una iglesia asoma en el horizonte. Pasa un tren de heridos, azotado por la lluvia; rostros anémicos, retrotraídos a una especie de quejumbrosa infancia o iluminados, diríase, desde dentro por una llama sin color, surgen un instante tras los cristales de las fugitivas

ventanillas. El sol de noviembre, desgarrando las nubes impelidas desde el océano por el viento frío, proyecta de súbito sobre las praderas prodigiosos segmentos de claridad. He aquí que una carretera serpea entre árboles cortados. El tren afloja la marcha. Alargar imperceptiblemente la mano hacia la portezuela, abrirla bruscamente, dar un brinco y agazaparse al pie del terraplén para correr luego hacia aquel bosquecillo de árboles dorados, allá, bajo el arco iris... Mis músculos se despiertan, mi mano se prepara y permanezco al acecho, en una inmovilidad hipócrita... soñando en el camino pedregoso que corre por entre los prados... Verdad es que el andar por la tierra húmeda, bajo un cielo plumizo, desgarrado por raudales de sol, bien vale el riesgo de una bala. Pero ¿disparará este hombre cebado con sopas de ajo...? Después de todo, ¡que dispare! (Encogimiento de hombros interior).

Pero el gendarme se mueve. Su vientre se hincha. Un bostezo le separa las mandíbulas durante medio minuto. La venda invisible de la modorra se ha desprendido de sus ojos.

–¡Vamos! –dice–. Ya hemos llegado.

La claridad se acaba. La lluvia azota los cristales. Yo miro las manos rojas de este hombre, próximas a la funda del revólver, con un odio absurdo. Y me asombra descubrir que no odio nada más que estas manos; el resto del hombre me es indiferente.

Hemos matado el hambre en una taberna provinciana. El argentino se familiariza con nuestro gendarme, al que llama “señor Eduardo”, y me pide permiso para ofrecerle un cigarro a costa mía.

–Me parece que tú eres tan argentino como yo, buen mozo
–le dice el gendarme con tono afable.

Una risita culpable redondea más aún el semblante del rubicundo Sancho Panza.

–¡Es que son veintisiete años los que llevo en París!

–Veintisiete por veintisiete, ¿verdad? Menos tres en Loss o Fonte–Vrault¹⁴, lo apostaría –replica el gendarme, que se siente locuaz–. Y si algo conoces de Buenos Aires, serán seguramente los burdeles...

Tanta perspicacia enoja a mi compañero, que no quiere dejar traslucir nada. Pero yo empiezo a conocerle. El cuello de su camisa se abre lamentablemente en torno a su gordezuela garganta, surcada por una multitud de pequeñas arrugas. Su alma es como su carne: fofa, con una extraña capacidad de adherirse a las cosas, a los seres. Miente continuamente, con una bribonería dulce y una cobardía maliciosa. En la sala general ejecutaba las misiones ocultas de Stein, que vivía de obscuro chantaje, y limpiaba los zapatos de Jerry. Lleva mi petate con el pretexto de que él no tiene nada y que le gusta llevar algo, y dice que yo no tengo derecho a ponerme orgulloso con él “porque él

14 Colonias penitenciarias.

no sea instruido”. Con aire perplejo mordisquea las grandes y aplastadas uñas de su rolliza mano. Y yo creo adivinar, por no sé qué vibración de su voz, que ha encontrado su venganza.

–Es verdad que no he estado en Buenos Aires desde hace mucho tiempo –confiesa–. He vivido tan pronto en Lavallois como en Châlons. ¿Conoce usted Châlons, señor Eduardo? Yo he vuelto allí durante la guerra, cuando el frente pasaba por allí...El señor Eduardo tiene el aire de un vendimiador astuto. El uniforme conviene a su corpulencia. Toda afabilidad desaparece pronto de su semblante, cubierto de erupciones. Tiene la mirada penetrante, de soslayo; y la voz inquietante, que disimula con esfuerzo la brutalidad legal bajo una reserva segura de sí misma, la voz que se precisa para pedir a la gente sus papeles. Con esta misma voz dice negligentemente, entre dos bocanadas de humo:

–¿Y qué has ido tú a hacer a Châlons durante la guerra?

El argentino adopta el aire más inocente del mundo, el aire de un idiota al que se quisiera abofetear, pero que os mira con ojos inofensivos de ternera.

–A ver a mi tía Eulalia. Pero jamás olvidaré lo que vi allí, señor Eduardo. A cien metros de casa de mi tía había un carnicero, ¿sabe usted? ¿Y querrá usted creer que los salvajes de los peludos¹⁵ habían atado por la barbilla al mostrador a dos gendarmes, con las manos atadas a la espalda y los pantalones caídos...? ¡Ah! ¡No daba mucho gusto verlos, créalo! ¡Vaya una de carne...!

15 “Poilus”. Ver nota 8. [N. e. d.]

¿Va a estallar el señor Eduardo? La sangre afluye a su rostro endurecido. Sus párpados se entornan sobre una mirada puntiaguda, que se clava en nosotros sucesivamente, en mí, impassible, en el argentino, paternal. El gendarme aplasta furiosamente su cigarro en el plato de la taza.

Blancas casas de un solo piso bordean la calle de aguzados pedruscos. Conducidos por el señor Eduardo nos dirigimos al albergue de esta noche. Hasta mañana no llegaremos al campamento de sospechosos de Trécy. El gendarme aprieta el paso, silencioso, calada la vispera de la gorra hasta la nariz, saliente la gruesa barbilla, lo que le presta un perfil de guardia clásico. El argentino sigue exasperándole con su socarronería. Ahora habla conmigo volublemente, desgranando su rosario de anécdotas sucias y tontas, todas las cuales se desarrollan en Châlons. Este nombre le llena la boca, lo saborea, lo recalca, lo vocifera: Châlons, y se trata de un cornudo, es precisamente el carnicero de Châlons... El gendarme finge una indiferencia altiva; pero oye muy bien. Su cuello está enrojecido.

Dormimos en una cueva muy parecida a una perrera, entre una cuadra donde se oye relinchar a los caballos y el garaje de las bombas de incendios. Un ancho tablero cubierto de paja ocupa el recinto. La ventana da a un patio, en el que se ve erguirse las varas de un carro por encima de un montón de estiércol. Una cuba apesta a orines. Una regadera está llena de

un agua detestable. Pronto descubrimos que bajo la paja duerme un hombre, un vagabundo triste, del que solo se ven los pies rojizos, con los dedos abiertos. El argentino se indigna ante este trato. “Los presidiarios viven mejor en San Martín de Re. Estamos en libertad, ¿sí o no? Cuando pienso en mi indignidad...” Por fortuna, no piensa en ella muchas veces. ¿Se burlará de mí? Esta perrera es tan buena como cualquier otra, y una perrera es bien preferible a un agujero en el barro, a una celda en la cárcel, a la cama de un especulador o de un gendarme. Como el día se acaba me apresuro a abrir ante la ventana los periódicos que he comprado por el camino, y que no los veía desde mi detención. ¿Cómo? “...Según la opinión general, los agentes de Alemania no conservarán el poder arriba de unas cuantas semanas... Un radio telegrama de los comisarios del pueblo... Nuevos detalles sobre la conquista del Palacio de Invierno... La proposición de paz de los Soviets.” Cenagosas palabras –“traición, infamia, barbarie, anarquía sangrienta, mercenarios de Alemania, la hez y la espuma de la población”– se adhieren a estos despachos, que podrían parecer recortados al azar por un gran libro de Historia –¿de Historia de los tiempos futuros?–. Este oprobio derramado a oleadas sobre los hombres, sobre los acontecimientos, sobre la hirviente lava, es lo que mejor me ilustra. Así me es más fácil ver brillar bajo las ondas cenagosas los blancos guijarros del torrente. Entreveo que al fin hemos conquistado “nosotros”, en el mundo, ciudades: palacios que mirábamos con odio, estaciones telegráficas, cárceles, estados mayores... ¿Qué más? No lo sé. ¿Qué no hubiéramos conquistado, qué no hubiéramos hecho

nosotros, Darío, si hubiéramos tomado esa ciudad hacia la que tendíamos las manos en el otro extremo de Europa? Yo me interrogo y me sorprendo de sentirme tan poco preparado para la conquista, vencido a miles de leguas de aquí, yo no sé cómo...

La noche es completa y llueve. Un farolillo proyecta en la pared frontera del patio una mediocre luz amarillenta. Gracias al reflejo que hasta nosotros llega nos vemos débilmente en esta perrera, negros, con cabezas lúgubres horadas de negrura. El vagabundo se mueve entre la paja como un animal.

–¿Buenas noticias? –pregunta el argentino–. ¿Qué pasa por el mundo?

–Déjame dormir, Nounés.

Me acuesto en la paja. Oigo moverse a Nounés. Luego le siento reír, y en las tinieblas me tiende algo, una botella aplastada. ¿Cómo diablos se la habrá procurado? El vino vierte su calor en nuestras venas. La paja no resulta desagradable. Yo quisiera ahondar las ideas que estas noticias de los periódicos han sacado dentro de mi cerebro de los limbos en que dormitaban. La Historia no puede retroceder. Esta victoria es ya definitiva por frágil e incierta que pueda ser. Además, es la victoria de millones de hombres. No se tarda en rebasar los límites de la imaginación. La teoría es clarísima: cuando los campesinos se hayan apoderado de la tierra ninguna fuerza en el mundo podrá arrebatársela. Las oleadas de sangre no servirán sino para fecundarla. Yo me sé de memoria las viejas fórmulas: la mina, para los mineros; toma la tierra, campesino; obrero, toma la máquina... Pero no se trata solo de fórmulas algebraicas. ¿Qué

hay detrás de estos signos, de estas palabras? ¿Qué ha pasado?
¿Qué hemos de hacer?

-¡Todo cuanto sea preciso, y cueste lo que cueste!

Recientemente he releído una página olvidada de Korolenko, en la que se relata lo siguiente:

El 19 de mayo de 1874 se levantó en una plaza poco frecuentada de San Petersburgo un tablado negro, bastante bajo, sobre el que se erguía una estaca, igualmente negra, de la que colgaban cadenas terminadas en grandes argollas. El cielo era gris. Una lluvia fina empapaba estas cosas. Detrás de los cordones de guardias y policías fueron formándose grupos de curiosos. Y a este tablado se hizo subir a un hombre de treinta y cinco años, enjuto y pálido, rubio, de puntiaguda barbilla, la mirada concentrada detrás de sus lentes de montura de plata. Llevaba un abrigo con el cuello de piel. Primeramente, permaneció de pie ante la estaca, vuelto de espaldas al público, mientras que un oficial de tricornio leía la sentencia que le condenaba a la infamia y a trabajos forzados. La muchedumbre solo oía un débil murmullo de palabras. Los caballos relinchaban, la lluvia caía sin ruido, lavando incesantemente las cosas y las indigentes caras. Después se vio aparecer al verdugo. Este descubrió bruscamente la cabeza al hombre, que ahora estaba de frente a la muchedumbre, pudiéndose ver muy bien

su ancha y obstinada frente, sus finos cabellos hacia la sien derecha, su expresión singularmente atenta. Aquel hombre contemplaba el mundo desde lo alto de un cadalso. Se le pusieron las cadenas, y él cruzó sus brazos encadenados sobre el pecho.

El verdugo le hizo arrodillarse. El hombre limpió primero con el dedo sus mojados lentes. El verdugo quebró sobre su cabeza su espada inútil y dejó caer los pedazos en el barro, a ambos lados del cadalso. Una mujer joven arrojó flores hacia el condenado y también ellas cayeron en el lodo, a los pies de un guardia gigantesco, cuya montura parecía de bronce. La humilde gente murmuraba que aquel hombre instruido, aquel señor, debía de ser un grandísimo criminal. ¡La Siberia sería poco para él...! Llamábase aquel hombre Nicolás Gavrilovitch Tchernichevski, y era, a buen seguro, una de las inteligencias más eminentes de aquel país. La juventud se volvía hacia él como a un guía. Desde el fondo de su gabinete de trabajo este hombre la liberaba, la enseñaba a pensar el ritmo de Europa, la preparaba para la acción. Era a la vez poderoso e impotente como el espíritu. Confidentes, publicistas, falsarios, agentes secretos, senadores serviciales, y hasta el emperador se habían conjurado para abatirle. Y ahora, bajo aquella lluvia interminable, encadenado al cadalso, terminaba su carrera de pensador para el que el mundo estaba no solo por comprender, sino también por transformar. Su libro, escrito en la celda, había de perdurar. Veinte años vivió solo en las chozas de la Siberia.

Todo acontecimiento es el resultado de un encadenamiento de causas innumerables. Así mismo este, a medio siglo de

distancia, se me aparece como una causa. Tchernichevski encadenado, limpiando sus lentes para ver aún los rostros de la vida, escuchando el sordo rumor de la muchedumbre bajo la lluvia, me explica la victoria de millones de hombres en marcha, yendo al asalto de los palacios, tomando las escuadras y las fortalezas con arengas, prendiendo fuego a los nidos de los señores, ahorcando a los ahorcadores, declarando al fin la paz al mundo y cubiertas de oprobio por los pueblos enardecidos, amordazados, asesinados... Dícese que algunos granos hallados en las tumbas de los faraones han germinado. Nada se pierde. ¿Cuántos hemos sido, cuántos somos los que en todas las cárceles del mundo se dejan arrullar por esta confianza? Tampoco esta fuerza ha de perderse.

Sin embargo, siempre hay en el fondo del alma, en sus más recónditos repliegues, una voz insidiosa que quisiera objetar:

–Sí, pero el hombre del cadalso, ése se ha perdido. Su inteligencia se ha extinguido como una hoguera inútil encendida por el rayo de la maleza siberiana: ni guía ni calienta a nadie. Los hombres en marcha cuentan con los siglos y tienen vidas sin número. Tchernichevski no tenía nada más que la suya.

–¿No la hubiese perdido más si hubiera terminado en académico?

XXIV. RINCÓN DE EUROPA

Al día siguiente llegamos al campamento de sospechosos de Trécy. Era en pleno campo, en una hermosa comarca llana, surcada por caminos encajonados entre setos, por carreteras bordeadas de álamos y tendidas entre plácidos horizontes azules, con un amplio convento desafectado. Después de franquear un arco, la iglesia, sencillísima, sin campanario, de techo triangular cubierto de tejas azules y en cuyo vértice se veía una graciosa virgen de piedra, daba acceso a un patio todo cubierto de musgo. La administración del campamento ocupaba allí unas casuchas bajas, en cuyas ventanas se alineaban simétricamente tiestos de flores. Una segunda puerta, guardada por un centinela, daba a un espacioso patio empedrado, de forma rectangular. Por tres de sus lados alzábanse blancas edificaciones. Al fondo, unos castaños ocultaban una verja. Desde aquí, la iglesia, con sus tonos azulinos y la graciosa virgen coronada como una reina, dominaban un triste cuartel en cuyas ventanas había ropa puesta a secar. El sol de noviembre, generoso todavía, ha sacado de sus albergues a los habitantes de este cerrado burgo. A lo largo del encalado muro se hallan

acurrucados orientales cubiertos con el rojo fez o el gorro negro y con largos capotes de montaña. Un viejo albanés desgrana su perpetuo rosario de grandes cuentas negras. Sus huesos deben de tener una dureza de piedra.

Más lejos entre los árboles, persíguense algunos jóvenes, entre risas. Un bucanero de altas botas, chaqueta de lana de color rojo, abollado sombrero, rostro rudo e hirsuto hasta los ojos y mirada escrutadora de hombre que compra y vende caballos arreglados, mujeres maquilladas, títulos falsificados y contrabando, se pasea del brazo de un corpulento oficial serbio, cuya remendada túnica no presenta ya nada más que manchas claras en el lugar de las insignias. Otros paseantes más vulgares deambulan bajo la galería cubierta que bordea uno de los edificios. Dos hombres se lavan bajo la bomba, haciendo funcionar esta alternativamente el uno para el otro: un pecho rojizo, una cabeza enjabonada, desgredada, de un rubio leonado, de escandinavo; unos vigorosos hombros negros, una musculatura hercúlea... ¡Anda! ¡Pero si es Faustino! Faustino se seca detenidamente con un trapo gris y se golpea el pecho. El escandinavo le arroja a la cara con las manos, en forma de tazón, un chorro de agua imprevisto. Y entonces se ponen a boxear alegremente, pataleando en el agua jabonosa, chorreando el rubio, reluciente el negro. Los puños cerrados golpean sordamente los torsos elásticos. Da gusto abalanzarse así, con toda la fuerza, contra un pecho sólido, de corazón viril, infatigable bajo la robusta armazón de los músculos y de los huesos, ritmando el choque devolviéndolo. Da gusto encajar sin flaquear los cincuenta kilos lanzados al extremo del puño por el

otro, pero que fallan por casualidad, resbalando por las costillas –¡ah, granuja, si hubieras recibido ese! ¡No le ha faltado mucho! ¡Ahora me toca a mí! ¡Toma...! ¿Falló...? ¡No, todavía no! ¡Toma! ¡Encajo! ¡Toma!–. Faustino dirige la danza, gira sobre sus talones, falla un directo en pleno rostro del escandinavo y de súbito se tambalea rudamente, tocado tres o cuatro veces, tan deprisa, por tantos lados, que yo no sé ya por dónde... Nounés patalea de entusiasmo.

–¡Cristo! –ruge el negro–. ¡No puedo más!

–“Tchort!” (¡Diablo!) –exclama el otro, que no es escandinavo, sino ruso.

Formamos círculo alrededor de ellos. Y Faustino no es Faustino; éste es un poco más ancho, con una boca un poco más grande y la frente baja.

Podríamos habernos hallado en la plaza mayor de un raro pueblecito en el que no hubiera mujeres y en el que se codearan, en torno a púgiles forasteros, paseantes de diversas naciones.

De pronto veo atravesar el patio a grandes zancadas, con su paso largo, su deshilachada perilla y su semisonrisa oblicua de siempre, a Sam, mi viejo amigo Sam, exactamente idéntico al que era antes, cuando andaba por los bulevares en busca de una bandera roja para sus combatientes...

–Se ocupaban de nosotros tantos “camaradas” indultados que la cosa no podía durar –dice.

Sam me guía en esta ciudad aislada del mundo por una doble red de alambres espinosos, por un cordón de centinelas, por una muralla baja coronada de trozos de botellas, obstáculo de poca importancia, pero al que nadie ha llegado todavía. En el piso bajo se encuentran los Balcanes, toda una sala de griegos antivenicelistas; de macedonios, de los que no se sabe a ciencia cierta si son griegos, serbios o búlgaros, y que no quieren ser nada más que ellos mismos; de evadidos de las “tchekas” que ocupan la montaña desde hace varios años contra todos los poderes. Sólo por falta de pruebas, por error, por negligencia o por una circunstancia fortuita no ha sido pasado por las armas ese viejo que se encuentra ahí, el silencioso Kostia, sentado ahora, con las piernas cruzadas, sobre la manta de su lecho, y que desgrana su negro rosario mientras dos muchachos discuten a media voz delante de él, interrogándole alternativamente con la mirada. Unos pelos grises erizan su barbilla de piedra. Las ventanas de su nariz son anchas y negras. Este hombre conoce todos los secretos de las montañas del Vardar, pero es silencioso como una tumba (tumba en la que duermen varios traidores ejecutados), fino, severo, seguro, leal y pérfido, de una manera impenetrable. He aquí lo que se cuenta: otro jefe de “tcheka” se vendió a la gente de Sofía, y Kostia se hizo amigo suyo; fingió estar dispuesto a ayudarlo y le mató en un festín, en medio de sus compañeros, a la hora de sus juramentos fraternales. ¿Cómo se sabe? Es un misterio... Griegos y macedonios viven allí, revueltos en un gran silencio,

ociosos, meditando, remendando sus harapos, despiojándose, haciéndose su café, famélicos y resistentes. Otras salas están ocupadas por rusos, judíos, alsacianos, belgas, rumanos, españoles: ladrones, merodeadores, aventureros, rastacueros, probables espías, víctimas seguras, desdichados, vagabundos, delincuentes contumaces, indeseables, germanófilos, simples de espíritu, rebeldes, revolucionarios; sastres y taberneros judíos, culpables de haber sostenido en su establecimiento la probidad de los bolcheviques; equívocos intérpretes que se llaman también “políticos”, pero que en realidad conducían a los soldados norteamericanos a las casas de prostitución; reclusos procedentes de las penitenciarías, que se sienten “libres” porque la campana ya no guía su paso mecánico en la ronda sin fin de los días muertos; merodeadores sin nacionalidad definida, recogidos en los alrededores de los campamentos; alsacianos sospechosos de tratos equívocos con el enemigo, o denunciados por medio de anónimos en los pueblecitos conquistados y reconquistados; hombres de negocios, pertenecientes a las naciones amigas, comprometidos en asuntos sucios y protegidos de extraña manera; belgas expulsados, que ya no tienen patria; marinos rusos, señalados en los puertos por su mal carácter; derrotistas, sindicalistas, anarquistas, sospechosos de bolchevismo y bolcheviques sospechosos... Hay algunos ricos: esos comen todos los días hasta saciarse, beben vino en la cantina, andan acicalados, se hacen servir, se permiten placeres. Hay también miserables hundidos en la última miseria, como el viejo Antonio, un belga que lleva treinta años de vagabundaje, expulsado por la guerra

de sus habituales caminos de los Ardennes, que rebusca por la noche en los montones de basura los restos de patatas, las hojas de zanahoria, los huesos mal roídos; y con ellos se hace, en viejas latas de conserva, con fuego de ramitas, succulentos guisados. Demasiado sucio para acercarse a él, deja caer las pulgas a su paso.

–¡Que la hinque el piojoso! ¡Es un peligro público! –dicen Blin y Lambert, dos barbianes vestidos con jersey, de tez florida, inseparables, que viven juntos en un cuartito confortable, situado encima del reducto en que duerme el viejo, hecho una bola, sobre un jergón nauseabundo.

Blin y Lambert, estómagos delicados, pasan el tiempo haciéndose la comida, leyendo los periódicos y jugando a las cartas. Frívolas madrinas de guerra, recortadas de *Vie Parisienne* alegran su hogar de sibaritas satisfechos de hallarse allí al abrigo y no en el frente, y no en la cárcel...

–No se está mal –dicen–. La vida no es nada divertida en estos tiempos en territorio ocupado. Ni tampoco en las trincheras. Así vamos tirando.

Antonio ha de hincarla, no cabe duda. De cuatrocientos que somos no llegarán a cincuenta los que puedan comer regularmente a su satisfacción. Nuestro equipo de revolucionarios tendrá que apretar bien los codos para

podernos sostener todos. Antonio vende su ración de pan, de trescientos gramos, para comprarse tabaco. El único bien que posee es una pipa barata de barro, prodigiosamente culotada. Es sorprendente que la conserve desde hace varios meses. Un pillastre polaco se la robó un día. El bucanero Maerts, barbudo hasta los ojos, arrogante en su chaqueta de lana roja, tecleando con sus gruesos dedos de estrangulador sobre la mesa, hizo comparecer ante él al autor del latrocinio.

–Yanek, tú has arañado la pipa a ese piojoso. Ya se la estás devolviendo más que a escape.

–Sí, señor Maerts –dijo Yanek–. Puede usted estar seguro.

El viejo erraba por el patio con ojos de loco. Yanek bajó la escalera de cuatro en cuatro, se acercó a él corriendo, y sin proferir palabra le metió la pipa entre los dientes.

Maerts tiene su bondad. Come bien. Hay que verle sentado ante un plato de tocino, patatas y guisantes y un vaso de vino tinto, espléndidamente solo en su “establecimiento”, masticando con lentitud, moviendo toda la cara y toda la barba, apoyados sobre la mesa los dos puños nudosos, en los que sostiene el tenedor y el cuchillo como si fueran armas. Mientras traga, su mirada escrutadora examina la sala, sigue las nubes en la ventana, flota en torno a la virgen coronada que se yergue en el tejado de la iglesia, feminidad superflua, invendible. Maerts recoge en una escudilla los restos de su comilona –tendones, trozos de huesos, patatas negras– y baja al patio. El viejo Antonio, que conoce la hora, acecha en su rincón habitual, del que nadie le echa, cerca de los retretes. A tres pasos, Maerts,

agachándose ligeramente, vuelca la escudilla y los residuos caen al suelo. Luego retrocede y mira cómo el viejo, en cuclillas, devora estos restos con la tierra que se adhiere a la grasa, lo mismo que un perro.

–¡Qué más da! –dice Maerts, con aire compasivo.

Y metiéndose las manos en los bolsillos, macizo, apuesto, exuberante, gira sobre sus talones y se va.

Nos encontramos en la taberna de Maerts. Sala segunda, entrando, a mano derecha. El establecimiento tiene buen aspecto. Es el más *chic* del campamento. Cinco mesas y sillas con su respaldo. En el rótulo colocado en la pared se lee en grandes letras rojas, adornadas con floreos: “A La Buena Fortuna. Café a todas horas”. Unos baúles reforzados de hierro amueblan el reducto del patrón. Su cama bien hecha cubre, para más seguridad, el hermoso armario de madera blanca que se ha hecho él mismo con restos de cajas, sólido, cerrado con un gran candado. Varios cromos de colores (“Cervecería del León de Flandes”, “Achicoria de los Trapistas”) acaban de crear en este rincón una atmósfera de café flamenco. Una cocinilla hace cantar día y noche la enorme marmita de porcelana situada sobre el mostrador, entre los letreros hechos a mano: “El crédito ha muerto” y “Ayúdate y el cielo te ayudará”. La taza de café, servida con minúsculo terrón de azúcar, cuesta dos perras chicas

(cartón de color rosa ensuciado por los dedos: “Campamento de Trécy, 10 céntimos.”). Tomamos nuestro café. Maerts medita sobre las cifras de su cuaderno, con el lapicero en la oreja. Objetos heteróclitos cuelgan de diversos clavos o están colocados sobre palomillas formadas con una plancha colgada de un garfio mediante un sistema de alambres, o bien se hallan ocultos en paquetes debajo de la cama. Toda la sala, con sus cuarenta lechos, ofrece buen aspecto a causa de este establecimiento, iluminado durante la noche por el único quinqué del campamento. Allí se hacen negocios, se pasan juergas, se juega. A veces oímos a los clientes de “La Buena Fortuna” cantar a voz en grito, después de pasar lista, en la sala cerrada.

Maerts presta con garantías. El pantalón de caza que lleva perteneció al barón de la sala tercera. Su hermosa chaqueta escarlata era del tendero Pâtenotre, que ha terminado por dejársela a cambio de siete francos, después de su tentativa de evasión... El capote de caballería, colgado en el ángulo con otras prendas, es del capitán Vetsitch, su amigo, que le debe doce francos. Los paquetes contienen pañuelos rojos de motas blancas, sobre los que Maerts presta cuatro perras, sedas, ropa blanca; el armario contiene zapatos de marca, artículos de tocador, trajes, carteras, libros rusos. Las sortijas, los relojes, las estilográficas, las boquillas de cigarro, llenan un cofrecito metálico, guardado en la cama debajo de la almohada, según una costumbre que se remonta a la Edad Media o acaso más atrás. Un acordeón reposa sobre una sombrerera de piel de Rusia. Varios bastones y paraguas forman un haz. Se ha visto

entre las manos de Maerst una miniatura –el retrato de un niño rubio– y un dije de oro que contenía un mechón de pelo. Este hombre presta, según se dice, hasta sobre los retratos de mujeres. Pero no sobre los de los hombres, “porque éstos no los reclaman”. ¿Qué astuto compadre le sacaría un préstamo de diez perras sobre el retrato de un señor, extirpando en este bribón el último vestigio de candidez?

–Este bucanero –digo yo– tiene el alma de un fundador de dinastías financieras. ¿No te lo imaginas, Sam, con abrigo flexible, en el ascensor de un rascacielos?

Sam nos considera a los dos de través.

–¡Pues claro! ¿Por qué no? Bien afeitado con la barbilla azul... Nada se parece tanto al bandido de los “magazines” como un hombre de negocios con la barba descuidada... A veces es el mismo hombre. Cambia la decoración, añade o deduce el éxito. Nada se parece tanto al héroe como el cretino. A veces se trata de la misma tela. Cambia la decoración...

Su perfil de tío Sam parece haberse desecado. Ya no es más que frialdad, sonrisa oblicua.

–Hermoso rincón de Europa –dice–. Y auténtico. Todos los hombres... Sospechosos... Libres. Repara en lo libres que somos, desde la lista de la mañana a la de la tarde, y aun después, libres detrás de nuestras alambradas, bajo los fusiles cargados, como los ciudadanos de las repúblicas mejor organizadas. Con libertad para alimentarnos, como Maerst y todas las naciones mezcladas, revueltas, iguales ante la pitanza cotidiana, ante las pulgas y la ley. Una colección de canallas dignos de las grandes

capitales, te lo aseguro. Víctimas suficientes para hacer la felicidad de numerosos novelistas, todos respirando el aire sano de la retaguardia... Y nosotros, incendiarios encerrados por precaución en un pañol de pólvora...

-Sam, tu comparación peca por la base. Aquí no se mata. ¡Esto es un oasis!

-¿De veras crees que no se mata? Sería una cosa verdaderamente extraordinaria...

XXV. INTERIORES

Cada sala tiene su sello. La que está sometida al reinado de Maerst, poblada de belgas, es desnuda y fría. Los lechos de los infelices sometidos a la esclavitud del patrón no disponen sino del exiguo equipo que la Administración facilita. De las paredes cuelgan petates de vagabundos. Un zapatero remienda unos zapatos. Alguien reniega en flamenco, otro ronca. El rincón del fondo está reservado a tipos serios, vestidos como en la capital, copiosamente pertrechados por la cantina. Maerst los saluda sin obsequiosidad. Después de todo, él es quien les hace favores. Un joven alto y descolorido, de lacio bigote, que lleva cuellos pulcros y el pantalón con raya, pero se deja la barba de cuatro días, se estremece todo él, enrojecidos de súbito los pómulos, cuando el bucanero le hace una seña.

—Mañana a las cinco, señor Arturo. Con unas manos finas, agitadas por un ligero temblor, el señor Arturo saca del bolsillo tres cartones verdes de cinco francos. Después se le ve reír distraídamente, echar su partida y perder de buen humor. Se acuesta temprano para soñar, vuelto de cara a la pared. Por la mañana, a las cinco, el soldado Floquette, con su demacrado

rostro de mongol acribillado de sarpullidos, la colilla en el labio inferior (era camarero “en la vida civil”), de centinela en la puerta, le hará una seña, así como el gordo Pâtenotre, sudoroso bajo su chaleco de lana negra, de gruesa malla, que lleva encasquetado en su testa rubicunda un sombrero hongo bruñido por la intemperie. Se finge que ambos hombres son llamados por el cartero. Los dos se encuentran, llenos de desprecio el uno por el otro. “¡Este escuchimizado...!”, piensa Pâtenotre. “¡Qué bruto!”, se dice el señor Arturo. Floquette les guiña el ojo al pasar: “¡Vamos allá, hijos míos!” Y luego produce con la lengua un chasquido horrible, que repercute largo rato en los nervios del señor Arturo, llegándole hasta las yemas de los dedos. Teme tambalearse. El corazón le palpita. Este hombre desgarbado –licenciado en Derecho en sus tarjetas de visita– está todo rojo como un chiquillo vergonzoso. Los dos sujetos pasan de prisa, entreviendo el patio de la Intendencia –muros cubiertos de verde musgo, lindas ventanas con tiestos de flores alineados– y tuercen a la izquierda, hacia los evacuatorios. Al fin llegan a un almacén lleno de cajas, en el que reina una penumbra tranquilizadora. El señor Arturo, levantando una pesada piedra dentro de sí mismo, se dispone a decir: “Oiga, Pâtenotre, yo creo que hoy me toca a mí...” Pero en este preciso instante Pâtenotre se vuelve, muy rojo, algo inyectados de sangre los ojos, con su enorme nariz semejante a un caracol sanguíneo, y le susurra brutalmente en pleno rostro: “Bueno; voy yo. Abra el ojo, ¿eh...?” Como una fiera lanzándose a la espesura, desaparece pesadamente en el reducto del fondo. El señor Arturo se recuesta en el quicio de la puerta. Delante de él

tiene tres trozos de muralla de ladrillo, roído uno de ellos por el musgo. De cuando en cuando surge a diez pasos la gorra de Floquette, ladeada sobre una cabeza gesticulante de socarrón ídolo chino. El señor Arturo oye movimiento en el reducto del fondo, una tos, un suspiro ronco. Su corazón palpita fuertemente, una repugnancia sin límites le deja convertido en un pingajo. Contempla largo rato sus manos: tiene las uñas grises. Y experimenta una larga angustia animal. “Daos prisa”, murmura al fin Pâtenotre, reapareciendo todo sofocado y abrochándose el chaleco. El señor Arturo da cuatro pasos, como un sonámbulo, hacia el reducto del fondo, bañado en una sombra pastosa, y en donde una muchacha rubia que está sentada en unos sacos viejos, con las piernas abiertas, se levanta al verle entrar. “Buenos días, señor Arturo”, dice la muchacha con finura. “Buenos días, Luisa”, contesta él, sin que ella repare en el temblor de su voz, y le coge los senos, que están blandos, porque la muchacha tiene una carne linfática, lechosa, tibia y como abandonada. En este instante, este hombre, de una blandura de jalea, desgastado por los días vacíos, se siente de súbito, ante aquella presa pasiva, electrizado de los pies a la nuca, alzado sobre sí mismo, y aprieta los dientes y abomba el pecho, grotescamente semejante a un antepasado temible. La muchacha tiene una rubicundez de paja. Su moño huele a heno. Cada vez que viene a traer víveres al campamento se gana de este modo seis francos, y Floquette, después de recibir cien perras por cliente, exige a Luisa otras cuarenta (y lo demás cuando tiene ganas). Él es quien echa al correo las cartas clandestinas de los rufianes, quien proporciona el aguardiente

ilícito, quien se entrevista con los visitantes. Hombre ahorrativo, todos los sábados lleva cincuenta francos a la caja de ahorros. “La guerra es un filón”. También es un filón para Luisa, que nunca ha visto tanto dinero.

Los ojos de la muchacha, ribeteados de rojo, despertarán por la noche al señor Arturo, cuya alma estrujada por un temor abominable se asemejará a un húmedo trapo retorcido e incrustado en una losa.

...Por la noche, esta sala parece un refugio de antaño, en un viejo puerto frecuentado por filibusteros.

Maerst, tocado con un flexible que sepulta su mirada en las sombras, vestido con una especie de jabón rojo, surge de cuando en cuando bajo la llama amarillenta de la lámpara. El humo azulado de las pipas y los pitillos se retuerce en lentas volutas bajo la pantalla. Stein, el del hocico de liebre sangrante y rojizo, tiene la enorme y arrugada frente de un Sócrates desfigurado. Solapadamente contempla las apergaminadas manos de su compañero de juego, un hombre sin edad precisa con el rostro de cuero viejo y muy fino, hendido por los ángulos de los ojos, puntiaguda la nariz y la nuez del tamaño del puño de un niño en medio de un largo cuello –a prueba de cuchilladas, como lo atestigua una rosácea cicatriz–, reducido a un manojito de tendones, de nervios y de venas. Trátase del señor Oscar, el tramposo. Y el legionario ganará unos francos si le sorprende con la carta en la manga y le derriba entre las volcadas mesas de un cabezazo en el vientre para empezar y de un puntapié en los morros para concluir (así es como él se las gasta). Hay aún una

cabezota descolorida, salpicada de pelos de financiero en la miseria, y el bigote cuidado, de color de pimentón y tabaco, del barón, que está a punto de perder, con sus últimos efectos, la poca dignidad a que se aferra todavía su vida. Las cartas amarillentas y renegridas son suaves al tacto como trapos grasientos. Dos seres nulos mueven en la mesa vecina, sobre un tablero de damas, unos botones de uniforme. Los hay de cinco cuerpos. Varios son los que los han usado. El resto de la sala queda sumido poco a poco en la obscuridad. Ronquidos entrecortados, coloquios de cama a cama, imprecaciones ahogadas. Un desdichado atormentado por el hambre, esa ventosa que se clava en las entrañas, apoya la frente en los cristales y mira en la noche. ¿Evadirse? Sin duda esto no es un puerto. He aquí plácidos vergeles. Pero sería menester para llegar a ellos franquear esa zona fantástica, de una blancura deslumbrante bajo los reflectores, esas alambradas, y las líneas mortales invisibles, tendidas en el espacio, entre los cañones de fusiles apostados allí, a cada cincuenta metros.

Baja de techo, con el suelo sucio, la sala III se halla poblada parcialmente por judíos. Tiene su “café” grasiento, en el que se fía. El dueño, un hombre de cabeza caballuna extrañamente amarilla, lleva un traje azul que debió ser de buen corte en sus tiempos y en cuyas solapas relucen manchas de grasa. Sobre su carnosa nariz cabalgan unos lentes, uno de cuyos cristales está

hendido de su elipse de oro, lo que desvía la melancólica mirada. Aun cuando lo parezca, Goldstein no es el más triste de los hombres. ¿Por qué se le ha ocurrido un día sostener entre un corrillo de gente en la calle Rambuteau que después de todo los boches son hombres como los demás y que no habrá más remedio que reconocerlo así tarde o temprano, una vez que desangrados todos los pueblos, replegados sobre sí mismos como perros tras una batalla frenética, se pongan a lamerse sus heridas? Esto es lo que él no se perdona. Los alguaciles han vendido su tienda: “J. Goldstein. Relojero.” Su mujer va tirando, corroída por el cáncer. El hombre nos vende dosis de achicoria a una perra, y a la hora del crepúsculo, dejando al argentino al cuidado del negocio –momento que el argentino aprovecha para birlarle azúcar y jabón–, se va a la pieza contigua, habitada por el viejo Ossovski, a extraer de su maravillosa flauta –jah, qué instrumento, amigo mío! ¡Escúcheme esto!– largas, lentas canciones desgarradoras. “¿Quiere usted tocar el aire de Froug?”, dice con dulzura Ossovski. Y unos sollozos, fugitivos como ondas, se escapan del tubo de ébano.

(Y en el jardín, un soldado taciturno, intoxicado por los gases en el Artois, que se pasea a lo largo de las alambradas, se siente invadido por todo el dolor desconocido del mundo, se estremece, comprende vagamente la emoción de las cosas... “¡Maldita sea! ¡Qué murria...!”)

Ossovski vive solo en una celda monacal, toda blanca. Meticulosamente pulcro, muy derecho, tiene unos hombros rectangulares de viejo oficial y un rostro descolorido y rodeado de una ligera barba de plata. Su voz es una sonrisa envolvente

porque habla con una gran delicadeza. Sus pupilas pasean sobre las cosas una mirada aguda que tiene la suavidad de un bisturí bien afilado. Unas cuantas nueces desplegadas sobre el título de la “Obra” se secan al borde de la ventana. Ossovski lía un pitillo murmurando los versos de Froug: “Transporta mi alma hasta la lejanía azul, donde la estepa se extiende hasta lo infinito, anchurosa como mi inmensa tristeza, grande como mi dolor sin consuelo...” Y de súbito alza la vista hacia el flautista con una tenue sonrisa:

–El dolor de Israel.

Y no se podría decir si habla en broma o en serio. Procede de una cárcel. Se dice que hace siete años robó en un palacio de Niza un collar de perlas a una brasileña neurasténica.

Acurrucados en sus camas, dos sastres manejan la aguja. Uno de ellos, que parece un fantoche de levita, dice al hablar de sí mismo: “Zill no es un hombre, sino solo un sastre.” ¿Qué es lo que lee a anochecido, a la luz de una vela, despojado de sus lentes y con la nariz pegada al texto? “La clave de los sueños”...” El otro, con unos tufos grises en las sienes, coleccionista de anécdotas y de chismes, poseedor de una facundia inagotable, duerme sobre tres almohadones muy blancos que le han enviado de casa. Casi todas las semanas le hace al golfo de Yanek, su hijo, para gran regocijo de la sala, una escena trágica representada con arreglo a antiguos ritos familiares. Se le ve alargar hacia el socarrón adolescente un dedo amenazador: “¡Tu padre te echa! ¿Me oyes? ¡Ya no eres mi hijo! ¡Fuera de aquí, bribón, y que se pudran tus huesos...!” El furor bíblico de este

“¡Fuera de aquí, bribón!” hace estallar entre las mantas las risas de los vecinos. A altas horas de la noche se oirá al padre y al hijo injuriarse en voz baja. Pero cuando un día hubo que acostar al padre en su cama, estirado y lívido como un cadáver, tocando el corazón dentro de su pecho las campanadas de la angustia, vimos al golfo temblar de veras, como tiembla una hoja seca bajo el viento.

Está también el profesor Alschitz, “profesor de distinción y de español”, dice prestándose con una flexión exagerada del espinazo y una curiosa mirada, a la vez que insistente, como para disipar mejor vuestras dudas inevitables, evasiva, porque es un imaginativo que se miente a sí mismo y también un astuto sujeto, perfectamente dispuesto a engañarnos. Sus hombros exigüos se extienden bajo una chaqueta de buen porte. Tiene la barbilla azul, las facciones acusadas y unos ojos grandes de rumiante. También tiene distinción –aprendida de los teatros de provincias –y no poca histeria. Se acalora, patalea como un niño caprichoso y a veces también, después de haber hablado de su miocarditis y de la lesión que sufre en el pulmón derecho, o después de haberse encolerizado, se compadece de sí mismo y llora sin vergüenza. Entonces se pasea por la sala tapándose los ojos con su pañuelo de batista. Un joven soldado ruso, más cándido de lo conveniente, que le tomó en serio, se dejó ganar a las cartas por el profesor toda su muda. Desde que formamos un grupo, Alschitz se les echa de “derrotista”, pero nosotros nos enteramos poco a poco de que al principio de la guerra fingió alistarse en la Legión y que se le detuvo en un bar del arrabal

Montmartre en vísperas de un viaje para la Argentina, donde colocaba en casas de reposo a criadas para todo.

En esta sala duermen cuarenta hombres, en su mayoría judíos. Algunos sin nombres ni rostros, aunque locuaces, grasientos, famélicos, llenan los rincones de un bullir de gestos y de voces y son olvidados en cuanto no se les ve, en cuanto se les vuelve la espalda. Dos sionistas de una fealdad oriental de constructores de pirámides, con el cráneo erguido y rojo en forma de azúcar pilón y rasurados como los de los “fellah”¹⁶ discuten sin cesar, enredando y desenredando indefinidamente la madeja de sus sutilezas. Por lo demás son buenas personas.

Aquí nos reunimos al atardecer unos cuantos, procedentes de todas las salas. Los camaradas forman círculo en torno al lector, delante del cual se despliegan los periódicos desdoblados. Un embrión de muchedumbre, de treinta a cincuenta hombres silenciosos, se apretujan en derredor escuchando. El lector traduce los despachos. Congreso de los soviets, Trotski asesinado, los alemanes de Ucrania... La emoción hacía temblar a veces su voz. Cuando hubo anunciado una tarde la disolución de la Constituyente el grupo se diluyó, dejando dos ásperos puñados de hombres aferrados unos a otros en un debate furioso.

—¡Están locos! Van a perder a Rusia. Van a perder la revolución. Ya lo veréis.

¹⁶ Los fellah, son campesinos de Oriente próximo. Son agricultores arrendatarios, es decir, no propietarios. [N. e. d.]

–Sí; ya lo veremos, ya lo veremos. Les sobra razón. Así es como hay que tratar a los Parlamentos. A patadas en el trasero.

–¡Bien se ve que a ti no te cuesta nada la sangre del país, mocoso!

–¿Cómo? ¿Cómo?

–¡Vaya un invento! ¡Socializar la miseria! ¿Y si juntáramos nuestras pulgas y nuestros agujeros, camaradas? Plejanof ha dicho...

–Tu Plejanof es un farsante. ¡Que haga él la guerra hasta el fin desde su biblioteca...!

–La revolución no debe detenerse ante nada. Socializar la miseria es mejor que subyugarla.

Otras veces un grupo soñador se rezagaba ante la ventana abierta. El flaco Dimitri, un marino que echaba los pulmones por la boca, proponía:

–¿“Transvaal”?

La sala entonaba este canto lleno de alucinaciones, que se elevó durante mucho tiempo en las aldehuelas rusas en tiempos en que no se permitía en el Imperio exaltar nada más que una libertad sudafricana estrangulada por los ingleses. “¡Transvaal, Transvaal, tierra mía, toda abrasada de llamas”. El cantar une a los hombres, como el combate, el sufrimiento, la exaltación comunes. Nosotros nos sentíamos hermanos. Nuestra voz de prisioneros se cernía soberana por los ensombrecidos vergeles de aquella campiña normanda, resucitando de lo hondo de un pasado revolucionario voces largo tiempo atrás extinguidas y

uniéndose, quizá a miles de leguas, a los coros de soldados de una revolución viviente, que descansaran a la orilla de anchos ríos...

XXVI. NOSOTROS

Fue aquella la existencia aletargada de los campamentos de concentración: miseria dosificada con indiferencia por comisiones que estimaban sin duda que aquellas gentes vivían tratadas con demasiada esplendidez en los momentos en que tantos otros que valían infinitamente más se hacían matar. Aquel conglomerado de sospechosos, de indeseables y de subversivos recibía tranquilamente todos los días la rebanada de pan de trescientos gramos, la sopa y las judías. No había más que esperar el fin del cataclismo bajo el cual se derrumbaban las catedrales y los imperios. Por las mañanas pasaba el oficial cartero con periódicos y cartas grotescas, como aquella falsa respuesta de un diputado abogado que tuvo varios días trastornado a Alschitz:

“Muy señor mío: Su caso me parece muy interesante. Su legado, del que he tenido conocimiento con autorización del señor presidente del Consejo, contiene piezas acerca de las cuales conviene hacer una luz completa. Hágame usted saber con la máxima precisión cómo empleó el tiempo el 17 y 18 de agosto de 1914, de siete a nueve de la noche...”

El profesor de distinción y de español escarbaba desesperadamente su pasado, a varios años de distancia.

–Me parece –dijo al fin– que me encontraba en Nancy...

–¿En Nancy? –exclamó Sam–. ¿En el Este?

¡Ah! ¡Pobre amigo mío...!

Largas marchas por el patio para matar el tiempo. Raros eran los que en esta ociosidad forzada conocían aún el valor de las horas y leían, dibujaban, estudiaban. Igualmente raros eran los residentes que no se abandonaban. Afeitarse todos los días, someterse a grandes abluciones en la bomba, hacer luego movimientos respiratorios, cepillarse la ropa, limpiarse los zapatos... Todas estas cosas constituían, sin embargo, una prenda segura de victoria sobre la desmoralización. Esta autodisciplina mantenía al hombre en pie, llena de aplomo sencillo, entre un enjambre de seres endebles.

El régimen no era duro. El suplicio solo consistía en el aislamiento del mundo exterior, en la pasividad, en el hambre, en el cautiverio sin razón ni término preciso, en los fusiles cargados y apuntados contra nuestras ventanas. Desde la lista de la mañana a la de la noche éramos libres. Y los días transcurrían tan vacíos como en las cárceles; pero llenos de un agradable rumor de frases, de risas, de marchas, de tareas menudas, de partidas de cartas o de damas. Maerst se enriquecía, Faustino II lavaba la ropa de los señores, el argentino llevaba turbios mensajes de una sala a otra y se rozaba con los centinelas, Alschitz daba clases (a seis perras por lección). Ossovski, viejo ladrón con apariencias de santo, leía junto a su

ventana. El viejo Kostia desgranaba su negro rosario. Antonio caminaba a lo largo de las paredes, titubeando un poco, inclinado el rostro hacia tierra, como si estuviera ebrio, ebrio quizá de hambre. Los otros cuatrocientos, idénticos en suma a estos, creían matar el tiempo que los mataba a ellos insensiblemente... Algunos enfermos vivían a solas con su mal, como Krafft, el de las arrugadas mejillas, en cuya buhardilla nos reuníamos nosotros, que se volvía para escupir en el pañuelo y discernir en los esputos filamentos de sangre. Los confidentes anotaban a lápiz y con una letra deformada las frases sorprendidas en los grupos y por la noche el gendarme Richard pasaba por debajo de nuestras ventanas y recogía las bolitas de papel, que habían sido arrojadas con una piedrecilla dentro. Dos viejos de pelo completamente blanco, alsaciano el uno, belga el otro, igual de cascados los dos, que caminaban apoyados en idénticos bastones, que se alimentaban de los mismos desperdicios, que fumaban las mismas colillas y vivían juntos bajo una escalera del inútil lazareto, se odiaban con un odio mortal. A veces íbamos a escucharlos a la farmacia, porque dormían en un desván contiguo. El enfermero Juan les hacía retirarse una hora antes de la lista y los encerraba. (Oíaseles gruñir, gemir, remover la paja de sus jergones, desnudarse lentamente. Imprecaciones sin fuerza caían en torno suyo como blandos escupitajos. Luego, acurrucados cada uno en su camastro, reanudaban su vieja querrela saciada todos los días y sus voces alternas, tan parecidas que se precisaba un oído experto para distinguirlas, se confundían en una sola letanía de invectivas. “¡Asqueroso, asqueroso, asqueroso, más que

asqueroso!” “¡Me c... en Dios! ¡Vaya desgracia...!” Y seguían injuriándose así hasta el momento en que la modorra se apoderaba de ellos. Entonces se quedaban dormidos con la boca abierta y un rostro verdoso de asfixiados y sus alientos seguían confundándose.

El lazareto estaba desierto porque los enfermos preferían quedarse en las salas. El enfermero Juan vivía solo en una serie de piezas contiguas. Disponía de un rincón tranquilo, saturado de fenol, con una ventana enrejada que daba al jardín, y tenía éter, cocaína y morfina a discreción. Este mozo pálido y mofletudo, de ojos redondos como bolas de fayenza japonesa, presto a salirse de sus alvéolos, se atracaba continuamente de drogas.

–Yo soy un hombre feliz –decía–. Soy el dispensador de los sueños, el llavero del Paraíso, el San Juan de la bienhechora jeringa. Que vengan a mí los buenos chicos que quieran pasar un buen rato.

Y cordialmente, estrechando a su visitante con gesto fraternal, le decía echándole a la cara un alimento saturado de éter:

–¿Vasito o inyección? Querido, no hay cosa como la inyección... Escucha...

Y si se le escuchaba refería interminablemente sus amores con Estefanía; Estefanía, linda moza de verdes pupilas, perversa y zalamera como una gata; Estefanía, a la que llevaba metida “en la piel, en la sangre”; Estefanía, que le escribía aún todos los días una carta de cuatro carillas cuajada de profundas reticencias,

que él leía entre líneas, la releía, se la aprendía de memoria en una noche; Estefanía, criatura cruel, exasperante y seductora. (“¡Ah, si vieras solo sus brazos, su garganta!”)

–¡Oh, sus cartas...! Bien mío, cuando pienso en ti quisiera olvidarte, arrancarme de aquí, ahí tienes, arrancarte...

Su acento tornábase de súbito desgarrador. El enfermo abría el cajón de los venenos, cerrado siempre con llave, y sacaba un manojo de cartas extrañas, llenas de tachaduras, recomenzadas, hubiérase dicho, varias veces.

Sam le dejó atónita un día.

–Oiga, Juan –le preguntó en voz baja–, ¿es que le divierte escribirse usted mismo todos los días las cartas de Estefanía? Acaba usted por creérselo, ¿no?

Juan pareció salir de un sueño o despertarse. Un fulgor claro, blanquísimo, recorrió su rostro pastoso. Y se extinguió. Nos pareció agigantarse, endurecerse, aplomarse, aniquilado acaso, acaso a punto de precipitarse hacia delante como una fiera. Pesadamente se acercó a mi camarada y le dijo:

–¡Vete!

Sam le volvió la espalda por fanfarronería, tecleó un instante con los dedos en la mesa y salió. A partir de entonces Juan no volvió a hablarnos más de Estefanía.

... Vivíamos. Pasaban los días. Pasaban las semanas, los meses, las estaciones, las batallas, la revolución, la guerra. Pasaba la vida.

Nosotros formábamos en esta ciudad un mundo aparte. Bastaba que uno de nosotros interpelara a los demás con esta palabra mágica: “camarada”, para que nos sintiéramos unidos, hermanos sin necesidad siquiera de decirlo, seguros de comprendernos hasta en nuestras desavenencias. Teníamos una salita tranquila, con cuatro lechos, tapizados de mapas, con una mesa cargada de libros. Allí nos hallábamos siempre varios, acodados sobre textos incesantemente resumidos, anotados, comentados. Allí se hablaba de Saint-Just, de Robespierre, de Jacques Roux, de Baboeuf, de Blanqui, de Bakunin, como si acabaran de salir a pasearse bajo la sombra de los árboles. El error de Robespierre: “al decapitar con los furibundos partidarios de la *Commune* al mismo pueblo de París” exasperaba al viejo Fomine, que proclamaba, erizado su blanco bigote, encrespadas las cejas y la melena, leonino, pese a su indumentaria provinciana, que el Incorruptible había llevado la revolución al suicidio por cortar demasiadas cabezas.

–Mientras guillotiné a la derecha, tuvo razón; pero el día en que se puso a guillotinar por la izquierda lo echó todo a perder. Ese es mi criterio.

Este era el criterio de un valiente anciano pasmosamente joven, pronto siempre a acalorarse, susceptible, encrespado por bagatelas –y en estos momentos adoptaba bruscamente una expresión reconcentrada de dogo–, pero devorado por una

necesidad de actividad, de solidaridad, de combate, de afirmación apasionada. Expulsado de Inglaterra, expulsado en otro tiempo de Francia (“con otro nombre, cosa que no saben”), hallábase internado a los sesenta años. El infortunio de Blanqui, preso durante la *Commune*, cabeza de la revolución seccionada y conservada en el castillo del Toro, en el preciso instante en que al proletariado parisino le hacía falta un verdadero jefe, nos irritaba aún como la peor de las desventuras. El químico Krafft, miembro del partido socialdemócrata ruso (bolchevique), hombrecillo enclenque y pulcro, de agudo perfil, labios delgados y voz dulce, explicaba (en la mano *La guerra civil en Francia*, de Carlos Marx, llena de notas a lápiz), que una ofensiva resuelta de los comuneros sobre Versalles hubiera modificado quizá el curso de la Historia...

Sólo este pasado tenemos, pero tenemos también el mundo y el porvenir. Tres marinos sindicalistas, miembros de la organización norteamericana International Workers of The World, procedentes, dos de los Estados Unidos y uno de Australia, si no profundizan la Historia tienen en cambio interesantes cosas que contar. Dimitri, un ruso que fue antaño un atleta y que ahora está flaco, con el pecho exhausto, arrugado el cuello como la cara, estuvo a punto de sublevar a la tripulación incalificablemente alimentada de un barco inglés. El episodio trivial de un plato de sopa con gusanos arrojado a la cara del segundo le ha valido largos días de calabozo en la bodega; con agua hasta las rodillas, sufriendo fríos torturadores, y después, al paso por el mar Rojo, calores mortales de horno. El hecho es que se muere de resultas de ello, con los pulmones

corroídos. Sin embargo, quisiera volver a ver el Don. Puede que allí... Pero apenas ha proferido estas palabras, le traspasa una duda de vivir, que es ya la certidumbre de la muerte, y se encoge valientemente de hombros. Después de todo, aquí o allá... una tumba es siempre una tumba... Más felices son sus dos camaradas de Norteamérica, Carlos, y Gregorio, en cuyo poder encontraron manifiestos durante un registro realizado a bordo del “Teodoro Roosevelt”. Vikingos tranquilos, púgiles alegres por la mañana, reparando la línea bajo la bomba de agua por la tarde –y se admira la barba dorada, de lino, de Carlos, y la otra cabeza, maciza, casi cuadrada, de reitre¹⁷ que practicaba la higiene, inclinada sobre la aguja, el hilo, la tela, de Gregorio, el mayor, se acuerda de los tiempos en que de chico hacía grandes marchas él solo por los bosques de la Duna para llevar un mensaje a los Hermanos del Bosque, al fondo de ignorados calveros.

–Yo he conocido al Gran Yann –decía–, al Gran Yann, que fue fusilado de Wenden...

Sonnenschein pone en nuestro grupo una nota de una comicidad patética. Es pequeño, con la frente cómica, desguarnecida por las sienes; un perfil semita muy acusado, gruesos labios de asirio y unos ojillos inteligentes que lo ven todo con una indulgencia irónica. Su espíritu se ha formado en una escuela rabínica de Polonia. Ha sido sionista antes de hacerse socialista. Su manera de discutir es agradable. La risa enciende un fulgor agudo en sus ojos. “Escuchad una historia”, dice... Siempre se trata de una historia judía, un poco histriónica,

17 Un reitre era un soldado de la caballería alemana.

ornada de detalles sabrosos, pero de una gran sabiduría. Para decirnos que toda tarea requiere su tiempo nos ha contado la réplica definitiva del viejo sastre Schmul al que un vecino había ido a encargarse un pantalón:

“-¿Cuándo lo tendrás cosido, Schmul?

-Dentro de quince días, Itzck, amigo mío.

-¿Quince días, Schmul, para coser un pantalón cuando el propio Dios hizo el mundo en seis días?

Schmul se quitó los alfileres que tenía entre los dientes, consideró un instante a su barbudo interlocutor, miró la estancia, el Universo que se divisaba por la ventana y dijo:

-Sí; pero, ¡qué mundo, Itzek! ¡Y qué pantalón ha de ser éste!

Cuando nos reunimos seis en torno a una mesa, conocemos todos los continentes, todos los mares, todos los esfuerzos y las rebeldías de los hombres: los partidos laboristas de Nueva Gales del Sur, el vano apostolado de Teodoro Herzl, el caso Mooney, las luchas de los hermanos Magon en California, Pancho Villa, Zapata, el sindicalismo, el anarquismo, la vida ejemplar de Malatesta, el individualismo y la muerte de los bandidos que querían ser “hombres nuevos”, el heroísmo, la democracia social, la obra de Lenin, ignorada aún del mundo, la obra de los rusos, todas las cárceles.

Nos reuníamos casi todos los días, bien después de la lectura de los periódicos, o en sesiones regulares del grupo. Y a veces se esbozaban tumultuosamente escisiones prontas a transformarse en fuentes de odio entre hermanos enemigos. El viejo Fomine se imaginaba la revolución como la explosión y el crecimiento desordenado de las fuerzas populares. Las ideas más justas acabarían por salir triunfantes por sí solas en mil conflictos entrecruzados; el ejemplo de los mejores se impondría por el éxito, por la exaltación de las almas, por la pasión, a las muchedumbres atenazadas entre sus aspiraciones superiores y el peso del pasado, la mentira, el egoísmo retrógrado (porque el egoísmo inteligente comprende que la salvación del individuo está en la solidaridad). Cuando terminaba de hablar, Krafft hacía uso de la palabra y arrojaba sobre esta vocecilla ardiente que cantaba aún en nuestros oídos unas cuantas frases incoloras, pronunciadas con tono insignificante: hubiérase dicho un pequeño chorro de agua fría apagando un brasero. Aquel viejo romanticismo solo serviría para conducir la revolución al desastre. Por fortuna, hacía ya mucho tiempo que el proletariado lo había superado. Correspondía al socialismo utópico y no al socialismo científico. Para lo sucesivo existe una técnica de la revolución que exige organización, disciplina, consignas claras, orden. La persuasión antes de la conquista del Poder, sí. La concurrencia de una política justa con políticas falsas, la primera de las cuales ha de imponerse a las masas porque expresa mejor sus verdaderas aspiraciones (de ahí su justeza), sin duda. Pero después de la conquista del Poder, una centralización jacobina, una resistencia

sistemática a las tendencias reaccionarias de los mismos trabajadores, una lucha sin piedad contra las ideologías confusas, retardatarias, románticas, convertidas en perniciosas...

Un silencio tenso se iba haciendo poco a poco en torno a Krafft, cuya débil mano trazaba gestos autoritarios. Y Fomine estallaba con una voz rebotante de sarcasmo, de risas demolidoras, de impetuosidad.

–¡Ah! ¡De ninguna manera! Si te imaginas que llevas la verdad, pura y concreta como un guijarro blanco, en el bolsillo del chaleco, allá tú. Pero que por eso quieras taparme la boca llamándome retrógrado, romántico, utopista, pequeño burgués y todo lo que se antoje, eso sí que no. No estoy de acuerdo. Ni lo estará nadie. En pocas palabras, ¿eres partidario de la libertad de prensa?, ¿Sí o no?

–En régimen burgués, antes de la conquista del Poder, sí, porque entonces es necesaria al proletariado. Después, esa noción se torna superflua. Nosotros poseemos la Prensa. Nosotros somos libres. Las tendencias malsanas y retrógradas de la clase obrera no tienen derecho a lo que tú llamas, empleando una vieja palabra liberal y no revolucionaria, la libertad.

Un estrépito de interrupciones ahogaba su voz.

–Pero, ¿quién va a ser juez?

–El proletariado organizado.

–Es decir, el partido, tu partido.

–El único partido del proletariado.

–Entonces –exclamó Fomine– tendrás que construir cárceles en serie. Y además, además ya lo veríamos.

–Yo no sé –replicó Krafft sin alzar la voz– si habrá que construir cárceles nuevas, porque las cárceles están llamadas a desaparecer, pero no cabe duda que necesitaremos las antiguas para los enemigos de la revolución y también para los enredadores. Por lo demás, allí estarán muy bien. Mucho mejor que aquí, te lo aseguro... No podemos elegir sino entre la victoria y el aplastamiento. La fantasía, la poesía, quedan al margen del problema. Ahí tienes, hasta es muy posible que las tres cuartas partes de los obreros se vuelvan contra nosotros a las primeras dificultades serias. ¿No sabemos de sobra que están saturados de las viejas ideas y de los viejos instintos como la burguesía, que no leen sino sus periódicos? ¿Deberemos, por respeto a los grandes principios inculcados por el enemigo, dejar obrar a los obreros para que ayuden a colgarnos y les vuelvan a poner a ellos el collar?

Krafft se quedaba solo. Los encogimientos de hombros, la ancha sonrisa de Karl en su soleada barba, una buena historia de Sonnenschein calmaban los espíritus. Krafft, abrumado bajo el número, nos consideraba serenamente con un matiz de ironía en los ojos.

Las noticias de Rusia nos llenaban a todos de una confianza inmensa.

XXVII. HUIR

El viejo Antonio, después de acostarse en el patio al sol, abrió su manta, y se quedó dormido. No se levantó para el rancho de las cuatro y nadie paró mientes en él. Desapareció el sol. La sombra ganó al durmiente. Algunos curiosos se inclinaron hacia él. Formóse un grupo. Le miraban las pulgas. La manta estaba salpicada de grandes manchas lechosas de movedizos contornos. Al cabo de mucho tiempo alguno se preguntó por qué aquellos miles de parásitos huían del hombre, frío ya como la piedra.

–Está muerto.

Nadie quiso tocar aquel cadáver replegado sobre sí mismo. El enfermero Juan prometió no sé qué a dos miserables que se lo llevaron al fin sin arreglarlo, rígido como si fuera de cera.

–Nuestro equipo está preparado –nos enunció Sam aquel día.

Llevaban muchos días preparando su evasión los tres: Sam; un judío ruso de unos veinte años, un muchacho alto y triste, llamado Markus y “el Rumano”. Markus había sido por breve tiempo vecino mío. El cautiverio le oprimía de una manera

inexplicable. Parecían pesar sobre él invisibles cadenas que desgastaban sus músculos y le atenazaban a la desesperación. Sus manos de joven obrero se habían ablandado, quedándose menudas y pálidas: “¿No parecen manos de señorita?”, decía con tono despectivo y humillado. Su valentía se reveló bruscamente una vez que se hubo decidido. “¡Tanto peor, arriesgaré la jugada!”, nos dijo exaltado. Contemplábamos la red de los alambres espinosos bajo la ventana y junto a su garita el soñoliento centinela, fácil de reconocer por su cuello rojo y sus piernas de paquidermo: era Vignaud, un soldado socialista que no disimulaba su reprobación por los bolcheviques.

–¿Creéis que Vignaud dispararía? –preguntó Sonnenschein.

–Lo mismo pienso yo –dijo Sonnenschein–, pero no daría en el blanco...

–Y no porque no quisiera ese culo gordo...

Vignaud nos divisó y nos hizo un gesto amistoso con la mano. “El Rumano”, que debía partir con nuestros dos camaradas, era el que más nos inquietaba. Sospechoso de espionaje, verdaderamente elegante, sin edad, bien engomado el pelo, ajados los párpados, hastiado cliente de los cabarets, buen jugador de “poker”, embustero y fino, cuidando largamente sus uñas todas las mañanas, necesitaba sin duda para esta tentativa aventurada compañeros resueltos. El aportaba al equipo un fajo de billetes artísticamente cosidos en el forro de su ropa.

El plan de los tres fugitivos era muy simple: esperar una de aquellas noches de tormenta en que la lluvia obligaba a los centinelas a guarnecerse en sus refugios mientras la luz blanca

de los reflectores luchaba en las ráfagas y el ruido del aguacero llenaba el jardín. Entonces, anudando las mantas, descenderían por una ventana del primer piso, ventajosamente envuelta en la sombra de un manzano. A través de las flechas de lluvia, franquearían uno tras otro la zona más peligrosa. El escalón de las alambradas parecía relativamente fácil junto a ciertas estacas, porque los centinelas concentraban principalmente su atención en el espacio iluminado entre las edificaciones y los alambres. Podía contarse, de ser ayudados por la suerte, con que franquearían el obstáculo y se sumergirían en las tinieblas. Después caminarían de noche y se ocultarían por el día.

Por guardado que estuviera el secreto algo debió de traslucirse, porque Maerst nos hizo saber que convidaba a café a dos miembros del grupo. Yo acudí acompañando a Sam. “El Bucanero” nos lanzó, al socaire de su flexible, una enigmática mirada negra.

–Maerst es seguro –dijo, hablando de sí mismo en tercera persona–. Todo el campamento lo sabe. Así que ¡a jugar limpio! Preparáis un golpe, ¿eh?

–Hay los que sueñan con él –dijo Sam para no decir nada en concreto.

Estábamos tomando el café a sorbitos, sin apresurarnos, como astutos compadres que discuten una transacción. Pero, ¿qué transacción era la nuestra?

–Os saldrá bien si yo quiero –dijo al fin Maerst–. No os costará más que cien francos.

Tenerle en contra nuestra podía ser peligroso. Dejarnos intimidar por él podía ser peor. Discutir hubiera sido confesar.

–Pierde usted la ronda, señor Maerst. No hay que subirse a la parra...

Todavía juzgamos oportuno permanecer un momento por delicadeza.

Al fin cruzamos fuertes apretones de manos con aquel cretino. Él no podía saber nada en concreto. Sus sospechas debían concentrarse en nuestro grupo. Acaso el mismo gendarme Richard le hubiera encargado sondearnos.

Una vez practicada su ronda, el gendarme Richard entraba en el despacho del ayudante Soupe. Un denso tedio acercaba a estos dos hombres y les hacía tan impermeables el uno al otro como dos piedras incrustadas en el mismo muro. El ayudante era la delgadez misma; el gendarme, la obesidad. Al uno le llamaban “el Cuervo”; al otro, “la Bola”. “El Cuervo” vivía entre las facturas de muebles, los tiestos de geranios, las cartas de un truhán del Oise¹⁸, donde tenía una pequeña propiedad, y los periódicos substraídos de la correspondencia de los internados. “La Bola” guardaba su campamento con la aplicación de un hombre que conoce su oficio, aunque sin extraordinario celo ni maldad. “Buena bola, después de todo”, decíase. “La Bola” se

18 Oise, Departamento de Hauts de Francia.

limpió con el revés de la mano el bigote, de un negro de alquitrán, y desplegó unos trocitos de papel garrapateados que extrajo del bolsillo.

–Ahí tiene usted, “el Rumano” denuncia al “Tabernero”: tráfico de dinero.

–Me da lo mismo –replicó M. Soupe atiborrándose la nariz de tabaco fino–. ¿Es eso todo?

–No. “El Tabernero” denuncia al “Rumano”: tentativa de evasión.

Esto era más serio. “El Cuervo” soltó el periódico. Su cabeza, reducida a las proporciones de una calavera con pelo y la extraña animación de sus ojos, semejantes a moluscos en una concha abierta, salió de la zona de indiferencia. Por lo demás, “la Bola” estaba al corriente. El grupo ruso dirigía el asunto. Sin duda para mandar a alguien a París.

–¿Quién es el que va a partir?

–Un infeliz obrero de Billancourt. No es peligroso. Si por mí fuera –agregó “la Bola” –le dejaría escapar. El otro es Potapenko, al que llaman Sam. Acérqueme su ficha.

La ficha no les reveló nada de particular.

–El que a mí me interesa es “el Rumano” –dijo “la Bola”.

–Este no debe pasar. ¡No, por nada del mundo, demonio! Desde que se ha fusilado a Duval se ensucia en los pantalones, y me lo explico. Cuando yo doy órdenes son claras. ¿Qué le parece a usted?

M. Soupe aprobaba siempre con tal de que no hubiera jaleos: “¡Oh, por supuesto! haga usted lo que mejor le parezca”, de suerte que el orondo manejaba como quería al flaco.

No había nada más que una ventana, resguardada por un manzano, desde la que fuera fácil bajar al jardín. Sólo había un centinela que pudiera vigilarla cómodamente. M. Richard hizo colocar en aquel sitio las noches en que el tiempo parecía anunciar tormenta al hombre que había elegido por su golpe de vista, por su finura de oído y, sobre todo, porque tenía numerosas cosillas que hacerse perdonar: el territorial Floquette.

–Escucha –le explicó “la Bola” –, van a salir tres. El primero me tiene sin cuidado. Ya le cogerán por el camino. El tercero también. El segundo tiene madera de espía; no debe pasar de ninguna manera. Le metes plomo en el cuerpo sin apurarte, ¿sabes? Claro es que no te van a dar la medalla militar por eso; pero sí te ganarás unas perras.

Con el fusil cargado en bandolera Floquette se paseaba lentamente bajo esta ventana, abierta ahora al camino y a la muerte. Nosotros observábamos el cielo con una inquietud de navegantes. El esplendor de los ocasos incendiados nos desolaba, porque anunciaba noches estrelladas, tranquilas, noches de cautiverio absoluto, sin evasión posible, sin posible

muerte. Tres rostros se volvían por la noche hacia el porvenir: el de Markus, seguido, con una sonrisa franca, esbozada al borde de los labios, y un fulgor de alegría (de fuerza naciente tal vez) en la mirada; el de Sam, contraída la boca, que parecía burlarse de su propio destino. Y lejos de ellos, en otra ventana, para no ser sorprendidos juntos, el del “Rumano”, lívido, devorado por la ansiedad, y al que le había dado miedo quedarse, huir, abrir los periódicos, y temblaba cada vez que aparecía un uniforme en el patio. ¿No estaba suspendida su vida de un hilo tan tenso como este brillante hilo de araña entre dos ramas? Eran, sin duda, conocidas sus cartas, transmitidas por una legación neutral. Todo dependía del silencio de un hombre que esperaba desde hacía tres meses en una celda de color azul claro a que se abriera la puerta de súbito en plena noche y le dijeran: “Tenga valor.” ¿Se callaría? Se callaba. ¿Por qué se callaba? ¿Por qué? “Si fuera yo, hablaría...” Este pensamiento traspasaba en todos sentidos su alma cobarde. “El” podía hacer aún revelaciones en el último momento, obtener ocho días de perdón entregando al que estaba allí, y se decía, angustiada, royéndose las cuidadas uñas: “Yo lo haría, sí...” Tan traidor era que se sentía traicionado.

Markus refería cómo le habían derribado en la plaza de la República un primero de mayo. Cuando nombraba las calles y las plazas de París no se trataba de nombres, sino de realidades... Vería a los camaradas del Comité de Defensa Social. La misión aceptada acrecentaba su resucitada valentía. Con el rostro risueño, extasiado, en la penumbra nos confesó al fin su secreto: “¡Laura! ¡No puedo vivir sin ella!” Y como esto parecía ser indigno de un revolucionario, se apresuró a hablar de otra

cosa. Laura nos escribiría de su parte en términos convenidos.
“Mirad su letra... su letra indecible...”

Sam, el más fuerte, delegado de otra parte por el grupo, saldría el primero. Le seguiría “el Rumano” y luego Markus, para que “el Rumano” pudiera ser ayudado, si era necesario en el escalo de las alambradas.

XXVIII. LA SANGRE

Los periódicos nos informaron del asesinato de Lenin. Esta vez la noticia parecía auténtica. Nadie más predestinado que Lenin a este fin. A hora temprana nos reunimos en una sala casi vacía, más numerosos que de costumbre. Nuestra impotencia, nuestra inutilidad, la huida del tiempo mientras acontecían las cosas, se mudaban a la larga en una exasperación fría. Nos paseábamos furiosos, con las manos en los bolsillos, rumiando nuestra cólera como las fieras enjauladas, como los hombres encarcelados. De nada servía que Krafft dijera: “Todos los revolucionarios han conocido estas horas, estos cautiverios, este tiempo insípido. Así se templan los hombres, así nacen a la fuerza, así aprenden a ser duros y a ver claro. Ahora estamos bajo un tacón de bronce, pero vivos, pero más fuertes que los que nos juzgan y nos guardan, más fuertes cada vez. Llegamos un momento en que no puede hacerse contra nosotros nada más que matarnos, pero en estos instantes no se nos puede matar porque nuestra sangre vertida podría ser más útil en nuestras venas...” Krafft tenía razón; pero una especie de furor asfixiante se acrecía dentro de nosotros, conduciéndonos a veces a negar esta evidencia, como

si quisiéramos desesperar, porque la desesperación es un desahogo, un abandono.

–Estamos dispuestos.

¿Dispuestos a qué? Tal vez a pelearnos, tal vez a morir de cualquier muerte absurda o temeraria. Aquí, por azar; en otro sitio, porque es necesario, haciendo duramente, implacablemente, lo que es menester hacer. Tal vez a vivir sin fatiga, sin asco, despiadadamente. Tal vez a consagrarnos por muchos años, por toda la vida, a tareas ingratas, a luchas oscuras, a la demolición obstinada de las cosas, a la reconcentración tenaz de fuerzas cuyo advenimiento no hemos de ver. Dispuestos. Este sentimiento se apoderaba de nosotros de súbito, originado por un odio tan inmenso que ni siquiera se expresaba en pensamientos. Desde el fondo de aquella fosa de réprobos, nosotros condenábamos al mundo, a la guerra, a la ley, a los poderosos, a los ricos, a los embusteros, a los corrompidos, a los imbéciles.

Fomine abrió la sesión con la cabeza baja.

–Parece que es verdad. Han matado a Lenin. La revolución ha respondido por el terror. En Petrogrado han fusilado a seiscientos burgueses. La misma sangre de unas cuantas escaramuzas en el Somme, después de las que los estados mayores escriben: “Sin novedad”. Yo apruebo el terror, camaradas. No lamentemos la sangre de Lenin. Él ha cumplido su misión. Es menester que la revolución se ponga al fin en pie con la espada desnuda y que pegue duro.

Fomine se exaltó. Al fondo de la sala algunos belgas y macedonios contemplaban a este sublime viejo de blancas crines que recordaban las matanzas históricas, las cabezas cortadas del 93, los arroyos rojos del Château d'Eau en el 70, y que hacía el elogio del terror.

Quisieron hablar todos, porque la palabra aliviaba. Sonnenschein se levantó con los lentes en la mano y los ojos empañados y dijo:

–Yo apruebo el terror.

Los demás se perdieron en una algarabía confusa. Dimitri, que escupía sus pulmones, y Gregorio, sólidos como robles; Krafft, el único verdaderamente tranquilo al parecer; Markus, radiante, y hasta el fantoche Alschitz, todos exclamaron:

–¡El terror, el terror!

Un aguacero azotó los cristales. Sam guardaba silencio, un poco apartado. El ojo del viejo Fomine le descubrió en su rincón.

–¿Y tú, Sam? –gritó–. ¡Di si estás en contra, si haces reserva! Nosotros estamos encerrados, no somos nada, pero ponemos a votación el terror. ¿En pro o en contra?

Sam contestó sordamente:

–En pro.

Y se levantó, dirigiéndonos su despedida con la mirada. Markus daba furtivos apretones de manos, murmurando:

–¡Qué suerte!

Los dos se escabulleron seguidos de Sonnenschein, designado por su aspecto inofensivo para ayudarles en el último momento. Nosotros prolongamos la reunión. La noche había llegado rápidamente bajo las desgarradas nubes. Las llamas de las velas se elevaron ante el viejo Fomine, hicieron danzar sombras enormes en derredor nuestro, sacaron de la obscuridad manos y rostros saturados de una violencia petrificada. Y se cantó el "Adiós a los muertos" como en los funerales revolucionarios de Rusia. Esta lamentación potente, transformando un dolor viril en afirmación grave, extrayendo un acto de fe del adiós y un juramento del sollozo, levantó las almas de treinta hombres, algunos de los cuales eran mediocres y la mayoría semejantes a casi todos los hombres. Todos eran sinceros. Cantaban:

¡Nuestro camino es igual al tuyo!

Como a ti, a nosotros nos matará el presidio...

De pronto una detonación rasgó el aguacero, la noche, nuestro canto, extendiendo repentinamente sobre nosotros un silencio glacial, en el que no se oyó más que la lluvia, el ladrido lejano de un perro, y por último una voz vehemente:

–¡Alto!

Y el silencio estalló de nuevo en detonaciones secas, lanzadas en todos sentidos, que hacían saltar los corazones dentro de los pechos, estrangulaban gritos en las gargantas, tornaban a las frentes, huecas y sonoras, como campanadas echadas al vuelo. Y el silencio volvió a hacerse a poco sobre el ligero teclear de la lluvia. Las lenguas de fuego de las velas no se habían

estremecido. Iluminaban crudamente a tres cabezas inmóviles, singularmente inexpresivas: Fomine; Gregorio, macizo, con la pesada barbilla apoyada en sus temibles y pulcras manos; Krafft, agotado, apretada la boca, los ojos ligeramente entornados... Por un segundo cada cual pudo aferrarse a la loca idea de que no había pasado nada; pero un estertor informe, un lloro, un gemido de asesinado, nos precipitó a todos hacia las ventanas:

–¡Asesinos! ¡Asesinos!

Una luz blanca aureolaba nuestra prisión en la noche. Las ráfagas de lluvia azotaban en ella el vacío. Un grupo de sombras se desvanecían en el límite del campo visual. Nuestro clamor inútil se perdió en esta blancura y esta noche, en este silencio y este vacío.

De tres saltos, Sam, acechado por el centinela, había franqueado la zona peligrosa. El escalón de la cerca de alambres, junto a una estaca, le había salido bien. Markus y “el Rumano” esperaban a que saliera; la vasta pieza quedaba vacía y negra detrás de ellos. Sonnenschein guardaba la puerta. La noche penetraba por la ventana, fría, húmeda, angustiosa.

–A usted le toca ahora, Kagan –le dijo Markus sonriendo a su compañero–. Sam ha pasado mejor que una carta por el correo; si no se arregla bien la estaca, espéreme.

“El Rumano” experimentó una sensación siniestra. Se asomó al exterior y miró largamente en las tinieblas. El centinela, escondido en su garita, no era visible; pero el cañón del fusil brillaba y acaso “el Rumano” adivinara sobre el tubo de acero rayado unos ojos de cazador feroz; la cabeza de mongol de Floquette, replegado sobre sí mismo, todo ojos y oídos para no marrar al segundo fugitivo, al espía.

–No pierda más el tiempo –le apremió Markus–.

¡Vamos! Dame el brazo...

“El Rumano” retrocedió bruscamente.

–No, yo me quedo. He cambiado de idea. Buena suerte.

Temblábanle los brazos y sus labios parecían negros en un rostro de lona gris. Markus se encogió de hombros, pasó una pierna por sobre el alféizar de la ventana y se dejó caer a lo largo de las mantas anudadas. Entonces estalló la primera detonación. Markus vio que una llama le cerraba el camino. Los reflectores le cegaban. No se esperaba una luz tan viva, amplificada de modo fantástico por el estruendo enorme de la detonación. Se precipitó hacia la noche todo derecho, se asió a los alambres de hierro y comenzó el escaló, blanco magnífico prendido a las alambradas. Floquette dispara fríamente contra él a quince metros, injuriándole a media voz:

–¡Escupe el dinero, boche! ¡Anda, escúpele, cochino espía!

Markus fue arrastrado, desangrándose en el barro, hasta la altura de la enfermería. “La Bola” acudió, hendió el grupo exasperado que se encarnizaba con el moribundo y vino a

iluminar con su linterna el juvenil rostro, devastado por el último sufrimiento.

–¡Qué lástima! –exclamó el gendarme–. ¡No es él...! ¡Pronto, el enfermero, maldita sea...! ¡Ya lo estáis cogiendo, hatajo de brutos!

“El Rumano” tiritaba en su camastro, sintiendo en todas las fibras de su ser una felicidad tremenda porque otro hubiera muerto en su lugar, pero transido por la idea agobiante a partir de ahora de que no había evasión posible y de que el fusilado de mañana hablaría, hablaría sin duda ninguna...

XXIX. LA EPIDEMIA

Sam fue devuelto al día siguiente después de haber franqueado diez y ocho kilómetros por los caminos cubiertos de barro.

“La Bola” se presentó en el patio grande con sus hombros redondos y una solapada pesadumbre. A unos belgas que le rodearon les dijo:

–Es una lástima. Yo le hubiera dejado escaparse a este pobre muchacho...

Algunos hombres, inclinada la frente, miraban con fijeza la funda de su revólver. El enfermero Juan pasaba dejando tras sí un olor de yodoformo.

–Le hemos puesto seis inyecciones –cuchicheaba con los ojos desencajados y la mirada perdida; la embriaguez no le abandonaba ya.

Nosotros estábamos aterrados por este asesinato reconstituido en sus menores detalles, estábamos aturridos por el sentimiento de nuestra impotencia total. Nada había

cambiado todavía en el sitio ocupado por Markus en la sala III. Allí estaba su cesta de mimbre, sus periódicos ilustrados, su cepillo de dientes. “El Rumano” jugaba a las damas en la taberna de la “Buena Fortuna” con el señor Arturo. Los dos tenían manos blandas, largas y blancas.

Nosotros deliberamos. Hubiéramos querido llevar a cabo una sublevación, pero nos dábamos cuenta de que era imposible, inútil, y sentíamos miedo, miedo de ser cobardes, miedo de lanzarnos a una aventura por no ser cobardes, miedo de nuestra impotencia. Nuestro furor contenido se transformaba en asco. Nos paseábamos como en una jaula sopesando todas las hipótesis. ¿Qué sublevación era posible contra los treinta hombres armados de buenos fusiles que nos guardaban a nosotros, hambrientos, sin un verdadero cuchillo? Pero ¿íbamos a dejar que el silencio cubriera aquel charco de sangre? ¿Intentaríamos un movimiento de protesta? ¿Exigiríamos una investigación? ¿Contra quién protestar? ¿Quién iba a hacer la investigación? Los griegos nos hicieron saber que nos apoyarían si hacíamos algo. Entonces nos contamos: diez y ocho hombres seguros, una decena que marcharían mientras nos sostuviéramos (veintiocho), otra decena de hombres enérgicos que se nos unirían: treinta y ocho entre cuatrocientos. Una cincuentena de griegos que resistirían bien algún tiempo. Los demás, más que dudosos, capaces de sostenernos al principio y de flaquear al instante siguiente.

Un barbián rubio, vestido con jersey de marino de rayas blancas y azules, vino a decir al Comité:

–No os mováis. Yo mataré a Floquette.

Tenía un plan. Tenía su arma: una barra de hierro puntiaguda, pacientemente afilada, en forma de puñal, que llevaba desde hacía mucho tiempo dentro del pantalón.

Cuando estuvimos solos me dijo:

–Hace ya mucho tiempo que estoy deseando matar a alguien...

–¿Por qué, Iván?

Este designó con un gesto circular el corredor negro y gris donde hablábamos, las viejas tarimas desgastadas por nuestros pies, la ventana abierta, a través de la cual se veía, a los pies de la iglesia y de un triste edificio, el patio por donde se arrastraban hombres semejantes a larvas, viejos encorvados, apoyados en sus bastones, un idiota siempre medio desnudo, siempre tiritando, aun al sol, y algunos griegos de movimientos pausados en sus sucios caftanes...

–Por eso. Por “todo”.

–Pero, ¿qué van a hacerle ellos? –pregunté yo.

Y ante su frente, inclinada, dura bola de hueso dispuesta a arremeter, así fuera contra una pared, con su carga de materia gris, devastada por el pensamiento, me acordé del toro deslumbrado en la plaza, semejante a un cráter humano, que se siente juguete de fuerzas inmensas, que ve danzar en torno suyo insectos torturadores, de color dorado, escarlata, amaranto y esmeralda, y quisiera con toda su fuerza tenebrosa de animal potente, provisto de una prodigiosa carga de ardor vital, derribar con el hocico, destripar con los cuernos, pisotear con

las pezuñas a alguno de estos ágiles insectos que giran en torno suyo, a los hombres.

Yo le expliqué que su arma primitiva, cuya punta cuadrangular de bellos reflejos metálicos contemplaba, no podía servir de nada: que su rebelión era justa, pero no inteligente: que Floquette, inocente o culpable, no tenía la menor importancia; que lo que había que hacer era guardarlo todo dentro de nosotros mismos, no olvidar nada, no perder nada, y esperar, saber esperar durante años y años, resistir, porque se acercaba el momento de cambiarlo todo, de ser los más fuertes...

Y él, que meneaba la cabeza, testurado como el toro andaluz, comenzó a sonreír vagamente.

Sin embargo, uno o dos días después una mano vehemente agitó la campana tocando a rebato. En la verja aparecieron soldados inquietos. Turbulentos grupos se agitaron en el centro del patio “porque las judías no se podían comer”. Nosotros hablamos de Markus en nuestras arengas. Había el hambre y había aquella sangre. Había el tiempo y había la guerra.

Y había la muerte.

Ésta vino sin ruido, muy sencillamente, sin expresión, sin terror, y dobló la revuelta en vías de erguirse, como doblaba una fuerte ráfaga las espigas (pero las espigas vuelven a alzarse...)

Algunos griegos febriles se habían puesto a toser y a gemir. El pequeño Nikos deliró. Improvisamos una nueva enfermería en una sala desocupada del piso bajo, que con el nombre de “escuela” nos servía para las reuniones... Los barrotes de las ventanas, de garfios en las puntas, dibujaban sobre el fondo del verde follaje del jardín toscas flores de lis. Nikos pasó allí solo, como en una capilla desnuda, su última noche. Tenía las mejillas muy rojas, la frente húmeda, la mirada intensa de los que solo ven dentro de sí mismos. Juan debía velarle, pero se quedó dormido, repleto de éter, ante una carta insensata de Estefanía. Cuando se despertó, al amanecer, Nikos estaba helado. Algunas manchas grises salpicaban, como la sombra de una piel de pantera, su cuerpo verdoso. Fue preciso alinear a su lado a tres enfermos semejantes a lo que él era ayer, que serían mañana idénticos a lo que él era ya, griegos también los tres, a los que se puso uno junto a otro, escalonados según la edad: imberbe el uno, de veinte años; el otro hirsuto, de cuarenta, y el tercero un patriarca de barba gris. Únicamente este conservaba el conocimiento, serio, autoritario todavía, hablando en voz baja a los que le llevaban.

–¿Qué decía?

–Ha dicho que escribiéramos a sus hijos que no vendan la casa, que diéramos su manta de lana al viejo Kostia, y también ha exclamado: “¡Que el diablo se lleve a esos hijos de perra!”

El mismo día fueron atacados algunos belgas. La nueva enfermería tuvo cinco camas, seis, siete al atardecer. Y el cadáver moteado de Nikos seguía allí aún, desprendiendo un

olor insípido, porque no había féretros preparados para el pueblo. *Monsieur Soupe*, previsor, aunque no lo bastante, había encargado una docena, en la que le quedaban ochenta francos de comisión. Sonnenschein y Faustino los velaron voluntariamente a la luz de un quinqué. El judío había cogido un libro, pero los murmullos de los agonizantes, sus llamadas, el blanco resplandor recortado en curvas sombras que llegaban del exterior a través de los barrotes, el hedor de los orines, de las defecaciones y de la muerte, el silencioso tenso de los cadáveres, componían un ambiente al que no era fácil sustraerse. Sonnenschein se mantenía a la puerta para respirar el aire fresco de la noche con los brazos cruzados, limpiando de vez en cuando sus lentes –un poco semejante en los gestos y la actitud al hombre del cadalso, que surgía en mi memoria– y se esforzaba por pensar serenamente, como un sabio, en la vida, en la muerte, en la materia, en el espíritu, en la eternidad. La alta silueta de Faustino II se deslizaba sin ruido entre los camastros. Una división de deberes se había establecido por sí sola entre estos dos hombres. El negro, seguro de su fuerza y consciente de su debilidad de ignorante, asumía la dura tarea de dar la vuelta a los doloridos en su húmedo lecho, hacerles orinar, darles de beber, taparlos a cada momento, sujetar al enfermo que se levantaba con una extraña energía. Sonnenschein explicaba, indicaba, ayudaba.

–¿Qué hay que hacer? –venía a preguntarle Faustino mientras un hombre grueso, clavado a su cama, se agitaba sordamente con un murmullo voluble.

Faustino parecía no temer nada a los cadáveres, semejantes a durmientes, aunque fáciles de reconocer por su rígido estiramiento, por un no sé qué de calcinado o de endurecido que los identificaba con las cosas. Faustino adoptaba una expresión de gravedad infantil al ejecutar algún deber penoso, mostrándose, sobre todo, interesado en satisfacer al maestro.

–No puede hacerse nada –contestaba Sonnenschein recalcando con un gesto de las manos abiertas su impotencia común. Y el negro, sonriendo con su dentadura potente, comentaba:

–El fuerte vivirá, el débil morirá.

El viejo patriarca se debatió dos días y una noche, conservando por momentos una lucidez cruel. Sólo conocía unas cuantas palabras de francés mezcladas con argot. A cada despertar levantaba la cabeza y miraba en derredor suyo contando los vivos y los muertos. Con la mirada llamaba a Sonnenschein, y Sonnenschein, turbado por su clara mirada (como si él, Sonnenschein, debiera avergonzarse de dejar morir a sus semejantes y sobrevivirlos), irritado contra sí mismo por no saber en qué lengua dirigirse a este anciano, inquiría:

–¿Cómo va eso? “Wie geht'es! Nié lutché?”

Los ojos inyectados de sangre del patriarca se movían lentamente y lanzaban una mirada recta, como un rayo inasequible, hacia alguna forma extendida al lado. Sus labios, grises y violáceos a la vez, se movían para solo pronunciar una palabra:

-¿Liquidado?

Sonnenschein no tenía valor para mentir. La mentira hubiera exasperado sin duda a este anciano sólido como un engaño en un trato, como una fuga indigna ante el peligro, pero, para complacer un deseo de dignidad en la muerte, que creía adivinar en él, Sonnenschein se dirigía hacia el despojo designado, cerraba con la punta de los dedos los párpados del muerto y le extendía los brazos, juntándole las manos sobre el vientre. El patriarca seguía todos estos movimientos con una atención grave, en la que Sonnenschein discernía la aprobación... Al tercer día era el único que vivía de ocho. No se sabía qué hacer con él. El médico no aparecía.

Antes de entrar en el período comatoso, el patriarca movió penosamente sus grandes brazos, qué hacían pensar en las ramas rugosas de un árbol abatido. Sonnenschein creyó comprender su deseo y se acercó a levantar con dulzura, no sin esfuerzo, sus manos de uñas disformes, semejantes a las desgastadas garras de una vieja fiera, sus manos que habían sabido sostener con firmeza el arado, el hacha, el cuchillo, el hombro de la mujer, el cuerpo frágil del niño, la mano del amigo... El judío pensó obscuramente en estas cosas mientras se las juntaba sobre el amplio pecho atormentado, en el que el corazón producía un asordado ruido de paletadas al caer en una lejana fosa.

-Bien -dijo el anciano.

Todavía era de noche. Las parpadeantes estrellas derramaban una extraordinaria calma. Sonnenschein se dijo de súbito que la

vida es maravillosa. Dio unos pasos en la oscuridad, tropezando en las asperezas de las piedras, y dijo en voz alta:

–¡Maravillosa!

Contempló los astros y entre ellos los espacios de un azul profundo en que aparecían infinitamente, haciéndole parpadear, ínfimos puntos luminosos, que eran también astros. Y pensó sin palabras en estos mundos innumerables, en estas grandes hogueras que gravitaban en el espacio describiendo las necesarias curvas, en los continentes, en las razas, en las ciudades, en las flores, en las máquinas, en los animales sobre la cálida hierba, entre el agua rumorosa, en la selva, en la estepa fría; en los niños que en aquel mismo instante reirían en las playas, bajo el sol, del otro lado de la tierra; en una madre amamantando a su hijo codicioso, mecido por todo el calor y la claridad del mundo, en un punto cualquiera, acaso en California, acaso en la Malasia, madona bronceada o cobriza, madona de ojos rasgados, de puntiagudos senos, madona blanca. “Pero ellas existen, ellas existen”, pensó Sonnenschein con un gozoso asombro.

–La muerte no existe –dijo, sorprendido de sus propias palabras, sin que la presencia de los cadáveres yertos, detrás de él, en la nauseabunda mañana, le pareciera contradecir la afirmación indecible de que estaba saturado.

–¡Sonnenschein!

Faustino se le acercó.

–Sonnenschein –le preguntó–. ¿Sabe usted remar?

-No.

-Da gusto remar -dijo el negro, encorvándose con el cuello en tensión y manejando con sus brazos hercúleos unos remos imaginarios-. Así, por la noche, entre los juncos. El río es terrible, ¿sabe usted?, tranquilo y terrible, traidor como un sargento dormido...

“¿Qué río?” pensó Sonnenschein. Pero sin preguntar, murmuró:

-Sí, da gusto remar, Faustino. Algún día volverás a empuñar los remos, Faustino, en el río apacible y traidor.

XXX. EL ARMISTICIO

Al despertarnos nos preguntábamos cuántos habrían muerto por la noche. A la enfermería la llamábamos el Depósito. Hasta un enfermo, sintiéndose muy mal, llegó a decir: “¡Vaya! ¡Ya estoy arreglado! ¡Podéis llevarme al Depósito!” Y se le llevó. Era alsaciano o belga, obrero o campesino, uno de tantos, del que no se sabía nada de particular. El mal, que borraba su juventud, le despersonalizaba más aún. Lo que más le preocupó el último día fue que no le quitaran el reloj de níquel que llevaba sujeto a la muñeca con un brazalete de cuero. Devorado por la fiebre, alzaba los brazos; mas para ocultar el reloj se esforzaba por juntarlos bajo la nuca. Nosotros fuimos a verle. Sonnenschein y yo. El enfermo salió de un extravío desesperado para hacernos con la mano, por encima de la cabeza, la señal de la despedida. ¡Adiós, adiós...! El dolor de morir leíase claramente en aquel rostro húmedo y reseco a la vez, como osificado, cubierto de manchas púrpura y de livideces por las sienes y cuyos ojos, envueltos por una bruma, tenían una fijeza atroz. No fue más que un muerto entre otros muchos.

Casi todos fuimos atacados, pero nuestro grupo resistió victoriosamente a la epidemia. Desde un principio habíamos observado que el mal no mataba sino a los más miserables, a los hambrientos, a los piojosos. Los griegos, reducidos en su mayoría al rancho administrativo y cuya higiene dejaba mucho que desear, habían sido los primeros atacados. Los belgas y los alsacianos pobres fueron diezmados. Los rusos se sostuvieron gracias a nuestra solidaridad. Nuestra caja de socorro aseguraba poco más o menos a los más desdichados un suplemento de víveres suficiente para mantener encendida la llama del ser. Nosotros no dejamos que se llevara a nadie al Depósito, mientras que los demás alejaban lo antes posible de sus alas a los enfermos. Nos turnábamos para dormir, de modo que los convalecientes y los sanos velaran a los enfermos. Nos esforzábamos por seguir luchando y pensando. Era menester llevar al camarada envuelto en sus mantas, con la cabeza abrasada hundida en un almohadón cubierto con una toalla de vieja, era menester llevarle las noticias del día –despachos del frente: “bolsa” de Château–Thierry, avalancha suprema de los centrales sobre París; los despachos de Rusia: terror, hazañas de los checoslovacos, “barbarie de los pretorianos chinos y letones que formaban la guardia de los comisarios del pueblo”, rectificación de los rumores del asesinato de Trotsky, curación de Lenin, nacionalización de las grandes industrias– y el enfermo se reía, reflexionaba, quería discutir. Y esto suponía ya en él la victoria de la vida.

Nunca olvidaré la alegría de un muchacho que por un momento había estado seguro de morir. Se callaba, pero su

mirada proclamaba la angustia. Cada vez que nos acercábamos a él, seguía nuestros movimientos con una especie de espanto y le retorció una tos lamentable. Nosotros comprendimos que temía que se le anunciara la necesidad de su traslado a la enfermería. “Por mi parte –dijo Sonnenschein delante de él con tono ligero–, yo no dejo que bajen a nadie.” Llegó una mañana en que el enfermo se sintió salvado. Yo lo observé en sus ojos en cuanto hube franqueado el umbral de la sala II. Estaba acostado al fondo, y solo su cabeza asomaba bajo las mantas; pero me acogió desde lejos con una sonrisa tan lozana, que yo mismo me sentí remozado, como un hombre sediento que acaba de tomarse un gran vaso de agua de manantial. ¡Qué agua vivificante pasaba de él a mí, de él a todos! Varios días estuvo iluminado por su dicha de vivir, demasiado grande para ser expresada y que él se callaba de otra parte por una especie de pudor. Esto le prestaba aires confusos de enamorado cuyo secreto se descubre, que enrojece, se traiciona, sonrío, se repone... Hasta entonces había tenido muy poca importancia entre nosotros; pero se nos hizo querido y cercano a causa de su felicidad y del bien que su felicidad nos hacía. El grupo ya no estaba completo sin él. Un nuevo ardor prestaba flexibilidad a sus miembros. Había no sé que de vivaz y de alocado en los movimientos de este joven, al que había conocido e ignorado taciturno, que me hacía pensar en la deliciosa espontaneidad de los gatos... Reíase de buen grado, y aun en los momentos en que no se reía, reíanse sus ojos.

La gente seguía muriendo en torno nuestro más lentamente, puesto que los más desarmados dormían ya en el pequeño

cementerio de Trécy, detrás de una iglesia baja de puntiagudo campanario, unos con cruces de madera blanca, como tantas de las plantadas enfrente, y los demás, más numerosos, bajo un anónimo túmulo. La vida del campamento proseguía inmutable por encima de los enfermos y de estas fosas. ¿No es tan simple morir como vivir?

En aquellos días murieron algunos hombres en algún sitio cualquiera, en banales trincheras, sobre las cuales pasaba la esperanza como una brisa purificadora. Fueron éstos los últimos muertos de la guerra, y nosotros pensamos en ellos, no sé por qué, con una tristeza más indignada. El armisticio cayó sobre nosotros como un cohete deslumbrante, describiendo a través del cielo de nuestra vida gris una curva de meteoro. Radiantes soldados portadores de periódicos se mezclaron en el patio a los grupos, que instantáneamente se hendieron y se dislocaron entre una explosión de gritos. Las gorras volaron por el aire entre exclamaciones. Algunos hombres echaron a correr por las escaleras persiguiéndose, perseguidos por su alegría. ¡Armisticio, paz, fin de la pesadilla, fin del cautiverio! Nosotros compartimos la inmensa alegría exaltados a nuestra vez. Los minutos que ahora transcurrían ya no eran los del magno fratricidio. Pero nos asaltaban al mismo tiempo grandes preocupaciones.

–Es una victoria aplastante –decía Krafft.

–Por consiguiente, no hay que contar con la revolución. El orden, el triunfo, los trofeos, los desfiles, el orgullo de los que supervivientes asegurarán el olvido de los sufrimientos y de los muertos, la apoteosis de los generales.

–Aquí sí –contestaba Fomine–, y por el momento. Pero allá tenemos ya la revolución, verdadera victoria de los vencidos, nacida de la derrota.

Sí. Allá y aquí. Sea donde sea, esta victoria de los vencidos, que ahora encienden sus antorchas en Ciel, en Berlín, en Viena, en Budapest, en las llamas de las banderas rojas, victoria anunciada por Liebknecht, salido de la cárcel para arengar a las muchedumbres desde el balcón del emperador (“...¡Ah! ¡El káiser los ha vestido de cebra! ¡Ah, la, la!”), esta victoria es la nuestra! ¡Qué salto ha dado, del Neva y del Volga al Vístula, al Rijn, al Escalda! ¿Se dejará detener por los viejos ejércitos que consigan sus viejas victorias mortales? Nosotros pensábamos alternativamente que era imposible y que era probable...

La enfermería tenía su contingente de semimuertos. Estos oyeron aclamar al armisticio. La puerta de su sala fría y nauseabunda se abrió de par en par para dejar entrar un grupo de exaltados. Los enfermos pudieron entrever rostros tensos, brazos abiertos que les llamaban, pudieron oír voces enérgicas gritándoles:

–¡Ya no hay gripe que valga, amigos! ¡Esta vez ha llegado la paz! ¡Arriba!

–¡Arriba! –gritó aún entusiasta antes de que se lo llevaran y de que la puerta se cerrara tras la aparición tumultuosa, reflejada sin extrañeza por los ojos vidriosos de los moribundos.

Uno de ellos, aniquilado por una somnolencia febril, me interrogaba cada vez que iba a verle. El esfuerzo que hacía por hablar y comprender le contraía el iris.

–¿Qué hay –acababa por articular.

Yo me inclinaba hacia su oído y decía con fuerza aunque no muy alto para no alterar el silencio de la sala:

–¡El armisticio!

Pero él no comprendía, y una hora después volvía a preguntar con el mismo esfuerzo:

–¿Qué hay?

Y yo le contestaba lo mejor que me era posible, como un hombre que quisiera hacerse oír a través de las paredes. Pero ya no había nada para él.

El Barón se moría en una sala abandonada del piso alto, en compañía únicamente de otro moribundo. No se los había mandado a la enfermería a causa de su lucidez. La sala estaba iluminada por la luz que penetraba a través de unas ventanas llenas de un cielo lechoso. Estos dos hombres tenían la disentería o el tifus intestinal. Una fetidez abominable espesaba

el aire en torno suyo. Agonizaban los dos entre la inmundicia, la luz y la calma.

Nosotros habíamos visto al Barón bajar lentamente entre nosotros, paso a paso, los peldaños invisibles que le habían conducido a este lecho, más lamentable que la fosa donde no tardarían en yacer sus despojos. Le habíamos conocido elegante, vestido con un traje de caza de color gris, ceñidas las piernas por polainas de cuero. Fumaba en una hermosa pipa de espuma de mar, y sus ojos, grises como su bigote, posaban sobre la gente una mirada algo distante, aunque afectuosa. Los meses fueron pasando sin cartas, sin esperanza, sin dinero. Un notario patriota administraba en algún punto de Flandes sus bienes, y le robaba. Pidió prestado a Maerst para jugar en la taberna de la “Buena Fortuna”. Nosotros le vimos lavar su ropa interior, trocar su chaqueta de caza por una vieja guerrera, sentarse a la mesa, con el bigote lacio y una expresión humillada en los ojos, junto a un sujeto que le decía con tono de familiaridad: “¿Tomas café, Barón?” Pedía prestados treinta céntimos para no devolverlos. “Un tramposo”, decía. Sus deteriorados zapatos acabaron por convertirse en chanclos. Quedó reducido a la más espantosa miseria. Los flamencos le llamaban “Barontje”. Se puso amarillo, sus mejillas se cubrieron de cerdas de color ceniza, su mirada se apagó. Vendió el pan para comprar cigarrillos. Ahora, su cuerpo flaco y velludo se va quedando poco a poco sin sangre, sin fuerza, sin nada. Unos guiñapos informes se hallan colocados a su cabecera encima de una banqueta. Faustino II, que le cuidaba, ha caído enfermo también. “Ya no puede hacerse nada –ha dicho el enfermero Juan–. Dejadle en paz.” Su lecho,

impregnado de defecaciones, parece un estercolero. El Barón gime débilmente, se duerme, delira a ratos, se sume en una modorra llena de sueños. Entonces llama a “Charlie”, su inteligente y hermoso can, atiborra su pipa y echa a andar por un camino de Campine, el bastón en la mano, saludado por la gente. El camino hace un recodo, bordeado de álamos. Unas vacas ven pasar a este hombre pacífico. Son las vacas de Jef Van Daele, un zorro que conoce las razas y los precios. El gordo Jef es un personaje clavado a Bruegel y un guasón, pero ¡qué bien maneja el arco...! Luego entra en la taberna del Gallo; pero no es la madre Mietje quien le lleva la ginebra a su sitio acostumbrado, junto a la ventana desde la que se ven las aguas grises del Nethe: es Maerst, un Maerst enorme, cuya barbuda cabeza, cubierta por el abombado sombrerillo, se agiganta, se hincha, tapa la ventana, va a romper el techo y a derribar las paredes cubiertas de carteles. “¡No te esperabas encontrarme aquí, señor Barón!” –dice burlescamente esta cabeza formidable sin cuerpo–. “¡Ah, granuja!” –grita el Barón, y con todas sus fuerzas golpea una y otra vez la cabeza monstruosa, inconsistente, que salta muellemente bajo sus golpes sin dejar de reír...

La cabeza grita. ¿Qué grita? “¡Viva la paz!” “¡Viva Francia!” ¿Qué paz? La sala está blanca, invadida por el cielo... El otro la hinca, es cosa clara... Por la puerta acristalada se ve bajar del segundo piso una bulliciosa farándula. La puerta se abre, y de pronto entran Maerst, Lamblin, Arturo, Juan y otros, cogidos del brazo, alegres, pero conteniendo un escalofrío...

–¡Barón, hay que curarse! –dice Maerst–. ¡Ha llegado la paz!

-¡Hay que curarse, amigo mío! -dice Juan, humedecidos los ojos, con el mismo tono con que hubiera dicho: “¡Hay que morir!”

El Barón sigue con la vista al grupo, cada vez más confuso. Ha comprendido sin remedio: ya no siente sus pies que estaban fríos. Su vientre es de piedra. Unas lágrimas se acumulan en el ángulo de sus ojos y se deslizan hasta su bigote.

XXXI. LOS REHENES

Mientras tanto, nuestra suerte se decidía a miles de leguas de allí. Moscú dormía con el sueño pesado y tenso de las ciudades en que el hambre, el miedo, la energía y lo desconocido están al trabajo. En un cuarto espacioso del hotel Metropole, amueblado con consolas Luis XVI, pequeños armarios acristalados para la porcelana –repletos ahora de cartapacios– y doradas sillas atestadas de papelotes y en donde se advertía el desorden de un despacho de viejo sabio algo maniático, un viejo emigrado, de pelo blanquecino y encorvada espalda, con los gestos menudos de numismático, revolvía fatigadamente los papeles que cubrían su mesa imperio de caoba, ornada en los ángulos de doradas y minúsculas cabezas de león. Había allí periódicos llevados por correo de todas las fronteras, convertidas en campos de batalla, y señalados algunos con trazos de lápiz rojo, libros norteamericanos, manifiestos publicados en París por el Comité de la Tercera Internacional, varios números de una revista ginebrina, decretos copiados a máquina, pliegos sellados con el membrete del Comité Central y hojas de papel con solo unas cuantas palabras: “Rechazar la proposición sueca”, o “Pedir

que se faciliten conservas al señor Hastings”. En hojas de calendario había borradores de notas diplomáticas... Este papel había estado a punto de extraviarse entre la taza de té, la correspondencia erótica (desprovista de interés) cogida a un espía y un montón de papelotes por clasificar. Si se hubiera extraviado, ¿no se hubieran extraviado también nuestros destinos por unos días, los suficientes para la sublevación o la epidemia? El viejo emigrado lo leía con su habitual atención de funcionario concienzudo, interrumpiendo la lectura al tomar un sorbo de té detestable (de aquí su involuntaria mueca: este té de última calidad en tabletas duras que los hermanos Kuznetzof enviaban al Asia Central...). “Reino de Dinamarca. Como eran las seis de la mañana y este hombre se debatía contra una fatiga tan grande, que sus párpados se cerraban irresistiblemente, cargados de sueño, su espíritu cesaba de dominar por entero sus palabras. Pensó: “Elsenor... Something is rotten in the State of Danemark. (“Algo hay que huele a podrido en Dinamarca.”) “¿Quién ha dicho esto?” Y con los ojos completamente cerrados se acordó: “Marcelo, primer acto”. “Cruz Roja.” ¿Qué historia era aquélla? ¿Otra intercesión por banqueros ejecutados? Esta probabilidad acrecentaba la fatiga. ¡Como si él pudiera hacer algo! Después de todo, no quedaba más que dar un mentís evasivo... “El cambio de rehenes proyectado podría tener lugar en la frontera de Finlandia...” El hombre se sintió súbitamente despabilado. Dos listas de nombres venían unidas a la carta. Generales, coroneles, capitanes, ¡ah!, este oficialillo que se ha dejado enredar tan estúpidamente en la historia del puente de Yaroslaf..., y este general al que se ha visto temblar al día

siguiente del atentado, cuando todavía creían moribundo a Lenin, este general que ha dicho que “él no había intervenido personalmente en nada”... ¡Personalmente! ¡Qué caramba! ¡Vaya un desorden que había en aquella mesa donde había estado perdido dos días un papel, de tanta importancia! (“Me haría falta un buen secretario; pero, dónde encontrarlo?” Pesadez de los párpados). Veamos la otra lista. Internados civiles: Potapenko, mecánico. Krafft, químico. Fomine, representante de comercio. Levin, tintorero, y su familia, siete personas. Sonnenschein... Ni un solo hombre conocido: sin duda, como siempre, el cincuenta por ciento serán cretinos y aventureros. Así tendremos algunos más: gota más o menos... Hay que activar este asunto. Desembaracémonos de los generales, cuyo pellejo es difícil conservar en las épocas de terror plebeyo...

Así se decidió el cambio de los rehenes, firmado dos días después. La ciudad reposaba en una transparencia azul vagamente alumbrada por la nieve que cubría todas las cosas. El frontispicio y las blancas columnas del Gran Teatro contemplaban una inmensa plaza desierta donde la noche se posaba sobre la blancura, centelleante en algunos sitios, sin ahogarla. Allí, en un parterre muerto, hallábase incrustada una pequeña piedra negra. Hubiérase podido tomarla por la punta de una extraña roca que asomara del subsuelo en medio de la ciudad. En realidad, era un bloque de granito de color de sangre, de herrumbre y de coral que ostentaba las siguientes palabras:

Esta es la primera piedra

del monumento que será erigido
a Carlos Marx,
jefe y guía del proletariado.

No partimos todos. Este brusco desenlace desconcertó a Fomine, que habitaba París desde hacía treinta años, y que desde hacía once se había creado en Fontenay de las Rosas un hogar poblado de voces y de trabajos dedicados a la revolución. La del 89 contribuía a crear el ambiente de su despacho. Un autógrafo de Collot d'Herbois, bajo cristal, codeábase allí con el perfil del Incorruptible, grabado, con ocasión de las fiestas de la Razón, por un artista adulator. Un precioso ejemplar de “El Tribuno del Pueblo”, de Baboeuf, datado de la buena época –no de aquella en que el Igualitario fue termidoriano, sino de cuando se arrepintió de haberlo sido– estaba colocado en uno de los ángulos de la mesa de trabajo, protegida por un cristal biselado. Las memorias de la época, llenaban, con Taine y Jaurés, todo el armario acristalado. Marx y los rusos ocupaban otro. Kropotkin y Sorel, los anarquistas y los sindicalistas, un tercero. “Todos los explosivos que harán saltar al mundo moderno se encuentran en estas tres estanterías”; decía a veces Fomine. Estas tres bibliotecas estaban frente a una gran ventana vidriera que daba al jardín entre bosquecillos de lilas. El viejo retornaba aquí de sus incursiones por París, asqueado del mundo, satisfecho del

éxito de sus negocios, pero despreciándose un poco por ello, aunque sopesando con placer la ganancia obtenida (tenía dos maneras de declararse agente de seguros: una llena de dignidad y de ímpetu, con el enderezamiento de los hombros y de la frente del hombre de negocios seguro de vencer las objeciones, y otra sin entusiasmo ni orgullo ninguno, en presencia de ciertos camaradas). Una vez en “su antro”, recobraba su máscara de deportado que no ha de desfallecer, su paso, ahogado por las zapatillas, del conductor de hombres cuyo tiempo ha pasado o no ha sonado todavía, su pensamiento de demoledor y su confianza en el porvenir. Confiaba con serenidad en la Historia, divinidad abstracta que conduce a los pueblos prósperos o miserables de catástrofes en revoluciones; en los buenos libros, en las teorías justas; en los camaradas, fueran quienes fuesen, abierta siempre la mano para la acogida o la ayuda, sin dejarse engañar no obstante por las pequeñeces, las necesidades y las bribonadas; pero seguro de que todo se paga a la larga y de que el porvenir se abre su camino utilizando a un mismo tiempo a los pequeños picaros y a los canallas de envergadura, a los imbéciles y a los inteligentes, a los cobardes y a los valerosos, el error y la verdad. Acudían a él a pedirle artículos (que firmaba, por prudencia, con pseudónimos), direcciones, consejos, dinero. Una vez firmado el armisticio, pensaba reunirse allí con “su vieja”, con la que llevaba viviendo cerca de un tercio de siglo en “unión libre”, de tal suerte, que toda la vecindad los creía debidamente casados. Si la revolución necesitaba algún día de su cabeza, en la guillotina o de cualquier otra forma –“Todavía tiene su valor mi cabeza”–, sí, estaba dispuesto en todo

momento –“¡No será la biblioteca lo que pese en esta balanza!”–; pero a decir verdad –y sin decirla–, ya no se sentía con fuerzas para abandonar para siempre su antro confortable y lanzarse a lo desconocido a la edad en que el propio Bakunin se había retirado. Buscó razones contradictorias para justificarse ante nosotros: sería más útil quedándose. Nosotros le aprobábamos, porque cada cual cumple su misión en su puesto, a condición de que lo quiera de veras. Sam murmuró con su sonrisa equívoca:

–Tú serás el depositario de nuestras ilusiones.

Después de zanjada la cuestión, Fomine nos consideró con una nueva tristeza. Súbitamente se sintió viejo, atacado de un dolor reumático a la rodilla. Poco le faltó para mandar a paseo su biblioteca, Fontenay de las Rosas y todo lo demás. “¡Tanto peor! –se decía–. Mi vieja se irá también...!” Pero el pensar que iban a meterse en la gran tormenta de los “clubs”, de las manifestaciones callejeras, de las banderas rojas, de los tiroteos, él, con su pelo todo blanco y la rodilla dolorida; ella, encorvada, esclavizada desde hacía tanto tiempo por los cuidados del hogar, fue peor aún que el dolor de vernos partir.

Krafft declaró sin explicaciones que él también se quedaba.

–¡Llebadme! –suplicaba Faustino.

Desde hacía algunos días estaba atacado de tos. Su magnífico vigor le había abandonado repentinamente. Algo encorvado, con los omóplatos salientes bajo un viejo abrigo de entretiem po demasiado corto y demasiado estrecho, que ni siquiera podía abrochar, subía y bajaba las escaleras agarrándose a la

barandilla. Sus manos, de dedos acabados en uñas casi blancas, parecían haber perdido todo color. Ya no se reía apenas y cuando lo hacía, sus ablandados labios dejaban al descubierto unas encías anémicas, de un mal color rosa azulado de enfermedad. Sin embargo, resistía. El anuncio de nuestra marcha le produjo una extraña pesadumbre, de la que no se dio verdadera cuenta hasta que nos vio preparar nuestros paquetes, cuando quedaron vacíos varios rincones de la sala y se le apareció con una evidencia inexorable que veinte hombres a los que conocía muy bien, con los que había cuidado a los enfermos, trasladado a los moribundos al Depósito y sobrevivido habrían desaparecido de allí a unas cuantas horas.

Se sentó al lado de Sonnenschein que le dejaba sus mantas, y allí permaneció sin decir nada, apoyadas las manos en las rodillas, la mandíbula colgante, como un viejo.

–No te apures –le dijo Sonnenschein–. La guerra ha terminado. pronto te pondrán en libertad.

El no contestó hasta pasado un largo rato:

–Yo no necesito gran cosa. Y nos miró con una sonrisa de desaliento, desarmado como un niño. ¡Qué parecido se me figuró en este momento al otro Faustino, su desconocido doble, el soldado sin duda sepultado desde hacía mucho tiempo en alguna Champagne piojosa! Era la suya la misma expresión del hombre que tiene una falta que hacerse perdonar –pero ¿qué falta, que ni él mismo la conocía?–, y que quisiera mentir, mentirse acaso a sí mismo, y comprende que es inútil.

–¡Adiós, Faustino!

Partimos una noche por los caminos negros, veinte hombres escoltados por gendarmes y soldados. Andábamos a un paso tan vivo que arrastrábamos a nuestra escolta, martilleando con las claveteadas suelas la fría tierra. Todo el campamento nos había despedido a gritos. Salíamos de su miseria cercada por alambradas y penetrábamos en la noche para dirigirnos hacia una incendiada lejanía. El campamento nos aclamó. Una multitud de manos se tendieron hacia nosotros, lo mismo las malas, las viles y las sucias, que las demás. Ahora éramos una tropa en marcha, lanzada hacia su fin, distante aún millares de leguas, pero poseída ya de un ímpetu inmenso, porque todo el pasado no era sino ímpetu, y el mismo suelo, atestado de muertos, cedía a nuestro paso, como un trampolín.

Varios agentes de paisano nos recibieron en una pequeña estación. Nos sentíamos singularmente libres y altaneros, cautivos todavía, pero siguiendo ya nuestro propio camino: la ruta hacia la gran victoria de los nuestros. Viajábamos en vagones de segunda. Nuestra delgadez y nuestra indumentaria contrastaban con el “confort” de los departamentos y la pesadez de la buena ropa de los señores más sospechosos que nosotros que vigilaban las portezuelas en las paradas dirigiéndose frases amables. Nosotros, polvo de vencidos, supervivientes de luchas sin glorias –porque la gloria la otorgan los amos–, respondíamos ahora la preciadísima existencia de los generales destinados en

todo tiempo a juzgarnos, en tanto que ellos respondían de nosotros, rehenes ellos también ante la revolución, nuestra victoria.

–¿Qué dices tú a eso, Sam?

–Digo que esto empieza muy bien. Me cuesta trabajo creerlo.

–¡Y digo yo que ya era hora! –murmuraba Dimitri, de pie en el pasillo del vagón, tan descarnado, que nosotros preguntábamos si terminaría el viaje.

El tren atravesaba una ciudad del frente. Las despanzurradas casas ponían al descubierto sus interiores muertos de paredes empapeladas. Ennegrecidas vigas atestaban una estación, cuya armadura metálica estaba rota y retorcida. Hicimos una breve parada en una especie de triste arrabal: dos cruces de madera blanca llenaban el paisaje.

Fatigadas mujeres atravesaban los grupos azules de las estaciones bajo las lluvias de diciembre. Ladeadas casas, a veces hendidas, con las ventanas recortadas en negras quebraduras, veían nacer la paz en una fatiga sin límites. Rubias damas de la Cruz Roja, empolvadas, elegantes y atrayentes, aparecían allí como un ramo magnífico de deslumbrantes flores a la puerta de pulcros pabellones.

–Abnegación de encajes –dijo Sam.

En una población negra, bajo una flecha de catedral, veíanse casas mutiladas sostenidas por vigas como por muletas. En una taberna oscura atestada de ingleses rendidos, Dimitri, al que habíamos llevado hasta allí en busca de una sopa caliente, se

puso a hablarlos en inglés, y de pronto llovieron los apretones de manos, los reflejaron un gran entusiasmo y todo un círculo de rostros nos rodeó, gritando:

–¡También nosotros! ¡También nosotros!

Con un profundo acento de amenaza y de esperanza, un flaco soldado, semejante a un capataz salido de la mina, nos cuchicheó a hurtadillas para no ser observado por el embarazado señor que nos acompañaba:

–Cerca de Calais se ha amotinado todo un campamento.

Unos pobres campesinos bávaros, pataleando en el barro, bajo una lluvia triste como sus días –y tantos de los nuestros–, veían pasar los trenes detrás de las alambradas. Para saludarlos, agitamos un pañuelo rojo, y esto suscitó entre ellos confusos clamores.

Después vino ya el mar.

XXXII. “COMO EL AGUA, EL ROSTRO DEL HOMBRE...”

El “Andros”, vapor griego con pabellón francés, transportaba en sus bodegas y sus entrepuentes a mil setecientos heridos o convalecientes rusos, toda una muchedumbre terrosa, guardada, como nosotros, por corpulentos senegaleses, bárbaros pastores de este rebaño pacífico. Nosotros ocupábamos los confortables camarotes de primera y de segunda. Otros equipos se habían unido a nosotros, y como el cambio se hacía por cabeza, había niños que formaban parte también del número de rehenes. Varias cuadrillas de indeseables, recogidos en las callejuelas pobres de París y de Tolón, extasiados por la blancura de los camarotes y por la buena vida, vivieron allí un sueño real. El mar del Norte tenía matices de seda gris y reflejos de plata. Pesadas nubes blancas se perseguían en él sin fin. Encontrábase despojos de naufragios. Un “destróyer”, hendiendo las aguas delante de nosotros, cañoneaba una mina, cosa negra que podía verse flotar con los anteojos, como un corcho. Un alto surtidor de agua, semejante a una palmera fantástica surgida del mar y tragada inmediatamente después, aniquilaba aquella muerte

flotante. Las brumas del atardecer enrojecían, espléndidas como en los primeros días del mundo. Niños y mujeres jóvenes semejantes a criaturas se acodaban a nuestro lado en la barandilla para contemplar estos horizontes en llamas. Hasta nosotros llegaban los raudales de oro derramados en el mar. Al fin, acababan por imponerse inexorablemente las azules palideces, traspasadas pronto por los rutilantes puntos de las constelaciones. Los grandes trazos luminosos de los faros surcaban a veces la noche con vuelo regular. El cielo, el mar, el porvenir, la esperanza eran inmensos. Nosotros veíamos aparecer y disiparse tierras, tan levemente posadas en el horizonte, que apenas si parecían existir. Dinamarca, Suecia, islas. Hasta el mismo frío parecía purificador y tónico.

A mí me gustaba seguir las sobrias curvas que describían en torno al barco las gaviotas. Las formas desplegadas, resbaladizas y cortantes de las blancas aves tenían en su huida caprichosa y precisa una armonía casi perfecta. Yo pensaba en la belleza nacida de una ley ejecutada con sencillez. Hubiera deseado un destino semejante a la curva sinuosa, pero directa de este vuelo blanco por encima de la espuma bajo sublime luz pálida. Realizar la tarea entre los que van delante, realizarla simplemente, sin desfallecimientos ni vacilaciones, por penosa que pudiera ser. Con los ojos abiertos. No mentir a los demás, no mentirse a sí mismo.

Nos acercábamos a nuestro destino. La proa del “Andros” hendía con una ligereza potente mares nuevos. Los blancos cielos del Báltico se reflejaban en las aguas tan pronto nacaradas como lechosas.

A cada vuelta que daba la hélice nos aproximábamos más a la revolución. Esto me producía cierta angustia, como la que se experimenta al término de todas las grandes esperas, en vísperas de las grandes realizaciones. Ya no se trataría del libro, de la teoría, del sueño, de los despachos periodísticos, de las reminiscencias de la historia, de lo inexplicado, de lo inexplicable: se trataría de la realidad. Hombres semejantes a otros hombres, cosas, luchas. Luchas contra nosotros mismos y entre nosotros. ¿No habríamos de ser pronto desbordados, después del triunfo, por los granujas, los adaptados, los falsos compañeros? Esta turba acudiría a nosotros, puesto que nosotros seríamos la fuerza. Ser la fuerza, ¡qué debilidad! Las heces que se ocultaban en el fondo de nosotros, un poco en cada uno, fermentarían. ¿Cómo contener dentro de sí al hombre arcaico dispuesto a conseguir la supremacía?

Lo menos la mitad de nosotros, en aquel mismo barco, no veían en el triunfo nada más que una aventura junto con un advenimiento: llegaban con las almas ávidas de “tomar”, de convertirse a su vez en amos, de comer hasta hartarse, de abrir a sus pequeñuelos la vida, que comprendían, en suma, con arreglo a los viejos ejemplos. Por esto lucharían contra todos y hasta entre sí. Acababan de disputarse, con una aspereza mal disfrazada de camaradería, dos maletas de ropa de abrigo. El profesor Alchitz decía, alzando sus desmedrados hombros:

-¿En Odesa? Amigo mío, verá usted cómo me eligen en seguida para el Soviet.

Un viejo renegrido preparaba ya contra su vecino de camarote una denuncia. Y nosotros teníamos motivo para vigilarle a él por su parte.

¿No correríamos el riesgo de ser conquistados por nuestra conquista, atacados a nuestra vez por los males que combatíamos? ¿Qué iba a ser de nuestra solidaridad de camaradas?

¿Cómo descubrimos, cómo reconocernos entre la muchedumbre de los adheridos, de los falsos entusiastas, de los farsantes del día siguiente a la victoria? ¿No nos veríamos demasiado agobiados por las funciones y las tareas, a veces terribles, para no pensar sino en ellas? ¿Tendré yo derecho, yo, que con arreglo a la historia juzgaba necesario el terror, de apartar la mano que me tendiera el arma y contestar al que me dijera: “Relévame: yo estoy rendido”, contestarle cobardemente: “No; yo quiero conservar las manos limpias, así que márchate tú las tuyas, camarada. ¡Qué quieres! En estos momentos en que se trata realmente de eso siento la coquetería de mi alma y te dejo a ti las tareas sucias...” ¿Habría que ser duro consigo mismo para tener derecho a serlo con los demás, puesto que al fin éramos la fuerza?

Sería menester no retroceder ante nada; de lo contrario, todo estaría perdido. ¿Seríamos lo bastante fuertes? ¿Seríamos dignos de ti, revolución? ¿Sabríamos aceptar el sacrificio inevitable de los mejores? ¿Tendríamos el temple necesario?

Las cárceles, la miseria, los campos de concentración de donde salimos, las epidemias, la muerte de nuestros hermanos, las revueltas vencidas, las huelgas, los procesos, todo esto se transformaba en una preparación providencial. Pero otros hombres, de otro temple, ¿no serían pronto más fuertes que nosotros, mejor adaptados a la obra realista por ejecutar? ¿Sabríamos reconocer en la realidad la faz inusitada de la Justicia; sabríamos distinguir lo necesario de lo arbitrario, el compromiso de la traición? Las cosas no se realizan nunca como uno las ha soñado. No hay que dejarse esclavizar ni por los sueños ni por las teorías. Pero entonces, ¿qué guías son las que quedan?

Sam se unió a mí en el puente, taciturno. Su leve sonrisa habitual habíase disipado. Su perfil, de hundidas mejillas, parecía más anguloso que de costumbre.

–Estoy pensando en Pittsburg –me dijo–. Había montado allí un taller de reparaciones de neumáticos que me producía cien dólares por semana. He titubeado entre volver allí o no. En Pittsburg se estaba muy bien; pero en Europa, están la guerra y la revolución. El maelstrom¹⁹. A mí ya no me era posible vivir allí. Los restaurantes, la gente, los guardias, la bandera estrellada, mi propia cabeza de tío Sam, me daban náuseas... En fin. Ahora estamos ya casi en el mismo fondo del torbellino. Vamos a llegar en pleno caos.

Y recobró una vez más su habitual jovialidad.

19 Maelstrom, gran remolino que se forma en las costas meridionales del archipiélago noruego de las Lofoten. [N. e. d.]

-Me estoy preguntando si no seré un imbécil.

-Un imbécil, no; pero tal vez hubieras hecho mejor quedándote en Pittsburg.

A nosotros nos hacen falta hombres enteros, moldeados de una pieza en el trabajo, el sufrimiento y la rebeldía; hombres nacidos para esta conquista, hombres hechos para empuñar el fusil en la guardia roja, con la misma firmeza con que empuñan la herramienta, capaces de realizar las tareas de la sublevación organizada con la experta atención que ponen los marinos en apretar prontamente un nudo, tales como Karl y Gregorio, con su sereno fulgor de alegría en los ojos, que vienen a darse un paseo matinal por el puente, pensando en el tiempo que hará y saludando con una sonrisa al centinela negro que vigila bajo la toldilla.

El centinela les devuelve el saludo con la mirada. Apretado el busto por una piel de carnero ceñida por el cinturón, la nariz roma, las pupilas negras bajo el casco gris, el barboquejo en la barbilla, resulta éste un guerrero de antiquísimos tiempos, un esclavo adiestrado en la muerte, al que han puesto allí, en el umbral de nuestra libertad, para recordarnos una ley inexorable, y al que nosotros desarmamos con un gesto fraternal.

Ayer por la noche se ha producido el incidente siguiente: Por fraude o negligencia las autoridades que han redactado las listas de los rehenes han inscrito en ellas, a pesar nuestro, a mediocres aventureros encantados de declararse “políticos”, contando con fructuosas pescas en las turbias aguas de la revolución. Son una decena entre nosotros, que somos cuarenta. Juegan a las cartas

en el salón de fumar. Intervienen prudentemente en nuestros coloquios. Nos desprecian un poco, nos temen obscuramente, nos detestan sin duda. Dos de ellos se habían peleado por una carta saltada. Estaban injuriándose de pie, uno con el labio sangrante, el otro con un ojo tumefacto, a cada lado de la mesa de lustroso roble, en la que el rectángulo de fieltro verde, que había resbalado, formaba un rombo quebrado. El barco se balanceaba ligeramente. Los dos jugadores se tambaleaban, dispuestos a enzarzarse, con el cuello encogido entre los hombros y la frente enarcada de los chulos a la hora de la navaja. En aquel momento entraron Karl y Gregorio.

–¡Basta! –dijo Karl con voz de mando.

–¿En qué te mezclas tú? –le dijo uno de ellos, por encima del hombro, sin dejar de acechar a su adversario.

Pero sus manos no tuvieron necesidad de tocarle. Jamás el rostro cuadrado de Gregorio había aparecido tan macizo. Tranquilamente contestó:

–¡Basta, Davidsohn, si no quieres recibir una bala en la cabeza a la llegada! No vamos a andarnos con miramientos con los de tu calaña.

La riña terminó con nuestra amenaza. Por fortuna nadie la había presenciado a excepción de nosotros. Un poco más tarde se reunió nuestro Comité en el puente. Gregorio habló, recalcando sus palabras con un breve gesto de un puño cerrado, que era fuerte y preciso. Gregorio decía cosas simples y terribles, como hubiera atacado con rudo empuje al viejo árbol podrido

convertido en obstáculo. Sus mismas frases tenían la sorda repercusión de los hachazos asestados en la caduca madera.

–¿Qué hacer con esta canalla? ¿Qué es lo que tiene de común con el proletariado? ¿Qué quiere de la revolución? Por mi parte, yo opino que hay que mostrarle un puño de hierro. Yo opino que el terror no solo debe domeñar a la burguesía, sino aniquilar también a los cretinos, a los corruptores, a los emponzoñadores, a toda esa morralla que nos inocularía su sífilis si no la tratáramos con el hierro al rojo... Ya no tenemos tiempo de pesar el barro y barrerlo poco a poco hacia las alcantarillas. ¿Tú manchas a la revolución? ¿Tú haces trampas a las cartas y vendes mujeres mientras nosotros nos peleamos por la expropiación? ¿Y luego vienes a mentirnos en nuestra cara, triple granuja? Nada de palabras. Nosotros somos barrederas...

Desde que nos acercamos al fin, una especie de transformación se opera en Karl y Gregorio: nuestra transformación común, mas, acusada no sé por qué. Es un enderezamiento interior. Ellos se han mantenido siempre erguidos, cualquiera que fuese el momento; pero un nuevo aplomo resuena ahora en sus pasos, posan en los hombres y en las cosas miradas autoritarias, se sienten ya confusamente organizadores, combatientes, amos... Se les siente dispuestos a devolver, como una fuerza domeñada, la disciplina de los grandes navíos americanos que han sufrido mucho tiempo y a la que deben su aire marcial, su pulcritud, el empleo metódico de sus días.

Allí está Gregorio. Juntos contemplamos la espuma rumorosa a los costados del barco. Hemos hablado de bagatelas. Nos hemos reído. Divisamos, flotando en la cresta de las olas, blancos témpanos: los mares y las tierras heladas están próximos... De pronto, Gregorio me mira a los ojos como si me abriera su alma.

–¿Así que llegamos? ¿Así que es verdad? Es una realidad. ¿Puedes tú creerlo?

–Lo creo.

El teniente vestido de azul celeste que pasa por detrás de nosotros en el puente no comprende por qué nos cogemos de súbito por los hombros, como hombres que se encuentran al fin, después de haberse buscado largo tiempo y cuyo alborozo es tal que quisieran pelearse alegremente...

El “Andros” ha entrado entre una tormenta de nieve. La sirena ulula a cada cuarto de hora. Entre la bruma blanca atravesamos antiguas zonas de minas. Pesados témpanos flotantes golpean el casco del barco con un ruido sordo. Sonnenschein, encorvado como siempre, y con los lentes ladeados, me coge del brazo en el blanco corredor de los camarotes de segunda. Su contento se traduce en un injustificado frotamiento de las manos y en un sordo deseo de reír, pero de reír bajo, con malicia.

–Escuche una buena historia –dice.

Yo sospecho que las inventa. Esta, sin embargo, concluye sin embargo por un proverbio de Salomón, que él enuncia con una especie de gravedad un poco confusa: “Como en el agua el rostro responde al rostro, así el corazón del hombre responde al hombre.”

–¿No es verdad?

Un prolongado silbido traspasa la tormenta sobre el mar. El “Andros” se detiene. Nosotros nos miramos un instante sonriendo en el súbito silencio y penetramos en el camarote de los Levin.

Estos son siete, de ellos cuatro niños y una mujer muy joven, la más seria de todos. La voz del padre, enérgica y locuaz, llena el estrecho camarote de relucientes cobres, que a buen seguro no ha conocido nunca tales huéspedes, emigrantes subidos de súbito del entrepuente. La madre, fofa, blanca, un poco robusta, cuida a su camada con un amor imperioso. Su vida no consiste sino en nutrir, primero con sus entrañas, luego con sus senos, después con sus manos de ama de casa, estas vidas glotonas salidas de ella sin que ella sepa por qué; que la han martirizado en las camas de los hospitales de Buenos Aires, que constituyen su felicidad, su inquietud, su crueldad. El padre habla un “saber” enriquecido con el “argot” de los puertos. De todos ellos emana un buen calor animal que nos atrae a nosotros, sin familia y sin albergue, habituados a los lechos fríos. “Mis hijos –dice Levin– se desarrollarán libres. ¿El hambre? La he conocido toda mi vida.” Como la mayoría de las palabras elocuentes pronunciadas con sinceridad por gentes que no saben moderarlas, éstas

suenan un poco a falso. Durante toda su vida este hombre ha peleado como un primitivo en extrañas ciudades para que su chiquillería tuviera caliente el estómago por la noche, bajo las mantas adquiridas al fiado. Ha sido granuja y valiente, entusiasta y hábil, afortunado y desdichado, sin olvidar no obstante que hay que luchar como se pueda contra los ricos –contra esos ricos a los que se admira, a los que se envidia, a los que se detesta–, crear sindicatos, sostener huelgas, remitir giros a cárceles lejanas, esconder el contrabando... Nos refiere una lamentable jornada sin trabajo, buscando el pan de sus hijos en un gran puerto opulento. ¿No tuvo la suerte aquel día de tomar el tranvía cambiado y llegar al puerto precisamente a la llegada de un barco americano? Así se bifurcó su vida hace ya trece años... La muchacha, que no es aún nada más que una niña seria, de caderas estrechas y senos apenas esbozados bajo el jersey azul, escucha distraídamente. Sus facciones solo están iniciadas. El leve carmín de sus labios va a borrarse o a aumentar. Una nube de pelo sustrae a medias su frente. Tiene una mirada recta, tímida y luminosa. Y los ojos grandes y de un matiz tan pronto verde o azul como del gris de los mares que surcamos. “La infancia es lo más hermoso que hay”, nos ha dicho un día.

XXXIII. LO ESENCIAL

Los pies se hunden en la blanca nieve. Penetramos en una noche nueva, cortante de frío, transparente como si se estuviera bajo una cúpula de cristal absolutamente negra. Nuestro convoy camina en grupos, cargado de paquetes, tropezando bajo la nieve en invisibles obstáculos. Los niños lloran asustados por tan inmensas tinieblas y mordidos en los dedos por la helada. De un grupo a otro se pierden las voces. Nuestra escolta está formada de grandes sombras que se mueven con ligereza en los confines de la realidad y de la obscuridad sin fondo que comienza a ambos lados del camino, bajo los altos abetos de un negro denso. Yo sé que los finlandeses rubios, envueltos en largos capotes, armados del corto fusil de los carabineros; sus ojos, que conservan el reflejo de los fríos lagos, nos han observado durante dos días con una hostilidad impasible. Permanecen mudos. Avanzan horadando la noche. Se detienen. La obscuridad los absorbe poco a poco. Nosotros avanzamos aún en una especie de intermundo glacial... Una forma inmóvil emerge súbitamente de la noche, tan próxima cuando la descubrimos que podríamos tocarla. Es un soldado, quieto,

apoyado con las dos manos en su arma, vestido de tierra, con el gorro astracán, barbudo hasta los ojos relucientes, que parecen los de un lobo: un demacrado mujik. La estrella roja, incrustada en el gorro, por encima de su frente, aparece negra como una herida fantástica en la piel de un animal. Nosotros le saludamos en voz baja, con el corazón exaltado, pero singularmente oprimido:

–¡Salud, hermano!

Nuestro hermano, este soldado, nos mira con severidad... ¿Hermanos? ¿Hermanos? ¿De veras somos hermanos? ¿Qué hombre no es un peligro para el hombre? Karl se planta delante de él y su voz sonora, aboliendo toda irrealidad, desgarrar la noche. El intermundo ha sido franqueado.

–¡Salud, camarada! ¿Qué hay de bueno?

–Nada. El hambre. Nada.

–¿Qué es lo que no es nada? ¿El hambre?

–¿Tenéis pan?

–Tenemos. Toma, camarada. El pan es lo esencial.

Corrieron faroles a lo largo de la vía. Una forma negra nos cortó el paso sin parecer vernos. Hubiéramos podido creernos en un desierto hostil. La locomotora pitó. Los vagones estaban negros y helados; pero encontramos paja sobre los grandes

asientos laterales y una buena estufa con leña en medio. El fuego crepitó. El resplandor de las velas nos rodeó en este campamento ambulante, de una intimidad primitiva.

Atravesamos lentamente un extraño paisaje lunar blanco y negro. Ni una luz. El tren corrió por este desierto helado hasta el alba, que se alzó sobre nieves cristalinas, irisadas, puras como en la cima de la montaña. Aparecieron casuchas de madera agrupadas en derredor a las cúpulas azules de una iglesia. De ambos lados se extendían campos de nieve singularmente ondulados. Al fin comprendimos que se trataba de una estación desierta. El cielo tenía una pureza azul, casi blanca, indecible.

Las primeras casas del pueblo se mostraron en un silencio, en una inmovilidad, en una paz imperturbables. Nosotros sentíamos el corazón cada vez más oprimido. Ni un alma. Ni un ruido. Ni un rastro de humo. Sólo el esplendor implacable de la nieve, la limpidez polar del cielo. Las casas muertas aterraban.

–¡Ah!

Un tenue hilillo de humo se elevó de una chimenea. Y de súbito, aparición maravillosa, una joven de cabellera dorada, con un pañuelo rojo a la cabeza, salió de una casucha gris con un hacha en la mano y se puso a partir leña a cien metros de distancia. Nosotros escuchamos ávidamente el ruido ritmado, admiramos la curva viril de sus brazos desnudos. Dimitri, cuyas fuerzas postreras se extinguían, esforzándose por sonreír.

–¡Al fin hemos salido de las tinieblas! –dijo.

El tren se detenía. Habíamos invertido todo el día en el viaje. La “Internacional” estalló con un estrépito metálico. Una larga cinta roja colocada sobre la fachada de los pabellones de madera decía: “¡Bienvenida a los cautivos del imperialismo!” El andén de tablas cubiertas de nieve pisoteada parecía, sin embargo, desierto. No vimos nada más que una treintena de personas congregadas bajo un gran estandarte de percalina –“¡El reinado de los trabajadores no tendrá fin!”–; la orquesta y unos cuantos hombres vestidos de cuero negro, que llevaban en la cintura grandes máuseres en fundas de madera. Cesó la música y un hombre alto, vestido con una piel de carnero vuelta del revés, pero cubierto con una ligera gorra inglesa, se subió a un banco. Tenía una voz resonante, hecha para dominar a las muchedumbres, que rebasaba nuestro reducido grupo e iba a perderse a lo lejos, en la vasta estación vacía. Se puso a hablar de súbito, sin mirarnos, cercados los ojos por unas minúsculas gafas de plata, negra la barbilla, la boca enorme. Mientras él hablaba, nosotros reparamos en los músicos inmóviles, una docena de caras amarillentas, de nariz huesuda, de barbas semejantes a la reseca hierba, de rostros ajados por una gran fatiga. Llevaban viejos uniformes destartalados, igualmente grises todos, y se cubrían la cabeza de distinta manera, con grandes gorros blancos de piel, con gorros de astracán, con gorras de plato del antiguo Ejército. El trombón ostentaba unos magníficos guantes verdes. Otros tenían las manos rojas, entumecidas por el frío. Algunos llevaban viejos guantes

agujereados, de piel o de lana. Eran de todas las edades, entre diez y ocho años y sesenta. Un viejo que había debido ser grueso, flácido ahora, con las mejillas lacias, nos miraba estúpidamente junto a un chiquillo tísico, soplándose en los dedos. Por su expresión de indiferencia, por su delgadez, por lo heteróclito de su indumentaria –botas altas, polainas de uniformes belgas, pantalones de paisano sobre botas de carcomidos tacones–, por su encorvada espalda, por su actitud indolente y fatigada no expresaban sino miseria y fatiga. Producían escalofríos. A nadie podía ocurrírsele lanzarse hacia ellos con la mano tendida, diciendo: “¡Hermanos!”, de tal modo pertenecían por entero a un mundo en el que las palabras, los sentimientos, las grandezas morales, perdían instantáneamente su prestigio al contacto con las realidades primordiales. No hubiera podido habérselas sino de una hoguera junto a la que calentarse, de suelas que reparar, de fajas para conservar caliente el vacío estómago, de sopa ardiente para llenarlo. Yo contemplé intensamente a estos hombres silenciosos, de pie en una miseria tan grande. Les agradecí que me enseñaran ya la verdadera fraternidad, que no consiste ni en los sentimientos ni en las palabras, sino en la coparticipación del sufrimiento y del pan. Si no tenía pan que compartir con ellos debía callarme y ocupar un sitio a su lado. Y todos juntos nos iríamos a algún sitio a luchar o a morir, y así seríamos hermanos sin decirlo y tal vez sin siquiera amarnos. Amarnos, ¿para qué? Es menester vivir. En este momento llegaron a mis oídos las palabras del agitador, este repetía sin cesar el mismo gesto de hundir un clavo a martillazos en la madera dura. Entregaba a la revolución a todas

las capitales del mundo: Berlín, Estocolmo, Londres, París, Roma, Calcuta. Gritó: “¡Liebknecht!”, y después:

–...¡Hemos tomado Reval! ¡Hemos tomado Riga! ¡Hemos tomado Ufa! ¡Hemos tomado Minsk! ¡Vamos a tomar Vilna! ¡Venceremos el hambre, el tifus, las pulgas, el imperialismo! No nos detendremos ni en el Vístula ni en el Rhin! ¡Viva...!

Se calló bruscamente y se zambulló en el grupo, reanimado por la explosión de los instrumentos metálicos. El agitador, sin volverse hacia nosotros, atravesaba a grandes zancadas las salas desiertas. Tenía que estar a las cinco en la fábrica del Báltico, debiendo informar sobre la situación internacional en la conferencia obrera en que los mencheviques se traían algo entre manos. Y nosotros no teníamos nada que enseñarle. Padecía un enfriamiento intestinal, sus botas dejaban pasar el agua...

¿Quién es ese otro?

¡Pero si es Fleischmann! ¡Seguro!

No ha cambiado apenas, a excepción de la indumentaria: cuero negro, raído por los codos y por los bolsillos, atestados como en París los de la chaqueta. Todavía llevaba su pantalón rayado. Tiene la misma cabeza de viejo pajarraco nocturno preocupado...

–¡Salud! Esto marcha. Una carta para ti, transmitida por la Cruz Roja danesa. Ya hace seis meses que estoy aquí. Vengo del frente. Hemos tomado Riga. ¡Con tal de que se resista...! ¿Dónde está Potapenko?

–Aquí me tenéis –dice Sam, apareciendo–. Buenos días.

Fleischmann le estrecha la mano con indiferencia, mientras mira a los demás. Saca del bolsillo un montón de vales de alojamiento. Toma. Toma.

–Potapenko, usted acompañeme. Tengo un auto. Vamos.

–Hasta luego –nos dice Sam.

XXXIV. LA DEUDA

El automóvil, un viejo “Ford” de capota gris con las ventanillas de mica, no ha debido ser limpiado desde que un aprendiz lo ha conducido al Soviet del segundo radio, diciendo: “El dueño se ha escapado. Yo nacionalizo el coche y lo pongo al servicio de la Revolución.” (Esto era, por lo demás, una manera de librarse de ir al frente). Fleischmannn abrió la portezuela delante de Sam. Ya había alguien dentro del coche.

–¡Cómo, Fleischmannn! ¿No viene usted?

–No. Después le veré. El camarada le conducirá.

La portezuela se cierra y Fleischmannn se aleja sin detenerse siquiera a despedirse. El automóvil corre sobre la nieve con un estrépito de chatarra y extrañas detenciones del motor.

–¿Qué gasolina emplean ustedes? –le pregunta Sam a su vecino para romper el hielo.

–La que hay –rezonga el otro.

Sam no ve sino un gran perfil regular de color claro. Sin duda, un letón. La mica de las ventanillas nubla las calles, semejantes

todas bajo la nieve, con las puertas cerradas y las lunas de los escaparates hendidas por grietas estrelladas producidas por los proyectiles. El frío penetra a través de la lona. El vehículo salta, jadea y oscila en las carrileras de endurecida nieve. Sam, invadido por el frío, quisiera sacudir esta modorra.

Con tono negligente, pero con una secreta ansiedad, le dice a su compañero:

–¿Adónde vamos?

–Ya hemos llegado.

Por la entreabierta portezuela, el letón enseña un salvoconducto. Una bayoneta triangular roza la mica. El “Ford” gira en un patio exiguo donde no se ve nada más que un camión destrozado y cubierto de nieve.

–Al fondo, a la derecha –dice el letón.

Sam echa a andar, seguido de este hombre, extrañamente turbado. Una máquina de escribir crepita en algún sitio. Los pasillos estrechos, cortados en ángulo recto, están desiertos y mal alumbrados por débiles bombillas. Forman un laberinto. Se baja unas escaleras para subir otras. Una mujer de pelo cortado pasa rápidamente, llevando unas carpetas azules. Al fin se abre una antecámara bastante espaciosa, pobremente alumbrada por una bombilla moteada por las moscas y colgada sin pantalla de una gran araña. Usados secantes, sembrados de esos dibujos maquinales que las personas preocupadas trazan en el papel con una pueril atención, se ven abandonados sobre las mesas. Sam se deja caer en un diván de cuero verde, cuyas patas son

náyades talladas en roble. Los rotos muebles gimen, el cuero está rasgado. Enfrente hay una puerta de doble hoja.

–Bueno, ¿qué? –le pregunta al fin Sam, indeciso, al letón, que, sentado de través en una silla estriada de dorada madera, ha sacado del bolsillo un mendrugo de pan negro y se dispone a devorarlo.

–Espere –dice el letón en voz baja.

Sam se levanta bruscamente.

–Pero, ¿qué significa esto? ¿Estoy detenido?

–Más bajo –dice el letón–. Yo no sé nada.

Sam vuelve a desplomarse en el diván. La poca claridad, el silencio, la presencia de este hombre, del que solo oye la masticación regular, el abandono de este antiguo salón arruinado le traspasan poco a poco con la angustia desagradable. Una de las hojas de la puerta del fondo se abre al fin y Sam oye que le llaman:

–¡Potapenko!

Sam entra como un autómatas movido por un resorte. Un temor le invade; confuso malestar en el pecho, en el vientre, en los huesos, opresión en el cráneo. A través de una especie de bruma divisiva tres rostros austeros que están vueltos hacia él: una mujer vieja y seca, de cabellos grises peinados hacia atrás; un hombre sin edad, con la cabeza de un “bulldog”, que parece luchar penosamente contra el sueño, y un sujeto alto, desmelenado, sentado en el alféizar de la ventana entre una nube de humo. Es el único de uniforme. Está cargado de

correaes. Sobre el bolsillo derecho de su guerrera lleva una gran insignia roja y dorada. El “bulldog” fatigado, después de tomar aliento, interroga:

–¿Cuánto cobraba usted al mes por sus servicios?

Potapenko, sintiendo fija en él la triple mirada, no flaquea, pese al escalofrío que le traspasa de los riñones a la garganta. Detrás de estos hombres, sobre una consola de caoba, un reloj imperio, dorado, maraca la hora: las once y veinte. “El Amor y Psique”... Encima, un retrato de Lenin. Potapenko respira profundamente.

–No comprendo.

–No tenemos tiempo que perder –dice el “bulldog” sin conmovearse, y sus párpados se entornan, a pesar suyo (lleva veinte horas sin dormir)–. El consejero de la Embajada, Drujin, le mandaba a usted desde Washington ochenta rublos. El 27 de junio de 1913 el jefe de Policía Kügel, en misión, elevaba sus honorarios a cien rublos mensuales. Aquí tiene usted la nota escrita de su puño y letra: “Buen agente, concienzudo, que conoce a fondo los medios de los emigrados. Usted le ha dado las gracias por carta el 4 de julio. Aquí tiene usted su carta –los párpados del “bulldog” se cierran por completo y éste siente su cabeza a punto de caer sobre la carpeta azul del confidente–. ¿Tiene usted algo que manifestar?

Todo se tambalea en torno al hombre aterrado que se encuentra allí. La habitación oscila como un camarote del “Andrós”. Todo se acaba. Deniega con la cabeza.

–¿Por qué ha vuelto usted? –interroga la mujer de pelo aplastado, a la que podría tomarse por un ama de llaves de casa grande.

Potapenko contesta en un susurro, sorprendido de su propia respuesta, porque sale de lo más profundo de su ser:

–No podía vivir de otro modo.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo.

–Váyase.

Sam se siente de súbito extrañadamente ligero. Recobra su sonrisa solapada, un poco contraída. Hace un gesto hacia el fumador desmelenado, georgiano o turkmeno, de perfil rapaz: “¿Un cigarrillo?” La abigarrada pitillera ostenta un nombre de mujer: Ira. Diminutivo, Irotchka... Sería una buena moza morena...

Sam ha salido. El “bulldog” coge de la mesa un formulario en blanco.

–Tu opinión, Arkadi, ¿se salda?

–Se salda.

–¿La suya, maría Pavlovna?

–Naturalmente.

Cuatro líneas de una letra caprichosa, duramente firmada, cruzan el formulario.

–¿Qué más tenemos, Arkadi?

-El asunto de la fábrica Wahl...

Sam ha encontrado la antecámara vacía. La otra puerta abierta. ¡Abierta! El estrecho pasillo está desierto, a pasos de lobo, con todo su ser en tensión, echa a andar irreflexivamente, agitado por una esperanza insensata...

-¿A dónde va usted?

¿De dónde ha salido este letón maldito? El hilo mágico está roto...

-Al retrete.

-En el ángulo de la derecha.

Este reducto apesta a orines. La electricidad le llena de una luz indigente. Una vez echado el cerrojo, Sam desfallece. Con el codo contra la pared, la cara en el hueco del brazo, muerde la tela para no sollozar. Ya no hay salvación, no hay esperanza, nada. "Ira". "Irotchka". Nadie. Nadie sabrá que este hombre de facciones tajantes se encuentra allí como un niño aterrado, en un aniquilamiento total...

El letón no ha oído nada. Sam reaparece, aviejado, enflaquecido en cuatro minutos, pero erguido, seco. Cuando va a volver sobre sus pasos, el letón le dice:

-No vale la pena. Pase adelante.

-¿Adónde vamos?

El letón contesta con una especie de benevolencia terrible:

-Tenga un poco de paciencia todavía.

Estos pasillos asfixiantes parecen galerías de una ciudad subterránea. Una puerta al pie de una escalera, y el frío bienhechor del aire en pleno rostro, el dulce chasquido de la nieve (en el que brillan lentejuelas de plata) bajo los pasos. Se trata de un patio exiguo entre altos edificios de negras ventanas, semejante al pozo de una mina, pero crudamente alumbrado por una bombilla eléctrica. En lo alto rutilan las estrellas. Sam, como si conociera este camino que nadie sigue dos veces, se dirige hacia un gran montón rectangular de leños cubiertos de nieve. La nieve pisoteada ha adquirido aquí un tono oscuro y despide un olor insípido. Virutas de abedul relucen al borde de los troncos hendidos por el hacha. El hacha... Aquí se emplea el revólver Nagan, fabricado en Seraing. Estremeciéndose, Sam cierra los ojos. Alguien avanza tras él. Deben ser las once y media.

XXXV. ARDEN LAS LEYES

La Oficina Central de los Prisioneros de Guerra no accedía a albergarnos en sus pabellones invadidos por el tifus nada más que por unos días, porque la circular 3.499 del Consejo de los Comisarios del pueblo de la Comuna del Norte acababa de limitar sus atribuciones. Nos recomendaban que nos dirigiéramos, para simplificar las formalidades, al Secretario del Comité ejecutivo del Soviet. Este Comisario nos dirigió a Sonnenschein y a mí, que nos habíamos encargado de encontrar alojamiento a las familias lo antes posible, al Servicio de Repatriación de la Previsión Social. En el Comisariado conseguimos una recomendación imperiosa (dos firmas y un sello en papel timbrado, con estampilla de caucho, y en letras grandes, con lápiz azul, subrayada de través, la palabra “Urgente”) para el Subdepartamento de Alojamientos del Soviet acababa de trasladarse de un inmueble en el que se había terminado la leña a otro en que había todavía. Sus oficinas ocupaban suntuosas habitaciones, visitadas la víspera, a lo que parecía, por un ciclón.

El Subdepartamento de Alojamientos se había perdido en el curso de la mudanza, tanto más cuanto que su jefe, partido para el frente, según una versión, con la última leva, llamada de los Quientos, y detenido, según otra, al volver del campo con un saco de harina, a pesar de la prohibición del transporte individual de víveres, había desaparecido desde hacía varios días. Echábase encima la noche y estábamos ya rendidos de fatiga, cuando una mecanógrafa que fumaba instalada ante su máquina, en un delicioso gabinete rosa, entre rollos de tapices precintados por la Comisión Extraordinaria, y fusiles apoyados contra un tocador Imperio, disipó nuestras últimas esperanzas.

–Siempre pasa lo mismo con “ellos” –dijo.

Y tecléo lentamente, con inexpertos dedos, en el reverso de facturas de entrega de la casa, “V. I. Kozmin Kataef e Hijo, Comercio de granos al por mayor”, las siguientes palabras: “Orden de alojamiento.” Luego agregó con tono de maldad:

–Ahí tiene. Yo escribo órdenes y no hay alojamientos. ¡Toda la ciudad está vacía y saqueada y no hay viviendas! ¿Creen ustedes que durará esto mucho tiempo todavía?

Nosotros habíamos visitado ya media docena de Instituciones; habíamos franqueado kilómetros y kilómetros entre la nieve, con el estómago vacío, a través de calles silenciosas, por las que los escasos transeúntes caminaban trabajosamente llevando sacos al hombro o la exigua pitanza en pequeñas cacerolas grasientas. En unas cuantas horas habíamos aprendido más sobre la Revolución que en no pocas meditaciones. Y ésta se nos había aparecido bajo aspectos muy diferentes a los que le

prestaba nuestra imaginación formada por los relatos y la historia, vecinos de la leyenda. Habíamos pensado en plazas convertidas en foros tumultuosos; en los Clubs apasionados de un 92; en el bullir de los periodiquillos proclamando cada cual su solución, su denuncia, su sistema, su quimera; en grandes jornadas de los Soviets, semejantes a Convenciones, y descubríamos en el lenguaje, en las consignas por todas partes expuestas, en los dos únicos periódicos publicados, en todos los hombres, la inmensa uniformidad de un pensamiento único, imperioso, casi despótico, pero supremo, terriblemente verdadero, hecho carne y sangre a cada instante por medio de actos. No encontrábamos muchedumbres apasionadas que se dirigieran, bajo banderas nuevas, a luchas reanudadas todos los días en una confusión trágica y fecunda, sino una especie de vasta administración, un ejército, una máquina en la que se integraban en frío las energías más ardorosas y las inteligencias más claras, y que ejecutaban inexorablemente su misión. Esta misión consistía en dilatar sin cesar, continuamente, por el heroísmo trivial, a veces invisible, de vivir y preservar un día tras otro, unas fuerzas que a cada momento parecían próximas a extinguirse. Asimismo consistía en elevar por encima de sí mismo a un país fatigado, a punto de caer en la inercia. Consistía por último, en resistir y vencer por todas partes, a cada instante, contra todas las previsiones de una razón visiblemente caduca.

Nosotros habíamos descubierto esta vasta ciudad, no muerta, sino ferozmente replegada sobre sí misma en el frío terrible, en el silencio, en el odio, en la voluntad de vivir, en la voluntad de vencer, esta ciudad, cortada por anchas perspectivas rectilíneas,

al extremo de las cuales se veía brillar el fulgor mate, yerto, de las flechas de oro que hacían pensar en elegantes espadas... Empezábamos a conocer la expresión de sus calles blancas, desiertas, bordeadas de escaparates cerrados o arrasados.

El silencio de las casas, el vacío de las calles rectas ya no nos agobiaban. Sabíamos que en todas estas casas glaciales había en el fondo de las almas ardientes zarzas de cólera, de furor, de perfidia; que por todas partes nos socavaban el suelo bajo nuestros pasos; que se esperaba, para expiatorias venganzas largo tiempo maduras en cerebros debilitados por la escasa alimentación y el terror, el motín del hambre o la embestida de los fineses, implacables cazadores que nos exterminarían como lobos; que los arrabales obreros entregaban poco a poco todas sus fuerzas vivas para el Ejército, el avituallamiento; que la hez subía y se desbordaba en torno a los enérgicos y los verídicos: pulular de aventureros, de aprovechados, de especuladores, lenta conquista de la fábrica por los hombres sin fe ni abnegación; que no había víveres más que para tres días, ni municiones para más de veinticuatro horas de combate, si la agresión finlandesa llegaba a producirse; ni combustible –sólo la leña cortada la semana anterior– para más de cinco días en la línea de Moscú...

Nos habíamos detenido un momento en medio de estos esplendores blancos, ante el Neva bordeado de granito, río de hielo surcado sobre pistas amarillentas por hormigas humanas. Detrás de nosotros se alzaba en sobrias líneas rectas, en superficies planas y bruñidas de un gris de crepúsculo claro, el Palacio de Mármol, tan muerto como las tumbas tebanas.

–Los hombres –dice Gregorio– caminan por encima de este hielo resistente sin pensar en el río que arrastra por debajo sus pesadas ondas. De igual manera la Revolución vive sobre una capa de hielo y nosotros no sabemos el océano negro que hay debajo y que puede devorarnos el día de mañana.

–¿Devorarnos? ¡Bah! ¡Poco importa! De nosotros depende...

Sí; de nosotros depende. Depende de que nos obstinemos en vivir, en resistir a pesar de todo, en hacer al fin lo que tanto hemos ansiado... Ya han pasado los tiempos en que debíamos saber soportar la cárcel, el destierro, la miseria; y, los mejores, los más fuertes de nosotros, la muerte inclusive, en lo sucesivo tenemos que obstinarnos en vivir y no soportar todo aún sino por eso... Por encima de los baluartes de un color de roca vieja de la fortaleza tendida en la orilla veíamos alzarse una alta aguja de oro dominando la cúpula de una iglesia y coronada por un farol de molduras delicadamente trabajadas. Nosotros nos repetíamos:

–He aquí la fortaleza de Pedro y Pablo.

Los que en aquellos baluartes habían esperado diez años, quince, veinte, hasta la locura, hasta la muerte, los días que nosotros estábamos viviendo; los que habían sido conducidos entre las murallas hacia los cadalsos; los que habían perecido de hambre o desaparecido allí –¿dónde estaba la media luna de Alexis?–, nuestros ojos buscaban a lo lejos el emplazamiento de sus mazmorras, habían tenido, pues, razón. ¡A nosotros nos tocaba ahora tenerla también, cualquiera que fuese el espesor del hielo!

-Sí; pero es mucho más difícil -dijo ingenuamente el más joven de nosotros.

Los demás nos echamos a reír.

Un tranvía grasiento, cuyos cristales estaban cubiertos por la escarcha de una exuberante floración de helechos y tan atestado que no era posible moverse y se asfixiaba uno del olor a sebo, a viejas telas, a sudor y a cuero mojado, nos condujo a Sonnenschein y a mí, entre un gran estrépito de chatarra, al Instituto Smolny, local del Gobierno. La lúgubre fachada desaparecía ya en la bruma. Las bocas de los cañones, apuntados bajo las columnas del peristilo, lanzaban en la noche fría su amenaza ciega. Al pie de la blanca escalera que descendían antaño en doble fila las señoritas que llevaban los anchos y deslumbrantes cuellos de las hijas de la nobleza, un soldado vestido con una pelliza de banquero, alzado el cuello de piel de nutria, ensartaba en su bayoneta rectángulos de papel rosa. En ausencia del comandante, un mozalbete armado de un revólver entregaba estos salvoconductos en un cuarto del piso bajo. Nosotros encontrábamos en su mesa de trabajo, rodeado de teléfonos, solo en una pieza inmensa desde cuyas ventanas se divisaba el helado río y soledades sin límites, a un hombre con una vieja guerrera desabrochada, que nos dijo entre timbrazos del teléfono:

-¡Ah, bien! ¿Se han puesto ustedes a recorrer las oficinas? Pues los compadezco, deben saber que todavía no sirven para nada, son nidos de saboteadores, de granujas, de ladrones, de incapaces, de vagos, de imbéciles, de señoritas empolvadas. Ya pondremos nosotros el orden en ellas con el tiempo si no nos ahorcan por el camino.

Y puso un gran sello rojo en una hoja de papel cubierta de unos cuantos renglones.

-Tomen esto y corran a la Previsión Social antes de que cierren. Tomen el auto del Secretariado. Avisaré al comandante.

Nos vimos obligados a abandonar en el camino el derrengado automóvil de lujo, cuyo florero estaba lleno de colillas, porque su extenuado motor se paraba a cada cinco minutos después de lamentables explosiones. El chofer desapareció en una casa vecina en busca de un teléfono por el que pedir refuerzos al garaje central designado, para realzar su importancia, Servicio de Autocombate, el gran sello rojo nos abrió, tras unos instantes de espera, unas puertas de roble guardadas por un viejo ujier de librea que agregado desde hacía veintisiete años a este rincón del Universo, es decir, a este extremo de corredor en lo alto de una escalera de mármol; prestaba ya sus servicios, lleno de un enojado desprecio, a la séptima institución revolucionaria en el transcurso de catorce meses, había allí, por un azar que a nosotros se nos figuró maravilloso, unas oficinas irreprochablemente conservadas que funcionaban sin ruido bajo la dirección de una mujer de cabello gris cortado casi al rape. Sus ojos de azul frío clavaron en nosotros una mirada viva

(“ya la costumbre de juzgar –pensé yo–, ya la necesidad de una gran desconfianza entre los que nos tratamos de “camaradas”, ya la posible sospecha de que acaso mintiéramos”).

–¿De dónde vienen ustedes? ¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

Luego su rostro cambió como se aclara el agua cuando han pasado las nubes y revela los vastos círculos brillantes persiguiéndose en su superficie.

–¡Diablo! ¿Dónde alojar a sus familias? ¿Cuatro dicen ustedes? ¿Quieren ustedes los cuartos de las grandes duquesas en el Palacio de Invierno? Les advierto que no conseguirían caldearlo. Por lo demás no podrían quemar ustedes nada más que el mobiliario, lo que sería una lástima, aun cuando sea del peor gusto... Me parece que tengo también el departamento de un consejero del Imperio...

Allí se instalaron los Levin dos horas más tarde. Era en el primer piso de una casa alta y gris, toda una serie de doce piezas abandonadas al frío, a las tinieblas, a la extraña desolación de los lugares en que la vida se ha detenido bruscamente. El gran salón parecía haber sido trastornado por una reyerta. El piano de cola, cubierto de una capa de polvo, había sido sacado al centro. *La náyade saliendo del baño*, atribuida a Brullof, que había sonreído durante veinte años a varias generaciones de damas, colgaba de través... Una cacerola llena de musgo estaba colocada en el alféizar de mármol de la ventana. En los abiertos cajones de un pequeño secreter de caoba veíanse mezcladas fotografías de niños y estudiantes, caracolas del Lido, tarjetas postales fechadas en Wiesbaden, una multitud de esas

insignificancias polvorientas a las que prende el recuerdo: cintas, saquitos, chucherías, calendarios, alhajas pasadas de moda...

Y fragmentos de cartas: “...encontré a mamá en el paseo de los Ingleses...” En el gabinete de trabajo del consejero del Imperio, Benedicto Illarionovitch Stavsik, la gran pared del fondo detrás del sillón del dueño, con el respaldo recto que ostentaba un monograma tallado, estaba ocupada enteramente por una biblioteca acristalada en la que se alineaban encuadernados en pasta verde, los macizos volúmenes de la “Colección Legislativa del Imperio”. Representábase uno perfectamente al dueño de la casa, en pie detrás de esta mesa, tal como lo mostraba una fotografía que había servido en la pieza contigua para recoger la basura, con la frente estrecha, la mirada severa, realzada por el monóculo, la barbilla ancha, pesada y fofa, gran burgués egoísta e inteligente, semejante a un senador romano.

Y una chiquilla se precipitaba en el austero despacho batiendo palmas: “¡Papá, papaíto, es la revolución! ¡Si supieras lo contenta que está toda la gente por la calle! ¡He visto soldados con cintas rojas! ¡Qué bonito es!”

Yo llegué allí en plena noche. Las tinieblas reinaban sobre la ciudad. Ni una luz. Era una necrópolis sepultada bajo la nieve; pero a veces se discernía en alguna ventana el incierto fulgor de

una lamparilla: allí velaba alguien. En una plaza, delante de la Ópera, tropecé con el cadáver de un caballo que yacía al pie de un monumento indistinto, entre dos montones de nieve endurecida. De tarde en tarde una detonación repercutía largamente en el silencio, profundo como las tinieblas. Algún marino que guardaba un depósito de madera, disparaba súbitamente, sin saber por qué, contra sombras o contra la sombra enemiga. No había estrellas. La nada parecía extenderse sobre la ciudad y suavemente, irresistiblemente, en un vértigo glacial, atraerla hacia sí: las piedras negras y la nieve iban a desvanecerse confundidas...

Una anciana de lentes y un hombre rechoncho del que no pude distinguir las facciones, pero al que la anciana llamaba “doctor”, estaban de guardia en la entrada de la casa. Frotaron un encendedor para mirarme. Los Levin se habían reunido en la habitación más pequeña, sin duda un cuarto de niños, amueblado con dos camas de hierro de bolas doradas en las que no quedaban más que los somieres (uno de ellos parecía manchado de sangre). Esta habitación, alumbrada con una vela, semejava un rincón de entrepuente en un barco de emigrantes. Los niños, envueltos en mantas, se habían quedado dormidos sobre el equipaje. La madre reposaba en un bajo sillón. La muchacha que se parecía a una niña seria, de grandes ojos límpidos que tan pronto se mostraban agrandados por el miedo como triunfantes de las disipadas sombras, meditaba ante la abierta estufa cuyo fulgor rojizo iluminaba por debajo sus agraciadas manos, su fina garganta y sus menudas facciones. Los pasos del viejo Levin resonaban en el entarimado del gran salón,

sumido en la obscuridad. Poco después llegó con una brazada de abultados volúmenes encuadernados en pasta verde que dejó caer despacio al lado de la estufa. Una risa silenciosa iluminaba su curtido rostro:

–¡Arden las leyes! –dijo.

El agradable calor al que la muchacha tendía sus manos nacía de las llamas que devoraban el tomo XXVII de la “Colección Legislativa del Imperio”. Yo arranqué por distracción una de sus páginas, medio calcinada, rodeada de un encaje incandescente. La llama reveló estas palabras que formaban un subtítulo: “De la propiedad inmobiliaria.” Y más adelante: “... los derechos de los herederos colaterales...”

Sólo después de treinta horas fatigantes me acordé de la carta recibida la víspera. La había llevado conmigo a través de esta ciudad desconocida, nuestra en lo sucesivo, sin lanzarle más que una mirada superficial, tan absorto estaba por la novedad, en ocasiones sordamente hostil, de las cosas. (Por lo demás no me esperaba noticias de nadie, ya que no dejaba detrás de mí vínculos particulares). La carta procedía de España. Mientras ardían las leyes, me senté en una banqueta al lado de la estufa entre aquel calor reconfortante y aquella súbita paz en la que no se oía nada más que la respiración uniforme de los niños dormidos. Darío, “El Chorro”, José, Joaquín, camaradas, ¡como me acordé de súbito de vosotros! ¡Cómo me acordé de la ciudad que no habíamos sabido conquistar, de nuestra esperanza, de nuestra voluntad, de nuestra fuerza, de nuestra verdadera fuerza, puesto que yo iba a dormir al fin en una ciudad

conquistada donde todo era botín conquistado en alta lucha, todo, hasta este instante, este albergue, este calor que me permitía acordarme de vosotros! De repente se me figuró que Darío iba a entrar, a sacudir de sus hombros la invisible carga, a decir con su tono jovial de los buenos momentos: “¡Brrr! ¡Qué frío, amigos míos!”, y a volverse luego hacia mí con las manos abiertas y la mirada maliciosa: “¡Eh, querido! ¿Qué te decía yo? ¡Ya ves si se conquistan las ciudades! ¡Y aún no hemos acabado! ¡Hemos de conquistar todo el mundo!” abrí la carta. Era la letra oscilante, pero firmemente dibujada de “el Chorro”. “Gusano te saluda. Está seguro de que no le has olvidado porque, según él dice, solo se olvida a los hombres enteros...” No; no te he olvidado, “Gusano”, hombre más completo en lo que te resta de mutilada carne que muchos de los que se compadecen de ti, porque ellos tienen sus cuatro miembros de esclavos o de fariseos. Tal vez titubeé en leer. De una ojeada recorrí nuevamente aquella letra que cubría cuatro hojas y tropecé con una línea igual a las demás en el bosque de signos, que decía:

“... desde que nos han matado a Darío...”

Leningrado, 1929/30.



ACERCA DEL AUTOR

VÍCTOR LVÓVICH KIBÁLCHICH (Bruselas, 30 de diciembre de 1890 - Ciudad de México, 17 de noviembre de 1947), conocido como Víctor Serge, fue un socialista, revolucionario, fecundo escritor y activo participante del proceso revolucionario ruso a partir de su llegada a Petrogrado, en febrero de 1919, trabajando en el recién fundado Comintern como periodista, editor y traductor. Crítico abierto del estalinismo, fue obligado a abandonar la Unión Soviética huyendo de la represión y, como tantos otros revolucionarios, falleció en el exilio mexicano.

Primeros años y vida política

Nació en Bruselas, en el seno de una familia ruso-polaca de *naródniks*. El padre, Lev Kibálchich, oficial de la Guardia Imperial, fue miembro del grupo Tierra y Libertad y estaba lejanamente emparentado con Nikolái Kibálchich, del grupo Voluntad del Pueblo. Luego del arresto de Nikolái Kibálchich tras el atentado que acabó con la vida de Alejandro II en 1881, el padre de Serge abandonó el país, tomando un empleo como profesor en el Instituto de Anatomía de Bruselas.

La familia se desplazó a Francia, donde se involucraron con el colectivo de inmigrantes rusos más politizados. Serge trabajó como aprendiz de fotógrafo en París y después como diseñador. En esa época leyó mucho, siendo especialmente influenciado por las teorías políticas de Piotr Lavrov.

Su larga trayectoria militante empezó a los quince años en la Joven Guardia Socialista de Ixelles, barrio obrero de la capital belga, y prosiguió en las filas libertarias tras la lectura del folleto de Kropotkin *A los jóvenes*. Todavía adolescente, viajó a París, donde entró en contacto con ilegalistas que pregonaban la guerra a muerte contra el poder, quedando atrapado en hechos sangrientos.

Su primer artículo fue escrito en septiembre de 1908. Bajo el pseudónimo de “Le Rétif” (“El Agitador”) escribió numerosos artículos para *Le Révolté* y, a inicios de 1909, para *L’Anarchie*. Ejerció como sustentador teórico del anarquismo individualista y del ilegalismo, chocando con las posiciones del editor de *L’Anarchie*, André Roulot (“Lorulot”), favorable a una retórica

menos inflamada. En 1910, tras una escisión en *L'Anarchie*, Lorulot abandonó la publicación y Serge fue nombrado nuevo editor del periódico.

En febrero de 1913, sería juzgado, junto con su pareja Rirette Maitrejean, por su implicación en los actos delictivos de la Banda de Jules Bonnot, en calidad de instigador, bajo el seudónimo de Valentín. Se niega a declararse inocente y rehúsa denunciar a sus camaradas, siendo condenado a cinco años de prisión en condiciones de aislamiento. Varios de sus camaradas fueron ejecutados.

Liberado en 1917, se refugió en la Barcelona libertaria y revolucionaria de la CNT. Allí colaboró con el periódico *Tierra y Libertad*, firmando sus artículos con el seudónimo que le conocemos, Víctor Serge.

Viaje a Rusia y adhesión a la Revolución

Serge se hallaba en prisión cuando comenzó la Primera Guerra Mundial. Preveía que la guerra podría llevar a Rusia por el camino de la revolución: “Los revolucionarios sabían de sobra que el Imperio autocrático, con sus verdugos, sus pogromos, sus galas recargadas, sus hambrunas, sus prisiones siberianas y su iniquidad ancestral, nunca podría sobrevivir a la guerra”.

En septiembre de 1914 se encontraba en la prisión de la isla del río Sena, a veinticinco millas de la Primera batalla del Marne. La población local, sospechando una derrota francesa, comienza a huir, y durante algún tiempo Serge y otros habitantes quedan

prisioneros de los alemanes. Después de su liberación, en 1915, se fue a vivir a Barcelona, volviendo posteriormente a Francia hasta que, tras la caída de Nicolás II en febrero de 1917 en Rusia, intentó viajar a Rusia para adherirse a la Revolución en marcha. Sin embargo, fue detenido y mantenido preso sin cargos hasta que en 1918 la Cruz Roja Danesa intervino y organizó el cambio de Serge y otros revolucionarios por Bruce Lockhart y otros anti-bolcheviques que habían sido detenidos en Rusia.

Así, cuando Serge llegó a Rusia en 1919, se adhirió a los bolcheviques. Trabajó durante un tiempo con Máximo Gorki, en la editorial de la Literatura Universal. Luego fue empleado por Gregory Zinoviev, que había sido elegido presidente ejecutivo de la Tercera Internacional. El conocimiento de idiomas de Serge lo capacitaba para hacerse cargo de la edición de las publicaciones de la nueva organización.

A pesar de ser gran admirador de Lenin y de la revolución, Víctor Serge no ahorró críticas a los aspectos que pensaba que debían ser criticados de la actuación del Gobierno soviético. Junto a Emma Goldman y Alexander Berkman, se quejó -aunque justificó la represión- por la forma como el Ejército Rojo trató a los marineros implicados en la rebelión de Kronstadt, dirigiendo sus quejas a Félix Dzerzhinsky, organizador de la Cheka.

En 1923, Serge se incorporó a la Oposición de Izquierda, liderada por León Trotsky. Crítico abierto del camino dictatorial marcado por Stalin como nuevo gobernante del país, se le considera el primer autor en describir el Gobierno soviético posterior a Lenin como “totalitario”.

En 1925 escribió *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*, verdadero tratado sobre el funcionamiento de la Okhrana, la policía política zarista, después de haber buceado en la documentación y estudiado los métodos de la política contrainsurgente del gobierno autocrático. El libro es considerado un clásico en la historia de la teoría de redes sociales.

Represión estalinista

En 1928, Serge fue expulsado del Partido Comunista e inhabilitado para trabajar para el gobierno. En los años siguientes, escribió *El Año I de la Revolución rusa* (1930), *Hombres en prisión* (1930) y *El nacimiento de nuestra fuerza* (1931), además de traducir al francés las *Memorias de Vera Figner*. Todas esas obras fueron prohibidas en la Unión Soviética y publicadas en Francia y España.

Fue detenido y llevado a prisión en 1933. La mayor parte de la Oposición de Izquierda terminó siendo eliminada, pero Serge consiguió abandonar el país gracias a las protestas de sectores políticos en Francia, Bélgica y España. La policía secreta estalinista (GPU) obtuvo una confesión de su cuñada, Anita Russakova, declarando que ella y Serge habían estado involucrados en una conspiración bajo la dirección de Trotsky. Se organizaron protestas contra su encarcelamiento en diversas Conferencias Internacionales. Las presiones llevaron a que en 1936 Stalin declarara estar considerando la puesta en libertad de Serge. Finalmente, Emile Vandervelde, veterano socialista

belga integrado en el gobierno de ese país, consiguió que Serge obtuviera un visado para vivir en Bélgica. Sus parientes no fueron tan afortunados: la hermana, la suegra, la cuñada y dos de sus cuñados, morirían en las prisiones soviéticas.

Exilio y muerte

A su llegada a Francia en 1936, Serge publicó dos libros sobre la Revolución rusa y su degeneración: *De Lenin a Stalin* (1937), y *Destino de una Revolución* (1937). Publicó varias novelas y una obra poética, *Resistencia* (1938) sobre sus experiencias en Rusia.

Cuando Francia fue invadida por Alemania en 1940, Serge, junto a su hijo Vlady Kibálchich, consiguió huir a México en 1941. Su pareja, Laurette Séjourné llega a México en 1942 y se casan en México. Su autobiografía, *Memorias de un revolucionario*, fue publicada en los Estados Unidos en 1945. En 1947, poco antes de morir, escribió *Treinta años después de la Revolución rusa*, considerada como su testamento político. En él mantiene sus convicciones revolucionarias y socialistas, al tiempo que reconoce errores cometidos por el Partido Bolchevique que, junto a las duras condiciones enfrentadas debido al asedio capitalista, la derrota de las expectativas revolucionarias en Europa y los precedentes de revoluciones masacradas, pretenden explicar la deriva totalitaria estalinista. Serge exculpa explícitamente a Lenin y no duda en apoyar sus ideas y experiencias, así como al propio partido bolchevique, aunque afirmaba que en el futuro las luchas anticapitalistas deberían asumir nuevas formas.

La salud de Serge se fue deteriorando a consecuencia de sus períodos en prisión en Francia y en Rusia. Continuó escribiendo hasta su muerte en la ciudad de México el 17 de noviembre de 1947, por un ataque cardíaco.